Un maridaje perfecto

SIENA BASTIDA



UN MARIDAJE PERFECTO

Siena Bastida

Título: Un maridaje perfecto
©Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de la autora, la reproducción parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público. La infracción de los derechos mencionados puede ser constituida de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del código penal).
©Siena Bastida
Primera edición: marzo de 2025
Diseño de cubierta: Carlos Carballo
Corrección: Sheila Vuelo
Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.
ISBN: 9798308753926
Safe Creative: 2412210430535
Puedes encontrar más información y seguirme en redes sociales en mi página web.

Para Hanna, mi ángel de la guarda de cuatro patas que brilla desde el cielo en las noches más inhóspitas.

«Il vino semina poesia nei cuori»
«El vino siembra poesía en los corazones»
Dante Alighieri

MARIDAJE:

1. m. Dícese del proceso culinario por el cual se combinan alimentos con bebidas para realzar los sabores y las texturas de ambos. Concretamente, en el sector de la restauración, consiste en potenciar los sabores de la comida y los vinos para encontrar la armonía entre ellos y crear sensaciones nuevas

2. m. Enlace, unión y conformidad de los casados.

CAPÍTULO 1

Jana

Acostumbraba en mi rutina habitual a realizar varias tareas al mismo tiempo. *Multitasking* lo llamaban en mi empresa. Aunque, obviamente, quien inventó ese término no había tenido que conducir por una carretera desconocida, atender las indicaciones del GPS y lidiar con su excéntrica madre, como estaba haciendo yo en ese momento.

Había aterrizado en el aeropuerto hacía escasas horas y, sin pasar por casa de mis padres, acudí a una empresa de alquiler de vehículos para dirigirme, sin demora, a mi destino. Mi vida se había puesto patas arriba en el último mes y aquel viaje de última hora había sido planificado sin ningún orden ni control.

Hacía apenas diez días que había percibido unos sutiles gritos a través de la pared de mi despacho donde mi jefe le estaba echando una buena reprimenda a mi compañero Mike. Su mujer estaba embarazada de siete meses y le acababa de llamar para comunicarle que había roto aguas. Douglas, mi jefe, no podía concebir cómo un embarazo primerizo se pudiera adelantar tanto como para echar por tierra un viaje de trabajo por el que se vería en la obligación de cancelar el contrato.

«Estúpidos derechos laborales», se percibió desde la sala contigua, en una consigna que no sorprendió a nadie alrededor. Toda la plantilla estaba al tanto de que era un acérrimo votante del Partido Republicano y sus continuos juicios en contra de los derechos más básicos eran habituales en el ambiente de la oficina.

Un clic en mi cabeza me alentó a entrar sin permiso al despacho del director general para sugerirle que me encargaría en persona de la cuenta de esa empresa. Pese a sus iniciales reticencias, por mi nulo conocimiento del negocio del cliente y mi deber de encargarme de otros contratos, accedió a mi propuesta. Al fin y al cabo, ¿quién mejor que una española como yo para tratar con los clientes locales?

Y aquí me encontraba ahora, tras un vuelo en conexión de más de quince horas desde San Francisco a Madrid para salvar a una empresa vinícola de la quiebra, en un pueblecito recóndito del norte de España. ¡Ah!, y con los reproches al teléfono de mi madre sobre mi manera de echar mi vida a perder en un abrir y cerrar de ojos.

—Mamá, te lo he dicho ya. Ha sido un viaje de última hora y no he tenido tiempo de acercarme a visitaros.

—Sabes que no me refiero a eso. Además, esta semana me toca tratamiento en el balneario de la Sierra, así que tampoco habría tenido la ocasión de verte.

«Vaya, siempre con las prioridades claras, menuda sorpresa».

—Lo siento, avisaré con tiempo la próxima vez. Sé que hace dos años que no vengo a España, así que en cuanto pueda me escaparé un fin de semana.

—Jana, te repito que este viaje es una locura. Deberías estar en casa con tu prometido preparando el gran día.

—Exprometido —maticé, poniendo los ojos en blanco y mirando la alianza que todavía rodeaba mi dedo anular.

—Déjate de tonterías y vuelve a Estados Unidos. Has tenido mucha suerte de encontrar al Doctor Williams. Debéis casaros pronto y formar una familia antes de que se te pase el arroz.

«Como si ese fuera el único propósito en la vida de una mujer».

Tomé una bocanada de aire y miré de reojo a la pantalla del coche que pronto anunciaría un desvío, sin embargo, los murmullos de fondo de mi madre me devolvieron a la conversación telefónica y sulfuré con ímpetu en aquel instante.

—¿Alguna vez te pondrás de parte de tu hija? No me puedo creer que todavía lo defiendas después de lo que me hizo —le recriminé con un tono de voz más alto de lo habitual.

—Solo quiero lo mejor para ti y tu futuro y, de paso, evitar los cotilleos de mis entrometidas compañeras de pádel.

—No sea que vayan a manchar nuestra honorable reputación familiar —ironicé mientras frenaba al percatarme de que me estaba acercando a un túnel oscuro.

—Pero ¿cómo puedes ser tan desagradable? Te hemos educado en los mejores colegios del mund… no pued… que… hija…

—Mamá, no hay buena cobertura por aquí, esto se corta. Te aviso en cuanto llegue. Adiós. —Colgué con una sensación de alivio.

Me acercaba a una zona de montañas rocosas, en contraste con las infinitas llanuras que se extendían por la España profunda. Un cúmulo de nubes grisáceas comenzaban a aglutinarse en un cielo que presagiaba encapotarse en breves instantes. Me encontraba atravesando el túnel de Pancorbo, tal y como rezaba el cartel ubicado en el lateral derecho de la carretera y, una vez finalizado, reparé en que debía de haber tomado la salida anterior.

Maldije para mis adentros recordando la conversación con mi madre. Era la única persona capaz de sacarme de mis casillas. Tras años de haber cultivado la ardua habilidad de la santa paciencia, lograr alterarme de esa manera era todo un mérito. Quizá por ello, nuestra comunicación se reducía a felicitarnos solo las Navidades y los cumpleaños.

Traté de sosegarme, pese a que un amenazante aguacero restaba mi visibilidad, empañando la luna delantera del coche. Los limpiaparabrisas se sincronizaban a la máxima potencia, en un ritmo vertiginoso similar a los pensamientos que se cruzaban por mi cabeza. No estaba acostumbrada a aquel temporal, tan diferente a la soleada California, por lo que opté por aminorar la marcha para garantizar mi seguridad.

La siguiente salida hacia la Rioja Alavesa demoraría mi llegada apenas veinte minutos más, bordeando la ciudad de Miranda de Ebro. Había planificado darme una ducha y estar presentable para reunirme con los dueños de la bodega esa misma tarde, así que, aun con ese pequeño retraso, dispondría de tiempo suficiente para acicalarme y dar una buena imagen.

Pese a mi nulo conocimiento de la viticultura, mi profesionalidad gestionando la cartera de clientes me había otorgado una excelente reputación en el mundo mercantil y me consideraba valorada por mis superiores para reflotar cualquier empresa. Más si cabe, si se trataba de una pequeña bodega de pueblo, no cabía duda de que resultaría pan comido.

Estaba acostumbrada a gestionar grandes multinacionales y mejorar su reputación de marca, por lo que me pregunté por qué mi jefe insistía tanto en reflotar un pequeño negocio ubicado al otro lado del charco. Quizá, expandir fronteras para ampliar el espectro corporativo fuera una de sus prioridades, y Europa era, sin duda, un mercado estratégico en el mundo del vino.

Las indicaciones del sistema de navegación del móvil comenzaron a fallar. Me encontraba en medio de una ruta perdida y desconocía qué dirección tomar. Parecía que la tormenta amainaba por momentos, mientras accedía por las estrechas carreteras rurales. Un vasto arcoíris se asomaba tímidamente por la cima de la montaña exhibiendo su hermosa gama policromática.

Decidí detenerme en el arcén cuando apenas una ligera llovizna se cernía sobre la escena. Me bajé del coche y alcé el móvil hacia el cielo para lograr algo de cobertura y guiarme en los últimos kilómetros finales. Una barra, dos… y de nuevo ninguna. Me puse de puntillas —como si con ello fuera a crecer mucho más— y, de nuevo, una línea se reflejó en la pantalla de mi móvil.

Exhalé desesperada, pensando que aquel día no podía ir a peor, aunque estaba muy equivocada.

Escuché a lo lejos el rugido de un vehículo que se avecinaba. Quizá se trataba de algún vecino de la zona al que podría preguntar. Una moto se asomó tras el cambio de rasante y, cuando me dispuse a acceder al asfalto para atraer su atención, todo pasó con tanta celeridad que apenas me percaté de la secuencia de los actos.

—Pero… ¡serás imbécil! —solté un gruñido mientras trataba de secarme la cara con la manga de la camisa.

La moto se alejaba en el horizonte sin haberse inmutado, provocando una imprevista salpicadura a mi paso con el agua acumulada en los charcos tras la lluvia. Me encontraba completamente empapada y comencé a tiritar de frío. Me metí de nuevo en el coche para entrar en calor. Lancé el móvil hacia el asiento del copiloto y me recosté sobre el volante, hundiendo la cabeza entre mis antebrazos.

No habían pasado ni dos minutos cuando los continuos pitidos, provenientes del claxon de un coche, me despertaron del letargo.

«Por fin, un alma caritativa se apiada de mí», pensé aliviada mientras veía cómo el vehículo estacionaba ante mí.

—¡Ayuda, por favor! —clamó una joven que en ese momento se apeaba del coche con evidente dificultad.

Cuando logró ponerse en pie, me percaté de que estaba embarazada en un estado avanzado, a juzgar por el volumen de su vientre. Salí de manera súbita de mi coche y me acerqué a la mujer que trataba de recostarse sobre la carrocería mientras se palpaba el estómago con ambas manos.

—¿Te encuentras bien? ¿Te puedo ayudar en algo? —la interpelé alarmada.

—Necesito ir a ver a mi médica y no puedo llegar conduciendo sola hasta el hospital.

—¿De cuántos meses estás? ¿Has roto aguas?

—Creo que no, aún es demasiado pronto. Acabo de entrar en la semana treinta —sollozó mientras trataba de echar cuentas mentales en esa manía que existía en los embarazos de contar su duración por semanas, para desconcierto del resto de seres humanos.

—Vamos, te llevo en mi coche.

—No, por favor, necesito que vayamos en el mío. Tengo todo preparado desde hace semanas por si se adelantaba el parto —me imploró mientras me apretaba la mano simulando una contracción.

—¡Vaaaale! —accedí sin mucha alternativa mientras sentía una punzante sensación de dolor en la mano derecha.

CAPÍTULO 2

Asier

Para algunas personas escribir es una vía de escape para gestionar las emociones; para otras, saltar en paracaídas supone liberar toda la adrenalina contenida en el cuerpo. Hay quienes optan por colgarse la mochila de la espalda y tomar un avión para visitar una remota isla al otro lado de la esfera terrestre. En mi caso, un simple trayecto en moto implica desconectar del mundo exterior para reencontrarme conmigo mismo.

Sí, enfundarme el casco y los guantes, y montarme en mi *Thriump Scrambler 900*, es una terapia que tiene el poderoso don de la sanación. A diferencia del coche, donde el enjuto espacio cerrado evita que percibas las sensaciones provenientes del exterior, con la moto puedes sentir el calor en la piel, las gotas de la lluvia al caer o cómo el frío traspasa el equipamiento que recubre y protege todo tu cuerpo.

Percibir los estímulos provenientes de los cinco sentidos, notando la variedad de olores, o visualizando los paisajes que te acompañan durante el trayecto, es lo que enriquece un viaje que planificas sin destino, por el simple placer de conducir.

En definitiva, consiste en apreciar la inigualable sensación de libertad para percibir que estás vivo sorteando las leyes de la física, sobre dos ruedas, o de la aerodinámica cuando alcanzas una velocidad tal que los rugidos del motor se elevan a su máxima expresión.

Aquel era uno de esos días. Necesitaba perderme por los caminos y meditar. Percibía que estaba perdiendo el control de mi vida y de la empresa familiar. No era capaz de sacar adelante el negocio que, con tanto sudor, habían construido desde los cimientos tres generaciones de López de Aberásturi.

Llevaba meses discutiendo con mi padre sobre el futuro de la bodega. Comenzábamos la recolecta como cada final de verano y, por segundo año consecutivo, la salud de las vides no pasaba por su mejor momento. Al clima extremo al que nos enfrentábamos cada año, debido al cambio climático, se unía el mildiú de la vid, esa enfermedad provocada por un hongo que amenazaba con tirar por tierra la cosecha.

Al contrario de lo que sucedía en nuestra bodega, el Consejo Regulador de la Denominación de Origen había presagiado una añada excelente para esta temporada, y la competitividad externa era feroz. El clima laboral entre las casi cincuenta personas que conformaban la plantilla se había enrarecido notablemente en los últimos meses, y me constaba que había algunas que ya se habían interesado por otras ofertas laborales similares en bodegas aledañas.

Mi padre, por quien el paso de los años se hacía patente en las arrugas que se dibujaban en su rostro, se acercaba cada vez más a la edad de jubilación. No obstante, continuaba siendo el que tomaba las decisiones importantes y, por tanto, había optado por recurrir a la ayuda de una empresa externa para salvar los últimos rescoldos de la hoguera.

Aquel 25 de agosto estaba marcado en rojo en el calendario como la fecha en la que un ejecutivo americano vendría, supuestamente, a analizar nuestro sistema de trabajo, marcar unas nuevas directrices y reajustar las dinámicas existentes para lograr crear una empresa competitiva y con un mejor rendimiento. Así era al menos lo que había leído en su página web, aunque para mí sonaba más como una persona sin escrúpulos que vendría a abaratar costes, despidiendo a la mitad del personal que, al fin y al cabo, ya conformábamos una pequeña familia.

Pese a mis reticencias iniciales, accedí a su petición, percibiendo que era la última opción que quedaba para evitar el quiebre y, para mi fastidio, yo sería la persona responsable de trabajar codo con codo con esa persona a la que ya le había estigmatizado antes de poner un pie en nuestras tierras.

Regresé de vuelta a casa para preparar la documentación y la presentación de la reunión de esa tarde. La parte burocrática siempre se me había antojado la más tediosa con diferencia. Mi pasión era echar una mano en las tierras, controlar el proceso de prensado de la uva, vigilar la sala de barricas y trabajar mano a mano en el laboratorio para extraer la mejor muestra de la temporada.

Disfrutaba realizando trabajo de campo, aunque era plenamente consciente de la importancia de ser innovadores y exportar nuestro producto a otros mercados. Por tanto, una tímida voz interior me instaba a aprovechar la oportunidad y hacer uso de las técnicas que aquel desconocido nos sugeriría, habida cuenta de la inversión que había realizado mi padre en un último intento para reflotar el negocio.

La lluvia había arreciado, así que aceleré la marcha para sentir cómo un último soplo de aire se introducía a través de mis pulmones para insuflar oxígeno por todo mi cuerpo. Percibía cómo mi humor iba mejorando por momentos hasta que, después de tomar la primera curva de camino a casa, me percaté de cómo un idiota había dejado aparcado un Mini Cooper en el arcén derecho. No conocía la identidad del propietario, teniendo en cuenta que la mayor parte de los coches de la zona me resultaban más que familiares, por lo que deduje que se trataría de algún turista que se había perdido por aquellos lares.

Aceleré hasta llegar por el camino de piedras que me llevaba a las bodegas y, cuando me proponía traspasar la verja de la entrada principal, el móvil comenzó a emitir una vibración en mi bolsillo derecho. Miré la pantalla y me sorprendieron varias llamadas de Inés y de Benja. Temí que algo hubiera sucedido. Mi prima se encontraba en un estado avanzado de gestación y no respondía a las llamadas, por lo que me dispuse a llamar a mi mejor amigo en un creciente estado de alarma.

—¿Ha pasado algo? —le interrogué sin apenas saludar.

—No lo sé muy bien. Estaba en las galerías sin cobertura y, cuando he salido, tenía varias llamadas perdidas de Inés. Estoy tratando de contactar con ella y no sé si le ha pasado algo, pero me ha dejado un escueto mensaje diciendo que se dirigía al hospital.

—Espero que no se haya puesto de parto ya. Todavía es demasiado pronto.

—Voy a coger el coche ahora mismo y nos vemos allí directamente. ¿Quieres que pase a recogerte?

—No te preocupes, había salido con la moto. Llamo a mi tía para avisarla y nos vemos en el aparcamiento, si te parece.

—Vale, pero… ¿no tenías la reunión esta tarde con la nueva empresa?

—¡Mierda, es verdad! Tardaré un poco más, entonces. Tengo que pasarme por la posada y avisar al yanqui de que he de retrasar un poco la reunión.

«Una lástima», pensé con ironía al tener que posponer aquel encuentro que llevaba días

evitando afrontar. Un imprevisto de última hora por motivos familiares de fuerza mayor era la excusa perfecta.

CAPÍTULO 3

Jana

Apenas quince minutos separaban nuestro trayecto del hospital general. En cuanto llegamos, un celador nos estaba esperando en la entrada con una silla de ruedas para transportar a la mujer embarazada a la sala de partos.

Llevaba tanto tiempo sin conducir un coche con cambio de marchas manual que temí que no supiera llegar a mi destino indemne. Sin embargo, tras un par de ocasiones en las que el embrague se me caló cuando salía de una rotonda, enseguida volví a recordar los trucos que me enseñó el chófer de la familia cuando me saqué el carné de conducir al cumplir la mayoría de edad.

Traspasamos las puertas del hospital y, antes de que aquella desconocida desapareciera al fondo del pasillo, me anunció:

—Por cierto, me llamo Inés, por si no nos volvemos a ver. Estoy muerta de miedo, aunque solo quería decirte que gracias por todo lo que has hecho por mí.

—Yo soy Jana. Tranquila, todo va a salir bien, ya verás. —Traté de sosegarla mientras me soltaba la mano.

Me encontraba en la disyuntiva entre aguardar en la sala de espera noticias de aquella mujer con rostro angelical o regresar para encontrar el coche de alquiler en un paraje al que no tenía ni idea de cómo volver.

Inés no había parado de parlotear durante todo el trayecto, posiblemente nerviosa por la nueva realidad a la que estaba a punto de enfrentarse. Me había resultado una mujer muy simpática. Tendría la misma edad que yo, o quizá un par de años más joven, y cuando le pregunté si quería que avisara al padre, se puso a gimotear aludiendo a que «esa rata de alcantarilla, afortunadamente, no se encuentra más en la escena».

No quise insistir, aunque contemplé cómo trataba de contactar con algún familiar sin mucho éxito. Sentí lástima por aquella muchacha y el miedo que podría estar percibiendo en ese momento en la soledad de una sala de quirófano, rodeada de un grupo de personas con batas blancas, mascarillas y guantes de látex. El mismo temor que me había invadido hacía poco más de un mes cuando yo misma me encontraba en aquella situación, rodeada de extraños, pero con la confianza de que el médico que se ocupaba de mi caso era mi prometido. O eso era lo que pensaba yo, al menos en ese momento.

Miré el reloj y me percaté de cómo el tiempo había transcurrido sin apenas advertirlo. Eché mano del móvil para avisar a las bodegas de que llegaría tarde.

«Ahora sí que no tendré tiempo ni de darme una ducha», asimilé abrumada.

Cuando rebusqué entre mis enseres dentro del bolso, caí en la cuenta de que había dejado el móvil tirado en el asiento del copiloto y no sabía con quién ni cómo contactar con el señor López

de Aberásturi.

—¡Mierda! —exclamé en un tono más alto del que se esperaba en un centro de salud, a juzgar por la mirada fulminante que la recepcionista me dedicó desde el otro lado de la sigilosa sala.

Me erguí en el asiento mientras trataba de ojear una revista de moda que descansaba sobre una mesita auxiliar. Sin embargo, el único pensamiento que acechaba mi cabeza era cómo mi llegada a aquella empresa, varias horas más tarde de la hora acordada y con aquellas pintas, no presagiaba que fuera precisamente a empezar aquella aventura con buen pie. Eso, además, sin contar con mi inexperiencia en el mundo de los vinos, en contraste con la pericia que había acumulado mi compañero Mike tras años de gestionar varias cuentas del Valle de Napa.

Mi única vivencia en aquella zona se reducía a una escapada de fin de semana que compartí con Matt en un hotel rural, donde me dediqué a probar diversas variedades de Cabernet-Sauvignon de la bodega que visitamos, mientras mi prometido atendía al teléfono infinitas llamadas de trabajo. Probablemente, fui la única huésped que logró acabar con toda la cata de vino sin ayuda externa. Un detalle que borró de mi mente toda la explicación sobre el funcionamiento de la bodega que, previamente, nos ofreció el personal del complejo, habida cuenta de la resaca que me dejó inconsciente durante un par de días.

Regresé al presente y me levanté para dirigirme a la mujer con cara de pocos amigos que se escondía tras unas gafas gruesas detrás del mostrador.

—Perdone, me gustaría saber el estado de una paciente.

—¡Nombre! —espetó de manera áspera sin apenas levantar la cabeza.

—¿El mío?

—No, el de mi tío Fulgencio —ironizó poniendo los ojos en blanco—. El de la paciente, ¿de quién va a ser, sino?

Solté una bocanada de aire y me armé de paciencia antes de contestar con una impertinencia.

—Inés…

—Inés ¿qué más? Tendrá algún apellido.

—No lo sé... Mire, he sido yo misma la que la ha traído al hospital.

—¿Es familiar?

—No, pero…

—Pues entonces no puedo facilitarle ningún detalle en cumplimiento de la Ley Orgánica 3/2018, de 5 de diciembre, de Protección de Datos Personales y garantía de los derechos digitales —soltó sin inhalar un ápice de oxígeno en un discurso que parecía haberse aprendido de carrerilla.

—Es… ¿mi hermana? —Presentí que no había colado al ver cómo me fulminaba de nuevo con la mirada por encima de los cristales.

—Buen intento, pero es demasiado tarde. Lárguese de aquí y no me haga perder el tiempo —ordenó agachando la mirada hacia la pantalla del móvil para retomar su partida de Candy Crush.

Suspiré resignada percibiendo que no iba a conseguir ninguna información. Podía estar allí horas si el parto se alargaba más de lo debido.

Me acordé de mi amiga Alison, la mujer de Mike, y de cómo había transcurrido más de quince horas en el paritorio la semana anterior. Me apenaba no haber conocido al bebé al tener que permanecer en la incubadora unas semanas más, siendo todavía prematuro. Sin embargo, había charlado con la pareja prácticamente todos los días para ver cómo evolucionaba y, pese a sus caras de preocupación y cansancio, ambos se mostraban felices de haber ampliado la familia con el pequeño Michael Junior.

Una pareja de avanzada edad me despertó del letargo cuando, con dificultad, escuché cómo

preguntaban por la mujer que acababa de ingresar en el hospital en avanzado estado de gestación. La recepcionista con cara de pocos amigos les invitó a tomar asiento, esta vez con una inusual sonrisa en su cara, y les informó de que el médico pasaría en breves instantes a proporcionarles más detalles.

—Perdonen la intromisión, pero acaban de preguntar por Inés, ¿verdad? —Me acerqué con sutileza hacia la mujer que portaba un semblante preocupado.

—Así es, ¿la conoce? —contestó el señor con una voz ronca.

—Pues no exactamente, pero he sido yo la que la ha encontrado en mitad de la carretera y la ha traído al hospital.

—Ay, Dios la bendiga, hija mía. Muchas gracias por traerla. Espero que no le haya causado muchas molestias —agradeció la mujer con ojos vidriosos mientras me cogía de las manos en un gesto inusualmente familiar.

—No se preocupen, lo único que tengo aquí es la llave de su coche, que he dejado estacionado en el *parking*. El mío, por otro lado, está en medio de una carretera y ahora mismo desconozco en qué punto exacto puede estar.

—No es de por aquí, ¿verdad? —Me escanearon de arriba abajo—. Ahora vendrá mi hijo y le ayudará a buscarlo. Es lo menos que podemos hacer por quien ha ayudado a nuestra Inés —me agradeció el hombre que asimilé que tendría la edad de mi padre.

—No es nada, solo espero que salga todo bien. —Esbocé una sonrisa sincera—. Si no es mucho pedir, ¿podría usar su móvil un momento? He venido a trabajar aquí a unas bodegas y, con las prisas, he dejado el móvil en el coche y no les he podido avisar.

—No hay problema, pero ¿podría preguntar cuáles son? Aquí nos conocemos todos en esta zona.

—Claro, son las bodegas López de Aberásturi, que se encuentran en el pueblo de Valdetintos.

—¡Oh! ¿Es usted la señora de la Vega?

—La misma.

—Encantada, soy Fermín, Fermín López de Aberásturi —se presentó tendiéndome la mano —. Y esta de aquí es Rosa, mi cuñada y la madre de Inés.

—¡Menuda casualidad! Pero puede llamarme Jana y tutéeme, por favor. —Respiré aliviada —. Siento que nos hayamos tenido que conocer en estas circunstancias, aunque me alegro de haber coincidido aquí con ustedes. Llevo una mañana de locos y lo único que quería evitar era llegar tarde y causar una mala impresión.

—No te preocupes, hija. Lo primero es la familia y, después, ya vendrá el trabajo. Tenemos tiempo para ponernos al día.

Me quedé a charlar con Rosa mientras Fermín se dirigió a la cafetería a por tres cafés. Sin duda, aquella droga era lo que más necesitaba en aquel momento. Pese a lo torcida que se había presentado mi vuelta a España, las personas que había conocido hasta el momento habían resultado ser de lo más agradables, un detalle que facilitaría gestionar mi trabajo en la empresa familiar.

Lo que aún desconocía era que todavía no me habían presentado a todos los miembros de aquella familia y que mi estancia en aquel pueblo no sería tan amena como me había imaginado en un principio.

CAPÍTULO 4

Asier

—Pero, Cristian, ¿estás seguro de que aún no ha llegado el señor Spencer?

—Rosa me dijo que estaría aquí sobre las doce del mediodía y las únicas instrucciones que me dejó, antes de marcharse al hospital, fue que le enseñara la habitación y le diera la llave.

—¿Y no ha avisado de que llegaría tarde? —pregunté con un notorio grado de indignación, siendo consciente de que su vuelo había aterrizado hacía demasiado tiempo.

—El teléfono no ha sonado en todo el rato que llevo aquí, se lo prometo —corroboró el joven con gesto asustado.

Apoyé las manos en el mostrador de madera de la recepción de la posada, liberé una bocanada de oxígeno y lancé un bufido, hasta tal punto que Cristian dio un pequeño respingo detrás del mostrador, atemorizado por mi manifiesto gesto de ira.

«Estupendo. Encima de venir a sacarnos el dinero, ni siquiera cumple su palabra y llega tarde», pensé para mis adentros, irritado.

—Me marcho al hospital. Si por casualidad se digna en presentarse, si es que lo hace algún día, dile que tenemos que posponer la reunión a mañana.

Me coloqué de nuevo el casco y me dirigí a la carretera principal que me llevaría al hospital. Estaba furioso. Echaba chispas mientras recordaba cómo en aquella última reunión con mi padre, y algunos de los accionistas principales, les informé de que los honorarios de la empresa, y una posible cláusula de rescisión del contrato por nuestra parte, nos costarían miles de euros que no estábamos en disposición de perder a la ligera.

Sin embargo, en ningún momento se contemplaba la posibilidad de que fuera la multinacional la que rescindiera sus servicios y nuestra empresa fuera indemnizada por ello.

«Menudos buitres».

Me había leído el contrato de cabo a rabo y, cuando acabé, volví a comenzar de nuevo. No había logrado acabar la carrera de Derecho, pero mis dos años en la universidad me habían otorgado un mínimo conocimiento de leyes y estaba más que seguro de que aquel contrato se encontraba lleno de cláusulas a las que mi padre no había prestado la suficiente atención.

No quería culparlo de ello. Mi padre y mi tío habían sacado adelante la empresa familiar con escasos recursos y limitados estudios. Sin embargo, su amplio conocimiento de los viñedos, que mi abuelo comenzó a cultivar en los años cuarenta del siglo pasado, había convertido a nuestras bodegas en una de las más prósperas de la zona. Pese a ello, desde que yo había tomado las riendas del negocio, parecía que la cosecha no pasaba por su mejor momento y no dejaba de atormentarme por ello.

Los accionistas que quedaban, en un último intento por reflotar el negocio y evitar perder todo su dinero invertido, habían dado un golpe sobre la mesa e impuesto un ultimátum más que

comprensible. La gestión de la empresa debía pasar por las manos de un profesional para averiguar qué estaba sucediendo y ponerle remedio antes de que fuera demasiado tarde.

Llegué al aparcamiento del hospital casi al mismo tiempo que Benja, al que encontré saliendo del coche con un semblante serio.

—Necesito echarme un pitillo antes de entrar ahí dentro —comentó mi amigo.

—Pues ya somos dos.

—¿No habías dejado de fumar? —Me ofreció la cajetilla y encendió el mechero para ambos.

—Yo también lo pensaba, pero necesito que la nicotina calme mi estrés en este momento. El yanqui no ha aparecido por la posada.

—No jodas. Bueno… ¿y si le ha pasado algo?

—No creo. Hubiera avisado, como hace la gente normal. Ya sabes que todo esto ya me daba mala espina desde el principio y la cosa no está mejorando precisamente. —Exhalé una nube de humo blanco por la nariz.— ¿Y a ti qué te pasa? ¿Por qué llevas esa cara de funeral?

Se incorporó para darle una calada al cigarro, se humedeció los labios y tragó saliva. Sabía que algo le rondaba la cabeza.

—Es solo que estoy preocupado por Inés. Le prometí que estaría ahí si me necesitaba. Cuando nazca el niño estará sola, y esta mañana cuando me ha llamado no he sido capaz de cogerle el teléfono.

—No te martirices. Todos estaremos ahí para apoyarla.

—Lo sé, pero estoy preocupado por ella. Desde que se marchó aquel malnacido, no ha levantado cabeza —maldijo, frunciendo el ceño.

Benja era mi mejor amigo, casi como un hermano. Nos habíamos criado juntos desde pequeños, estudiamos en el mismo colegio y solo nos separamos un par de años para ir a la universidad. Yo había comenzado la carrera en Bilbao, al mismo tiempo que él decidió quedarse en Logroño, cerca de su familia, donde emprendió la formación de Enología. Le apasionaba el mundo de los vinos y, desde que éramos adolescentes y ayudábamos a mi padre a recoger la uva para ganarnos un dinerillo, era consciente de que entre los dos algún día sacaríamos aquel negocio adelante.

Jamás hablaba mal de nadie. Probablemente era la mejor persona que había conocido en mi vida y, aunque nunca me lo hubiera confesado, era consciente de que tenía unos fuertes sentimientos hacia Inés. Por ello, aquella palabra malsonante que acababa de usar para referirse al padre del bebé que esperaba mi prima, y que había huido despavorido en cuanto supo de aquel embarazo, no me chocó en absoluto.

Le di una palmada en la espalda para mostrarle mi apoyo, en ese escueto ademán que tenemos los hombres de expresar nuestros sentimientos sin apenas abrir la boca. Apagamos las colillas y nos dirigimos a la entrada del centro. Antes de preguntar en la recepción, enseguida atisbé a mi padre y a mi tía que manifestaban con sus semblantes cabizbajos aguardar con desesperación noticias positivas.

—¿Cómo está Inés? ¿Sabéis algo de ella? —les preguntó mi amigo, visiblemente inquieto, antes incluso de llegar donde estaban sentados.

—Qué bien que hayáis llegado —nos saludó mi tía dándonos un beso en las mejillas.

—Seguimos aguardando noticias, pero llevamos ya demasiado tiempo esperando —manifestó mi padre que ya de por sí carecía de paciencia.

—¿Familiares de Inés López de Aberásturi? —preguntó una mujer de bata blanca que portaba una carpeta con un documento en la mano.

—Aquí estamos —clamamos varios al unísono.

—Disculpen la espera. Necesitábamos hacer alguna prueba antes de confirmar nada. Inés se encuentra bien. Ha tenido algunas contracciones leves, pero todavía no ha roto aguas ni se ha puesto de parto. Ha sido una falsa alarma.

—¿Cómo está mi niña? ¿Podemos pasar a verla? —preguntó Rosa aliviada.

—Le hemos dado unos calmantes para las molestias y está algo adormilada, pero enseguida podrán verla en cuanto despierte —nos informó la médica esbozando una sonrisa tranquilizadora.

—Muchas gracias, doctora. —Mi padre se giró para coger la mano de mi tía que, en ese momento, expulsó todo el aire contenido en sus pulmones.

—Menos mal, no estaba todavía preparada para ser abuela. —Se atrevió a bromear con una leve sonrisa mientras se aferraba al antebrazo de mi padre—. Voy a acercarme a ver si me dejan pasar y, si se encuentra mejor, vais vosotros después.

Los tres hombres permanecimos en silencio, aliviados por aquellas palabras. Una vez superado aquel trance teníamos otro frente que gestionar, así que me dirigí a mi progenitor sin más dilación.

—Papá, el americano no ha venido. He ido a la posada esta mañana y Cristian dice que no se ha presentado.

—Hijo, no creo que sea el momento…

—Claro que es el momento. Hemos invertido mucho dinero en esa empresa y hemos confiado nuestros últimos ahorros para que ahora nos la jueguen así.

—Se me pasó comentarte que nos han hecho una rebaja de última hora porque la persona encargada no ha podido viajar por un tema familiar en el último momento.

—Pero… ¿hablas en serio? ¿Y cuándo me lo pensabas decir? ¿O sea que ahora nos dejan tirados con una excusa barata?

—Hijo, escucha...

—Te lo dije, papá, esto no era serio. Son unos jetas que han venido a sacarnos el dinero que tanto nos cuesta ganar.

—Pero ¿me quieres escuch…?

—Cuando se dignen a venir, será demasiado tarde y puede que ya no necesitemos sus servicios. De ellos ni de nadie más porque habremos cerrado para entonces.

—Perdonen que me entrometa, pero… —comentó una mujer que se acercaba por detrás de mi padre.

—Perdone, usted, estamos teniendo una conversación familiar, ¿le importaría no entrometerse? —espeté fulminando con la mirada a aquella desconocida que me observaba con perplejidad.

—Asier, ¡cállate ya! Es ella la que ha venido a trabajar. Hemos tenido la suerte de que se encontrara con Inés en la carretera y la haya traído de urgencia al hospital, por eso no había llegado a la posada todavía —explicó mi progenitor, que estaba perdiendo la poca paciencia que le quedaba—. Disculpa a mi hijo que a veces le va más el drama que a una telenovela venezolana. Esa parte la ha sacado claramente de su madre —se dirigió a la mujer con sorna.

—Encantada. Soy Jana, Jana de la Vega. Ha habido un cambio de planes a última hora. La mujer de mi compañero se ha puesto de parto también, por eso no ha podido venir, así que seré yo la que me encargue de ello en sustitución. Parece que hay un *baby boom* este verano —se rio tratando de aliviar la tensión.

Me quedé congelado, sin saber cómo reaccionar. Toda la rabia que tenía acumulada se disipó y mis músculos se fueron destensando por momentos. Era un idiota, ya lo sabía. A veces me

podía demasiado la boca y no era la primera vez que hablaba antes de pensar.

En realidad, me pasaba desde hace un par de años cuando lo único bueno que tenía en mi vida me abandonó con una simple maleta bajo el brazo. Y desde entonces, todo en mi vida se venía abajo como un dominó que, a cámara lenta, veía desplomarse todas las piezas del juego.

CAPÍTULO 5

Jana

«Vale, retiro mis palabras —asimilé defraudada—. No todo el mundo en esa familia es tan agradable».

Ahí estaba la excepción que confirmaba la regla, el patito negro de la familia o, simplemente, que a partir de ese momento el resto de los miembros serían igual. Acostumbraba a lidiar con este tipo de perfiles, no era una novedad, pero por un momento me ilusioné con la idea de que trabajar con una empresa familiar sería mucho más fácil.

Al contrario que las grandes multinacionales, muchas de las cuáles carecen de escrúpulos y cuentan a sus trabajadores como simples números, las empresas que pasan de generación en generación poseen un alma sobre la que está sustentado el negocio y las hacen prosperar. O al menos esa era la experiencia que había adquirido en mi breve, pero intensa, trayectoria laboral.

«Has nadado en aguas más turbulentas, Jana», traté de insuflarme ánimos sabiendo que aquel comienzo no auguraba nada prometedor.

Desconocía si era por la falta de sueño, o por los imprevistos que habían sucedido en las últimas horas, pero sentía estar viviendo un sueño del que yo era un mero testigo desde fuera.

El hombre de las gafas le propinó un codazo en las costillas al tipo arrogante, que había permanecido con un gesto impasible. Sin ser capaz de reaccionar, el primero, que enseguida me pareció un hombre simpático, se adelantó tendiendo la mano para saludarme.

—Encantado —esbozó una sonrisa sincera—. Ya pensé que tendríamos que explicarte todo esto en inglés. Me alegro de que controles perfectamente nuestra lengua.

—Soy española, en realidad. Llevo muchos años viviendo en Estados Unidos, pero nací y me crie en Madrid.

—¡Qué alegría! —expresó Fermín que, dada su edad, supuse que no se desenvolvía en ninguna lengua extranjera.

Mantuvimos una charla amena, dejando al tipo arrogante en un segundo plano, y que poco después se apartó para atender una llamada telefónica. Les relaté mi periplo por las carreteras rurales para intentar llegar hasta las bodegas, incluyendo al idiota que me había salpicado a su paso, dejándome completamente empapada y la ropa mugrienta.

Observé al tipo arrogante que se sujetaba con la mano izquierda en la pared y, aunque con un semblante más relajado, fruncía el ceño asimilando que las noticias al otro lado del teléfono no presagiaban nada positivo. Se atusó el pelo, despejando los mechones que le caían sobre la cara y, cuando por fin dio por finalizada la llamada, se acercó con paso firme hacia nosotros y carraspeó.

—Lo siento, me gustaría quedarme, pero Carla ha llamado. Ha habido algún problema con un pedido de exportación y tengo que acercarme a echar un vistazo.

—Pues podrías llevarte a Jana y dejarla en su coche por el camino.

—He venido en moto y solo llevo un casco —contestó nervioso y, sin embargo, parecía aliviado de haberse quitado el muerto de encima.

—Os lo agradezco, pero no hace falta. No quiero causar problemas. Puedo llamar a un taxi que me lleve hasta allí, aunque, a decir verdad, no sé muy bien dónde lo he dejado —añadí deseando poder llegar cuanto antes al alojamiento y pegarme una ducha.

—Llévate mi coche y después yo vuelvo con la moto, así todo arreglado —sugirió el tipo simpático al que escuché que llamaban Benja.

El hombre arrogante accedió a regañadientes, no sin antes amenazar a su amigo con que cuidara bien de la moto o «lo lamentaría». Después giró sobre sus pasos, obviando a los presentes, y se dirigió hacia el exterior del edificio sin siquiera mirar atrás. Agradecí a Fermín y Benja su ayuda y salí corriendo detrás de aquel tipo antipático con el que presentí que debía tratar durante toda mi estancia.

Maldije para mis adentros. Podría haber sido Benja el hijo de los López de Aberásturi, pero la vida siempre nos pone zancadillas para que estemos en continua alerta, y esta claramente era una de ellas.

Mi grado de perplejidad crecía por momentos en cuanto reconocí la moto al llegar al aparcamiento. Sin duda, era la misma que había pasado de largo y me había dejado hecha unos zorros mientras trataba de encontrar cobertura. Lo fulminé con la mirada, sin que él se diera cuenta, y traté de sosegarme en aquel momento. No quería morder la mano de quien me daba de comer, o sea, no me convenía comenzar una tremenda discusión con quien me llevaría a recoger mis cosas para dejarme en el hotel que me habían reservado.

Me invadían tantas ganas de gritarle como de darme una ducha caliente y meterme en la cama hasta el día siguiente, sin embargo, tras casi veinticuatro horas despierta, solo sentía la necesidad de estar preparada para la que se me venía encima.

La tensión que se respiraba era tal que se podría haber cortado con una navaja, y el silencio tan incómodo que, por un momento, hubiera optado por tirarme en marcha del coche e ir andando los más de quince kilómetros que me separaban de aquel recóndito paraje.

Pese a mis vagas indicaciones, el tipo arrogante supo enseguida donde encontrarlo y mis ojos se llenaron de brillo cuando vi aparecer mi Mini Cooper alquilado, aparcado en el lado derecho del arcén.

—¡Vaya, qué sorpresa! Así que ese coche era suyo. ¿Nadie le ha dicho que en España no es normal dejar aparcado un vehículo en medio de la carretera?

—¿Y a usted que, cuando alguien estaciona en un lado, es porque puede que tenga algún problema?

—La próxima vez, si le pasa algo, puede llamar por teléfono también. Estamos en el siglo XXI y los móviles existen para algo.

«Está jugando con fuego y esta partida no ha hecho más que empezar».

—La próxima vez que vea un coche parado en el arcén, frene y se asegura de que no haya nadie al otro lado al que embadurnar de barro —le reproché señalando mi camisa de quinientos dólares de Chanel, completamente arruinada.

—Ah, pensé que lo de las manchas era la moda que se llevaba ahora en California —adujo con tono irónico mientras lo fulminaba con la mirada.

—Mire, no he podido avisar antes porque he dejado el móvil tirado en el coche cuando he salido a toda prisa para ir a atender a su prima que, por cierto, es mucho más amable que usted.

Me apeé del coche dando un portazo, sin esperar su respuesta, y me dirigí al mío con unas

acuciantes ganas de cortar cabezas.

«Menudo capullo».

En ese momento, mi clase de *aeroboxing* de los miércoles me hubiera venido que ni pintada para pegar patadas y soltar la tensión. Cogí el móvil y, con la batería casi descargada, me percaté de que había varias llamadas perdidas reflejadas en la pantalla. Una de mi madre, tres de mi padre y otras tantas de mi jefe y de mi amiga Alison.

Recordé que había dejado el cable del cargador en una bolsa en el maletero y, presintiendo que el móvil se apagaría de nuevo antes de encontrar mi destino, traté de respirar varias veces antes de salir a cogerlo. El sonido estridente de un claxon me despertó del letargo y poniéndose a la altura de mi ventanilla y, con cara de pocos amigos, el tipo arrogante me hizo una señal con la mano para que lo siguiera al que, presumiblemente, sería mi tan anhelado alojamiento.

Llegamos en apenas diez minutos y, sin ni siquiera bajarse del coche, me espetó a través del cristal de la ventanilla:

—Chanel, mañana a las nueve la espero en la bodega. No quiero ni un minuto de retraso.

Y se marchó dejando una polvareda en el camino de tierra al que susurré en modo irónico:

—No veo el momento, imbécil.

CAPÍTULO 6

Asier

La noche anterior llegué a casa a las tantas, después de quedarme revisando los últimos pedidos y los contratos con Carla. Sugirió quedarse un rato más a ayudarme después de cenar, pero decliné la oferta a sabiendas de que aquella propuesta venía acompañada de una proposición con una motivación diversa. Así que la invité educadamente a marcharse a su casa y me quedé hasta casi medianoche gestionando los documentos restantes.

Tenía la suerte de vivir a escasos trescientos metros de la bodega por lo que acceder a ella, cuando alguien me necesitaba, resultaba sencillo. Sin embargo, por otro lado, era imposible desconectar de un trabajo cuyos límites con mi vida personal resultaban bastante difusos.

Tomar las riendas del negocio familiar se había convertido en un proceso natural, habida cuenta de que era el primogénito de la familia y mis hermanos se habían decantado por salir del pueblo para emprender unas carreras profesionales diversas, alejadas del mundo de los vinos. Los echaba de menos, a decir verdad. Venían cada cierto tiempo de visita, aunque los viajes se iban espaciando cada vez más a medida que comenzaban a echar raíces en ciudades lejanas.

Ane era mi hermana mediana, una entusiasta del arte desde que era bien pequeña, que se había mudado a París hacía ya varios años. Se había matriculado en un máster de Bellas artes en la Universidad de la Sorbona una década atrás para potenciar su creatividad en la pintura artística. Una afición que había heredado de mi madre, una mujer un tanto peculiar y bohemia, cuya vida también había tomado otros derroteros y que en ese momento prefería olvidar.

Julen era el más pequeño de la familia. Una bala perdida que acababa de terminar de estudiar Administración y Dirección de Empresas en Madrid. No sin antes haber probado con la carrera de Publicidad y la de Sociología, habiendo abandonado ambas, antes de acabar siquiera el primer año de sendas formaciones sin éxito. No le culpaba, apenas había cumplido los veinticinco años y, aunque seguía sin tener muy claro qué hacer con su vida, al menos reconocía que había realizado un gran esfuerzo por finalizar el grado.

Mi memoria se retrotrajo a cuando apenas éramos unos chavales que jugaban a esconderse entre las vides junto a mi prima Inés, Benja y otros amigos del pueblo. Un recuerdo que había quedado sepultado en un pasado remoto donde ahora esas tierras batallaban por proveer el mejor de sus frutos para sacar adelante un negocio que daba de comer a diversas familias de los pueblos aledaños.

Se acercaban las nueve de la mañana y regresé al caserío donde había quedado con la señora de la Vega en un encuentro que llevaba horas tratando de eludir. Su coche ya estaba aparcado en la entrada y, cuando accedí al interior, la atisbé de espaldas contemplando con atención las fotos familiares que colgaban de los muros de la recepción.

La observé sin que ella se percatara, de arriba abajo, tomándole una fotografía mental. No era

el tipo de mujeres que se veían habitualmente por el pueblo. O, al menos, no tan arreglada como aquella desconocida joven. Su larga cabellera lisa, en tonos antracita, manicura profesional y un traje de pantalón y camisa perfectamente cuidados rezumaban estilo y elegancia. Se notaba que cuidaba mucho su aspecto y, pese a que no entendiera mucho de aquello, su vestuario desprendía la sensación de haber costado varias cifras de ceros.

Solía compartir pupitre con aquel tipo de chicas cuando asistía a la universidad. Se trataba de un centro privado donde los vástagos de gente de bien acudían a pasar el rato con el único objetivo de acabar colocados en cargos directivos de alta dirección de la banca, en los Consejos de administración de reconocidas multinacionales o en importantes bufetes de abogados, en un lugar donde la meritocracia brillaba por su ausencia.

Me sentía totalmente fuera de lugar en ese entorno. Al fin y al cabo, mi familia no se movía en aquellos ámbitos y había realizado un gran esfuerzo económico por formarme en una de las mejores universidades del norte de España. Quizá, por ello, cada vez que veía a una persona similar la juzgaba sin el menor reparo.

—No creo que esos tacones le ayuden a moverse por la finca —solté de sopetón provocando un ligero sobresalto en ella.

—Buenos días a usted también —contestó, girándose sobre sus caros Manolo Blahnik, con un semblante neutro.

—Vamos al lío, hay mucho trabajo por aquí. Haremos primero una ruta por las zonas más importantes y luego pasaremos a la sala de reuniones para tratar la parte burocrática.

—Lo que usted crea conveniente.

—Espero que ya haya hecho los deberes buscando información en nuestra página web, así nos ahorramos tener que contarle toda la historia.

Me miró de reojo, reprimiendo un grito silencioso antes de continuar.

—Mmm… De eso le quería hablar, de hecho. Uno de los puntos a mejorar es el manejo de su identidad digital.

—¿Qué tiene de malo? Nos costó un dineral en su día. ¿Ha venido a criticar todo lo que hacemos o a ayudar?

Se detuvo de manera brusca cuando percibí el estruendo de su tacón golpear el suelo. Me giré para quedarme frente a ella y observé cómo su rostro comenzaba a adquirir un color más propio de un volcán a punto de entrar en erupción.

—Mire, señor López de Aberásturi, he recorrido miles de kilómetros para venir a ayudarles. No pretendo echar por tierra todo el trabajo que han hecho. Es más, mi intención es fortalecer su potencial, impulsando buenas prácticas que contribuyan a llevar su marca a lo más alto. —Permanecimos en silencio mientras clavaba en mí unos ojos de color ámbar como el mosto—. Así que hágame un favor. Háganos un favor a los dos y trate de cooperar conmigo. Si nos han pedido ayuda es porque no considero que se encuentren en disposición de hacerlo solos.

Giró sobre sus zapatos, dejándome con la palabra en la boca, para recorrer el largo pasillo que nos separaba del inicio de las cuevas.

«Menuda estirada».

Sin embargo, no le faltaba razón, no estaba en disposición de ponerme gallito con ella, aunque me sobraban las ganas. Desconocía si aquel servicio que había venido a prestarnos sería crucial para remontar el negocio. La única certeza era que se trataba del último flotador al que aferrarnos si pretendíamos sobrevivir a aquel naufragio.

Quizá estaba siendo demasiado brusco con ella y la verdad que no le había dado tregua desde que había llegado hacía menos de veinticuatro horas. Más si cabe teniendo en cuenta que se

había encargado de llevar a Inés al hospital el día anterior.

—Tome, póngase esta cazadora térmica, en la galería hace mucho frío —le sugerí mientras me ponía mi chaleco.

—No hará falta, vengo bastante acalorada, hoy hace treinta grados fuera. —La rechazó con una mueca de orgullo.

—Como quiera —le dije, alzando los hombros, sabiendo que después se arrepentiría de ello.

Entramos en las cuevas y le expliqué el proceso de conservación de nuestros vinos, algunos de los cuáles llevaban bajo tierra varias décadas. Mis abuelos habían sido los encargados de iniciar la construcción de aquellas galerías que, en su día, se habían cavado de manera manual, para con el tiempo expandir su longitud y profundidad con herramientas y vehículos industriales.

Además de crear nuevos nichos para conservar el producto de la incisiva radiación solar, optando por una infalible técnica rudimentaria, construyeron asimismo dos pequeños *txokos*, esto es, un par de comedores donde se celebraban los eventos familiares más importantes con una gran comilona.

Las bajas temperaturas y la humedad eran las responsables de conservar nuestro vino en unas galerías, de suelo de arcilla y piedra caliza, donde parecía no haber pasado el tiempo. A menudo evocaba a mis abuelos dejándose la piel en aquel laberinto subterráneo y un halo de nostalgia, así como un profundo orgullo, me embargaba cuando bajaba a meditar en los momentos más melancólicos.

Observé a la señora de la Vega de reojo, escuchando con atención mi explicación y tomando notas de los detalles más importantes, cuando el sutil castañeo de su dentadura se coló en el sigiloso ambiente. Percibí cómo estaba notando de golpe las bajas temperaturas que en aquel momento estimaba que no sobrepasaran los doce grados y, pese a mi inicial reticencia, me quité el chaleco y se lo ofrecí.

—Ahora no me lo rechazará, ¿verdad?

—Gracias —susurró con un frágil hilo de voz.

—Creo que por hoy vamos a dejar esta zona. Volveremos otro día. Y las vides también nos la saltaremos hasta que no traiga un calzado más adecuado —le expliqué señalando hacia sus pies.

«Menuda niña bien de ciudad».

Subimos a la oficina y dedicamos toda la mañana a revisar los informes económicos de los tres últimos ejercicios, además de los planes de *marketing* que había llevado una gestoría externa el pasado año, tratando de externalizar aquellos servicios que nos resultaban más tediosos de abarcar.

Estaba atendiendo una llamada al teléfono de un cliente cuando percibí cómo un bostezo asomaba de su boca, intuyendo que aquel pequeño negocio le resultaría aburrido de gestionar, en comparación con las grandes cuentas que llevaba aquella empresa americana.

«No me lo puedo creer. Esta es la gota que colma el vaso».

—Sé que no está acostumbrada a este tamaño de empresas, pero para nosotros esto es muy importante —la confronté con un semblante serio y se percató de su acto reflejo.

—Perdone, es el *jet lag*, anoche no dormí nada con el cambio de hora.

—Pues hoy váyase pronto a la cama. No creo que otros clientes vean normal que se duerma en medio de una reunión.

—Oiga, ¿cuántas veces le voy a tener que pedir perdón? Ha sido un gesto involuntario.

—Tengo que reunirme con un cliente ahora. Si quiere quedarse por aquí puede hacerlo y si no, nos vemos mañana a la misma hora. Y quiero que esté al cien por cien. —Salí disparado por la puerta sin apenas despedirme.

CAPÍTULO 7

Jana

Desconocía qué me estaba pasando desde que había llegado allí, pero algo en mi interior no funcionaba bien. Y no solo era la falta de sueño, demasiado evidente con los ojos de mapache con los que me había presentado esa misma mañana, y que ni tres capas de maquillaje habían resultado eficaces de cubrir. Tampoco se trataba solo de los acontecimientos vividos en las últimas semanas que me perseguían como monstruos del pasado y de los que había tratado de rehuir, propiciando posponer una decisión inevitable.

Me empeñé en mostrar mi mejor imagen hasta tal punto que me había presentado con un traje impecable y unos *stilettos* de vértigo, pretendiendo mostrar una faceta de mí que no se correspondía con la realidad. Probablemente funcionara con los peces gordos de Wall Street, pero no con una bodega familiar de varias generaciones donde los dueños eran los primeros en mancharse las manos para levantar el negocio.

Mi capacidad camaleónica de adaptarme a cada coyuntura comenzaba a fallar y detectaba que podía ser ese hombre que me ponía nerviosa cada vez que clavaba sus ojos en mí con aquellas largas pestañas y ojos penetrantes.

Regresé a la posada, en cuyos detalles apenas me había fijado la tarde anterior, teniendo en cuenta el agotamiento físico que me embargaba cuando me metí a la cama. El murmullo del móvil vibrando en el bolso captó mi atención antes de bajarme del coche.

—Papá, ¿cómo estás? —respondí, esbozando una sonrisa de oreja a oreja, cuando escuché su voz al otro lado del teléfono.

—¡Hola, cariño! Pues un poco cansado, la verdad. Acabo de aterrizar ahora mismo y estoy esperando a un taxi que me lleve a casa.

—¿Cómo ha ido en Atenas?

—Ya sabes, entre reuniones y conferencias no he parado mucho. Ni siquiera he tenido tiempo de visitar aquel restaurante que tanto te gustaba de pequeña.

—¿No crees que ha llegado la hora de bajar el ritmo? No tienes necesidad de trabajar tanto a tu edad.

—Lo sé, pero fue un compromiso con el señor Bennet al que hacía tiempo que no veía. ¿Te acuerdas del cónsul de Gran Bretaña con el que compartíamos tardes de té cuando vivíamos en Beirut?

—¿El que me regalaba siempre libros? —Traté de reconstruir una imagen del pasado recordando a todas las personas que pasaron por nuestra vida en mi infancia.

—El mismo. Me dio recuerdos para ti y le conté que estaba muy orgulloso de mi niña por todo lo que había conseguido. Pero dejemos de hablar de mí y cuéntame… ¿qué te ha llevado a esos parajes de la Rioja Alavesa?

—Un trabajo de última hora, a decir verdad. Necesitaba salir de California unas semanas y pensar en todo lo que ha pasado.

—Lo sé. Te vendrá bien cambiar de aires y dejar de pensar en ese mendrugo que tenías como novio —soltó, acompañándolo de un sonoro bufido—. Me alegro de que estés tan cerca. En cuanto libres un fin de semana, voy a verte si hace falta. Te echo mucho de menos, pequeña.

—Yo también te echo de menos, papá. La verdad es que pensé que gestionar esta bodega sería pan comido, aunque el dueño no me lo está poniendo fácil —lamenté, alicaída, y puse los ojos en blanco pensando en el tipo arrogante.

—Jana, eres la mujer más inteligente y con más carisma que conozco. No tengo duda de que, además de llevar su negocio a lo más alto, acabarán adorándote como lo hacen todos.

—¡Qué remedio! Me las apañaré…

—Oye, cariño, ¿te puedo hacer una pregunta?

—Claro, dime. —Temí qué estaría rondando en la cabeza de mi padre a juzgar por cómo había sonado.

—¿Por qué has elegido una bodega de Álava? Espero que no sea por… aquella conversación que mantuvimos hace unas semanas.

Un silencio se interpuso entre ambos mientras observaba a lo lejos cómo Inés bajaba de su coche y accedía por la puerta de la posada. Medité mi respuesta antes de continuar.

—Papá, te tengo que dejar, tengo trabajo —mentí a sabiendas de que no quería contestar aquella pregunta.

—Vale, cariño, pero no hagas ninguna tontería. Hay cosas del pasado que es mejor dejarlas estar. Sabes que podrías hacerle mucho daño.

—No te preocupes, no pretendo causar ningún problema. Y menos a ella.

—Lo sé, Jana. Si necesitas cualquier cosa, estoy a una llamada de teléfono, ¿vale? Te quiero, pequeña.

—Yo también te quiero, papá.

Salí del coche y corrí hacia la entrada en busca de la mujer con una abultada barriga, que realizaba malabares con las cajas de frutas y verduras que acarreaba entre las manos.

—Inés, ¿cómo estás? Deja que te ayude con la compra. —Me ofrecí mientras se daba la vuelta sorprendida por mi presencia.

—¿Janaaa? Oh, Dios. Eres mi ángel de la guarda. Siempre estás aquí para echarme una mano cuando estoy en apuros. —Esbozó una sonrisa radiante mientras depositaba el peso en el suelo y se erguía con cierta dificultad.

No me había dado tiempo a contestarle cuando se abalanzó sobre mí y me inmovilizó, rodeando mi enjuto cuerpo con sus rollizos brazos, en un efusivo abrazo de agradecimiento.

Permanecí estática, sin saber muy bien cómo actuar, habida cuenta de que no era capaz de soltarme de sus brazos. No estaba acostumbrada a tantas muestras de cariño físico, sobre todo de una persona desconocida, y me resultó desconcertante por momentos.

—Pensé que estarías todavía en el hospital. ¿Cuándo has salido?

—Esta misma mañana. Pretendían dejarme allí encerrada, como un cachorrillo indefenso, aunque saben de sobra que, como soy un culo inquieto, acabaría dándome el alta yo misma. Eso sí, he prometido permanecer en reposo absoluto y, como me vean cargando estas cajas, me encarcelan de nuevo…

La mujer se separó de mí en un movimiento torpe y trató de articular unos vocablos ininteligibles que se ocultaban tras unos incipientes gimoteos. Sus ojos vidriosos comenzaron a derramar lágrimas con una intensidad desmesurada que amenazaba con romperla en mil pedazos.

—¿Estás bien?

—Lo… Lo siento. No sé qué… Soy una... histérica… Puede que… hormonas.

Extraje un pañuelo de papel del bolso y se lo tendí con una sonrisa en la boca, sin saber muy bien qué contestar.

—¡Ya está! —Se secó las últimas lágrimas al instante en un gesto apresurado que me dejó boquiabierta—. Este bebé va a acabar conmigo si no nace ya.

—No te preocupes. A mi amiga Alison le pasaba lo mismo cuando estaba embarazada y ahora que ha tenido al niño…

—¿Ha dejado de tener estos cambios bruscos de humor?

—Pues… sigue llorando, aunque por otros motivos —le expliqué de manera sarcástica—. No te preocupes, no te queda nada ya y seguro que lo harás fenomenal.

—Quería agradecerte todo lo que hiciste ayer por mí. Si no te hubiera encontrado en la carretera, no sé qué hubiera pasado conmigo.

—No fue nada, de verdad.

—Pensé que no te volvería a ver y cuando me explicaron que ibas a trabajar en las bodegas, me puse tan contenta que casi me pongo de parto de verdad. Te he comprado un ramo de flores y te lo he dejado en la habitación.

—¿En serio? Te lo agradezco, pero no tenías por qué.

—Espero que esté todo a tu gusto. Siento que no haya grandes lujos en la posada, pero mi madre y yo la cuidamos con mucho mimo e intentamos que todos nuestros huéspedes se sientan como en casa.

Eché un vistazo general a la recepción y al comedor que se adentraba en una amplia sala con grandes ventanales en la parte derecha. Se trataba de un antiguo caserío con techos altos y vigas de madera que cruzaban de punta a punta. Se notaba que había sido rehabilitado hacía no muchos años, aunque ciertamente se alejaba de los hoteles de cinco estrellas en los que habituaba a alojarme por mi trabajo.

El joven que había en la recepción el día anterior me había comentado que la mayor parte de sus diez habitaciones eran solo para dormir, no obstante, contaban con un apartamento que habían habilitado para las estancias de larga duración como la mía. Pese a mis nulas dotes culinarias, agradecía poder contar con una pequeña nevera y una cocina para prepararme cuatro cosas, especialmente en verano cuando las altas temperaturas me quitaban todo el apetito.

—Está todo perfecto. Muchas gracias. Lo único… ¿sabes si hay algún restaurante en el pueblo donde pueda ir a picar algo?

—¿Por qué no te quedas a comer con nosotras? Si te apetece, claro.

—Oh, no quisiera molestar. Con una ensalada es suficiente.

Me observó de arriba abajo, y luego se observó a sí misma, permaneciendo con un gesto impasible.

—Hoy tenemos puchero, pero te puedo hacer un gazpacho y una ensalada con tomates de la huerta.

—Eso sería perfecto. ¿Tenéis por casualidad algún supermercado cerca con productos *gluten-free*?

—La señora Concha tiene de todo en su supermercado. Seguro que encuentras lo que buscas —añadió Rosa saliendo de la cocina mientras se limpiaba con un delantal lleno de lamparones.

—Genial, me encantaría pasarme si tiene alguna sección bio, *raw* o vegana.

—Mamá, la señora Concha tiene los mismos productos en la tienda desde que abrió en 1985. No creo que le haya dado por traer algún producto sin gluten adrede —añadió Inés poniendo los

ojos en blanco.

—Esa señora es una moderna desde que volvió de la capital… Hasta lleva mechones azules en el pelo, así que no dudes de que tenga el *gufre* ese que buscas, niña.

—¿Eres intolerante? —se dirigió Inés hacia mí, tratando de ignorar el comentario de su madre —. En Valdetintos dudo que encuentres algo, tendrás que ir a alguna ciudad más grande. Si quieres te puedo acompañar algún día.

Asentí enarbolando una sonrisa de agradecimiento a ambas mujeres con las que comí mientras mantenía una agradable charla. Observé la buena sintonía que había entre madre e hija y percibí una creciente sensación de envidia sana. Distaba bastante de lo lejana que se encontraba de la mía con aquella desconocida, con la que tan pocas cosas compartíamos, además de lazos sanguíneos y mi antigua nariz aguileña.

Pero estaba dispuesta a indagar más en ella, tratando de conocer finalmente lo que se sentía al descubrir la expresión que Inés había empleado de «sentirse como en casa».



Me había quedado trabajando toda la tarde en el apartamento. Desconozco a qué hora me dormí, pero agradecí escuchar los estridentes sonidos del cacareo de una gallina a lo lejos, en una escena de lo más rústica. Me desperté con el portátil a mi lado, deseando que el mito por el que un *hacker* estuviese espiando a través de la cámara fuera incierto, habida cuenta de que solo sería capaz de grabar un hilillo de baba brotando de mis comisuras, en una postura corporal casi imposible.

Miré el reloj para cerciorarme de que aún era temprano y no llegaba tarde a una nueva cita en la bodega. Estaba agotada por la falta de sueño de los últimos días y estimaba que había dormido casi doce horas. No era propio de mí, a decir verdad. Mi rutina habitual consistía en permanecer trabajando esas horas en la oficina y apenas dormir cinco o seis cuando llegaba a casa. Sin embargo, la tranquilidad que se respiraba en aquel lugar contribuyó a favorecer que me arrojara con inmediatez a los anhelados brazos de Morfeo.

Salí a correr con las primeras luces del alba, temiendo que la humedad y las altas temperaturas de finales de agosto me dificultaran realizar ejercicio físico a lo largo del día. Tras tomar una necesaria ducha fría y un café rápido, me enfundé unas zapatillas Balenciaga, a juego con unos pantalones y una camisa básicos. Maldije para mis adentros. Definitivamente, este era un atuendo bastante más adecuado para el lugar y odiaba tener que darle la razón a aquel cabezota.

La recepción de las bodegas se encontraba esta vez ocupada por una figura femenina que rondaba la treintena. Según traspasé el umbral de la puerta, me pulverizó con la mirada, tomándome una fotografía ocular de la cabeza a los pies, para detenerse en mi funda del portátil de Prada.

«Si las miradas matasen…», pensé horrorizada temiendo que aquella bienvenida fuera habitual a todas las personas que se acercaran a la bodega, o sería otro problema que gestionar.

Pregunté educadamente por el señor López de Aberásturi y recibí una fría respuesta.

—¿Quién lo busca? Y, ¿para qué? No aceptamos visitas sin cita previa.

Inhalé una bocanada de oxígeno y me armé de paciencia. La mujer, de cabellera caoba, cintura de avispa e infinitas piernas, giró su mirada de nuevo hacia la pantalla del ordenador sin esperar mi respuesta.

Observé el exterior a través del gran ventanal para contemplar a los jornaleros trabajando en el terreno. Claramente era una empresa masculinizada, por el tipo de trabajo que se realizaba, y quizá, siendo la única fémina de la plantilla, estaba acostumbrada a ser el centro de atención y recibir todo tipo de adulaciones por parte de sus compañeros de trabajo.

Desvié mis pensamientos para focalizarme en la tarea que me había llevado hasta allí. Me presenté de manera cortés, informándole de que mi presencia allí duraría semanas —un detalle que, claramente, no le fascinó a juzgar por su morro fruncido—, y le expliqué que había quedado en aquel lugar con el señor López de Aberásturi, hijo.

Proseguía con los ojos fijos en la pantalla, presintiendo que me estaba ignorando de manera deliberada. Comenzaba a perder mi paciencia cuando, con un seco «en los viñedos», acompañado de una mirada fría y una señal con el índice de su mano derecha, me condujo al exterior del edificio principal.

Me había adelantado a la cita acordada, así que me dirigí en su búsqueda para aprovechar el tiempo perdido. Los enérgicos ladridos de un perro, mezcla de pastor vasco con otra raza callejera, se aproximaron y temí estar invadiendo su territorio y no gustarle, por lo que me acerqué y le ofrecí el dorso de mi mano para que lo oliera con su hocico. Su espeso pelaje dorado y su simpatía me encandilaron en apenas unos instantes, cuando se lanzó sobre la húmeda tierra, panza arriba, invitándome a acariciarle la barriga.

Continué por los caminos, acompañada de los saltitos del juguetón cachorro, que no se separaba de mí.

—¡Luuur! —bramó una familiar voz masculina llamando al can que me escoltaba a un lado.

Y entonces lo vi, agachado junto a las vides, con una podadera en la mano. Se giró para examinar quién se acercaba y pude observar cómo se había quitado la camiseta y la llevaba sujeta a la trabilla lateral del pantalón.

Permanecí inerte durante unos segundos, siendo incapaz de reaccionar, de gesticular alguna palabra, pese a los bruscos movimientos del perro que seguía brincando a mi alrededor. Mi cara debía de ser un poema mientras recorría con mis ojos su perfilado mentón, las cavidades de sus clavículas, sus marcados abdominales y las gotas de sudor que caían desde su rostro.

Estaba completamente absorta ante aquella figura que se presentaba medio desnuda ante mí. Era habitual en algunas playas de Santa Mónica o San Diego ver cuerpos de hombres esculpidos por un cincel y bronceados por el intenso sol californiano. Hasta mi prometido —exprometido—, Matt, solía acudir al gimnasio con cierta asiduidad.

A decir verdad, nunca me había dejado llevar tan solo por un físico, siempre y cuando no fuera acompañado de un mínimo nivel de conversación e inteligencia. Sin embargo, había estado tan ciega mientras peleaba con él, que apenas me había percatado de que el señor arrogante también era un hombre.

«Un hombre muy bien dotado».

—Lur, ven aquí. No molestes a la señora de la Vega. —Me despertó una voz del letargo.

—No… No es ninguna molestia —musité refiriéndome no solo al animal, sino a la escena

que presenciaban mis ojos.

—Buenos días. Espero que haya descansado bien. No la esperaba hasta dentro de media hora, pero, ya que está aquí, empezaremos la visita por los viñedos.

—Lo que diga estará perfecto. —Traté de articular varias palabras con un mínimo de sentido.

—¿Se encuentra bien? ¿Necesita un vaso de agua? La veo un poco pálida.

—Estoy bien, gracias por preocuparse. Es solo que este calor me está matando… —mentí de manera descarada, mientras me abanicaba con la mano, sin saber dónde meterme.

CAPÍTULO 8

Asier

—Pensaba que en California disfrutaban de temperaturas altas durante todo el año —ironicé tratando de mantener una conversación neutral.

—No se crea. En el norte del estado, a veces el viento y la lluvia son bastante frecuentes, aunque, donde vivo yo, hay un microclima muy agradable.

—Pues algo parecido pasa en la Rioja Alavesa y de ahí el éxito de esta denominación de origen, así que empezamos con nuestra primera lección del día —expliqué dirigiéndome al vestuario para ponerme una camiseta limpia—. Vamos por aquí.

No habían hecho falta ni cinco minutos de conversación con esa mujer para sacar a relucir su nulo conocimiento sobre el mundo vitivinícola. Y fue uno de los detalles que más me sacó de quicio cuando di por finalizada la reunión el día anterior y la dejé en la sala de juntas a la hora de comer.

Mi cabeza solo podía pensar en que perdíamos el tiempo con ella. Tras la conversación mantenida por la mañana, me dediqué a rastrear su perfil digital por la red con la ayuda de Benja y, a los pocos minutos, ya había encontrado cientos de referencias en varios idiomas con diversos reconocimientos profesionales y hasta algún galardón de la Cámara de Comercio del sur de California.

«Menuda pantomima», pensé, convencido de que aquello era una completa farsa. Si algo había aprendido de las películas de Hollywood era que les gustaba tanto la parafernalia, para crear postureo, que cualquiera de sus galardones se convertía en pura y simple fachada. En este caso, simplemente, llevaba el matasellos del mundo empresarial.

No obstante, de quien sí me fiaba era de mi amigo y de sus sabios consejos, por lo que acepté su sugerencia de aprovechar la ocasión y escuchar, al menos, las propuestas que pudiera plantear. En cierta manera, en el breve encuentro que habíamos mantenido, la señora de la Vega había logrado convencerme de su notable experiencia como promotora, capacitada para gestionar cualquier negocio. Sin duda alguna, estaría solo en mi mano aceptar el plan de mejoras y llevarlo a cabo en la empresa familiar.

—Nos encontramos encallados en un valle, con la Sierra de Cantabria a un lado, que evita que las fuertes ráfagas de viento echen a perder la cosecha, y la influencia de la humedad del río Ebro al otro. Por tanto, el microclima del que gozamos en estos terrenos, a diferencia de lo que pasa en general en el norte del país, es ligeramente superior con temperaturas cálidas durante el verano y suaves en invierno.

Observé cómo el color había vuelto a sus mejillas y escuchaba atentamente mi explicación mientras realizaba anotaciones en su libreta.

—Necesitamos tanto calor como humedad, pero unas temperaturas extremas y unas lluvias

intensas serían igualmente perniciosas para los cultivos —reanudé mi explicación sintiéndome ridículo al simular a mi profesor de geografía del instituto.

—Entiendo. Ahora nos encontraríamos en la fase del envero, ¿verdad? —preguntó con un semblante curioso, en un detalle que me sorprendió por su dominio de los tecnicismos.

—El envero se produce entre principios y mediados de agosto y suele durar unas dos semanas, aproximadamente. Es el momento en el que la uva deja de crecer y se produce el proceso de transición hacia la maduración —clarifiqué lanzando una mirada de satisfacción hacia las hileras de vides—. Así que, llegados a este punto, podemos dar por finalizada esta fase.

—Entonces…, ¿ha comenzado ya la vendimia?

—Efectivamente, podríamos decir que estamos llegando al punto culmen de todo el proceso. El envero es crucial ya que nos dará una estimación aproximada de cuánto durará la vendimia, que suele ser entre 35 y 50 días. En este momento es cuando la uva cambia de color, dotando al fruto de más agua y azúcar, al tiempo que va reduciendo su acidez.

—Debe de ser la época más bonita del año, cuando las tonalidades de las uvas comienzan a adquirir matices más oscuros y rosáceos —afirmó alzando la mirada hacia el horizonte para contemplar los tonos policromados que se cernían en las inmediaciones.

—Debería ver la estampa que se contempla desde el Balcón de la Rioja, es impresionante. Algún día podría llevarl… —enmudecí, de manera brusca, reparando en la invitación que estaba a punto de ofrecer—. No está lejos de aquí. Quiero decir que algún día podría ir a verlo con su coche.

Hablar de la vendimia era mi perdición. Podía pasarme horas tratando el tema. Reconocía que, aunque fuera un modo de vida que daba tantos dolores de cabeza, al fin y al cabo, era mi vida.

Estábamos manteniendo una conversación tan agradable que había olvidado por completo de quién se trataba. Había algo en esa mujer que me desestabilizaba. Me desconcertó chocarme con la intensidad que emanaba de su mirada, escondida tras esas pestañas rizadas tan artificiales. Bajo varias capas de maquillaje, trataba de ocultar una multitud de pecas que simulaban una constelación celestial y que estaba seguro de que, con la cara lavada, resaltarían su belleza natural.

«Céntrate, joder».

—El verano pasado sufrimos una ola de calor inusual y las uvas maduraron a una velocidad excesiva —continué tratando de espantar mis pensamientos—. En este momento del año es fundamental controlar el clima de manera meticulosa, porque de ello dependerá la salud de las vides. Si hay un golpe de calor, los viñedos pueden sufrir un estrés térmico y, si llueve en exceso, se diluyen algunas de sus propiedades más esenciales.

—Veo que lo tenéis todo calculado al milímetro.

—Así es. Hay que tener en cuenta que las uvas son muy vulnerables en este momento del proceso y podrían derivar en enfermedades no deseadas. El año pasado sufrimos una pequeña plaga del hongo *botrytis cinerea*, que empezó con unas manchas marrones en los sarmientos y se expandió hacia los racimos, mediante una capa de moho grisáceo, que provocó que las uvas se debilitaran en exceso.

—Su padre me habló de que este problema estaba generando tensión entre las personas trabajadoras de la bodega. Comprendo que la gente pueda preocuparse por el futuro de las viñas y, por tanto, de su estabilidad laboral.

—Esa es la parte que más me quita el sueño. Siempre hemos sido una pequeña familia y, aunque contratemos jornaleros para la recogida de la uva, el resto de la plantilla siempre ha

estado conformado por un reducido núcleo de personas que se ha mantenido fiel a la empresa —manifesté observando cómo dejaba caer el cuaderno de notas y escudriñaba mi semblante con preocupación.

—Lamento comunicarle que no le seré de gran ayuda en la parte de subsanar las vides enfermas, sin embargo, sí me dedico a mejorar el clima laboral dentro de las empresas y, en la mayor parte de los casos, siempre he obtenido muy buenos resultados. —Trató de reconfortarme esbozando una sonrisa sincera.

—Ahora que estamos aquí, aprovecharé para presentarle a algunas de esas personas.

—Genial, me gustaría poder realizar alguna dinámica de grupo sin que interfiera demasiado en las tareas de la recolección.

Le lancé una mirada confusa mientras giraba sobre mis pasos para acercarme a la cuadrilla de hombres que trabajaban en la tierra. No comprendía qué significaba la expresión «dinámica de grupo». Bueno, la expresión como tal sí; había realizado varias actividades similares en el primer año de universidad, aunque no entendía qué implicaciones prácticas tendría en esta bodega.

Siempre habíamos sido una pequeña familia y no cabía en mi cabeza la urgencia de realizar una terapia de grupo para resolver los problemas internos. Nos encontrábamos en la época con más faena de la temporada y prescindir de algunos de mis trabajadores no iba a facilitar la continuación del proceso de producción si queríamos llegar a tiempo.

—Mario, Néstor, dejad un momento lo que estéis haciendo y acercaos aquí, por favor. —Realicé un ademán con mi mano para que se aproximaran hacia nosotros.

—Díganos, señor, ¿en qué podemos ayudarle?

—No me llames señor, que no tengo ochenta años —le interpelé al primero mostrando una sonrisa sincera.

Mario era uno de mis mejores trabajadores. Su padre había ejercido la misma labor, conjuntamente a mi padre y mi tío, hasta la edad de jubilación. Tenía la misma edad que mi hermana Ane y, pese a sus fervientes ganas de comenzar a trabajar cuanto antes para ganarse un sueldo propio, convencí a sus padres de que prosiguiera los estudios y le mantendríamos un puesto para él en cuanto hubiera finalizado. Era el más leal de todos los trabajadores. Portaba siempre una sonrisa en el rostro, apenas le oía alguna queja y tiraba del carro de todo el grupo para sacar la faena a tiempo y en las mejores condiciones.

Por contra, su compañero Néstor era el que, pese a llevar muchos años en la bodega, se veía continuamente desmotivado y sospechaba que era la persona que había iniciado contactos con bodegas aledañas para buscarse un hueco en caso de una inminente quiebra de la nuestra.

—Esta es la señora de la Vega. Estará aquí gestionando ciertos temas durante unas semanas.

—Encantada de conocerlos.

—Igualmente, pero prefiero no darle la mano, las tengo manchadas de tierra y usted viene demasiado elegante como para estropear ese bonito atuendo —respondió un gentil Mario que siempre se mostraba como un caballero para camelarse a las mujeres sin ningún tipo de rubor.

—No es molestia. Igualmente espero verlos la semana que viene en la sala de reuniones para conocernos mejor.

Un silencio se asentó en el ambiente y ambos hombres arrugaron el ceño en señal de confusión. Se miraron mutuamente y, visiblemente ofuscado, Néstor exhaló:

—¿Nos van a despedir? ¿Es eso? ¿Han tenido la valentía de contratar ayuda externa para echarnos a la calle de una patada? Lo que nos faltaba ya.

—Vamos a calmarnos. Aquí nadie se va a ir a la calle —expliqué lanzando una mirada de reproche hacia Néstor en una situación que estaba dejando perpleja a la mujer.

—Precisamente, a lo que he venido es a potenciar el negocio para subsanar las pérdidas y que todos puedan conservar su empleo. Si necesitan cualquier cosa, estoy a su entera disposición. Me alojo en la posada familiar y me tendrán por aquí la mayor parte de los días. Espero verlos la semana que viene.

La expresión del primero comenzaba a relajarse, al contrario que la de Néstor, en cuyo rostro se percibía un alto grado de insatisfacción, como ya venía siendo habitual. Percibí cómo la señora de la Vega anotaba algo en su cuaderno, en un detalle del que no pude reprimir un cierto grado de irritación. Nos despedimos de ellos para acercarnos al edificio principal y, cuando ya nos habíamos alejado, le solté:

—No creo que ahora mismo sea el momento más oportuno para realizar cualquier juego infantil con los trabajadores. Hay mucha faena por hacer —respondí con un tono más brusco del que pretendía.

—Lo que no es un juego es la manera que tiene de gestionar su empresa. Si quiere hacerlo a su manera, perfecto, yo hago las maletas y no me volverá a ver el pelo jamás. Pero, claramente, por la actitud de sus trabajadores, se ve a la legua que el ambiente está muy caldeado y es necesario un trabajo previo con ellos. Si no cuida al personal, ¿cómo van a rendir y cuidar del producto que luego quiere vender?

«Lo que me faltaba ya».

—¿Me está acusando de tratar mal a mis trabajadores?

—Yo no he dicho tal cosa. Solo que, si realmente tiene la voluntad de arreglar esto, hay mucho trabajo por hacer, empezando desde abajo. Así que la pelota está en su tejado.

Permanecimos en silencio, mientras observaba cómo su expresión se componía en un rictus serio. Las palabras que acababa de pronunciar quedaron suspendidas en el aire a la espera de una réplica por mi parte. Sin embargo, por primera vez, no fui capaz de rebatir sus argumentos, por lo que, tras un incómodo minuto de mutismo, que pareció eterno, concluyó con su advertencia.

—La dinámica de grupo es obligatoria. Así que el próximo lunes a las nueve de la mañana los quiero a todos en la sala de reuniones. A usted también, por si tenía duda —matizó con severidad.

CAPÍTULO 9

Jana

No había parado de mirar el reloj en la última media hora. Comenzaba a morderme el carrillo interno de la boca, y no cesaba de repiquetear la mesa con el boli que llevaba estampado el logo de mi empresa. Pensé en la amenaza que le había soltado la semana pasada al señor López de Aberásturi. No podía hacer las maletas e irme como si no hubiera pasado nada. Había prometido a mi jefe que supliría perfectamente la ausencia de mi compañero Mike y, claramente, no habíamos empezado con el mejor pie.

El tipo arrogante me sacaba completamente de quicio. Era un cabezota, que estaba acostumbrado a que el resto del mundo le bailara el agua sin llevarle la contraria y no soportaba ver a una mujer darle directrices de cómo llevar su empresa.

Porque claro está, esto ya lo había vivido con anterioridad. Algunas personas aceptaban sin pensarlo las sugerencias de mejora, siempre y cuando vinieran de un señor con traje y testículos. Pero si una mujer, con estudios universitarios de empresariales y *marketing*, varios posgrados de *coaching* y *mentoring* de grupo y casi una década de experiencia en el sector como yo, se atrevía a sugerirles un pequeño cambio, te daban la espalda sin siquiera escuchar una propuesta.

Era demasiado injusto que las mujeres tuviéramos que trabajar el doble que los hombres para obtener los mismos resultados. Pero en esta ocasión, aún más si cabe, merecía la pena demostrar mis habilidades y conseguir salvar este negocio, tal y como rezaba mi impecable currículo laboral.

El repiqueteo del boli resonaba como un eco en mis entrañas. Mis ojos estaban clavados en aquel logotipo circular de color rojo que me recordaba a la furia que se desataba en el interior de mi jefe cada vez que algo no salía según lo planeado, y algún cliente mostraba un mínimo grado de insatisfacción. La vena de su yugular se tornaba de un color burdeos que paulatinamente se iba transformando en una tonalidad verde, como la cabeza del ogro animado Shrek. Cualquier alma que quedara en la sala en ese momento huía despavorida por temor a que explotara y sus sesos se desparramaran por toda la oficina.

Tampoco dejaban lugar a dudas sus constantes proclamas en defensa de la Asociación Nacional del Rifle, del que era un ferviente seguidor y miembro desde antes incluso de que su bendita madre lo gestara dentro de sí misma. Cuando las cosas se ponían feas con alguna cuenta, no dudaba en soltarlo en cada conversación incómoda de una manera, digamos, nada sutil.

Un escalofrío me recorrió todo el cuerpo simulando esas palabras que resonaban como un eco con la voz grave que emanaba de las cuerdas vocales del señor Douglas:

«Jana, estas cosas no pasarían si todo el mundo pudiera portar armas», pude percibir desde el fondo de mis entrañas.

No me lo podía permitir. Miré de nuevo el reloj y observé cómo las agujas habían pasado ya

de las nueve y veinte de la mañana. No podía ser que estuviera sola en la sala. O bien esta gente carecía del don de la puntualidad, o una mano negra había disuadido al resto de participar en la actividad. Y sospechaba que la segunda opción tenía todas las papeletas de ganar.

Alcé la mirada y encontré una cara conocida a lo lejos.

—¡Benja! —bramé desde el interior de la sala de reuniones tras los inmensos cristales que la separaban del pasillo.

Salí a todo correr persiguiendo al hombre de gafas que vestía una bata blanca de laboratorio y, desconcertado, se giró para quedarse frente a mí sin comprender nada.

—Señora de la Vega, encantado de verte de nuevo. ¿En qué puedo ayudarte?

—Llámame Jana, por favor —le sugerí al tiempo que alzaba las comisuras de mi boca de forma simpática—. ¿Sabes la razón por la que nadie ha aparecido esta mañana en la dinámica de grupo?

—¿A qué te refieres? No tenía constancia de ninguna reunión.

—La organicé la semana pasada y el señor López de Aberásturi era el encargado de informar a toda la planti… —Me detuve con un notable gesto de crispación, siendo consciente de que lo había hecho a propósito—. No pasa nada. ¿Sabes dónde está? Me gustaría aclararlo con él, seguro que se trata de un malentendido.

—Lo siento, Jana. Creo que estará en su despacho, al fondo del pasillo a la derecha —explicó ajustándose las gafas con el dedo índice.

Le agradecí con la mirada su ayuda y me dirigí a buscar al tipo arrogante cuya puerta atisbaba entreabierta a lo lejos.

«Maldito bastardo, se va a enterar».

Mis humos crecían exponencialmente a medida que me acercaba y no pude reprimir las ganas de echarle un buen rapapolvo, tratando de reprocharle cómo me hacía perder el tiempo y que fuera consciente de que mis servicios valían oro para su empresa, —literalmente, unos cuantos lingotes de oro—.

Toqué la puerta con los nudillos de manera impetuosa y, antes de recibir respuesta, accedí al despacho sin recibir ninguna autorización. Percibí un latigazo de ira incontrolable que me sacudió de arriba abajo y al tropezarme con aquellos dos pares de ojos que, al sentir mi presencia, se separaron de manera brusca, mi respiración se cortó instantáneamente.

La tensión del ambiente se podía cortar con un cuchillo, mientras las miradas de las tres personas que nos encontrábamos en aquella sala pivotaban de unos ojos a otros como si nos encontráramos en un partido de tenis de Roland Garros. Carraspeé sintiendo una creciente sensación de bochorno al recordar cómo el señor López de Aberásturi se dejaba acariciar las mejillas hacía apenas unos segundos por la antipática recepcionista de infinitas piernas largas.

—Siento interrumpir lo que estén haciendo, pero yo he venido aquí a trabajar, así que, a menos que exista una razón de peso, quiero a toda la plantilla en la sala de reuniones *ipso facto*.

—Creo que le había dejado claro que no teníamos tiempo para sus jueguecitos, Chanel. Estamos en el momento álgido de la vendimia y no podemos permitirnos prescindir de nuestros trabajadores para este tipo de cosas —soltó de modo irónico, tratando de recomponerse, arreglando el cuello de la camisa.

—Ya. Veo que en este momento están muy ocupados realizando tareas de vital importancia para la supervivencia de las bodegas —musité en un, casi imperceptible, comentario al aire.

—¿Cómo ha dicho?

Nuestros ojos se encontraron en el medio del camino y levantó las cejas para retarme. Podía continuar discutiendo con aquel cretino y nunca llegaríamos a un acuerdo, así que descargué toda

la tensión de mi cuerpo, tomando una gran bocanada de aire, y me rendí por primera vez en la vida.

—Está bien, usted gana. Le he dado unas cuantas oportunidades y veo que nunca llegaremos a entendernos —susurré con un hilo de voz cada vez más débil. —Voy a ponerme en contacto con su padre ahora mismo y le enviaré la documentación para firmar una rescisión voluntaria del contrato por su parte. Lamentablemente, no habrá ningún tipo de reembolso por estos servicios. No es mi decisión, sino de la corporación para la que trabajo. Diría que ha sido un placer hacer negocios con usted, pero ni siquiera hemos tenido la oportunidad de llevarlos a cabo. Pueden seguir con lo que estaban haciendo, no les molestaré más. Buenos días.

Giré sobre mis tacones y regresé por donde había venido para recoger mis cosas. Solté todo el aire que había acumulado en esos últimos segundos y rogué que el último órdago que había soltado hubiera servido para algo.

—¡Espere! —Escuché gritar desde el fondo del pasillo—. No le diga nada a mi padre. Está delicado de salud y ahora mismo una noticia así podría empeorar su estado. Deme media hora y convoco a todos los trabajadores en la sala principal.

—Quince, ni un minuto más —le ordené con un gesto contundente.

Realizó una mueca de asentimiento sin pronunciar ni una sola palabra y me giré para darle la espalda.

«Bingo. Has picado el anzuelo», sonreí para mis adentros orgullosa de una estrategia que en diversas ocasiones me había resultado fructífera.

Accedí a la sala de reuniones donde había preparado un pequeño almuerzo para el grupo, percibiendo un halo de arrepentimiento. No era consciente del estado de salud del señor López de Aberásturi y desechaba la idea de tener que recurrir a una estratagema tan sucia cuando estaba en juego la salud de un hombre que ya debería estar disfrutando de la tan ansiada jubilación. No me consideraba una mala persona, pero en este mundo de los negocios había que hacer uso de diversas tácticas, incuestionablemente poco decorosas, para lograr ciertos objetivos.

Sin embargo, el señor Fermín se había mostrado siempre muy gentil conmigo y odiaba ser la responsable de un posible deterioro en su estado de salud. El paso del tiempo y un trabajo físico bajo condiciones climatológicas adversas se hacían patentes en las marcas de su rostro y cuerpo, en contraste con mi progenitor, que asimismo se había deslomado trabajando, aunque entre los despachos de los embajadores y cónsules a lo largo de las distintas latitudes terrestres.

Los trabajadores fueron llegando poco a poco y los invité a servirse un café y tomar algunos de los cruasanes que había traído de varios sabores. Era consciente de que, para que comenzaran a abrirse, crear un círculo de confianza previa con dinámicas lúdicas siempre ayudaba a destensar el ambiente.

Comencé invitando a todas las personas a realizar una pequeña presentación de sí mismos y, pese a sentirse reacios en un primer momento, enseguida se soltaron para comenzar a parlotear sin parar.

—Empezaré yo. Mi nombre es Jana, soy española, aunque llevo diez años viviendo en California. Comencé a trabajar en People Innovation hace casi ocho años. Lo que más me gusta de mi trabajo es observar los resultados obtenidos cuando las empresas atraviesan algún problema temporal y, gracias a nuestros servicios, logramos crear un ambiente de trabajo agradable tanto para la dirección como para las personas trabajadoras. —Logré captar su atención y continué—. En cuanto a la parte menos positiva, diría que son los múltiples viajes de trabajo que a veces tengo que realizar, por tanto, no puedo estar en casa tanto como me gustaría. Sin embargo, la parte positiva gana con creces a este pequeño inconveniente.

—Mi nombre es Mario. Llevo cinco años trabajando en las bodegas. Empecé recogiendo la uva y ahora soy el chico para todo. —Alzó las comisuras de su boca y mostró una sonrisa risueña —. La parte que más me gusta es ser parte del proceso, desde que se planta la primera semilla, hasta ver cómo una persona toma una copa de nuestro elixir en cualquier rincón de Valdetintos.

—Elixir. Me gusta esa palabra para referirse al vino. Hay que venderse bien en un mercado tan competitivo como este. Buen trabajo, Mario. En cuanto a la parte menos agradable de este trabajo, ¿destacarías algo en particular? —Temí que nadie se atreviera a criticar su labor, teniendo en cuenta que mi intención no era más que sacar a relucir algún aspecto subyacente, así que traté de matizarlo—. No tenéis que decir nada negativo, sino que podéis mencionar alguna mejoría que os gustaría plantear simplemente.

Mario meditó su respuesta durante unos segundos y, al mirar a su jefe a los ojos, respondió sin mucha convicción:

—Nada por mi parte. Todo es perfecto.

Asentí esbozando una sonrisa educada y alenté a la siguiente persona sentada a su lado a participar.

—Carla. Administrativa. Adoro mi trabajo. Nada negativo.

—De acuerdo, Carla. ¿Te gustaría desarrollar más las funciones que realizas? ¿Algún aspecto a destacar?

La única mujer de la sala, además de mí, agitó la cabeza en señal de negación con una expresión impasible. Vale, se trataba de un público complicado, pero tampoco me extrañaba que la novia del jefe hubiera evitado manifestar cualquier atisbo de insatisfacción delante de todo el personal.

—Buenos días a todos. Soy Benjamín, el enólogo de la empresa. Me encargo de supervisar, junto a Asier, todo el proceso de producción, desde la plantación hasta la búsqueda de mezclas que realcen el sabor y los aromas para obtener el mejor producto final. Esta precisamente es la mejor parte, jugar a ser científico e investigar dentro del laboratorio las mejores combinaciones para crear nuevos productos que lleguen a las mesas de todas las casas. En cuanto a la parte negativa… —vaciló unos segundos, colocándose en su sitio el puente de las gafas, mientras miraba a toda la sala que permanecía expectante a su siguiente frase—. Digamos que hay factores externos que no podemos controlar en el proceso, como, por ejemplo, cuando detectamos una plaga de hongos que amenaza la cosecha. Hasta ahora hemos logrado controlarla con nuestras mejores herramientas, pero son aspectos que siempre se pueden escapar de nuestro control.

—Gracias, Benja. Efectivamente, hay cosas que escapan de nuestras manos, por muchos esfuerzos que hagamos en nuestra tarea diaria. Sin embargo, hay algo que sí podemos controlar y es unir nuestras fuerzas y aplicar todo el conocimiento para evitar que los imprevistos tiren por tierra toda nuestra labor.

Realicé un barrido ocular por la sala, percibiendo una paulatina sensación de comodidad entre los asistentes que, progresivamente, comenzaban a abrirse y a dialogar de una manera placentera. Era consciente de que, en la primera dinámica de grupo, pocas personas sacaban a relucir los trapos sucios y menos delante del jefe. Era parte de la condición humana, ahí o en Silicon Valley, donde había realizado varias actividades similares con informáticos e ingenieros que cobraban siete cifras en sus nóminas.

Sin embargo, era parte de mi trabajo comprobar el estado de ánimo general de la plantilla, no solo con sus respuestas directas, sino con sus expresiones faciales o con el lenguaje no verbal que transmitía, sin palabras, más de la mitad de la comunicación de una persona. Mi siguiente

paso sería dejar una urna sellada que sirviera como buzón anónimo de sugerencias donde cada persona añadiera algún problema a resolver o propuestas de mejora. Por experiencia propia, ahí es donde saldrían los problemas más acuciantes a resolver.

—Soy Néstor. Llevo demasiados años trabajando en esta bodega. Ayudo en todo el proceso, pero, sobre todo, me encargo del prensado de la uva y su posterior trasiego a las barricas de roble donde se produce la maduración del vino. La parte positiva es que siempre me han tratado como parte de la familia. Sin embargo…, desde hace un par de años las cosas han cambiado y falta mucha comunicación sobre cómo está afectando la plaga de hongos y qué consecuencias puede tener para nuestros puestos de trabajo.

Un silencio general se extendió por la sala como una sábana recién lavada colocada sobre el colchón. El buen ambiente que se había creado entre los compañeros en la última hora comenzó a desvanecerse de manera rauda, engullida por un espeso manto de miradas incómodas. Un leve carraspeo al fondo de la sala rompió el perturbador mutismo y miré de reojo a mi izquierda donde el señor López de Aberásturi, que permanecía apoyado al lado de la puerta, desapareció de la sala dando un portazo mientras fingía atender una llamada telefónica.

Llevaba varios días en la bodega y comenzaba a sospechar cuál era el motivo de disconformidad de la plantilla. Todo apuntaba a una misma persona. Suspiré y tragué saliva, cuando el agrio sabor de la frustración me estalló como fuegos artificiales en la boca.

Me quedaba mucho trabajo por hacer.

CAPÍTULO 10

Jana

Mi cabeza se encontraba completamente saturada. En ese momento hubiera deseado estar en mi *penthouse* de California para darme un buen baño de burbujas en la bañera de hidromasaje. Solo el baño de mi casa ocupaba lo mismo que el apartamento donde me alojaría durante las siguientes semanas. Pese a ello, el sentimiento de hogar que se respiraba entre aquellas cuatro paredes del antiguo caserío era mucho más palpable que cualquier propiedad de lujo del barrio donde residía desde hacía tres años.

Saludé a Cristian, que alzó la cabeza para desviar su atención de los libros que estaba estudiando con suma atención. Se disculpó escondiéndolos bajo el mostrador, con una cierta torpeza, aunque logré discernir que se trataba de unos temarios para preparar las oposiciones de algún cuerpo de policía.

—Disculpa, señora de la Vega. ¿Necesitas que te ayude en algo?

—No te preocupes, sigue con lo que estabas haciendo.

—No debería estar con esto, pero en un par de meses me presento a los exámenes para convertirme en guardiacivil y, cuando no tenemos huéspedes, Rosa me deja seguir estudiando.

—¡Qué interesante! Así que tu vocación es llegar a ser un buen agente del orden y la ley.

—Bueno… no realmente. —Se detuvo unos segundos tratando de buscar las palabras adecuadas—. Creo que todavía no tengo muy clara cuál es mi vocación, aunque mi padre insiste en que siga sus pasos y quiero probar suerte. Este verano estoy echando una mano en la posada para sacarme un dinerillo y a veces creo que este trabajo es mucho más satisfactorio que vestir un uniforme verde y poner multas.

—Eres muy joven todavía, seguro que encuentras tu pasión enseguida.

Traté de animarlo viendo cómo había dejado de lado su timidez para abrirse con una desconocida. Estaba segura, por su modo de contarlo, de que aún no se había atrevido a desvelar aquel miedo a nadie. Permanecimos unos segundos en silencio cuando percibí al fondo unas histriónicas carcajadas que provenían del comedor.

Me despedí de Cristian y me acerqué hacia el umbral de la puerta donde me detuve en seco para conceder a la pareja un momento de intimidad. Observé cómo Fermín relataba alguna anécdota personal del pasado, que no llegué a comprender, mientras Rosa profería una risa escandalosa y se palpaba el abdomen dando muestras de que llevaban tanto rato así que pronto le comenzaría a doler.

Una botella mediada y dos copas de vino eran los testigos de la buena sintonía que había entre los cuñados. Cualquiera que los viera desde fuera podría llegar a pensar que era un matrimonio de esos que siguen haciéndose reír y pasean unidos de la mano después de cincuenta años de casados.

Pese a que nunca se hubieran divorciado, era consciente de que mis padres jamás habían sido de ese tipo de parejas y seguían manteniendo las apariencias, aunque hicieran vida prácticamente de manera separada. Apenas había visto nunca sonreír a mi madre, que siempre alegaba que debía mantener su rostro firme para que el efecto del colágeno en la piel evitara que las arrugas de la edad surgieran. De lo que trataba de engañarse constantemente era de que, por muchas inyecciones de bótox que se infiltrara, los años en su pasaporte seguían corriendo a la misma velocidad que los surcos que trataba de ocultar en su cutis.

Envidiaba el amor sano y duradero, ese que al inicio me había jurado con Matt, pero que con el tiempo había asimilado que tenía fecha de caducidad, incluso antes de que nos hubiéramos casado. La sonrisa que se me había dibujado en la boca se esfumó en cuanto pensé en él y en las llamadas y mensajes que me había enviado en la última semana. Me había ensimismado en aprender tanto del mundo vitivinícola para estar a la altura, que había borrado de mi mente las últimas semanas de mi vida en Estados Unidos antes de llegar aquí.

—Jana, acércate aquí —ordenó una voz masculina que me extrajo de mi ensimismamiento.

—Perdonen, no les quería molestar.

—De molestar nada, hija. Ven a tomar una copa de vino con nosotros, si no tienes nada que hacer —sugirió Rosa, haciéndome un hueco en la silla que tenía a su lado.

Fermín se levantó a coger una copa, echando mano de la muleta que reposaba en una esquina del comedor. Sentí lástima por él y por su manifiesto dolor en la pierna derecha que evidenciaba una reducción en su movimiento. Me sirvió una copa de tinto, la cual observé a través del frágil vidrio percibiendo su tonalidad rosácea. Me la llevé a la nariz para aspirar las agradables notas que emanaban de aquel líquido y finalmente tomé un tímido trago que se deslizó por mi garganta como un pañuelo de seda.

—Mmmmm, está delicioso. Tiene un aroma muy agradable y distintivo.

—No me digas que no lo habías probado todavía.

—Pues… a decir verdad, aún no.

Ambos se miraron a los ojos con perplejidad.

—Este hijo mío me va a matar a disgustos. Pero ¿a qué se cree que has venido, a jugar al parchís?

—No se lo tenga en cuenta, es un hombre muy ocupado por lo que veo. —Intenté quitarle hierro al asunto para evitar preocuparlo, habida cuenta de su acuciante problema de salud.

—Lo conozco demasiado bien. Sé que tiene buen corazón, pero últimamente tiene un genio de mil demonios. No cabe duda de que es igualito a su madre —recordó realizando una caída de párpados—. Jana, prométeme que si las cosas no van bien acudirás a mí. Sé que tenéis la agenda muy ocupada y quiero que el dinero que hemos invertido en tus servicios esté bien aprovechado.

—No se preocupe, he lidiado con temperamentos más rudos. Créame, echaba de menos la simpatía y la espontaneidad de los españoles. Estar aquí es como volver a casa.

—Cualquier cosa que necesites aquí estamos —me reconfortó Rosa posando su mano sobre mi antebrazo en un gesto inusualmente reconfortante—. Mañana le diré a Cristian que deje varias botellas en tu apartamento para que las pruebes. Sabes que tienes barra libre en esta casa.

—Son muy amables, pero me gustaría empezar mi jornada laboral estando lo más lúcida posible. Si me tomo una más de estas hoy, no sé si mañana seré capaz de levantarme en buen estado —ironicé enarbolando una sonrisa sincera—. No les entretengo más, que pasen una buena noche.

Me despedí y me acerqué al apartamento, sujetando la copa que Fermín había rellenado antes de salir por la puerta, haciendo caso omiso a mi último comentario. Me proponía darme una

ducha y ponerme el pijama para ver un documental en la Discovery Chanel sobre la emergente producción de vinos en algunos países que bordeaban el Mediterráneo oriental.

Apenas había salido del baño con el cabello húmedo enroscado en una toalla cuando recibí la notificación de FaceTime de Alison.

—¡Hannah Banana! ¿Cómo está mi española favorita? —saludó con efusividad mi mejor amiga, con cara de llevar semanas sin dormir.

—Pues aquí me has pillado saliendo de la ducha. ¿Cómo estáis vosotros? No os imagináis cómo os echo de menos.

—Perdona, llevo varios días con la intención de llamarte y, entre las largas horas en el hospital y la diferencia de uso horario, no sabía muy bien qué día, qué mes, ni en qué año nos encontrábamos.

—La culpa es mía. También he estado hasta arriba de trabajo por aquí. Pero, vamos a lo importante, ¿cómo está mi sobrinito? Qué ganas tengo de verlo ya y achucharlo con esos mofletitos rechonchos que tiene.

—Pues tengo buenas noticias, hoy nos vamos a casa ya. Se acabaron los días de incubadora y el pequeño Mike junior ya está hecho un bebé grande. O todo lo grande que me permiten los médicos para que empecemos nuestra nueva vida familiar en casa.

—Cuánto me alegro, Ali. Imagino que los días en el hospital se os habrán hecho eternos. Siento de verdad no haber estado allí para acompañaros. —Sentí una punzada de arrepentimiento recordando los miles de kilómetros de distancia que me separaban de ellos.

—Han sido horribles, no te voy a engañar, pero solo para mí, porque el pelele de mi marido ha vuelto a trabajar para complacer al imbécil de nuestro jefe. Bueno, ahora es vuestro, porque yo cada día dudo más de volver a trabajar para esa escoria humana —matizó con un tono brusco y soltó un bufido.

—No me lo puedo creer. Siento que tengas que pasar por esto sola. En unas semanas estaré allí de vuelta, cariño. La tía Jana se va a camelar tanto al pequeño Mike que se convertirá en su favorita.

—No lo digas muy alto que, si te oye mi hermana desde Minnesota, cogerá el primer avión que salga hacia España y te hará papilla.

—Cierto, no me quiero meter con la campeona federal de halterofilia durante dos años seguidos —manifesté, fingiendo poner cara de horror a través de la pantalla.

—Bueno ¿y qué tal van las cosas por ahí? Por cierto, todavía no te hemos dado las gracias lo suficiente por haber sustituido a Mike en su ausencia.

—No es nada, mujer. Sabes que por mis mejores amigos haría lo que fuera. La verdad es que el cambio de aires me ha venido fenomenal, aunque el dueño de las bodegas no me lo esté poniendo nada fácil.

—Jana de la Vega Mendoza —pronunció mi nombre con un exagerado acento mexicano, proveniente de su familia materna—, en la vida he visto que ninguna cuenta se te haya resistido, así que deja de lamentarte y pon ese bonito culo que tienes a trabajar para camelarte a esa familia ya.

—No te voy a negar que la familia entera sea muy simpática y agradable. Me han acogido en su casa como si fuera una más. Sin embargo, el hijo, que es el que se encarga ahora de la empresa, es un tipo de lo más arrogante y testarudo que he conocido en mi vida.

—Pero vayamos a lo importante… ¿está macizo? —preguntó con una mueca traviesa.

—¡Ay, Ali! —Una sonora carcajada salió de lo más profundo de mi ser.

—¡¿Qué?! A ver si porque ahora esté casada, tenga un hijo recién nacido, sufra de síndrome

postparto y me sobren veinte kilos no voy a poder fijarme en otros hombres.

—La verdad es que no está nada mal. Tendrá nuestra edad, o algún año más que nosotras, aunque creo que tiene novia, que es otra estirada, para variar.

—Apuesto a que no tiene nada que hacer contigo. Enséñale tus mejores dones. Y no me refiero a esos turgentes pechos tuyos a los que apenas envidio, en comparación con los míos que están totalmente caídos —ironizó, exhalando un suspiro de derrota—. Pero, al menos, eso es lo que quiero, que te fijes en otros hombres y que te olvides del imbécil de tu ex para continuar con tu vida.

—Será difícil cuando tenga que volver. Desde que puse un pie en este país no he vuelto a hablar con él.

—Cielo…

—¿Qué pasa, Alison? —pregunté al percibir un cambio de gesto en su semblante que se había tornado más serio—. No me asustes.

—Ayer lo vi en la cafetería del hospital… —Se detuvo para inhalar una bocanada de aire—. Aunque no iba solo. Se le veía demasiado acaramelado con una de las enfermeras con las que comparte el turno. Es la misma con la que el año pasado…

—Sí, sé quién es —la corté de manera brusca—, pero ahora ya no es mi problema.

—Lo siento, Jana. No quiero hacerte daño, así que dudaba de si contártelo o no, aunque a lo mejor de esta manera te olvidas definitivamente de él. —Observé a través de la cámara cómo mi amiga se había girado para hablar con alguien—. Es la pediatra, perdona, te tengo que dejar.

—No te preocupes. Salúdame a Mike y mándame fotos del bebé cuando puedas. Te quiero.

—Yo también te quiero, amiga. Tú vales mucho, no lo olvides.

CAPÍTULO 11

Asier

Me separaba una hora y media de trayecto en coche hasta el aeropuerto donde iba a recoger a mi hermano pequeño, así que traté de poner en orden mis pensamientos. Esta era la única noticia positiva que había recibido durante la semana, teniendo en cuenta que llevaba sin ver a Julen varios meses. Sin embargo, temía que no se encontrara en su mejor momento, debido al débil hilo de voz con el que hacía un par de días me había suplicado que fuera a buscarle yo mismo en persona, en vez de mi padre, como había hecho en anteriores ocasiones.

Puse a todo volumen la última lista de reproducción de Spotify en la pantalla del coche en cuanto tomé la primera desviación que me llevaría a la autovía principal. Las notas de Kings of Leon sonaban por los altavoces cuando, a escasos quince kilómetros, reconocí un familiar Mini Cooper estacionado en el aparcamiento de una residencia de ancianos, según apuntaba el vistoso cartel que se erigía en la cancela de la entrada.

Pisé el pedal de freno para aminorar la marcha y me detuve de manera brusca cuando la reconocí en la distancia. Se la veía visiblemente alterada, recorriendo los escasos metros que ocupaba la explanada hasta que llegaba a los arbustos que delimitaban el confín de la finca y volvía a regresar hacia su coche a un paso acelerado. La observé realizando el mismo recorrido varias veces más. La tensión se manifestaba en su semblante, y el brillo que, de manera habitual, se reflejaba en su mirada había desaparecido para dar paso a un cierto signo de inquietud, según pude reconocer desde la distancia.

«¿Qué estará haciendo allí?», me pregunté con un cierto grado de curiosidad, a la par que preocupación. Estuve tentado de entrar al aparcamiento, aunque sentía estar inmiscuyéndome en los asuntos personales de una persona a la que, no solo apenas conocía, sino que había sido el centro de mis preocupaciones en las últimas semanas.

El brusco ruido del claxon, proveniente del vehículo trasero, me despertó del letargo y reanudé la marcha para continuar hacia mi destino. En apenas unos segundos, un inesperado sentimiento de lástima se transformó en frustración cuando recordé los acontecimientos de la última semana.

«Bastantes problemas me ha causado ya».

Mi mente se encontraba rebosante de preocupaciones. Percibía que el ambiente laboral se había viciado en estas últimas semanas, más si cabe con el jueguecito que la pija había puesto en práctica entre los trabajadores. No me cabía en la cabeza qué tipo de ayuda había venido a brindarnos si sus dinámicas de grupo consistían en ponerme a parir a mí y a mi empresa. Sin duda, se trataba de un caramelito para personas como Néstor, que ya hacía tiempo que me habían puesto una diana en la espalda, y esperaban un paso en falso para marcharse a trabajar para la competencia.

A esto se le unían las continuas discusiones que había tenido con Carla en las últimas

semanas. Me sentía como un auténtico imbécil cada vez que ella se acercaba y reconocía que debía de cortar aquella relación —o lo que fuera que tuviéramos— de manera radical.

¿En qué momento se me había ocurrido que podía ser una buena idea?

Maldije para mis adentros. Tras la marcha de Ainhoa, mi exnovia, contratamos a su sustituta para gestionar la administración y la atención al cliente de la empresa, y terminó siendo su reemplazo, no solo en el plano laboral, sino que también del mío en el plano sentimental.

Recuerdo aquellas semanas con especial amargura. Aquel día había tenido una reunión de trabajo con unos clientes rusos que se nos fue de las manos cuando acabamos con la degustación de varias botellas de nuestros mejores reservas en apenas unas pocas horas. Fue una de las mejores ventas de aquel año, pese a que aún recuerdo cómo padecí una intensa resaca que duró hasta la siguiente semana.

Esa gente estaba hecha de otra pasta. Mis invitados continuaron con la fiesta a media tarde y yo aproveché para retirarme a mi despacho con un notable malestar corporal. Carla llevaba poco tiempo trabajando en la oficina, así que se encontraba realizando horas extras para seguir aprendiendo un oficio que, por entonces, le resultaba completamente novedoso. Cuando me encontré con ella en la recepción, alabé sus esfuerzos por aclimatarse a nuestra empresa a marchas forzadas. Desconozco quién comenzó el flirteo, pero en apenas media hora acabamos desnudos en mi cama. Sin embargo, a la mañana siguiente, antes de abrir siquiera los ojos, ya me arrepentí de aquello.

Desde entonces habían pasado casi dos años y, pese a que aquel episodio se había repetido en varias ocasiones —bastantes más de las que me hubiera gustado admitir—, seguía recordándome a diario la expresión que el sabio de mi amigo Benja me repetía continuamente para desaconsejar las relaciones en el trabajo:

«Donde tengas la olla, no metas la…».



El vuelo de Julen llegó a tiempo y, cuando lo reconocí en la distancia, con gafas oscuras de sol y el pelo alborotado, sospeché enseguida que probablemente llevaba varios días de resaca y sin pegar ojo, a juzgar por sus ojeras.

—¡Aquí está mi *bro* favorito! —gritó Julen, de manera escandalosa, atrayendo la atención del resto de viajeros.

—Anda, calla, si no tienes otro hermano, capullo.

—Aun así, sigues siendo mi preferido. Gracias por haberme venido a buscar, Asier. —Me puso ojos de cachorrillo.

Nos fundimos en un abrazo sincero y le cogí una de las dos maletas que llevaba para dirigirnos al aparcamiento. Mi hermano pequeño era el más charlatán de la familia y reconocía por sus silencios que algo no marchaba bien.

—¿Cómo han ido las vacaciones? Ya era hora de que volvieras a casa, tío. ¡Eres un vividor!

—No han estado mal.

—«¿No han estado mal?» Has viajado más que el equipaje de un piloto de vuelo. Si había momentos en los que no sabía ni en qué continente te encontrabas.

—En mi defensa diré que Inés es la que siempre lo sabe todo. A la muy perra le encanta cotillear todas las fotos que subo a mis redes sociales. Por cierto, ¿qué tal está? Qué ganas tengo de conocer a nuestro sobrinito.

—Hace unas semanas tuvo una falsa alarma, así que la médica le ha ordenado reposo absoluto. Y si no fuera por esas novelas pastelosas que tanto adora leer, se subiría por las paredes.

—Ay, me muero por volver a Valdetintos y ver a toda la *family* —manifestó con un gesto nostálgico.

—¿Tú… queriendo regresar a casa? ¿Quién eres tú y qué has hecho con mi hermano? Pensaba que tu único cometido en la vida era alejarte lo máximo posible del pueblo y pegarte la vida padre en la gran ciudad.

—Las prioridades cambian, ¿vale? Me estoy convirtiendo en un adulto funcional.

—Ya iba siendo hora, que acabas de cumplir los veinticuatro. ¿Me vas a contar lo que ha pasado esta semana? Y no acepto un «lo que pasa en Ibiza, se queda en la isla».

Julen desvió la mirada hacia el otro lado y expulsó un suspiro cargado de resignación. Observé cómo se mordía la uña de su dedo pulgar con un visible nerviosismo hasta que comenzó a soltar el lastre que venía cargando en su maleta.

—He discutido con Borja. Nuestra amistad se ha acabado para siempre —explicó, de manera rotunda, fijando su mirada en los últimos edificios que despedían la urbe cercana al aeródromo.

Mi hermano y yo apenas hablábamos de su vida sentimental. Se había ido a estudiar a la capital con dieciocho años y regresaba a casa en Navidades y ocasiones especiales, por lo que nuestro contacto era prácticamente inexistente. Por ello, me extrañó la manera en la que se abrió conmigo por primera vez.

—Mira, Julen, yo no soy la persona indicada para darte los mejores consejos sobre relaciones sentimentales. Hasta hace un par de días ni siquiera había superado la marcha de Ainhoa, pero, mírame, hoy estoy ya recuperado.

—¿Lo estás? —preguntó de forma retórica y puso los ojos en blanco.

Ignoré su comentario sarcástico y continué tratando de dejar enterrados en el pasado los recuerdos de mi primera y única relación seria.

—Lo que quiero decir es que el paso del tiempo lo cura todo. Seguro que ahí fuera hay otra persona adecuada para ti y, cuando menos te lo esperes…

—Estás hablando de relaciones de pareja, y Borja y yo no somos más que amigos —me cortó para clarificarlo.

—Julen, ¿a quién quieres engañar?

Lo miré de reojo y el silencio se extendió por el enjuto cubículo en el que nos encontrábamos. Cruzó un pie por encima de su pierna derecha y me miró con timidez.

—¿Lo sabes? —murmuró con un hilo de voz.

—Lo sé.

—¿Papá también lo sabe?

—Eso tendrás que preguntárselo a él.

—Ay, mejor que no. Es de la vieja escuela y no sé cómo se tomará estas cosas...

—Julen, queremos lo mejor para ti. —Traté de reconfortarlo, dándole una palmada en el

pecho—. Mira, sé que estás pasando por un momento vital complicado. Has terminado la carrera y no sabes bien qué hacer con tu vida. Hasta ahora tenías un propósito, que era aprobar todos los exámenes y pasar de curso, pero ahora que ya tienes la titulación, estoy seguro de que te ha entrado el pánico por desconocer qué pasará después.

—¿Cómo me conoces tan bien? Te odio por ello.

—Porque te he cambiado demasiados pañales cuando eras muy pequeño.

Nos quedamos sumidos en un apacible silencio, mientras Julen consultaba las continuas notificaciones que le llegaban al móvil, el cual no había soltado desde que había aterrizado.

—Te vendrá bien estar un tiempo en casa. Mañana se celebra la fiesta de la vendimia y será un buen momento para que nos reunamos todos juntos.

—¡Hogar, dulce hogar! —suspiró.

CAPÍTULO 12

Jana

Llegué a la posada manifiestamente aturdida. Yo, la persona que conocía todas las artimañas del mundo empresarial, no había sido capaz de entrar a visitar a un presunto familiar en una residencia geriátrica. Parece ser que las leyes de protección de datos se aplicaban de manera tajante y solo otorgaban a un único familiar directo la potestad de decidir quién visitaba y quién no a la persona en cuestión.

Aun así, conseguí obtener algo de información del celador que en aquel momento acababa su turno y salía al aparcamiento para coger su coche y regresar a casa. Según había captado del joven, los miércoles y los domingos eran los días de visita familiar, así que debía de idear un plan para poder acceder hacia los residentes y escabullirme un día de aquellos si quería obtener más información sobre mi pasado familiar.

Unos estridentes llantos llamaron mi atención desde el jardín. Inés se encontraba sentada en el balancín, cubierta con una manta blanca efecto pelo, y rodeada de innumerables pañuelos de celulosa usados a su alrededor.

Me atisbó desde la distancia y, mientras continuaba gimoteando, hizo un ademán con la mano para que me sentara junto a ella en el columpio de jardín, desde donde veía una película en su ordenador portátil.

—Le escribió 365 cartas. Le escribió todos los días del año —musitó entre sollozos.

No comprendía las palabras que trataba de articular por su boca. Pestañeé perpleja y posé mi mano sobre su antebrazo en señal de consuelo, aunque reanudó su verborrea.

—Ella le reprocha que estuvo esperándolo siete años. ¡Siete! Y nunca recibió ninguna carta suya. ¿No es triste? —continuó desgañitándose.

Enarqué las cejas y mis ojos se desviaron hacia la pantalla del ordenador donde la adaptación cinematográfica de la novela de Nicholas Sparks, *El diario de Noa* se reproducía en el momento en el que un intenso aguacero se cernía sobre los protagonistas que confesaban sus sentimientos apeándose de un bote en el embarcadero.

—Inés, cariño, igual es mejor que en tu estado no veas este tipo de películas.

—Nunca tendré un amor como el de Noa y Allie —gimoteó mientras tiraba otro clínex al suelo, creando una montaña de pañuelos usados.

—Es solo una película de ficción, las relaciones de verdad raramente son así.

—Seguro que la tuya es así —aseveró fijando su mirada en la alianza que todavía rodeaba mi dedo anular.

«Maldita sea, ¿a qué estoy esperando para quitármela de una puñetera vez?», me reproché con indignación.

—Oh, no te creas, si yo te contara… De hecho, vine aquí en cierta manera… huyendo de mi

prometido.

—¿En serio? ¿Qué te ha hecho ese malnacido? —soltó de manera vehemente, presagiando que había sido mi ex el culpable de aquella posible ruptura.

Me sorprendió la rapidez con la que se desprendió de sus sollozos. Su gesto de tristeza se había tornado en una mueca de indignación y se mostraba dispuesta a defenderme como una madre hace con sus cachorros recién nacidos. Dudé si sería el momento de sincerarme o, por el contrario, expresarlo en voz alta serviría para hacerlo más patente, así que en aquel instante opté por desviar el tema.

—Te lo contaré en otra ocasión. Ahora quiero que me cuentes tú qué te pasa y por qué estás llorando como si el mismísimo Ryan Gosling te acabara de dejar plantada en el altar.

—Son estas hormonas que me están matando —indicó mientras se quitaba las gafas para limpiarlas con el dobladillo de la camiseta del incipiente vaho.

Acababa de vivir el embarazo de mi amiga Alison y conocía de sobra las noches en vela en las que Mike había tenido que levantarse, en plena madrugada, para buscar un establecimiento que abriera las veinticuatro horas y comprarle un helado de *cookies and cream* a su mujer. Las hormonas jugaban con las embarazadas como una ruleta rusa de emociones en las que el estado de ánimo podría cambiar en una milésima de segundo, y los antojos aparecer en los momentos más insospechados.

—¿Solo eso? ¿Estás segura de que no te pasa nada más?

—Puede —admitió, encogiéndose de hombros con un gesto de derrota mientras volvía a sonarse la nariz—. A medida que se acerca la fecha en la que salgo de cuentas, me acuerdo más del padre de este bebé. Él… desapareció hace unos meses cuando le confesé que estaba embarazada.

—Menudo hijo de… mala madre —solté exhalando un bufido de indignación—. Perdón por insultar a su progenitora, seguro que la señora no tiene la culpa de tener un hijo tan sinvergüenza.

—Me levanto cada mañana pensando en que el día menos pensado regresará y me pedirá perdón.

—No lo necesitas, Inés. Eres una mujer fuerte e inteligente. Tienes una familia que te adora. Están tu primo Asier y Benja que veo cómo se desviven por ti.

—Sí, Benja es un amor, la verdad —manifestó con un brillo en los ojos—. Ha estado pendiente de mí desde que se marchó el innombrable.

—Oye, ¿estás segura de que no hay nada entre vosotros?

—¿Entre Benja y yo? Solo somos buenos amigos desde que éramos unos críos. Jamás podría pasar nada con él.

—La manera en que te mira no me dice lo mismo. Sé cuándo un hombre siente una fuerte atracción hacia una mujer. —Esbocé una sonrisa traviesa y le cogí la mano en señal reconfortante.

—Gracias por ser mi amiga. Desde que se fueron mi prima Ane y Ainhoa del pueblo me he sentido muy sola. Necesitaba los consejos femeninos de una persona de mi edad.

—Para qué engañarnos, yo tampoco ando muy sobrada de amigos por aquí —bromeé aludiendo a las enemistades que me estaba creando en las bodegas desde que llegué.

—Pues mañana es la fiesta de la vendimia en el pueblo de al lado. Qué mejor momento para conocer a todo el mundo.



Pese a mi inicial reticencia, asimilando que sería una aburrida romería de pueblo, finalmente accedí al plan. No tenía otra cosa mejor que hacer aquel domingo, así que recogí a Inés a las once de la mañana y nos plantamos en un cuarto de hora en el pueblo donde se celebraba el evento. Me había explicado que cada año se organizaba en un municipio diferente de la zona y, pese a que eran las bodegas responsables de cada localidad las encargadas de amenizar el evento, se trataba de la gran fiesta anual donde todos los habitantes de las zonas aledañas se congregaban para festejar el inicio de la vendimia.

No era consciente de que aquella celebración estaba casi al nivel de otras festividades como la Navidad. Y es que, hasta que no me percaté de los miles de personas que se daban cita entre aquellas callejuelas de un pueblo, que contaba con apenas un centenar de habitantes, no fui consciente de la importancia de homenajear al producto económicamente más representativo de la zona como era el vino.

Tras la exhibición de danzas, un señor trajeado con corbata, que se introdujo como el presidente del Consejo Regulador de la Denominación de Origen, realizó un discurso de bienvenida, vacío de contenido, más propio de cualquier cargo político de poca monta. En segundo lugar, el dueño de la bodega anfitriona pronunció unas escuetas palabras que entremezcló con unos insulsos chistes, creando un espectáculo que despertó la ovación general del público, en contraposición con la mueca de desagrado con la que gesticularon Fermín y Rosa que se encontraban a mi lado.

Se notaba que aquel era un mundo de señores con traje y testículos, de esos en los que la testosterona marcaba las reglas del juego, un mundo de sobra conocido para mí.

Una vez acabado el formalismo de los discursos, el evento dio paso a la pisada de la uva donde un grupo de jóvenes, entre los que reconocí a Cristian, se encontraban en el interior de un gigante barril de roble machacando con sus pies los montones de uva apilados.

—Con el mosto que se exprime de la pisada allá arriba, se realiza la primera cata del año en esta fiesta —me explicó el patriarca de los López de Aberásturi viendo mi cara de estupefacción.

—Pero… se habrán lavado los pies antes de pisar la uva, ¿verdad? —pregunté, confundida, mientras los tres trataban de contener una carcajada por su efusividad.

—No te creas que el vino que pruebas de nuestras bodegas se hace así ya. Cuando yo era pequeño, todavía realizábamos el prensado de la uva de manera manual, pero gracias a las nuevas tecnologías, prácticamente hoy en día todo se lleva a cabo con máquinas industriales. Aunque imagino que mi hijo ya te habrá explicado el proceso.

Negué con la cabeza en un movimiento tímido que el señor Fermín no aceptó de buen agrado. Seguramente le caería una buena bronca a su vástago después.

Me descubrí tratando de buscarlo con la mirada. Desconocía aquel torbellino de sensaciones que me causaba su existencia, cuando discutíamos sin parar y, por contra, en ese momento, en el

que, de manera inconsciente, anhelaba su presencia. Me sorprendía no haberlo visto en toda la mañana y me reproché estar pendiente de aquel tipo arrogante, cuando su familia me estaba haciendo partícipe de aquel acontecimiento de una manera reconfortante con aquel gesto tan familiar.

—Pero mira quién está aquí, si es mi familia preferida. —Me giré para advertir que aquella familiar voz provenía del segundo hombre que había pronunciado el discurso desde el escenario.

—Gregorio, cuánto tiempo sin verte —le saludó Rosa con cara de pocos amigos.

—¿A qué vienen esas caras de avinagrados? ¿No será verdad lo que he oído? Parece ser que esta será vuestra última cosecha y en breve bajaréis la persiana del negocio.

—Oye, ¿a qué has venido? Tengamos la fiesta en paz —le espetó Fermín, fulminándolo con la mirada.

—Primo, estos no son los modales que nos enseñaron nuestros abuelos, y menos cuando veo que tenéis una invitada nueva. Soy Gregorio López de Aberásturi, dueño de la bodega Marqués de Aberásturi, el mejor vino de la zona y el único de la familia que quedará dentro de poco —me saludó, enarbolando una sonrisa burlona, mientras me tendía la mano.

Me presenté de manera educada, sospechando que la tensión generada en el ambiente en los últimos minutos probablemente venía motivada por viejas rencillas familiares. Sin embargo, los modales de aquel señor y las críticas hacia nuestras bodegas —sí, también me sentía ya parte de ellas— habían sido un ataque demasiado personal, por lo que mi misión de salvar el negocio se había convertido también en un objetivo en el que me prometí empeñar todos mis esfuerzos.

—Vamos a comer, que he reservado un sitio para todos en la plaza —nos interpeló Rosa, tratando de evitar un creciente conflicto con aquel sexagenario.

—Menudo cretino —soltó Inés al aire mientras me cogía del brazo para llevarme a la zona de mesas, dispuestas a lo largo, donde se realizaría la comida popular.

—¿Dónde están los chicos? —preguntó una voz ronca que se perdió en el aire.

Alcé la mirada y vi a tres hombres acercándose hacia nosotros. Asier estaba en el medio y venía abrazando a los otros dos, de los cuales solo pude reconocer a Benja a su derecha. Debían de mantener una conversación de lo más entretenida, dado que el trío venía riéndose a carcajadas por algún comentario que habría realizado aquel.

Por primera vez lo vi relajado. Se notaba que no estaba trabajando y el ambiente festivo había destensado todas sus líneas de expresión. Su mirada se topó con mis ojos y me reconoció en la distancia cuando elevó las comisuras de sus labios en una sonrisa perfecta. Cuando se acercaron, el chico más joven, al que no conocía, anunció en un tono más alto del que se percibía en el lugar:

—¡Ya ha llegado el alma de la fiesta!

—¡Primo! ¿Cuándo has venido? —le interrogó Inés echándose a sus brazos.

—Pero cuánto has engordado —manifestó el joven llevándose las palmas de las manos a sus mejillas en señal de sorpresa—. Ven aquí, foquita mía.

Inés gruñó y lo fulminó con la mirada. Teniendo en cuenta cómo la desequilibraban las hormonas, jamás hubiera osado a dedicarle un apelativo tan ofensivo como aquel. Pero entendía que eran familia y se conocían desde críos, así que aquellos motes cariñosos debían de ser una constante en su cercana relación familiar.

Por un momento sentí envidia de lo compenetrados que estaban. Se cuidaban los unos a los otros y estaban presentes en la vida del otro sin importar el tiempo que llevaran sin verse o lo que pasara habitualmente en su rutina diaria.

Yo jamás había tenido algo similar. Más bien el núcleo familiar se reducía a mis padres y a

mí. No tenía hermanos ni primos conocidos. Mis abuelos paternos habían fallecido cuando yo era pequeña y mi familia materna no se encontraba en el mapa. Lo asumí desde que tuve uso de razón y nunca me atreví a cuestionarlo, hasta que descubrí aquellos papeles con los que todos mis esquemas comenzaron a resquebrajarse.

La mujer embarazada trató de propinarle un golpe cariñoso a su primo en el brazo, pero este se apartó de manera brusca, lo que provocó que Inés casi se cayera al suelo. Si no hubiera sido por los rápidos reflejos de Benja, que no tardó ni un segundo en tirarse al suelo para evitar una caída estrepitosa que pudiera poner en riesgo el embarazo, hubiéramos acabado aquel día de fiesta en el hospital de nuevo.

—¿Queréis dejar de hacer el tonto, que al final os vais a hacer daño? Todos a la mesa a comer ya —gritó Rosa con un gesto descompuesto.

El joven se acercó hacia mí con un rictus serio y me inspeccionó de arriba abajo. No supe cómo reaccionar, así que traté de mostrarle mi mejor sonrisa y le tendí la mano para presentarme.

—Así que tú eres la Barbie Malibú de la que tanto me ha hablado mi hermano —manifestó rechazándome la mano.

Quise lanzarle un gruñido a la persona de quien provenía aquel apodo, aunque tenía otro frente con el que lidiar. Teniendo en cuenta el genio con el que se las gastaba el primogénito de la familia, temía por su gesto que su hermano pequeño me fuera a recibir de la misma manera.

—Qué formalidades os enseñan al otro lado del charco. Ven aquí y dame dos besos —me ordenó con una repentina sonrisa en la boca, mientras se abalanzaba sobre mí, para estrujar mi cuerpo contra el suyo, durante unos instantes en los que casi pierdo la cadencia de la respiración —. ¡Pero si eres monísima! Y además me encanta tu bolso de Chanel. Poco apropiado para estos eventos tan rústicos, debo confesarte, pero me alegro de que al fin alguien haya traído un poco de glamur por estos lares.

Me quedé boquiabierta, sin saber cómo reaccionar. Me cogió del brazo y se sentó a mi lado donde charlamos de manera distendida durante toda la sobremesa. Ese chico nada tenía que ver con su hermano mayor y confirmaba que aquel era la excepción que confirmaba la regla en la saga familiar.

Hacía semanas que no me sentía tan a gusto entre aquellos desconocidos que me habían acogido como si fuera una más del clan. Degustamos varios vinos de la zona, maridando unos deliciosos platos de comida, algunos de los cuales fueron elegidos especialmente para mí sin gluten. Un detalle que me hizo especial ilusión, sabiendo que Rosa e Inés se habían acordado de ello.

Tras los cafés y el licor de hierbas, que pasó de mano en mano por la mesa, comenzaba a sentirme un poco achispada. Reímos sin parar y descubrí a Asier mirándome incrédulo, de reojo, por la buena sintonía que había creado con su familia.

—Ay, cariño, creo que se te ha caído un ojo —me soltó Rosa ante todo el mundo con semblante preocupado.

—¿Cómo que un ojo? Será una pestaña, aunque no sabía que las pestañas se pudieran caer —manifestó Fermín sin dar crédito a lo que veía.

—Es una pestaña postiza, papá —apuntó Julen, tratando de despegármela por completo mientras nos reíamos de las ocurrencias de su padre.

—Se ve que en California se lleva todo artificial: las pestañas, las uñas y hasta la nariz, que seguro que tampoco es natural —bromeó Asier riéndose él solo.

Un silencio general se cernió sobre la mesa mientras las palabras que acababa de pronunciar flotaban en el aire como las ondas que se reproducen en la superficie de un lago cuando se lanza

una piedra.

Sus ojos se toparon con los míos y le lancé una mirada llena de desdén que borró la sonrisa de su boca. Mi rostro debía de ser un poema por la manera en la que todos los comensales permanecieron en silencio observando mi gesto consternado. Apenas un leve carraspeó rompió el silencio al fondo de la plaza.

Los monstruos del pasado volvían para recordarme que no podía bajar la guardia ni un segundo, así que me levanté y deshice los pasos de vuelta hacia el coche mientras una gota batallaba por desprenderse de mi lagrimal.

CAPÍTULO 13

Asier

Definitivamente, me había ganado el premio al gilipollas del año. Y con toda la razón. Era un auténtico imbécil y me había dejado toda mi familia en evidencia. No los podía culpar. Mi padre me acusó de no haberme dado esa educación; mi hermano y mi prima se levantaron de la mesa sin dirigirme la palabra y hasta Benja me dio un golpe suave en el hombro y me dijo: «Te has pasado, tío, para esta ridícula pelea ya».

Me lo había merecido. Sin embargo, seguía sin comprender cómo había pasado. Solo lo podía atribuir a aquel extraño sentimiento de inquietud que me producía su presencia. Esa dicotomía entre la atracción y la aversión que solo entienden los polos opuestos de una batería.

Y, a pesar de todo, después de ver su rostro roto del dolor y de cómo se había marchado a casa sin mirar atrás, vino aquel día a darnos la noticia.

—Asier, ¿estás escuchando? —La voz ronca de mi padre me trajo de vuelta.

—Sí, perdona. ¿Qué decías del certamen?

—Comentaba que acabo de hablar con mi amigo Paolo. Estudiamos juntos el grado de Marketing en la Universidad de Lovaina, en Bélgica, y después volvió a la Toscana para trabajar con su familia. Tiene una empresa de organización de eventos, dedicada al mundo culinario y vinícola.

—Después de España, en Italia tienen sin duda los mejores vinos que he probado en mi vida —comenté con un gesto de aprobación.

—Así es. Y cada año celebran un pequeño evento donde premian a los mejores del país. Hasta el año pasado solo participaban bodegas regionales o nacionales, pero en esta edición han decidido traspasar las fronteras y también tomarán parte algunos de los mejores vinos franceses.

—Es difícil competir con los gabachos. Siempre han destinado una barbaridad de dinero a promocionar sus vinos, cuando ni de lejos son los mejores del mundo, tal y como piensa la gente —manifestó mi padre, arrugando el morro, en señal de disgusto.

—Creo que sería una gran oportunidad para esta bodega participar en el certamen y nos daría una gran proyección internacional —expresó la señora de la Vega enarbolando una sonrisa de entusiasmo—. Sin embargo, hay un «pero»…

«Ya sabía yo que no podía ser todo tan perfecto».

—Se celebra este fin de semana y apenas tenemos unos días para elegir la muestra que queremos proponer y organizar el viaje.

—No hay peros que valgan. Estoy de acuerdo con Jana; tenemos que potenciar más las ventas en el extranjero, y esta es una buena oportunidad que no debemos desaprovechar. Asier, hijo, deberías ir tú. Hablas idiomas y tienes que empezar a ser la cara visible de esta bodega cuando te haga el relevo definitivo.

—Este fin de semana me será imposible, me reúno con los miembros del Consejo Regulador

para tratar el tema de las cepas —apunté, temiendo tanto perder una oportunidad así para las bodegas como pasar un fin de semana a solas con ella.

—Vaya, es una pena. Paolo nos dejaría el alojamiento casi regalado, por la larga amistad que nos une, y la media pensión estaría incluida, según me ha comentado. Podrías venir tú, Fermín, y si quiere… podría acompañarnos Rosa también.

Los tres permanecimos en silencio unos segundos tratando de analizar los pros y los contras de aquella conversación. Éramos conscientes de que la exportación al extranjero no era nuestro fuerte. Sobre todo, teniendo en cuenta que las ocasiones en las que nos habían visitado turistas de otros países se debía a que la marca Rioja Alavesa vendía por sí sola, así que aquella era una excelente oportunidad para tener en cuenta.

Sin embargo, teníamos una prioridad y era salvar las cepas de la amenaza de los hongos y convencer a esos señores de traje de que no causarían ningún problema ni en nuestros viñedos ni se expandirían a los de los terrenos aledaños. Continué con el monólogo interno hasta que mi padre tomó la iniciativa y añadió:

—Hacemos una cosa. Jana, llama a ese amigo tuyo con nombre de Casanova italiano y dile que nos espere allí el viernes. Mientras tanto, id los dos al laboratorio con Benja y elegid el vino que más potencial tenga para ganar ese certamen.

Nos levantamos para acatar las órdenes que mi padre nos había indicado cuando noté un ligero coscorrón que me había propinado en la nuca con su mano derecha.

—¡Aaah! ¿A qué viene eso? —exclamé indignado.

—Que sea la última vez que me entero de que la señora de la Vega no ha probado nuestros vinos ni ha visitado la mitad de las instalaciones. Quiero que ahora mismo le enseñes cada rincón de esta bodega mientras yo trato de resolver todas las gestiones para el certamen.

Puse los ojos en blanco y emití un ruido de exasperación por la garganta. Los ojos de la mujer que se encontraban frente a mí se toparon con los míos e identifiqué una sonrisa socarrona dibujada en su boca.

«Así que… ¿conque esas tenemos, Chanel? Menuda chivata estás hecha». La reté con la mirada.

Salimos del despacho para dirigirnos al laboratorio donde nos reuniríamos con Benja, quien habitualmente se enclaustraba durante varios días seguidos para extraer el mejor de los mostos de cada temporada. En ocasiones, tenía que tirar de él y sacarlo de entre aquellas cuatro paredes para que le diera un poco el aire, sin embargo, para él aquello era más que un trabajo, y no encontraría jamás las palabras precisas para agradecérselo eternamente, tanto como compañero, como amigo.

Recorrimos el estrecho pasillo mientras observaba cómo la señora de la Vega contoneaba elegantemente sus caderas frente a mí . Me reproché haberme quedado mirándole el trasero cuando me percaté de la alianza que colgaba de su dedo anular. Tenía pinta de ser bastante cara, al igual que el resto de su vestuario y todos los complementos con los que hacía juego. Probablemente su marido fuera un fornido americano forrado de pasta hasta los dientes. Sin duda alguna, una persona como ella y yo nunca podríamos llegar a ser pareja.

Traté de espantar mis pensamientos cuando llegamos a la puerta del laboratorio. Saludamos a Benja, le contamos todo lo referente al concurso y a la muestra que debíamos elegir entre todos.

—Benja, por favor, ¿podrías encargarte de mostrar a la señora de la Vega tu trabajo y escoger alguna de las botellas que podríamos llevar? Yo creo que no hago más falta por aquí, así que me marcho.

—No, quédate —me rogó cogiéndome del brazo—. De hecho, me viene bien que estéis aquí

los dos. Estos días he estado trabajando en una nueva mezcla que creo que podría ser perfecta para el certamen. Jana, acércate hacia la mesa que te enseñaré nociones básicas de lo que realizamos en el laboratorio.

«¿Por qué todo el mundo la llama por su nombre de pila y yo soy el único que lo hace por su apellido?», me pregunté con un cierto grado de irritación.

Conocía a mi amigo de sobra y era consciente de que su motivación para que me quedara se debía fundamentalmente a su carácter conciliador. Se trataba de una de esas personas que evitaba los conflictos a toda costa y trataba de apaciguar las aguas empleando sus mejores armas: el diálogo y esa tímida sonrisa tan costosa de ver en su cara. Estaba seguro de que, si se lo hubiera propuesto, habría sido un buen diplomático y sus técnicas de mediación habrían sido ejemplares para resolver cualquier conflicto político a nivel internacional.

—Estamos en un laboratorio y aquí hacemos mezclas para extraer los mejores vinos de cada añada.

—Menuda obviedad, genio.

—Cállate, idiota —respondió mi amigo con un tono brusco lanzándome una mirada de desdén—. Estoy tratando de explicar todo el proceso desde el inicio para resaltar la importancia de esta fase.

Observé a la señora de la Vega que curvaba hacia arriba las comisuras de sus labios en una sonrisa perfecta al tiempo que se colocaba un mechón de pelo detrás de la oreja. Un brillo se reflejaba en sus ojos y nos escudriñaba con una mirada divertida sin pronunciar palabra.

—Para la mayor parte de las personas, beber vino es un hábito social al que otorgan escasa o nula importancia. Poco les importa ingerir un refresco de cola como un vino de tetrabrik. No obstante, cada vez existe un mayor número de personas que anhelan buscar nuevas experiencias enológicas.

—Y aquí es donde entra tu trabajo —le interpeló nuestra invitada prestando suma atención.

—Correcto. Hace décadas, nuestros antepasados usaban las mismas variedades de uvas para crear un tipo de vino, o a lo sumo dos. Sin embargo, la investigación y las nuevas tecnologías nos han dotado de la capacidad para crear mezclas con tipos de uva provenientes de diversas variedades o zonas vinícolas.

—Pero no se trata solo de cultivar diferentes tipologías de semillas, esperar a que crezcan y realizar las mezclas —añadí para participar en la conversación—. Es indispensable llevar a cabo una investigación exhaustiva para conocer el tipo de variedad que mejor se adapta a nuestras tierras y al clima de la zona, teniendo en cuenta, además, otros factores como los estándares que marca el Consejo Regulador, la invasión de especies no autóctonas o la sostenibilidad.

—Entiendo. El compromiso con el medio ambiente y el cambio climático son temas fundamentales dentro de la responsabilidad social corporativa y es un factor que los clientes valoran cada vez más a la hora de decantarse por una empresa u otra —añadió Jana dando su perspectiva profesional.

—Así es, para nosotros es un tema crucial —continuó Benja —. Una vez que obtenemos el mosto de las diferentes variedades de uva y lo sometemos al proceso de maduración en las barricas del modo tradicional, ahí es cuando comenzamos los ensayos. Tomamos una muestra de cada variedad con la que, dependiendo de su sabor, intensidad o notas perfumadas, se crean nuevas mezclas con las que despertar una infinidad de sensaciones palatinas y aromáticas para atraer a los más sibaritas.

—¿Habéis pensado en madurar dentro de las barricas la mezcla de variedades ya confeccionada?

—Buen apunte. De hecho, hay bodegas de todo el mundo que combinan ambas técnicas. Sin embargo, nosotros somos bastante conservadores en este aspecto, ya que en ocasiones desconocemos el producto final que derivará de la mezcla. Hay que tener en cuenta que dependiendo del tipo de barrica que se use y su porosidad, la mezcla planificada al inicio puede derivar en un resultado no deseado, con la consiguiente pérdida de dinero y tiempo que ello conlleva.

—Y, ¿qué tipo de barricas empleáis en esta bodega?

—Pensé que esa parte ya te la habría comentado Asier. —Me lanzó una mirada fulminante para recriminarme que no le había explicado las nociones más básicas de todo el proceso.

—Tenemos dos tipos. Las barricas de roble americano tienen los poros más abiertos, lo que permite una mejor oxigenación del vino, por eso las usamos para aquellos que no necesitan envejecer mucho tiempo en barrica. Suelen aportar aromas y sabores más amaderados, como la vainilla, la canela o el coco. Por otro lado, la barrica de roble francés nos da aromas y sabores más tostados tipo café, pimienta o clavo. Pero esto te lo explicaré otro día —añadí para quitarle hierro a aquel reproche.

—Creo que he encontrado la muestra idónea para que llevéis al certamen —nos informó Benja mientras rellenaba dos copas y nos las tendía a ambos para llevárnoslas a la nariz y aspirar sus aromas.

—Interesante —aseveré tras degustar aquella obra maestra—. Es un sabor diferente, más afrutado y especiado a los que has realizado últimamente, pero tiene buen gusto y es elegante. Me apuesto a que maridará perfectamente con alguno de los platos que tengo en mente.

—La parte gastronómica te la dejo a ti, amigo.

—El perfume de Inés —indicó la señora de la Vega que se encontraba leyendo unos apuntes que yacían sobre el mostrador—. ¿Así es como lo vas a llamar? Me recuerda totalmente a ella. Felicidades, es todo un acierto.

—¡Dame eso! Es demasiado personal —manifestó mi amigo, con semblante nervioso, al tiempo que trataba de arrebatarle el cuaderno de la mano.

Tras un momento de confusión y un silencio sepulcral que se extendió sobre el ambiente, la voz de mi padre emergió tras la puerta que se encontraba medio abierta. Asomó la cabeza y nos informó:

—Chicos, ya está todo arreglado para el próximo fin de semana. Acabo de hablar con Luis del Consejo Regulador y me citaré con él este mismo sábado para tratar algunos asuntos pendientes con los que tenemos que lidiar. Así que Asier, Jana, quiero que volváis de Italia dejando a nuestras bodegas en lo más alto.

«¡Oh, oh! La señora de la Vega y yo pasaremos un fin de semana en la Toscana. ¿Qué puede salir mal?

Todo puede salir mal».

CAPÍTULO 14

Jana

Suspiré aliviada al llegar a casa. Sí, la posada, a la que ya llamaba hogar. La tensión que se respiraba en el ambiente con el tipo arrogante no me dejaba actuar con normalidad. Aunque, a decir verdad, después del desencuentro que tuvimos en la comida popular, tenía que admitir que esa mañana su actitud conmigo había mejorado sobremanera.

Aun así, no quise bajar la guardia, ya que me esperaba todo un fin de semana junto a él y su insufrible carácter del que no tendría escapatoria. Mis esfuerzos por hacer de Celestina entre Fermín y Rosa habían caído en saco roto con su triquiñuela de última hora. Menos mal que contaría con la presencia de mi amigo Paolo, al que hacía años que no veía y con quien estaba deseando tomar un par de copas para ponernos al día de nuestras vidas en la última década.

Charlamos durante más de media hora al teléfono para gestionar nuestra estancia y me aseguré una y mil veces de que nos pusieran en habitaciones separadas. La noche anterior me había quedado hasta las tantas viendo una comedia romántica en Netflix sobre una pareja de amigos que se habían visto obligados a compartir cama, después de que la persona encargada en la recepción hubiera reservado solo una habitación por error. «¡Menudo cliché!», pensé poniendo los ojos en blanco, mientras recordaba cómo la pareja acabó enamorándose tras aquella equivocación.

Pasé por el jardín, antes de dirigirme a mi apartamento, y observé a un perro tumbado boca arriba y a dos cuerpos humanos en cuyos rostros se percibía aplicada una mascarilla facial de aguacate y dos rodajas de pepino. Lur corrió hacia mí, visiblemente emocionado por mi presencia, visto que Inés y Julen poco caso le hacían mientras ingerían su *smoothie* multivitaminas, como me explicaron a continuación.

—¡Hay que ver lo bien que viven algunas personas! —bromeé mientras se quitaban los vegetales de los ojos para averiguar quién se acercaba hacia las tumbonas sobre las que reposaban—. ¿Sabéis dónde está el camarero para pedirle otra ronda de *gin-tonics*?

—Pues creo que Cristian acaba de empezar su turno ahora, puedes pedírselo a él —contestó Inés, tratando de recolocarse sentada en la silla con dificultad, habida cuenta de su abultada tripa.

—¿Cristian está por aquí? —Un indiscutible gesto de pánico se reflejó en la cara de Julen.

—¿Alguien me ha llamado? —preguntó el susodicho saliendo al jardín.

—Hola… ¿có- cómo estás, Cris… tian? ¡Me tengo que marchar! —soltó el benjamín de la familia y se esfumó para tratar de esconderse.

Inés y yo nos miramos a los ojos con cara de no haber entendido nada de lo que había pasado y, a su vez, comprendiéndolo todo. Julen regresó a los pocos minutos con la cara limpia y ambas le lanzamos una sonrisa socarrona por el ridículo modo en el que se había evaporado cuando se encontró frente a aquel.

—Oye, primo, qué escondido lo tenías… Y yo que pensaba que habías regresado a casa para

ver nacer a mi hija.

—Claro que sí, ¿por qué iba a volver sino? ¿Por qué he acabado la carrera, he roto con mi novio y no tengo ningún futuro profesional? ¡Qué tonterías decís las mujeres! —nos reprochó mientras unos tímidos sollozos comenzaban a emerger de su rostro.

—Por favor, Julen, no te pongas tú también a llorar que, como se sume Inés, tenemos el belén montado —le imploré, preocupada.

—Tampoco lloro tanto, llevo sin hacerlo desde anoche cuando vi cómo el prometido de Sanem la dejaba tirada en el altar por irse a cumplir su deber a Estambul. Esta noche me toca ver el episodio número 73 de la serie que me tiene tan enganchada.

Parpadeé perpleja ante aquella confesión, teniendo en cuenta que sabía que Inés la había comenzado a ver hacía apenas unos días. Era consciente de que las telenovelas turcas habían adquirido gran popularidad en la televisión americana, aunque desconocía que en España tuvieran la misma repercusión.

—Ay, chicas, estoy muy preocupado y necesito consejo —admitió el joven y permaneció unos segundos en silencio—. Resulta que le he dicho a mi padre que estoy de visita solo durante unas semanas y que el mes que viene empezaré a trabajar en una agencia de publicidad de renombre en Madrid. Y… no hay oferta de trabajo ni agencia de publicidad ni planes de futuro en la capital.

—¿Acabas de mentir a mi tío? ¿No ves que está delicado de salud? ¡Madre del amor hermoso!

—A ver, no entremos en pánico —les ordené tratando de mantener la calma—. Es normal que a tu edad no tengas muy claro qué hacer con tu futuro. ¿Qué es lo que más te gusta de tu carrera y cómo te ves dentro de diez años, laboralmente hablando?

—Quiero ser *influencer*, de esos que viaja por el mundo sin pegar palo al agua, mientras se toma un cóctel frente a un cocotero en una playa paradisíaca del Pacífico sur.

—¡No te jode! Y yo quiero ser un ángel de Victoria's Secret y dudo que, con estas dos ubres de vaca lechera y mis casi noventa kilos, alguien me vaya a contratar ni para llevar los cafés.

Los primos empezaron a discutir y no me quedó otra opción que interferir para que la sangre no llegara al río. Sin embargo, tenía que reconocer que me lo estaba pasando tan bien que estaba a punto de sacar un bol de palomitas y recrearme ante el espectáculo que estaba aconteciendo ante mis ojos.

—Bueno, Julen. Permíteme dudar sobre lo de que no pegar un palo al agua sea cierto, aunque lo de la carrera de *influencer* puede que tenga salida.

—¿A qué te refieres? —me interpelaron ante una afirmación que había llamado la atención de ambos, hasta tal punto que se giraron hacia mí y dejaron de pelear como dos críos.

—Mira, en algunas facultades de Publicidad y Marketing, la especialidad de creador de contenido está bastante en boga en la actualidad. Tienes la formación teórica y, por lo que pude comprobar ayer en tu perfil cuando me agregaste a las redes sociales, no se te da mal la cosa.

—¡Cuéntame más, reina! —rogó mientras acercaba la tumbona hacia mí en busca de información.

—En primer lugar, se me ocurre que puedes empezar a hacer prácticas aquí. —Alcé los brazos para señalar los alrededores.

—¿Qué quieres decir, que me ponga a filmar el ritual de apareamiento entre una oveja y una cabra?

—Si tuvieran un bebé, le podrían llamar *Cabreja* —soltó Inés al tiempo que se palpaba su abultado vientre.

Nos quedamos en silencio mientras asimilábamos lo que acababa de salir de la boca de aquella mujer.

—Perdonad, es que todavía no sé cómo llamar a mi niña y se me está acabando el tiempo —confesó y comenzó a gimotear de nuevo.

—Julen, ¿eres consciente del imperio de los vinos que tiene aquí montado tu familia?

—¡Ja! Imperio, dice, ni que fuésemos ahora las Kardashian.

—En California, cualquiera que tenga una pequeña pastelería de barrio, elabore unos *cronuts*, mezcla de cruasán con donuts, fuera de lo normal y lo publicite en las redes sociales, al día siguiente ya tiene una fila de clientes que da la vuelta dos veces a la manzana.

—Entiendo adónde quieres llegar.

—Creo que esta familia podría echar mano de tus conocimientos digitales y supondría un pequeño revulsivo para el negocio.

—Dudo que mi padre y mi hermano quieran que me involucre más en la empresa familiar… —alegó con un semblante serio e Inés le interrumpió secándose las lágrimas de su rostro.

—Estoy convencida de que estarán encantados de que te impliques más en el negocio, Julen. Es solo que… Asier en su día ya se sacrificó de sobra por ti y por Ane, y sigue considerando que continuar con el legado familiar es su única responsabilidad mientras vosotros comenzáis una nueva vida fuera del pueblo.

—Lo sé y, si os digo la verdad, siempre me he sentido un poco culpable por ello —confesó, apoyando los codos en sus rodillas y hundiendo su rostro entre las palmas de sus manos—. Pues es hora de que yo también me involucre en la empresa familiar. Pero para ello necesito la ayuda de vosotras dos. Mañana mismo lo primero que haré será madrugar. Pondré la alarma a las diez y acudiré a las bodegas.

Inés y yo nos escudriñamos con cara de perplejidad y le lanzamos una mirada de desdén.

—Vale, vale, serán las nueve de la mañana. Pero no me pidáis que me levante antes que necesito realizar mi rutina diaria de *skincare* y estas patas de gallo no se ocultan solas.

Nos despedimos hasta el día siguiente y me dirigí hacia el apartamento asimilando la conversación que acabábamos de mantener.

«¿A qué se habrán referido con que Asier se ha tenido que sacrificar por sus hermanos?», medité con curiosidad.

No quería entrometerme en los dramas internos de cada familia. Bastante tenía ya con los de la mía propia, pese a que aún desconocía todo lo que estaba a punto de descubrir. Sin embargo, aquella familia me había acogido con tanta calidez y cercanía que prácticamente ya me sentía como un miembro más.

No obstante, quería ser cauta y comportarme con la profesionalidad que caracterizaba mi currículo laboral. Y es que inmiscuirse personalmente con los miembros de una empresa familiar y comenzar a empatizar con ellos desde un plano personal comportaba ciertos riesgos, tales como cesar de analizar el trabajo con una mirada crítica para dejarse llevar por los sentimientos.

Y esto era algo que no debía permitir que pasara, porque regresaría a California y volvería a ser la misma Jana de la Vega de siempre.

¿O quizá no? ¿Me estaba gustando demasiado la versión desconocida de esa Jana que se sentía como en casa?

CAPÍTULO 15

Asier

Agradecí que la señora de la Vega me informara de que saldría hacia el aeropuerto unas horas antes de la hora acordada, excusándose de que debía realizar unas gestiones en la ciudad cercana. Respiré de alivio sabiendo que al menos no nos veríamos abocados a compartir el mismo aire entre las cuatro paredes de su coche o el mío.

Ingenuo de mí, teniendo en cuenta que pasaríamos las siguientes cuarenta y ocho horas de nuestra vida juntos, y era la única persona a la que conocía en el lugar.

Me encontraba bastante nervioso, algo que en un principio achaqué al ser la primera vez que presentaba uno de nuestros productos en una reunión de expertos del vino a nivel internacional. Sin embargo, no quería engañarme, dado que aquella escapada serviría para acercar posturas y enterrar el hacha de guerra con ella, tal y como le había prometido a mi padre y Benja.

Dejé la bolsa de viaje preparada y salí con la moto a hacer una pequeña ruta y despejarme, pero cuando regresaba a casa la atisbé estacionada en el arcén, con el capó levantado, como aquella primera vez que la vi y aún no sabía que se convertiría en el centro de mis sueños y pesadillas.

—Señora de la Vega, ¿ha pasado algo? Pensé que estaría ya de camino al aeropuerto.

—Eso es lo que hubiera preferido usted para perderme de vista un rato —trató de bromear en una afirmación que me había lanzado como un dardo por el realismo que llevaba adosado.

—¿La puedo ayudar en algo? —me ofrecí, preocupado, viendo cómo en su rostro se reflejaba cierto grado de angustia.

—No sé qué le pasa exactamente a este cacharro, pero está haciendo un ruido raro y no me quiero arriesgar a conducir casi dos horas con miedo a que me pase algo —manifestó dándose un masaje en las sienes—. Acabo de telefonear a la empresa de alquiler de vehículos y dicen que, como estamos lejos de la ciudad, todavía tardarán dos o tres horas en llegar hasta aquí y reemplazarlo por un coche de sustitución.

—Es demasiado, perderá el vuelo y no llegará a tiempo.

—Lo sé, he pensado en llamar a un taxi, aunque tampoco sé lo que tardará.

«Asier, ¿no estarás pensando en…?»

«Es la peor idea que se te ha ocurrido en la vida, pero no queda otra opción», asimilé en un duelo interno entre mis pensamientos.

—No se preocupe, vendrá conmigo. ¿Puede moverlo, al menos algunos metros? No puede dejarlo en medio de la carretera, lo aparcaremos en mi casa, no está lejos de aquí. ¡Sígame!

—¿Está seguro? No quisiera ser una molestia.

—¿Más de lo que ya es? No creo que lo consiga —traté de bromear con una sonrisa socarrona

para destensar el ambiente, aunque su cara demostraba lo contrario.

Llegamos a mi finca, que se encontraba a escasos metros de las bodegas. Le indiqué que estacionara junto a mi coche y la invité a pasar mientras me cambiaba de ropa y cogía la maleta para marcharnos enseguida. No teníamos mucho margen de tiempo para salir hacia el aeropuerto.

Me di una ducha rápida y, cuando acabé, me até una toalla a la cintura. Estaba a punto de secarme el pelo en el momento en el que un fuerte alarido se escuchó desde la planta principal. Bajé las escaleras a todo correr y me detuve bajo el umbral de la puerta del salón ante aquella estampa. Tumbada a lo largo del sofá se encontraba Carla, vestida únicamente con un picardías, color rojo carmesí, mostrando un gesto provocativo en su cara mientras la señora de la Vega la miraba asustada sin esperar encontrarse con aquel percal.

—¡Perdón, perdón! No pretendía encontrarte aquí. Lo siento, espero fuera mejor —chilló mientras trataba de taparse los ojos con la palma de su mano.

Se giró y tropezó contra el mueble donde reposaba el reproductor de música para darse de bruces contra mi torso desnudo. Tuve que hacer malabares para sujetar su cuerpo, con el brazo derecho, y evitar que se cayera, y ajustarme la toalla que amagaba con caerse al suelo, con la mano izquierda. Suspiré de alivio agradeciendo que, si se hubiera desprendido de mi cuerpo, menudo espectáculo se hubiera montado.

Sus manos yacían sobre mis pectorales cuando levantó la cabeza y me miró a los ojos con cara horrorizada. Un escalofrío me recorrió todo el cuerpo cuando noté la suavidad de sus manos deslizándose por el vello de mi pecho desnudo.

Enmudeció al instante cuando nuestras bocas quedaron enfrentadas a escasos centímetros la una de la otra y reaccionó huyendo despavorida por la puerta de casa sin decir nada más.

Apoyé las manos en mis caderas y solté un bufido. Definitivamente, aquello se me había ido de las manos y debía cortarlo de raíz antes de que fuera demasiado tarde. O, tal vez, ya lo era. Invité a Carla a vestirse enseguida y marcharse de casa por la puerta trasera, reprochándole haber entrado en la privacidad de mi casa sin mi permiso y recordándole que entre nosotros no existía nada.

Salí de casa a todo correr, temiendo no encontrar a la señora de la Vega ni a su maleta que, en un giro de las circunstancias, se hubiera arrepentido de aquel viaje a Italia y evaporado sin dejar rastro. Pero me alegré de haberme equivocado, ya que se encontraba allí de espaldas esperando a emprender el viaje.

Era la segunda vez que nos había pillado en una situación poco decorosa. Bueno, en esta ocasión al menos yo no había participado, aunque era consciente de que la imagen que estaba proyectando delante de ella no era la más adecuada.

Tras carraspear una tímida disculpa, emprendimos la marcha hacia el aeropuerto y embarcamos en el avión sin dirigirnos apenas una palabra.

«Este fin de semana va a ser largo. Muyyy largo».



Aterrizamos en el aeropuerto de Florencia a media tarde y nos recogió un chófer que portaba un iPad con el nombre *López de Aberásturi* reflejado en la pantalla. Recorrimos con una elegante furgoneta negra varios de los pueblos de la región toscana y nos adentramos en una zigzagueante carretera que accedía hasta el alojamiento donde se organizaba el certamen.

Se trataba de un agroturismo rodeado de viñedos donde residía la cuna del *Chianti*, uno de nuestros competidores directos. Pese a ello, viajar a Italia siempre me había hecho sentir como en casa y consideraba a los italianos como hermanos de diferente madre.

Hasta que conocí a Paolo. En ese momento mi percepción de nuestros vecinos cambió por completo.

—*Come sei bella, amica mia.*

—Tú sí que estás guapo. ¡Cómo me alegro de verte! —manifestó mi compañera de viaje.

Se fundieron en un abrazo que duró más segundos de lo que estaban estandarizadas las muestras de cariño amicales. Se trataba de un tipo alto, de tez morena y nariz aguileña. Vestía un traje de raya diplomática que, si yo me lo pusiera, parecería el mismísimo Don Vito Corleone, pero al tío le quedaba como un guante. Vamos, el cliché de hombre italiano que vuelve locas a todas las féminas.

Permanecí en un segundo plano, esperando a ser presentado, sin embargo, mantuvieron una charla de varios minutos en los que apenas repararon en mi presencia hasta momentos después.

—Mira, este de aquí es el señor López de Aberásturi, el dueño de la bodega a la que estoy echando una mano en España.

—*Piacere!* —me saludó, tendiéndome la mano, mientras me escudriñaba con la mirada fija en mi rostro y un gesto serio.

—¿Dónde está *il tuo marito*? Alégrame el día y dime que te has divorciado ya. —Volvió a girarse hacia ella como si acabara de saludar a un fantasma.

—Es una historia larga de contar. Para ello me tendrías que invitar a un buen *Sangiovese* de la bodega familiar.

—¡Trato hecho! Acomodaos en vuestra estancia y nos vemos para un aperitivo informal que hemos preparado en el jardín.

—Nos habréis reservado dos habitaciones, ¿verdad? —preguntó mi acompañante con gesto inquieto.

—Mucho mejor que eso, *bella*. Este es un pequeño pueblo con casitas rurales que disponen de varias habitaciones cada una. Os he reservado una casa para los dos solos y que tengáis más intimidad.

—No era necesario, Paolo, pero te agradezco el detalle —musitó la señora de la Vega con una sonrisa nerviosa.

Recogimos las llaves y nos dirigimos a la zona acordada. Cada casita contaba con una

pequeña zona ajardinada, con su respectivo mobiliario, desde donde se respiraba un remanso de paz contemplando los viñedos que nada tenían que envidiar a las bodegas familiares de Valdetintos.

La casita estaba ornamentada con elementos rurales y, en su interior, un largo pasillo se bifurcaba en dos estancias a las cuales se accedía con llave. Cada habitación contaba con una cama de matrimonio cuyo conjunto de sábanas y edredón combinaba con el dosel que caía como una cascada desde el techo. En una de las esquinas, una puerta de madera daba acceso a un amplio baño privado, donde un inmenso espejo cubría la pared de lado a lado, y la elegante grifería de imitación a porcelana le conferían un toque distinguido.

Quedamos en asearnos y vernos en el exterior después de media hora, tras la cual recorrimos las hileras de viñedos inhalando el familiar aroma de la uva, y contemplando el paisaje colmado de olivos, que se extendía hasta más allá de donde nuestra vista alcanzaba.

Comenzamos a intercambiar algunas palabras tras los acontecimientos tan confusos vividos aquella mañana. Mi expresión empezaba a relajarse, y percibí que el de la señora de la Vega hacía lo propio cuando nos reunimos con el resto de los comensales para degustar los canapés y las copas de vino que la organización había dispuesto como bienvenida a sus huéspedes.

—Espero que estéis pasando una bonita velada. Disculpad que no pueda dedicaros mucho tiempo hoy, debo saludar al resto de invitados —lamentó Paolo cuando se acercó a mi acompañante para rodearla de la cintura y depositarle un sonoro beso en la sien.

—No te preocupes, estamos disfrutando del lugar. Es una preciosidad, ¿verdad, señor López de Aberásturi?

Asentí con la cabeza, sin articular palabra, y les permití un momento de privacidad mientras mostraban su predisposición a ponerse al día de sus vidas en estos últimos años. No entendía cómo el italiano seguía llevando las gafas de sol puestas, habida cuenta de que las primeras luces del crepúsculo comenzaban a hacer acto de presencia en la escena y el convite se celebraba bajo un espacio cerrado.

—¿Así que ahora vives en California, estás forrada y te has casado con un doctor?

—Solo la primera cosa es verdad y el resto… Mejor te lo cuento cuando lleve dos o tres copas de este vino tan delicioso —apuntó a su copa con un semblante marchito.

—Se os veía muy acaramelados en el último encuentro que organizamos con el grupo en Nueva York, ¿qué ha pasado?

Traté de aparentar que me separaba de ellos para no entrometerme en una conversación que no me incumbía, aunque acerqué la oreja en vista de mi manifiesto interés por aquella respuesta.

—Las cosas cambian y a veces nuestras vidas idílicas acaban convirtiéndose en todo lo opuesto a lo que un día planeamos. Pero bueno, no nos pongamos melancólicos. ¿Qué sabes del resto de la cuadrilla? Solo mantengo contacto con Claire, que trabaja como asesora para un diputado en la Cámara de Representantes en el Capitolio de Washington.

—Cómo me alegro por ella. Yo solo sé que William es miembro del Consejo de administración de una multinacional del petróleo en Abu Dhabi y James se casó con la hija del primer ministro de Suecia y su suegro lo enchufó en su gabinete. Gracias a todos estos contactos, y las exportaciones que gestionamos en la bodega, facturamos una buena millonada cada año.

—Así que, por lo que veo, no te va nada mal. Regresaste a casa para trabajar en la empresa familiar y la has sido capaz de posicionar en lo más alto. —Enarboló una sonrisa sincera—. Con las vidas tan ocupadas que tenemos todos, dudo de que nos volvamos a ver hasta dentro de otros cinco años…

«Pero ¿con quién coño se codea toda esta gente? Y ¿por qué me siento totalmente fuera de

lugar?»

CAPÍTULO 16

Jana

—Señora de la Vega, ¿le puedo hacer una pregunta? —me pidió mi acompañante cuando Paolo se excusó para seguir hablando con el resto de los invitados.

—¡Basta ya! Creo que ha llegado la hora de acabar con este jueguecito —solté con un tono de voz más brusco del que había pretendido.

—¿A qué se refiere?

—Que dejes de tratarme con tanta formalidad, que parece que estás hablando con la Reina Isabel II cada vez que te refieres a mí. Y llámame ya Jana, maldita sea.

Todas sus líneas de expresión se relajaron cuando le solté aquella reprimenda y profirió una sonora carcajada que mostró una hilera de dientes perfectos. Habida cuenta de su expresión, era algo que llevaba también anhelando escuchar de mis labios.

—No veía la hora. Por favor, ¿me llamarás tú también Asier?

—Dalo por descontado. —Le dediqué una sonrisa socarrona—. Y dime, ¿qué es lo que me querías preguntar?

—Siento haber escuchado la conversación con tu amigo. Es solo que… me ha llamado la atención la manera en la que hablabais de vuestros antiguos compañeros de universidad. ¿En qué tipo de institución estudiabais? ¿Algún centro para futuras élites?

—Pues algo así… —confesé con un tono de voz cada vez más débil, sin querer reconocer que apenas tenía ganas de tratar ese tema.

—Perdona, no quería ser entrometido ni inmiscuirme en tu vida privada.

—No pasa nada, es habitual que llame la atención. La verdad es que Paolo es uno de los pocos amigos que conservo de aquella etapa. A decir verdad, de los únicos hasta que me asenté en California.

—¿Y de cuando vivías en España? Imagino que estar de vuelta te habrá hecho reencontrarte con familia y amigos.

—No tengo amigos… ni familia en España —mentí—. Cuando era pequeña, mi padre viajaba mucho por trabajo. Cada cierto tiempo nos mudábamos y cuando empezaba a echar raíces, llegaba otra vez el momento de hacer las maletas.

—Al menos habrás recorrido mundo. Estoy seguro de que has viajado por muchos países.

—Eso sí, mi pasaporte estaba lleno de sellos. Pero no tenía a nadie a quien enseñárselos y, con los años, acabas asimilando que tus padres y el personal de servicio que trabaja para la familia son tus únicos compañeros de viaje y de vida.

—¿Personal de servicio…?

—No pongas esa cara ni me juzgues, que ya nos vamos conociendo…

Asier cerró una cremallera invisible en sus labios y esperó pacientemente a que siguiera la

explicación con suma atención.

—Mi padre es personal del Cuerpo diplomático de España y ha ejercido de cónsul en varios países a lo largo de los cinco continentes.

—¡Guau! —exhaló una expresión de asombro y permaneció unos segundos en silencio—. Mi familia ha trabajado recogiendo uvas toda la vida y casi no hemos salido del pueblo —ironizó, estableciendo una comparación.

—Y tenéis la suerte de estar muy unidos. Ojalá yo hubiera tenido una familia tan extensa y cohesionada como la vuestra. Son buena gente y agradezco que me hayan acogido como parte de la familia sin apenas conocerme.

—Concuerdo, aunque a veces me vuelvan loco. —Suspiró y realizó una caída de párpados en señal de resignación.

—No solo eres un arrogante, sino un quejica también.

Sonreímos y nos apartamos para tomar un par de copas de vino que una de las camareras nos vino a ofrecer.

—Mmm, este vino está exquisito —manifestó mientras alzaba la copa al aire y escudriñaba sus tonos violáceos a través del cristal translúcido.

—Todavía recuerdo cuántas noches de juerga nos pegamos de jóvenes a costa de las cajas de vino que nos enviaba la familia de Paolo. —Reí mientras hundía mis pensamientos en los recuerdos del pasado.

—Oye…, te quería dar las gracias porque has tirado de tus contactos personales para contribuir a dar visibilidad al negocio de mi familia. Y, en el momento en el que estamos, cualquier ayuda externa es bien recibida.

—No tienes por qué, de verdad, es mi trabajo. Pero, si insistes… espero que te acuerdes de mí cuando ganes uno de los trofeos y pronuncies tu discurso de agradecimiento.

—¿Discurso?

—No me digas que no has preparado nada.

—No tenía pensado ganar y… la verdad es que pocas veces he hablado en público, así que dudo mucho que sepa cómo elaborar uno —confesó apretando los labios y dejando al descubierto la sutil hendidura de su mentón.

—Hay que solucionar ese tema ya. No tenemos tiempo para que te dé un curso avanzado de cómo hablar en público, aunque creo que podremos salvar los muebles con una escueta nota de reconocimiento.

—¿Hay algo que no se te dé bien, Chanel?

—Aguantar a tipos pedantes como tú —solté mientras escondía una botella de *Chardonnay di Montemaggio* en el bolso y le agarraba del dobladillo de la camisa para desaparecer de la vista general.

—¿Acabas de robar una botella? —me preguntó con un gesto que reflejaba no dar crédito a lo que acababa de suceder.

—Solo la he cogido prestada —sonreí con una mirada inocente.

—Ya… y si la devuelves será solo el casco de la botella vacío.

—Además de arrogante, sabes adivinar el futuro. Menudo portento que eres como hombre, tu novia debe de estar muy orgullosa de ti —le espeté, tratando de mofarme de él, aunque, instantáneamente, la imagen de la recepcionista en posición sugerente y ropa interior me vino a la cabeza con desagrado.

—¿Qué novia?

—Esa a la que le has chillado esta mañana cuando trataba de hacerte un espectáculo sensual

que, claramente, tú has rechazado. Por cierto, si tratas así a tu mujer, no me quiero imaginar cómo debes hacer con el resto —le acusé confiando en que no fuera ese tipo de hombre.

—Carla no es mi pareja. Tuvimos algo pasajero hace tiempo, aunque sigue insistiendo y yo no estoy interesado en ella.

—Pues claramente ella no piensa igual.

—Sí, creo que he sido muy brusco con ella esta mañana, pero no puede venir a invadir la privacidad de mi casa y entrar como si viviera allí. Debo tener una charla seria con ella, disculparme y recordarle que esto no puede volver a suceder.

—Por un momento pensé que tendrías un gatito en casa porque alguien lo estaba llamando de manera cariñosa. Sin embargo, cuando me dirigí al salón y la vi allí tumbada, até cabos enseguida.

—Ay, nooo, por favor. —Se tapó los ojos con las manos en una clara señal de bochorno—. Lo siento.

—Creo que Lur tampoco hubiera estado muy de acuerdo con tener un minino cerca.

Me descubrí sonriendo para mis adentros cuando confirmé que no mantenía ninguna relación con la recepcionista, así que traté de espantar mis pensamientos y focalizarnos en el asunto profesional que nos había llevado hasta allí.

—Bueno, basta ya de parloteo, que hemos venido a trabajar. Vamos a mi habitación que he traído el portátil y podemos comenzar a trabajar así en el discurso.

Nos acomodamos en el sofá, ubicado frente a la cama doble, y traje de la cocina dos copas de cristal y una cubitera para enfriar la botella de vino que acababa de comprar. Porque no, no la había robado, pensaba pagarla después a Paolo. Mi costosa educación en colegios privados no me permitía ser tan descarada, aunque no negaré que en numerosas ocasiones me había visto tentada a romper ese estigma.

Le expliqué algunas nociones básicas tanto del lenguaje verbal y no verbal, que suponía más de la mitad del peso que tenía dentro de un discurso. Era mi especialidad, sobre todo entre empresarios y políticos a los que instruía en cómo manejarse ante el público reconociendo que dominaban más del tema de lo que realmente lo hacían.

No obstante, en esta ocasión existía un pequeño detalle que marcaba la diferencia. Y es que esa familia creía en lo que hacía. Hablaban del vino como si fuera un elixir dorado, tal y como había manifestado uno de los trabajadores. Por tanto, trabajar con ese tipo de empresas era una lotería difícil de encontrar y originaba que mi trabajo reflotando la empresa resultara mucho más fácil que aquellas donde el producto a vender era tan impersonal como la actitud de los directivos de las susodichas corporaciones.

—Así que ¿usáis plantillas para dar discursos, sean del tema que sean? —me preguntó Asier realizando una mueca interrogativa.

—Más o menos. Hay unas pautas generales en la comunicación que hay que seguir, luego se añaden tres o cuatro frases específicas sobre el ámbito a tratar y se amolda el discurso al interlocutor que tengas delante.

—Con razón cuando llegaste nos vendiste bien la moto sin tener ni puñetera idea de la diferencia entre un tinto joven y un reserva.

Alcé la mirada y mis ojos se toparon con los suyos.

«Tocada y hundida».

En un principio pensaba que me lanzaría una mirada de desdén, sin embargo, me encontré con una mueca socarrona dibujada en sus labios, como si me hubieran cazado haciendo una trastada.

—¡Eso no es verdad! —contesté indignada ante aquella acusación a la que, en cierta medida, no le faltaba razón.

—Sin embargo, te pusiste las pilas enseguida y ahora has demostrado saber más que nadie.

Giré la mirada hacia el exterior y comprobé cómo se podían vislumbrar las estrellas en aquel alojamiento que se encontraba alejado de la civilización. Me retrotraje al pasado y recordé el momento en el que entré al despacho de mi jefe y me ofrecí para realizar aquel trabajo mientras mi compañero Mike me suplicaba con ojillos de cachorro.

Evité desvelarle los motivos personales que me habían llevado hasta allí, aunque era consciente de que merecía una explicación.

—Lo siento, lo estoy haciendo lo mejor que puedo… Mi compañero Mike es un *crack* en la gestión de marca del mundo vinícola. Ha obtenido los mejores resultados en las empresas del Valle de Napa, pero su mujer, que también es una de mis mejores amigas, se puso de parto antes de tiempo y si hubiera venido él, como estaba planeado en un principio, no hubiera conocido a su hijo hasta su regreso.

—Recuerdo que comentaste algo el día que nos conocimos, aunque pensé que lo de su reciente paternidad era una invención tuya para justificarlo. En tal caso, es totalmente comprensible —declaró, recibiendo una caída de párpados por mi parte.

—No en Estados Unidos. Allí los derechos laborales son vulnerados constantemente y jefes tan tiranos como el mío aún se sorprenden cuando no apareces en una reunión de trabajo, aunque hayas notificado con anterioridad que estás de baja por convalecencia debido a una enfermedad terminal.

—¿Y te gusta trabajar en un sitio así? Para mí, todas las personas que trabajan para nosotros son como miembros de mi familia. Veo cómo se desviven por y para que nuestros vinos lleguen en las mejores condiciones a todas las mesas y, a cambio, les pagamos muy por encima del convenio sectorial, organizamos comidas cada cierto tiempo o pagamos bonus cuando las ganancias de alguna temporada son notables, entre otras cosas.

—Eso es lo que identifiqué según llegué a la bodega y considero que hay mucho potencial ahí, algo que no pasa en otros ámbitos de trabajo. A pesar de las adversidades que puedan venir, una empresa sale adelante con la unión y la cooperación de todos los miembros que la conforman, y permíteme decirte que esto es un fenómeno raro de ver.

—Entiendo y, como habrás podido comprobar, también en nuestra empresa hay gente que está comenzando a mostrar su disconformidad con el tema de los hongos y demás...

—No creo que sea solo por las enfermedades de los viñedos. Según he podido comprobar, gracias a esas actividades que intentaste boicotear, es que la gente aprecia la honestidad y la comunicación y, según parece, desde hace unos dos años algo ha empezado a fallar en este sentido.

—Han sido un par de años complicados, lo reconozco y, quizás, no haya sabido estar a la altura —confesó, exhibiendo un cierto grado de preocupación.

—Pero ahora vamos a centrarnos en lo positivo y es en llevarnos ese galardón a casa. —Traté de animarlo, desviando la conversación a lo que nos había llevado hasta allí—. Si mañana pronunciaran tu nombre, piensa a qué personas se lo agradecerías primero y destaca varios aspectos positivos de la bodega. Apunta todo lo que se te venga a la mente y luego le damos forma.

Asier asintió y cogió mi portátil para ponerse manos a la obra. Permanecimos en silencio unos minutos en los que le cedí una parcela de espacio para que se centrara en poner en orden sus ideas mentales.

Cogí el móvil y comprobé que tenía varias llamadas perdidas de Matt, que me propuse ignorar. Accedí a mis redes sociales y me fijé en que Julen había comenzado a grabar algunos vídeos de las bodegas. Sin duda, ese chico tenía mucho potencial y aún desconocía la incalculable ayuda que iba a suponer para su familia.

Desconozco el momento en el que me quedé dormida, sucumbida por el cansancio que me había acompañado durante todo el día. Solo recuerdo la calidez que emanaba de su cuerpo y el olor a perfume masculino mezclado con el del vino tinto que aún se percibía, pese a habernos acabado la botella.

Un aroma familiar que comenzaba a asentarse en el ambiente como una esencia de la que no quería desprenderme.

CAPÍTULO 17

Asier

Estaba tan concentrado en las ideas que redactaba que apenas me percaté de que Jana se había quedado dormida y su cabeza se había deslizado sobre el respaldo del sofá hasta posarse sobre mi hombro izquierdo. Era casi medianoche y nos habíamos despertado pronto aquella mañana, así que quizá ya era hora de retirarnos para estar más frescos al día siguiente.

Dudé de si dejarla allí tumbada durmiendo, pero aquel incómodo sofá tenía pinta de haber pertenecido a algún miembro de la Casa de los Médici, dada su indudable antigüedad, así que la cogí en brazos con delicadeza para evitar que se despertara, y la dejé sobre el colchón.

Le quité los zapatos y la arropé con el edredón de la cama. Acerqué su móvil a la mesilla de noche por si se despertaba y, en aquel instante, la luz de la pantalla se encendió. No quería invadir su intimidad, aunque varias notificaciones se reflejaron de manera repentina, así que no pude reprimir el instinto curioso y eché una ojeada hacia los mensajes:

Dr. Matt Williams 22.16

¿Me quieres coger el móvil de una maldita vez? Ya se ha acabado la broma, no tiene gracia, vuelve a casa.

Dr. Matt Williams 22.37

Lo siento, cariño, no quería hablarte así. Siento todo lo que ha pasado entre nosotros. Me equivoqué con lo de la operación, pero estás más guapa de esta manera. Seguro que, si te lo hubiera contado antes, nos hubiéramos ahorrado este malentendido.

Dr. Matt Williams 23.49

Haz lo que te dé la gana. Puedes quedarte en España todo el tiempo que quieras. Como si no vuelves nunca más. Me apuesto a que mañana tendré a un montón de mujeres haciendo cola en la puerta de mi consulta para tener una cita conmigo.

¿Qué acababa de leer? ¿Y quién era ese doctor? ¿Era simplemente su médico o, por lo que se intuía entre los mensajes, era también su pareja? Lo que tenía claro era que fuera quien fuese, esa forma de dirigirse hacia ella era totalmente inapropiada. Jana siempre se había mostrado muy afable y había sabido integrarse perfectamente en mi familia, por su cercanía y sus dotes de sociabilidad. Me extrañaba que, conociéndola de aquella manera, pudiera soportar a un tipo como él por mucho título que tuviera. Sin duda, si ese anillo que portaba en la mano pudiera hablar, tendría mucho que decir, pero no era ni el lugar ni el momento para entrometerme en su vida privada.

Abandoné su habitación, no sin antes echar un rápido vistazo y corroborar que no la había despertado. Comprobé que seguía durmiendo de manera plácida y percibí una extraña sensación

de familiaridad observando a aquella desconocida en un momento de intimidad como aquel. Me dirigí a la estancia contigua con la intención de meterme en la cama y dormir, aunque no dejé de darle vueltas durante media hora más a aquellos mensajes amenazantes que presagiaban que Jana se encontraba en un momento personal complicado.

Hacía tan solo unas semanas, esa mujer era una completa desconocida, pero ahora era tan habitual que nos cruzáramos entre los viñedos, en reuniones de trabajo o verla con mi prima Inés paseando por las calles del pueblo, que me resultaba extraño que transcurrieran un par de días sin toparme con la intensidad de aquellos ojos claros.

Cuando me desperté por la mañana, una agria sensación se me había instalado en el paladar. Y no era solo por las interminables copas de *Chianti* que habíamos ingerido.

Salí al jardín y la encontré trabajando en su portátil, con la soleada estampa de las vides de fondo, como si de la imagen de un salvapantallas se tratara. No me cabía la menor duda de que esa mujer era una auténtica adicta al trabajo. La observé de costado mientras me dirigía hacia ella por uno de los laterales de la casa. Estaba preciosa; se había puesto un atuendo más informal, aunque aún llevaba todos esos potingues en la cara que, estaba seguro, enmascaraban innecesariamente su belleza natural.

—¡Buenos días!

—¡Buenos días a ti también! Parece que el bello durmiente tenía acumuladas horas de sueño.

—Y que lo digas. Aquí se duerme fenomenal. Aunque podrían haber cambiado los colchones de muelles de la abuela, solo como sugerencia de mejora…

—Me alegro porque todavía tenemos mucho trabajo por hacer. Me he tomado la libertad de recoger las ideas que dejaste plasmadas anoche y las he integrado en el discurso final. Espero que no te importe. Cualquier cosa que quieras cambiar, estamos todavía a tiempo.

—Igual ni siquiera hace falta...

—No seas tan aguafiestas. Proyecta cosas positivas en tu vida y se harán realidad.

—¿Ese es otro de los eslóganes baratos que intentáis vender los *coaches* motivacionales?

—Perdona que te diga, pero no es filosofía barata. Se trata de la «ley de la atracción» y está avalada por varios estudios científicos.

—Sí, de la Universidad de Wichita, ese inexistente centro de estudios de donde salen todas las evidencias empíricas universales.

—Pero ¿cómo puedes ser tan garrulo? —me reprochó al tiempo que ponía sus ojos en blanco en señal de exasperación—. Para empezar sí que existe, se encuentra en el estado de Kansas. Y, en segundo lugar…, ¡no me desvíes de la conversación principal! Hemos venido para marcar nuestro territorio y anunciar a todo el mundo que traemos el mejor vino de nuestro país.

Enmudecí al instante cuando pronunció aquellas palabras con sumo entusiasmo. Esa mujer era capaz de sacarme de quicio, sin embargo, se mostraba siempre dispuesta a defender nuestro producto como si fuera lo último que fuera a hacer en su vida. Se notaba su gran profesionalidad y, pese al constante tira y afloja que habíamos creado entre nosotros, recordé el motivo por el que habíamos viajado hasta allí, así que me propuse relajar el ambiente.

—Te voy a contratar para un anuncio publicitario de nuestra marca —le sugerí al tiempo que me acercaba hacia ella y unas intensas notas de aroma a perfume caro se colaron por mis fosas nasales.

—Ya lo has hecho, viene en mi contrato, aunque en mi caso se me da mejor estar detrás de las cámaras.

—Dudo que esas modelos de piernas largas tengan algo que envidiarte… —solté sin percatarme de cómo había sonado aquello y al momento me arrepentí.

—¿Todavía te está haciendo efecto el nivel de alcoholemia en la sangre? ¿O es que esta mañana has seguido bebiendo sin mí?

—Hablando de líquidos… ¿Has desayunado ya? —pregunté tratando de desviar la conversación—. Me muero por tomarme un *espresso* de esos que tan bien nos saben vender los italianos.

—Pues, a decir verdad, tampoco me vendría mal un café bien cargado. Llevo tres horas pegada a la pantalla y, sin un poco de esa droga, no creo que pueda aguantar hasta que finalice la gala esta noche.

—Oye, tú… además de trabajar, ¿haces algo para divertirte en tu vida diaria? Podríamos relajarnos un poco. ¡Mira a tu alrededor! No viajamos a un sitio así todos los días.

—No hemos venido de vacaciones —me censuró mientras cerraba la tapa del ordenador para meterlo en la funda, cuyo logo de la marca Prada llamaba la atención de entre sus costuras.

—Vale, hacemos una cosa. Podemos apuntarnos a la visita que hacen a las bodegas a las doce y, cuando acabemos, nos daremos un chapuzón en la piscina del complejo. Nos vendrá bien un poco de diversión.

—Pero… si ni siquiera he traído un bikini para darme un baño.

—Cuando llegamos ayer a la recepción y tú hablabas con el guaperas que tienes como amigo, leí en un cartel que tienen varios trajes de baño de cortesía para la ocasión.

—No lo sé, Asier. Falta mucho trabajo por hacer y todavía no hemos revisado el discurso juntos.

—Deja que salga algo espontáneo. A veces, tratar de controlar tanto las cosas puede resultar contraproducente y derivar en un perjuicio mayor a corto-medio plazo.

—Y ahora me dirás que eso te lo ha enseñado la universidad de la vida —me espetó con una mueca burlona.

—Pues mira, listilla. Para tu información, no eres la única que se ha formado en estudios de *marketing* en la universidad, así que si algo sé de llevar un negocio es que no todas las técnicas de ventas están escritas en los libros.

Estaba preparado para el siguiente envite, así que me crucé de brazos en una posición defensiva. Sin embargo, Jana agachó la mirada y su gesto desafiante desapareció de un plumazo.

—Perdona, no quería insinuar eso.

—¿A qué te refieres?

—A que para llevar un negocio es obligatorio tener estudios superiores. No me cabe duda de que el trabajo que llevaron a cabo tus abuelos y tus padres fue encomiable, y os ha llevado hoy a estar donde estáis.

—Es necesaria una conjunción de ambas. Cuando empecé la universidad, mi idea era precisamente aunar los esfuerzos de ambos mundos: aplicar las técnicas más novedosas para sacar rendimiento del trabajo físico, combinarlo con las infalibles técnicas tradicionales y la pasión que pusieron mis antepasados durante décadas.

—Y ¿ya no piensas así? —me preguntó confusa.

—Sí, pero tuve que abandonar mis estudios para volver a casa y echar una mano en las bodegas. Una tragedia ocurrió en la familia y ya nada ni nadie volvió a ser igual que antes.

CAPÍTULO 18

Jana

Nos unimos a la visita de las bodegas de la zona y, pese a que las explicaciones proporcionadas por el guía resultaron ser de lo más interesantes, nos quedamos rezagados charlando del proceso de producción vinícola. Existían varias similitudes y diferencias con las técnicas empleadas en cada zona agraria y Asier trató de explicarme todos los detalles con la mayor minuciosidad posible.

Lo sentía como un niño con zapatos nuevos, y el brillo que se reflejaba en su mirada con cada explicación denotaba que se desencadenaran en él una multitud de sensaciones vibrantes cuando descubría datos nuevos. Observé cómo todas sus líneas de expresión se destensaban y me percaté de que en aquel viaje comenzábamos a abrirnos de una manera inédita ante lo desconocido.

No entendía cómo hasta entonces no había querido compartir toda aquella información conmigo. Se le daba fenomenal. Continuó explicándome el proceso de elaboración de vinos que consistía en la mezcla de diferentes variedades de uvas, denominado *blend* o vino de corte. En caso contrario, cuando se extraían de una sola cepa o un mínimo de un 85% de ella, se calificaba como monovarietal, según me detalló añadiendo ejemplos de los vinos que habíamos repasado con Benja la semana anterior.

En este sentido, era usual que el tipo de uvas más empleadas en la Rioja Alavesa fueran el tempranillo, la garnacha tinta o blanca, la uva Graciano, la Cariñena o la Maturana, mientras que en la Toscana hacían lo propio la Sangiovese, la Trebbiano, con influencias de otras cepas extranjeras, fundamentalmente francesas, como la Cabernet Sauvignon, Chardonnay, Merlot, Pinot Noir o Syrah, entre otras.

Una de las curiosidades que más me llamó la atención fue cómo el vino Moscato, considerado fundamentalmente italiano, se elaboraba también en las bodegas López de Aberásturi. En este sentido, el origen del moscatel, este tipo de uva blanca y sabor dulce, se hallaba en la cuenca del medio oriente del Mediterráneo, siendo los colonos griegos los que introdujeron esta variedad en el país transalpino, y los romanos los responsables de extenderlo por toda Europa, a medida que avanzaban sus conquistas.

Según trataba de asimilar toda aquella información, nuevas ideas me venían a la cabeza.

—Oye, ¿se os ha ocurrido organizar visitas a la bodega? Sería una excelente fuente de ingresos por dos vías: las entradas en sí y abrir una pequeña tienda donde poner a disposición algunos de los productos que los visitantes puedan comprar al finalizar la cita.

Asier se encogió de hombros y resopló.

—Tuvimos una experiencia similar hace unos años. De hecho, fuimos pioneros en el tema y muchas bodegas de la zona tomaron prestada la idea. Funcionó bien durante un tiempo, pero… la persona que se encargaba de hacer las presentaciones se fue.

—¿Y no pensasteis en buscar a otra sustituta?

—Digamos que no es tan fácil retener a la gente para ciertos puestos de trabajo. Los jóvenes del pueblo se acaban marchando a las grandes ciudades, tarde o temprano, y las personas que vienen temporalmente, suelen hacerlo como jornaleros y acaban regresando a sus lugares de origen.

—Entiendo. Además, es un trabajo que requiere ciertas cualificaciones, e incluso idiomas.

—Así es. Ainhoa era la candidata perfecta, pero luego tratamos de que Carla ocupara su posición y resultó un desastre total. Digamos que no es la persona más simpática del mundo en cuanto a la atención al cliente se refiere.

—Vaya, por qué será que no me sorprende… —confesé, recordando todos nuestros encuentros, y un gesto de pánico se reflejó en mi cara—. ¡Uy! ¿Lo he dicho en voz alta?

Asier soltó una carcajada, aunque prefirió no decir nada más. La visita a las bodegas había finalizado, así que nos dirigimos a la piscina percibiendo una creciente sensación de nerviosismo. Un sudor gélido me recorría de manera ascendente por la espalda mientras nos acercábamos a la zona de hamacas que se ubicaba junto a la pileta.

Una sinfonía de colores se cernía sobre el paisaje y los intensos rayos de sol se reflejaban sobre el agua aturquesada de la piscina, creando figuras irregulares que se ensamblaban en una secuencia perfecta.

Me senté en una de las tumbonas del césped y me dejé la ropa puesta, mientras Asier se quitaba la camiseta y se tiraba de cabeza a la piscina sin ningún tipo de remordimiento. Cuando salió a la superficie me buscó con la mirada, extrañado, dando por sentado que me habría metido tras él.

—Oye, Chanel. ¿No te vas a quitar la ropa o es que, si tu bañador no es de alta costura, te avergüenzas de exhibirte con él en público?

Apoyó los antebrazos en las losetas que bordeaban la piscina y se alzó sobre la superficie del agua dejando descubierto la mitad de su torso desnudo.

«*Mamma mia*».

Normalmente, me habría puesto a la defensiva y le habría contestado con alguna pullita, pero las palabras no salieron de mi boca como presuponía en un inicio. Tardé unos segundos más de los que me habría gustado reconocer en reaccionar a aquella pregunta, mientras mis pupilas se dilataban como dos balones, a pesar de la luminosidad presente en la escena.

Sus marcadas clavículas suponían el nexo entre unos bíceps visiblemente trabajados y unos pectorales que concluían en un abdomen donde se podría rallar queso parmesano. Su piel bronceada bajo el sol, fruto de la ardua faena acometida en la vendimia, le conferían una distinguida belleza, propia de cualquier aspirante a actor de Hollywood con los que estaba acostumbrada a lidiar en alguno de mis viajes a Los Ángeles.

«Nota mental: desviar la mirada cada vez que muestre una mínima intención de quitarse la camiseta», asimilé mientras percibía mis mejillas ruborizarse.

—No tengo calor, estoy bien aquí —mentí. Mis inseguridades con respecto a mi físico me acechaban constantemente y la voz de mi madre o de mi prometido siempre estaban presentes en mis entrañas cuando me llevaba una chocolatina a la boca para censurarme por las posibles calorías que acarreara.

—Hará como treinta grados en este momento y tu cara comienza a parecerse cada vez más a un tomate, a juzgar por esos mofletes colorados que te salen. Anda lánzate a la piscina, no te hagas de rogar.

—Oye, ¿es que no tienes otra estrategia para convencerme de quitarme la ropa? —bromeé,

tratando de dejarlo en evidencia y desviar la conversación.

—Cualquiera que no te conociera diría que te avergüenzas de tu cuerpo. No creo que precisamente tú tengas algún problema con ello —manifestó echando un rápido vistazo a mis piernas desnudas.

—No es eso. Es que… detesto mis pecas y cada vez que me pongo bajo el sol, después de unas horas, parezco Pippi Calzaslargas —fingí de nuevo, tratando de desviar la mirada hacia el infinito.

—Como quieras. —Se giró y siguió realizando unos largos de punta a punta, exhibiendo una notable habilidad en el estilo crol de natación.

Extraje el móvil del bolsillo, que no había dejado de vibrar desde la pasada noche. Matt seguía insistiendo en contactar conmigo con el mismo ímpetu con el que yo evitaba sus llamadas.

Me equivoqué cuando tomé la decisión de presionar el botón verde en la pantalla, con más intención de que cesaran sus constantes mensajes durante aquel viaje que de tener que escuchar su voz en aquel momento.

—Matt, te ruego por favor que dejes de llamarme. Estoy trabajando y no puedo permitirme más interrupciones de este tipo —solté de mala manera, al tiempo que me levantaba de la hamaca y me alejaba de la piscina.

—Por fin contestas al teléfono. Llevo días, que digo, semanas intentando contactar contigo.

—Cuando te dije que necesitaba tiempo era por algo, así que te pido por favor que dejes de llamarme. No lo hagas más difícil de lo que está siendo ya.

—Cariño, por favor, vuelve a casa. No puedes dejarme abandonado como si fuera yo el culpable de tu mal humor constante.

Un repentino mareo me sobrevino y me entraron ganas de expulsar un alarido que rompería aquel remanso de paz en el que me encontraba en aquel momento. Alcé la cabeza y me topé en la distancia con los ojos de Asier que me escudriñaban con preocupación desde la distancia, probablemente alarmados por mis palabras.

—¿Mal humor? Pero ¿de qué estás hablando? Ahora todo esto será culpa mía. Mira, déjalo, no me vuelvas a llamar más. Hemos terminado para siempre.

—Tu madre me ha dado la dirección de las bodegas en las que te estás hospedando. Si no vuelves a casa, iré yo a buscarte.

Un grito silencioso recorrió todo mi cuerpo cuando escuché aquellas palabras al otro lado del teléfono. Maldije a mi madre y a mi exprometido al tiempo que intentaba inhalar y exhalar oxígeno que se colaba por mi cuerpo con dificultad.

Colgué el teléfono sin responder a aquella afirmación que había sonado casi como una amenaza. Una lágrima amagaba con brotar de mis ojos, así que me despedí de Asier y le insté a encontrarnos en el jardín evitando mirarlo a la cara.

CAPÍTULO 19

Asier

Llevaba más de media hora esperándola en el jardín de la casa con aquel traje que me hacía parecer un pingüino. No estaba habituado a llevar ropa tan formal, teniendo en cuenta que apenas lo había usado unas cuantas veces para bodas, bautizos y funerales.

Comenzaba a inquietarme por Jana. Me había dejado con la palabra en la boca cuando desapareció a toda prisa de la piscina sin dar explicación. Habíamos pasado una agradable mañana hablando de vinos y bromeando y, por primera vez, desde su llegada, me sentía más que cómodo con su presencia.

No me cabía la menor duda de que aquella llamada había tenido algo que ver en su repentino cambio de estado de ánimo y me atrevía a apostar que el responsable sería el americano de bata blanca que le había escrito los mensajes la noche anterior.

Me levanté de la silla y me dispuse a tocar con los nudillos en la puerta de su habitación cuando el repentino chirriar del picaporte al girar me despertó de mis pensamientos.

—Perdona por el retraso, no es propio de mí. Estaba finalizando unos informes para la bodega y cuando me he dado cuenta se me había pasado la hora.

Apenas fui capaz de concatenar dos palabras seguidas. Estaba deslumbrante con aquel vestido largo que dejaba entrever sus bronceadas piernas, a través de la abertura que la prenda llevaba hasta el muslo. Me quedé con la boca abierta y le resté importancia al retraso en un ademán con la mano.

—No te preocupes, vamos bien de tiempo.

—¿Te importa ayudarme con la cremallera de atrás? No alcanzo a cerrarla yo sola.

Emití un sonido afirmativo y se giró para quedarse de espaldas hacia mí mostrando la mitad de su cuerpo descubierto. Agarré el extremo inferior de la tela con una mano y, con la otra, deslicé el tirador hacia arriba, provocando el suave roce de mis yemas en su piel desnuda. Observé cómo el sutil vello rubio de su cuerpo se erizaba con la fricción y un foco de calor se instaló en mi entrepierna, así que carraspeé para confirmar que ya había terminado, tratando de espantar mis pensamientos más obscenos.

—¿Te encuentras bien? —le pregunté, preocupado por su repentina marcha en la piscina.

—Perfectamente. Vamos, que la gala está a punto de empezar.

—Oye, para un momento —la interpelé agarrando su antebrazo con suma delicadeza—. Si quieres hablar de algo, puedes contar conmigo para lo que sea. Sé que… no hemos empezado con el mejor pie, pero nadie merece que la traten así.

Me dedicó una sonrisa cargada de tristeza y, sin mediar palabra, sumidos en un agradable silencio, nos encaminamos hacia el comedor. No volvimos a mencionar aquel suceso y la cena discurrió en un ambiente relajado en el que disfrutamos del espectáculo que habían organizado

para amenizar la velada.

Cuando llegó la hora de anunciar los ganadores, atisbé cómo Jana se encontraba visiblemente más inquieta que yo. Observamos a Paolo desde el atril, realizando un discurso en una perfecta dicción en italiano e inglés, tras lo cual anunció varios de los ganadores con una elegancia y galantería como solo nuestros amigos italianos llevan innata en la sangre.

Los premios se fueron asignando uno tras otro a varias bodegas nacionales y, cuando asimilamos que habían finalizado, anunciaron un galardón de honor a la primera bodega extranjera. Mis ingenuas esperanzas de ganar habían menguado, así que en cuanto escuché el familiar nombre «López de Aberásturi» apenas pude salir de mi asombro.

Jana me abrazó con una inusual y reconfortante familiaridad de la que me costó reponerme. Paolo me estrechó la mano con efusividad en cuanto subí al estrado y, manifiestamente nervioso y conmocionado, extraje las notas del bolsillo interior de mi americana ante la atenta mirada de los asistentes.

Sentí todo el cuerpo paralizado. Los focos desprendían un incómodo calor y solo podía discernir el rostro encolerizado de la delegación francesa, visiblemente molesta por no haber obtenido el galardón. Esos gabachos estaban acostumbrados a salirse siempre con la suya y ya era hora de que, por primera vez, nuestro producto fuera reconocido en un certamen internacional.

Carraspeé y amagué con articular la primera palabra, pero mi mente comenzó a nublarse y percibí un ligero temblor en las extremidades inferiores. Era como si me hubiera quedado mudo en aquel momento, y el discurso que había articulado en mi cabeza se hubiera desvanecido como una nube de polvo. Sin embargo, traté de recomponerme, alcé la cabeza y todos los asistentes de la sala desaparecieron de mi vista, salvo el eufórico rostro de Jana que brillaba en el centro de la sala con luz propia.

—«El vino siembra poesía en los corazones». Quizá os suene esta frase de un tal Dante Alighieri, un poeta florentino del que tal vez hayáis oído hablar aquí en la Toscana.

La mayor parte de los asistentes sonrió ante aquel comentario irónico que aludía a uno de los artistas más famosos del país. Continué relatando anécdotas sobre mi familia y la historia de las bodegas y, una vez que los tenía en el bote, el resto de las palabras fluyeron solas, motivadas por un discurso al que le había añadido ingredientes emocionales que avivaron un sonoro aplauso final.

—Tu familia estará muy orgullosa de ti y de lo que has conseguido en este viaje para las bodegas —manifestó mi acompañante con un brillo en los ojos.

—Hemos conseguido —puntualicé—. Una buena parte del mérito es compartido. Si no fuera por ti y por tus contactos no estaríamos aquí.

—Pero ¿dónde has dejado al señor arrogante que llevas siempre dentro? No me digas que no nos ha acompañado en este viaje.

—Eres insufrible, Chanel. Para una vez que te dedico un piropo y me sigues restregando tu dosis de sarcasmo por la cara.

—Está bien, has ganado. Esta noche enterramos el hacha de guerra —declaró, visiblemente achispada, ofreciendo al aire un brindis con la copa de vino a la que ya le había dado varios tragos.

Seguimos disfrutando de la velada, dispuestos a aparcar nuestras diferencias y a celebrar el galardón que nos llevaríamos en la maleta de vuelta a España. Jana era un auténtico tiburón de los negocios y consiguió varios contratos de compraventa para nuestras bodegas, entre copa y copa de vino, en el breve lapso de tiempo que duraron los postres.

Notaba cómo el alcohol comenzaba a provocarme un serio efecto en la sangre y decidí ralentizar su consumo, teniendo en cuenta que mi acompañante llevaba ya una tajada considerable, así que alguien tendría que ser el responsable de que llegáramos indemnes a nuestras habitaciones. Nuestro vuelo salía a media mañana y no debíamos alargar la fiesta mucho más.

Salimos al jardín y Jana se sentó en uno de los bancos para desprenderse de aquellos caros *stilettos* que, pese a que le sentaban como un guante, se notaba que le torturaban los pies.

—Ahora síííí, podemossh continuar la fiesstaaaa —trató de pronunciar una frase con coherencia mientras sacaba otra botella que había escondido en el bolso.

—Señorita, creo que ya hemos bebido bastante por hoy. Y espero que esto de robar botellas no se convierta en un hábito o tendré que mantenerte esposada cada vez que pongas un pie en mis bodegas.

—*Che confusione, sarà perché ti amo. È un'emozione che cresce piano piano!* —comenzó a entonar la famosa canción del grupo italiano Ricchi e Poveri hasta que se detuvo en seco y se giró para quedarse plantada frente a mí—. ¿Has dicho esposssada? ¿Qué intencionessh tiene usted sobre mí, señor López de Aberrrásturi?

—¿Así que volvemos a tratarnos con formalismos? Pues se acabó el vino por hoy, señorita de la Vega —le ordené cuando intentaba agarrar la botella, aunque una inesperada fuerza me impidió apartarla de ella.

—¡Excelente! Veo que mis clasessh de *aeroboxing* han surtido efecto.

Traté de quitarle la botella una vez más mientras forcejeábamos para ver quién ganaba. Jana no dejaba de reírse y, pese a mis intentos por no llamar más la atención entre el resto de los huéspedes del complejo, tampoco pude reprimir una carcajada. En un movimiento en falso en el que casi pierde el equilibrio, la agarré con una mano para que no se tambaleara y, con la otra, conseguí finalmente sustraerle el vidrio.

Logré inmovilizarla por las muñecas y, en un movimiento inesperado, nuestras cabezas quedaron tan cerca la una de la otra que pude percibir el perfume de las notas aromáticas en su aliento como si fuera el mío propio.

—¿Me vas a besar? —me susurró tan cerca que creí perder el control.

Deseaba hacerlo, estaba preciosa, pero no quise tocarla ni un pelo o al día siguiente me arrepentiría de hacer algo con ella que no recordara con lucidez. Así que me limité a darle un tímido beso en la sien y me separé de ella.

—¿En serio? ¿Me has dado un beso en la frente como si fuera tu abuela? ¿Es que no te gusto? Claro, prefieres a mujeres como Carla, con sus infinitas piernas largas.

—Carla no es mi tipo y en cualquier caso… te besaría a ti mucho antes que a cualquier mujer —confesé deseando que no se acordara de aquello al día siguiente.

—Todos los hombres sois iguales. Igual que el estirado del doctor Williams. Solo quiere modelos y enfermeras con tetas grandes y piernas largas. ¿Y yo? A ver, que soy consciente de que no soy Claudia Schiffer, pero tampoco creo que esté nada mal, ¿no?

—¿Ese tal doctor Williams es tu marido?

—Prometido, *exxxprometido* —se corrigió a sí misma, enfatizando la letra x, y su semblante se tornó de un tono más serio.

—¿Y qué pasó para que dejara de serlo? —la interrogué con curiosidad, siendo consciente de que los borrachos y los niños siempre decían la verdad.

—No le gustaba mi nariz y me la cambió sin preguntármelo, como si fuera Mr. Potato —explicó, señalando su rostro y recordé aquella inoportuna escena en la fiesta de la vendimia que

tanto la incomodó.

—¿Cómo? ¿A qué te refieres?

—*Volaré, oh-oh. Cantaré, oh-oh-oh-oh. Nel blu, dipinto di blu. Felice di stare lassù* —continuó con otra famosa canción versionada de los Gipsy kings, obviando responder a mi pregunta.

—Vamos, es hora de ir a dormir ya.

—¿Sabes qué? Creo que este es un buen viaje para desprenderme de cosas materialessh.

Desconocía a qué se refería hasta que extrajo la alianza de su dedo anular y la lanzó hacia los arbustos, tirando sin querer con ella la llave de la habitación. En el intento de ir a por ella, tropezó con el balancín del jardín y se arrojó lo que quedaba de la botella por encima de sí misma.

—¡Mierda! ¿Es que no puede salir nada bien en mi vida?

«Esta noche va a ser larga. Muyyy larga».

CAPÍTULO 20

Jana

Sentía cómo una salvaje cascada de agua me empapaba todo el cuerpo. Cada chorro que emanaba de la ducha se percibía como el alivio que mi piel necesitaba para liberarse de la capa pegajosa que me había cubierto el denso calor a lo largo del día. Mis manos recorrieron mi húmedo cabello, despojándome de los últimos vestigios de champú que habían cubierto cada mechón, y lo mismo hacía con cada rincón de mi cuerpo hasta donde llegaba el contacto de la suave esponja.

Una mano masculina surgió para apartar mi cabello del cuello, acercando sus cálidos labios que contrastaban con el vapor del ambiente. Me sorprendí cuando nuestras miradas se cruzaron en el vasto espejo que cubría la totalidad de la pared del baño. Él detrás de mí, con una evidente cara de deseo, y yo dejándome llevar por sus contundentes caricias que reclamaban saborear cada centímetro de mi cuerpo.

Desconocía en qué momento habíamos llegado a estar allí, en aquella situación. Pero mis iniciales recelos se disiparon al compás de los gemidos que emanaban desde lo más hondo de mi ser. La temperatura del ambiente crecía a un ritmo proporcional a nuestros deseos y el vaho del espejo comenzaba a cubrirlo hasta que únicamente quedaron reflejados sus ojos que ansiaban comerme con una ardiente mirada.

Sus manos buscaban manosear mis pechos y posé las mías sobre sus largos dedos para dirigirlas hacia mi monte de Venus. Notaba una contundente erección clavándose en la zona lumbar de mi espalda, que crecía por momentos, amenazando con explosionar como un volcán en erupción.

Levantó mi muslo izquierdo y colocó mi pierna en el borde de la elegante bañera para colocarse tras de mí. Deslizó su brazo izquierdo perfilando mi cintura y con sutileza me palpó la nalga con su prepucio, mientras que su mano derecha realizaba círculos acompasados entre mis labios inferiores.

Con la facilidad que le permitía el líquido generado, y el agua que seguía cayendo sobre nuestros cuerpos, se introdujo en mi interior. Arqueé mi espalda de placer, mientras sucesivas embestidas se coordinaban con el goce que seguía generando con las yemas de sus dedos, provocándome una descarga de electricidad que recorrió todo mi cuerpo.

Las piernas me temblaban y sentía el ritmo de nuestras respiraciones entrecortadas conversar entre ellas en el ambiente. Se incorporó para hundirse más dentro de mí, susurrando en mi oído mi nombre como nunca antes lo había hecho con tanto deseo.

La rapidez de sus movimientos hizo que estalláramos conjuntamente en un orgasmo mientras el sonido del agua comenzaba a percibirse cada vez más lejano, pero igual de placentero, para aunar nuestros cuerpos.

Cerré los ojos para saborear el momento y, en lo que dura el movimiento de un pestañeo, los abrí para encontrarme tumbada mirando hacia el techo. Estaba recostada en la cama, apenas cubierta por una ligera sábana. Reconocía aquella habitación, aunque tenía una disposición asimétrica a la mía. Observé la maleta abierta que reposaba en el sofá y el traje masculino que colgaba sobre el respaldo de la silla, que me evocó una secuencia de *flashes* de la noche anterior.

Levanté la sábana blanca y mi gesto de pánico se endureció cuando me descubrí en ropa interior. La cabeza me martilleaba por la resaca y traté de localizar el vestido que llevaba la noche anterior sin ningún éxito. La cadencia de mi respiración se paralizó cuando escuché el persistente chorro de la ducha cesando de golpe.

«¿Quién puede estar en el baño?», me alarmé mientras el sueño de la tórrida escena en la ducha amenazaba con perturbar mi estabilidad. No podía ser, aquello no había pasado.

Me cubrí la cabeza cuando el clic del pomo de la puerta anunció su inminente apertura y descubrí quién había sido mi acompañante la noche anterior.

«Menuda ingenua, ¿a quién quiero engañar?»

—Buenos días. Pensé que tendría que despertarte con un jarro de agua fría. Vamos, levántate, que perderemos el vuelo al final.

Ahí estaba, la voz de ese ser arrogante que me había estado persiguiendo en las últimas semanas.

—¿Pero se puede saber qué pasó anoche? ¿Cómo puedes estar así de tranquilo?

—¿Es que no te acuerdas de nada? —inquirió con un semblante impasible y contuvo una carcajada.

Mi enfado iba creciendo por momentos, pero la estampa de su torso desnudo, cubierto únicamente por una toalla atada a su cintura, provocó que mis ojos se desviaran hacia una dirección no deseada.

«Céntrate, Jana. Deja de babear que estabas a punto de echarle la bronca».

—No me puedo creer que te aprovecharas así de mí. —Lo fulminé con la mirada.

—¿Aprovecharme? ¿Yo? Creo que anoche te pasaste demasiado con el *Montepulciano* y hoy tienes los recuerdos muy nublados. Si no hubiera sido por mí, habrías dormido en la calle esta noche.

—Pero… ¿cómo te atreves? Estoy completamente desnuda —le reproché mientras me aferraba al único trozo de tela que cubría en ese momento mi cuerpo.

—Así que crees que… —Profirió una carcajada de nuevo—. No eres mi tipo, Chanel, y si así fuera, para tu información, no me va la necrofilia. Anoche ibas demasiado pasada y, si no fuera por el incidente con la llave, hoy podría haber dormido en mi cama y no en ese incómodo sofá.

—¡Oh! ¿Así que no hemos dormido juntos?

—¿A ti qué te parece? Voy a vestirme e iré a buscar la llave que anoche tiraste entre los setos del jardín. Espero no tener que pasar por el bochornoso momento de tener que pedir una copia en la recepción.

—¡Eso todavía no explica qué hago desnuda en tu cama!

Se volvió a meter en el servicio, con el rostro visiblemente irritado, y salió de nuevo con una prenda que reconocí al instante.

—¡Toma! —Me lanzó a la cara el vestido que había llevado para la velada—. Anoche, mientras dormías la mona, intenté limpiarte la mancha de vino de la media botella que te arrojaste por encima, pero se ve que es tan enrevesada como tú.

—¿Qué pretendes, que te dé las gracias?

—Es lo menos que podrías hacer.

—¡Eres insufrible!

—¡Tú más! —Dio un portazo y se escondió en el baño mientras me tumbaba de nuevo en la cama donde aspiré, sin querer, el sutil aroma del perfume masculino impregnado en su almohada.

¡Joder!, pero ¿qué estaba haciendo? Aquel viaje de negocios iba de mal en peor.

CAPÍTULO 21

Jana

Habían pasado tres días desde la vuelta de Italia en la que apenas había coincidido con Asier tras aquel incómodo encuentro en su habitación. Regresamos sumidos en el más embarazoso de los silencios y, cuando aterrizamos, me excusé con permanecer unas horas en la ciudad para acercarme a la oficina de alquiler de coches y arreglar el percance que había tenido días atrás.

Necesitaba el coche para moverme, no era una excusa, aunque se trataba sin duda de una buena coartada para evitar transcurrir más tiempo del debido con el señor arrogante.

Comuniqué a Fermín que ese miércoles debía realizar unas gestiones personales. No mentía. No obstante, después de aquel día me di cuenta de que necesitaría un par más para digerir lo que acababa de ocurrir, apenas unas horas antes, en la residencia de ancianos a la que acababa de acceder por segunda vez en unas semanas.

Recorrí las zigzagueantes curvas del puerto de montaña que la separaban de las bodegas, sumida en una confusión mental de la que trataba de encontrar una salida. Necesitaba respuestas y mi madre sería la persona indicada para resolver todas las incógnitas que se me habían planteado en las últimas horas.

Sin embargo, estaba enfurecida con ella, por ocultarme parte de su vida, que también era la mía. Era consciente de que mi padre conocía parte de aquella realidad que, asimismo, había tratado de silenciarme, a sabiendas de que aquello haría encolerizar a su mujer, por lo que no veía escapatoria de aquel laberinto de preguntas sin respuesta.

Necesitaba tomar aire. Bajé la ventanilla del coche para que la tenue brisa del incipiente otoño me acariciara la cara. Sin embargo, me encontraba tan aturdida que sentí, de manera repentina, la imperiosa urgencia de frenar y bajarme del coche. Los estrechos carriles de la montaña apenas tenían cabida para detenerme, así que avancé varios kilómetros más hasta dar con un cartel que anunciaba la bienvenida a un mirador.

Una pareja de avanzada edad se disponía a despedirse del lugar. La mujer me dedicó una sonrisa amable y ambos se pusieron los cascos de la moto para montarse en su Harley Davidson *Road Glide*, totalmente equipada, con la que la pareja rodaba por las carreteras con sendos rostros eufóricos.

Cuando asimilaba que nada ni nadie podría arreglar mi estado de ánimo ese día, mi gesto cambió de manera radical según me acercaba al mirador que ofrecía, desde lo alto, una vista del valle con las infinitas hectáreas de viñedos que se extendían como una sábana por el paisaje. No me lo podía creer, jamás había contemplado una vista panorámica de tal belleza. La paleta de tonalidades cromáticas brillaba en su máximo esplendor, desde el vivo color cereza hasta los elegantes matices púrpura, pasando por la clásica gama de verdes de los más rezagados racimos.

—Me alegra saber que, por una vez, me haces caso en algo.

Estaba tan ensimismada en la estampa que se cernía ante mí que no reparé en la presencia de más personas a mi alrededor. Di un respingo y me giré para darme de bruces con aquella cara familiar que, por una vez, reconfortó mi desanimada soledad.

—Te hago más caso del que debería, aunque no te lo creas —le reproché, con la intención de lanzarle una pulla, aunque un inesperado débil hilo de voz se manifestó por mi boca, en un detalle que Asier captó al instante.

Asimilé que recibiría otro comentario sarcástico de vuelta, aunque, para mi sorpresa, permanecimos unos placenteros segundos en silencio, donde percibí su pausada respiración a unos escasos centímetros detrás de mí.

—Este es el Balcón de La Rioja del que te hablé los primeros días que estuviste aquí. Es una maravilla de lugar, me ayuda a reconciliarme conmigo mismo en los días más difíciles.

—Sin duda, puedo notar su poder sanador.

—Y veo que hoy lo necesitas más que yo —me susurró casi al oído en un acto que me erizó todo el vello del cuerpo—. ¿Te encuentras bien?

Me giré y me acerqué al banco de madera, estratégicamente posicionado para contemplar aquella maravilla. Asier me siguió y se sentó a mi lado sin mirarme.

—Digamos que he tenido días mejores.

—Espero que no te lo esté poniendo muy difícil. Oye…, siento si desde que llegaste aquí no estoy mostrando mi mejor faceta contigo, es solo que…

—No todo lo que me pasa tiene que orbitar sobre tu persona —solté de una manera más brusca de la que pretendía.

—Lo siento, no quería… Da igual, déjalo.

Se levantó para marcharse y sopesé durante unos instantes si deseaba permanecer en soledad de nuevo o, por el contrario, con la compañía de una persona que realizaba un esfuerzo por enmendar los errores pasados y se había preocupado por mi bienestar. Así que le agarré de la camiseta y, tras una breve disculpa, lo invité a que se quedara a mi lado. Se sentó de nuevo, sin siquiera meditarlo, tan cerca de mí que noté cómo la piel de su antebrazo rozó mi mano en un gesto involuntario.

Si me lo hubieran dicho hace un par de semanas, habría apostado a que el hombre que tenía a mi lado sería la última persona en la faz de la Tierra a la que le confesaría mis más profundas inquietudes. Sin embargo, sentía tal deseo por soltar el lastre que tenía aferrado en mi interior que las palabras salieron solas, en esa delgada línea entre no querer contar nada y desear escupir hasta el último de mis temores.

—Todo comenzó hace unos meses cuando estaba con los preparativos de la boda. Debía solicitar unos documentos legales para poder casarme en California, así que inicié los trámites telemáticos para obtener la partida de nacimiento, entre otras cosas. Pese a la lentitud de la burocracia española, tras unas semanas, me llegaron los documentos. —Solté una bocanada de aire y continué—. No tuve casi tiempo de mirarlos, aunque hubo un detalle que llamó mi atención. Me fijé en que mi madre tenía un nombre diferente, había nacido en el mismo hospital al que llevé a Inés el primer día que os conocí y, después de investigar un poco, averigüé que su madre y su hermana vivían cerca de aquí.

—¿Y no las conocías con anterioridad?

—Mi madre nunca habló de su familia cuando yo era pequeña y siempre contestaba con evasivas cuando preguntaba por ellos, así que llegó un momento en el que dejé de cuestionarme si tenía más familia o no. Simplemente dejaron de estar en el mapa.

—Nunca dejas de sorprenderme, Chanel. Tú vida es como una telenovela de varias

temporadas con mil enredos.

No estaba de humor para más comentarios sarcásticos aquel día, así que le lancé una mirada de desdén de tal manera que la media sonrisa que portaba en su cara se esfumó de un plumazo y me animó a continuar haciendo un ademán con sus manos.

—La cosa es que, tras varias semanas de investigación, hoy me acerqué a la residencia de ancianos donde supuestamente vive mi abuela y, aunque no estaba autorizada a visitarla, me hice amiga de un celador del centro que me ayudó a llegar hasta ella.

—Esto es mejor que las series de Netflix que ve Inés —bromeó Asier queriendo rebajar hierro al asunto.

—No te rías, por favor, que la historia no tiene nada de cómica —le reproché, tapándome los ojos con la palma de la mano, sintiendo cierta vergüenza por haber engañado a aquel pobre chico tan simpático.

—No querría esperar hasta la siguiente temporada a saber qué pasa.

—Ha sido una estupidez, totalmente impropia de mí. Según he visto a la señora mayor, que supuestamente era mi abuela, se ha puesto muy nerviosa y me ha comenzado a llamar «Arantxa» en repetidas ocasiones. Me he quedado tan helada que no he sabido cómo reaccionar, así que me he dado la vuelta y he salido corriendo para darme de bruces con una señora de edad y de un físico inconfundiblemente igual al de mi madre.

—¿Tu tía?

—Supongo que sería ella, porque también me ha mirado a la cara, estupefacta, y ha musitado confundida el nombre de «Arantxa», el mismo que figuraba como mi madre en mi partida de nacimiento.

CAPÍTULO 22

Asier

No daba crédito a la historia que estaba escuchando. Había dado por sentado que Jana era la típica niña de bien que no le había faltado de nada en la vida, pero cuando me estaba relatando sus vivencias, percibí que arrastraba tantas carencias emocionales por la ausencia de una familia consolidada que sentí lástima por ella.

Se estaba abriendo conmigo de una manera como no lo había hecho con anterioridad, especialmente con un asunto tan íntimo como aquel, así que decidí darle tregua durante unos instantes, notando que necesitaba un hombro amigo sobre el que llorar.

—Creo que tienes una conversación pendiente con tus padres.

—Ni loca, mi madre tratará de zanjar este tema a toda costa y mi padre… Mi padre es un bendito, pero jamás le ha plantado cara y estaría dispuesto a hacer lo que fuera con tal de tener contenta a su mujer. Incluso si eso implica dejar enterrados algunos secretos en el pasado.

No era quién para dar lecciones sobre mi vida. Mis padres también se habían separado hacía tanto tiempo que incluso dudaba de si alguna vez había existido una mínima chispa de amor entre ellos. Mi madre… bueno esa era una historia aparte, pero mi padre siempre nos había querido, aunque fuera a su manera. Dudé de si contarle algo de mi vida, pero no quise interrumpirla y siguió gimoteando.

—¡Ay, Dios! —exclamó, exhibiendo un rictus serio.

—¿Qué pasa?

—Me acabo de dar cuenta de una cosa. —Permaneció en silencio con una repentina expresión de pánico en su cara—. Me he convertido en mi padre. Exactamente lo mismo que he criticado toda mi vida y ahora yo he actuado igual.

—¿A qué te refieres?

—Me he convertido en mi padre, siendo tan complaciente con mi madre, igual que he hecho yo como la prometida de Matt —reiteró perpleja—. He vivido en una mentira toda mi vida. Me acostumbré a ser ese tipo de mujer recatada que no quería dar problemas porque lo más importante era la felicidad de él.

—¿Y qué pasa con tu felicidad, has actuado alguna vez acorde con ella?

Sacudió la cabeza de lado a lado para articular una negación.

—Quería que dejara de trabajar cuando tuviéramos un hijo, que con su sueldo nos daba de sobra para mantenernos a los tres; sin embargo, no se trataba de dinero. Adoro mi trabajo, a pesar de todas sus cosas negativas, pero es algo mío, al fin y al cabo, el que me hace desarrollarme tanto personal como profesionalmente, y el que me da una independencia que nunca podré tener siendo solo una ama de casa.

—No te martirices, a veces es inevitable darse cuenta de estas cosas, aunque sea demasiado tarde. —Traté de reconfortarla, teniendo en cuenta que algo similar había sucedido en mi última

relación con Ainhoa.

—Siento que estas semanas aquí me están resultando como un bálsamo de aire fresco, aunque tarde o temprano tendré que volver y enfrentarme a la realidad —confesó y lanzó un resoplido de resignación—. Me da auténtico pánico pensar que probablemente tendré que empezar una nueva vida de cero.

—Oye, pues no vengas a pedirme un trabajo en la bodega. Sé que te gustaría quedarte y ver todos los días esta preciosa cara, pero te advierto que soy un jefe muy duro —bromeé y alzó levemente las comisuras de sus labios—. Aunque pensándolo bien, no veo el momento de verte podando las vides con un traje y unos zapatos de Armani.

—Ni en tus mejores sueños sería yo tu subordinada. Enviaría la carta de renuncia el primer día.

Ahí estaba ese carácter y la sonrisa que tanto me atraían de esa mujer. Nos habíamos evitado y buscado a partes iguales desde que había llegado. No existían dos polos tan opuestos como nosotros que se atrajeran de una manera tan desconcertante como aquella.

Esos ojos color mosto me magnetizaban por completo y era incapaz de desviar la mirada sin que el estómago me diera un vuelco. Una pequeña presión en la entrepierna me despertó del letargo y desvié la mirada hacia el frente.

Pero ¿en qué estaba pensando?

Permanecimos en silencio durante unos instantes, observando aquella estampa policromada que se erguía ante nosotros. Recordé el lienzo que tenía colgado en el salón de mi casa con la misma fotografía, como recuerdo de uno de los últimos cuadros que había pintado mi hermana Ane antes de marcharse a vivir para siempre a París.

—¿Te puedo hacer una pregunta? —me interpeló Jana y volví para observar su rostro cabizbajo—. El otro día, cuando ganamos el premio en Italia, ¿intenté besarte?

—¡Ah! ¿Es que te has olvidado de nuestro primer beso? —mentí, tras lo cual sus mejillas comenzaron a ruborizarse.

—No me digas que…

—Me dijiste que había sido el mejor que te habían dado en la vida y ahora ¿ni siquiera te acuerdas?

—Yo… había bebido demasiado y…

Contuve una carcajada por su efusividad y Jana me miró sin poder salir de su asombro hasta que se percató de mi pequeña broma y me dio un leve codazo en el brazo.

—¡Serás idiota!

Se alzó del banco de madera en el que estábamos sentados, con una mueca de indignación, pero traté de agarrarla para que no se escapara y forcejeamos entre risas hasta que acabó sentándose, sin quererlo, en mi regazo.

«¿Seguro que sin quererlo, Asier?»

Liberé mi mano de su hombro, que tenía sostenido con fuerza para evitar que se cayera, y la deslicé sobre su antebrazo, cuando noté cómo el vello de sus extremidades se erguía en un gesto de pudor. Su mirada se desvió hacia la palma de mi mano, que en aquel momento trataba de posarse sobre el dorso de la suya, y regresó sin premura hasta mi cara donde fijó sus ojos en mis labios.

Un sudor gélido recorrió mi espalda y sentí cómo los latidos de mi corazón aumentaban su frecuencia. La sangre bombeaba a un ritmo frenético y recorría en sentido descendente hasta acumularse en la zona de mi bajo vientre.

Mi brazo derecho rodeaba con delicadeza su cintura mientras que la izquierda ascendió hasta

sus mejillas para acariciarla con suavidad y atraerla hacia mis labios. Nuestras cabezas se encontraban a milímetros de distancia y deseaba saborearla con tanta efusividad como anhelaba hacerlo desde el primer día.

Noté cómo se humedecía los labios con la lengua en un gesto que me excitó hasta un nivel desorbitado. La atraje suavemente hacia mí, introduciendo los dedos de mi mano a través de su sedoso cabello, y me lancé a besar sus labios carnosos que me recibieron con tanta ansiedad como habían padecido los míos.

Llevaba tanto tiempo deseando que llegara ese momento que un beso suyo ya no era suficiente para paliar la impetuosa sed que tenía de su ser. Éramos ella y yo en un escenario donde, pese a que algún visitante se acercara, mi mente solo tenía espacio para la unión de nuestras lenguas que anhelaban que aquella fantasía no finalizara jamás.

Perdimos la noción del tiempo y nos percatamos de que comenzaba a oscurecer cuando las últimas luces del ocaso se asomaron con timidez. Jana se levantó y carraspeó, mostrando cierto reparo con lo que acababa de suceder y, sin cruzar nuestras miradas, caminamos hacia el aparcamiento para regresar a casa.

—Bonita moto, pero no le llegas ni a la suela de los zapatos al actor Steve McQueen con ella —se burló mientras se montaba en su nuevo Mini Cooper de sustitución.

—Oye, Chanel, olvídate de la vida de Hollywood y baja al mundo real, aquí hay cosas más interesantes.

—Todavía tienes que hacer muchos esfuerzos para demostrarlo —me retó guiñándome un ojo antes de cerrar la puerta y encender el motor.

«Esta mujer va a ser mi perdición».

CAPÍTULO 23

Jana

Mi cuerpo seguía palpitando y las piernas me temblaban cada vez que recordaba el apasionado beso que nos habíamos dado la tarde anterior. Sentí el pavimento aun sacudiéndose bajo mis pies, con cada paso que daba, y una sonrisilla floja se me escapó cuando vi el reflejo de mi brillante tez ante el espejo, como una adolescente con las hormonas revolucionadas.

Salí al jardín donde me recibió Lur con efusividad, dando unos saltitos a mi lado para atraer mi atención. Le acaricié la cabecita peluda y deposité mi portátil y el café que acababa de preparar en la mesita del jardín.

Aquella mañana pretendía poner en orden algunas de las reclamaciones que había depositado la plantilla en el buzón anónimo. Sin duda, Néstor era un hueso duro de roer y se trataba del trabajador que más quejas había exteriorizado, hasta tal punto que ni siquiera se molestaba en ocultar su nombre en los papeles depositados.

Sin embargo, había mantenido una pequeña charla a solas con él, donde se desfogó a gusto de todos los problemas de la bodega, y con ese material ya había comenzado a trabajar en sugerencias de mejora que tendieran puentes para regenerar la comunicación tanto con los trabajadores como con la dirección.

Pese a mis esfuerzos por concentrarme, tras varias horas tratando de mantener la cabeza fría, no dejé de revivir en mi cabeza la escena en el mirador del día anterior, así que me propuse cambiar de tercio y organizar algunos asuntos que tenía pendientes de una agencia de viajes canadiense y una importante naviera internacional con sede en Nueva Orleans.

Agradecí tomar un poco de espacio con el mundo vinícola en aquel momento. Y no era porque estuviera saturada de todos aquellos tecnicismos con los que ya me había familiarizado, más bien todo lo contrario. Comenzaba a cogerle un cariño especial a todo lo que rodeaba su mundo, en buena medida por la pasión y la dedicación con las que aquella familia hablaba de él, aunque fuera lo único que hicieran en su vida. Sin embargo, cada vez que miraba algún documento de las bodegas, el nombre de Asier se presentaba en letras grandes, evitando que me focalizara en cualquier tarea que tuviera asignada.

De poco sirvió cambiar de sector, ya que la agencia de viajes tenía planeado invitar a su plantilla a realizar un viaje de incentivos al Valle de Napa durante las próximas Navidades, para recompensar su esfuerzo durante aquel ejercicio. Por otro lado, la naviera se encontraba en proceso de abrir una nueva sucursal en la ciudad toscana de Livorno, evocando de nuevo los recuerdos de la semana anterior en el país vecino.

Era imposible no desviar la atención por otros derroteros, así que me acerqué a la cocina, junto a la inseparable compañía de Lur, a rellenar la taza de café con la intención de permanecer algo más lúcida durante las siguientes horas.

El sonido de unas notas musicales llamó mi atención desde el interior y me acerqué a una de

las salas donde encontré a Julen de espaldas, con los auriculares puestos, tarareando en un tono más alto del que probablemente ignoraba una famosa canción de C. Tangana; un cantante español que había traspasado fronteras y alguna vez había escuchado en Estados Unidos.

—*Mala mujer, mala mujer. Me han dejado cicatrices por todo mi cuerpo tus uñas de gel… Mala mujer…*

Mientras trataba de barrer el suelo del salón, fingía cantar la canción usando el palo de la escoba como un improvisado micrófono. Lo observé sin que se percatara de mi presencia, hasta que solté una carcajada y un sonoro aplauso, y se giró para quedarse frente a mí.

—¡Aaaah, qué susto! —exhaló tal estridente grito que hasta Lur se escabulló por patas para esconderse detrás del sofá.

—¡Bravo! Me has dejado impresionada. Este chico tiene talentos por todas partes.

—Cariño, tengo muchas más cualidades de las que la gente conoce, pero si te las contara, tendría que matarte.

—Me conformo con descubrirlas poco a poco —bromeé y amagué con salir de allí para acceder a la cocina—. ¿Quieres un café? Me voy a preparar uno ahora.

—¡Uy! Yo no bebo de esa droga, o sino ¿cómo quieres que mantenga este cutis tan perfecto? Con mucha hidratación y diez horas de sueño al día —afirmó de manera rotunda para continuar —. Ojalá tener un marido tan buenorro como el tuyo para que me inyectara algo más que bótox en la cara.

—Tu piel está perfecta y, cuidado con lo que deseas, no sea que tu príncipe azul vaya a salirte rana como el mío.

—Ay, chica, ¡qué bajón! Los doctores cañones solo están en las series yanquis. Cuánto daño ha hecho *Anatomía de Grey* a nuestras expectativas masculinas. —Suspiró y fingió gimotear para sobreponerse de nuevo.

—Mejor volvamos a la realidad. ¿Cómo vas con las grabaciones para las redes sociales?

—¡Fenomenal! Te vas a caer de culo cuando veas la obra de arte que he creado.

Lo invité a sentarse conmigo en el jardín y me enseñó todo el material que había creado durante los días anteriores. Debía reconocer que tenía madera de creador de contenido y es que esta generación había nacido ya con un *smartphone* debajo del brazo, al contrario que la mía en la que nos habíamos adaptado a pasos agigantados a las sucesivas disrupciones tecnológicas de las últimas dos décadas.

La semana anterior le había comentado mi intención de focalizar la imagen de la bodega en el desarrollo y proceso de las tareas diarias de las personas trabajadoras, con el objetivo de proyectar una imagen más cercana a la posible futura clientela, y Julen lo había sabido plasmar de una manera tan profesional y semejante a mi idea inicial que no salía de mi asombro.

Acordamos que hablaríamos con su padre y su hermano para que él se hiciera cargo y asumiera el rol de *Community manager* de la empresa. Esto es, que tomara las riendas de la imagen digital de la marca y subiera contenido un tanto más original que el que actualmente realizaba una agencia externa, que se decantaba por uno más sobrio y tradicional que poco favorecía a su proyección internacional.

Se avecinaba una charla familiar más profunda, en la que quizá yo no tuviera cabida. No obstante, era consciente de que aquel cometido podría favorecer a las dos partes: tanto a Julen a buscar una futura carrera profesional, como a la empresa familiar, dotando de un talento joven que pudiera extraer el máximo rendimiento de su negocio habitual.

Durante la siguiente media hora me enseñó las tomas falsas que había filmado. En la mitad de ellas salían Asier y Benja bromeando en los planos que grababa Julen entre los viñedos y el

laboratorio. Era increíble la excelente sintonía que había entre ambos y se podía percibir cuando Asier se encontraba en un ambiente distendido y se relajaba mostrando aquella sonrisa de dientes perfectos que hacía temblar todas las extremidades de mi cuerpo.

Asimismo, pude reconocer a Mario entre los viñedos tratando de proyectar una imagen seria de sí mismo mientras explicaba el proceso de crecimiento del fruto, desde el sarmiento hasta el momento de su poda; y unas cuantas tomas después, se mostraba realizando un baile ridículo cuando creía que la cámara ya no lo grababa. Menudos actores estaban hechos.

Julen se despistó unos instantes en los que continué deslizando los improvisados vídeos que había subido a mi ordenador, hasta que descubrí varias fotos tomadas dentro de la recepción de la casona en la que nos encontrábamos.

—Oye, sabes que no hacía falta que grabaras dentro de la posada. Técnicamente no es parte de la bodega, así que no es necesario que filmes a Cristian cuando está trabajando en la recepción —le indiqué con una mirada divertida.

—Técnicamente no, pero… —Comenzó a moverse agitado antes de contestar—. Para mí son de la familia, así que… puede que estas imágenes sean necesarias para el futuro.

—Ya y… ¿por qué no están también Inés o tu tía Rosa? —le interrogué, con un tono socarrón, alzando la comisura derecha de mi boca.

—¿Qué sabes tú? ¿Alguien más lo sabe? ¿Cristian lo sabe? —Su expresión se transformó en una mezcla de inquietud y seriedad cuando se dispuso a caminar de una punta a otra del jardín a un ritmo vertiginoso, el cual me estaba comenzando a marear.

—Yo no sé nada, ¿qué tendría que saber? Y siéntate de nuevo que me estás poniendo nerviosa.

—¡Aaay, madre! Estoy hecho un lío y no quiero que esto llegue a sus oídos.

Se frotó los ojos y se peinó el mechón de flequillo que le colgaba hacia atrás. Tenía el cabello parecido al de Asier, aunque se notaba que Julen pasaba por un estilista con más asiduidad de la que lo hacía yo, que ya era mucho decir.

—¿Has hablado con él? He visto cómo te mira y puede que te sorprendas si te sinceras con él.

—¿Estás loca? Su padre es guardiacivil, de esos que van a los toros y a misa cada domingo, si se entera me llevan al cuartelillo. Y ya me dirás tú cómo me las apañaría yo en la cárcel con tanto malote suelto. Un cuerpo como el mío sería un caramelito entre rejas.

Proferí una sonora carcajada y posé mi mano sobre la suya para tranquilizarlo. Me extrañaba cómo un chico con tanta seguridad sobre sí mismo se reblandeciera cuando se trataba de mostrar sus sentimientos a alguien conocido, aunque estaba a punto de averiguar el por qué.

—Créeme, cada vez que pasáis uno al lado del otro, tenéis la misma cara de panolis que dos adolescentes atontados. ¿Qué es lo peor que puede pasar?

Soltó un bufido y continuó.

—Que esos dos adolescentes ya se demostraron sus sentimientos en secreto cuando tenían la cara llena de acné. Prefiero que me metan en la cárcel antes de que me rompa el corazón de nuevo.

CAPÍTULO 24

Asier

Llevaba tiempo sin saber nada de mi hermana y sabía que cuando no tenía noticias suyas es que las cosas marchaban bien. Sin embargo, Inés ya me había alertado de que las aguas turbulentas corrían por el río Sena y que algo le estaba sucediendo a Ane, ya que últimamente llamaba con demasiada asiduidad desde París.

—Claro que te echamos de menos, enana, y puedes venir cuando quieras. Pero ¿se puede saber qué te pasa?

—Nada, es solo que tengo un poco de morriña por volver a casa —soltó al otro lado de la línea con un hilo de voz.

—Y ¿qué te lo impide? Hace más de un año que no te pasas por aquí.

—¿Has hablado con mamá últimamente?

—No sé nada de ella desde hace meses. Estará con ese novio suyo en alguna playa paradisíaca perdida. ¿Vincent se llamaba?

—Uy, con ese rompió hace como medio año. Ahora tiene otro nuevo que es medio polaco. No recuerdo su nombre, he perdido la cuenta después de tantos…

Solté un bufido, apagué el motor de la moto y desvinculé el manos libres para despedirme de mi hermana.

—Oye, Ane, soy consciente de que algo te pasa, aunque está siendo muy complicado sacarte hoy las palabras. Cuando te apetezca, ya sabes que estoy a una llamada de teléfono. Tengo que dejarte que he venido a la posada a revisar un papeleo que me ha pedido la tía Rosa.

—Dales un beso a todos de mi parte y diles que los echo de menos.

—Lo haré. Te quiero.

—Yo también te quiero, hermanito.

Me dirigí hacia la entrada y reparé en que el coche de Benja se encontraba aparcado junto a la puerta principal. Últimamente mi amigo estaba prestando demasiada atención a mi prima, por lo que no me sorprendió su presencia en la posada. Saludé a Cristian en un ademán con la mano y me dirigí directamente al jardín desde donde emanaban las estridentes carcajadas y el jaleo formado por un grupo de personas cuyas voces me resultaron demasiado familiares.

Lur salió a recibirme y saltó encima de mí, apoyando sus patas delanteras en mi pecho y poniéndome perdido con sus pezuñas embarradas. Lo abracé y le besé en la cabecita y es que, aunque oficialmente fuera yo quien lo adoptara cuando era un cachorro de semanas, ese perro se movía libremente por todo el pueblo y estaba siempre al sol que más calentaba, especialmente cuando se trataba de buscar la comida de mi tía o los arrumacos de Inés.

No había visto a Jana desde el último encuentro en el mirador, con el que la pasada noche había tenido sueños húmedos antes de despertarme, así que su sonrisa en el centro de la escena fue lo primero en lo que me fijé según accedí al porche y la vi jugando a las cartas con Benja,

Julen e Inés. Temía que se hubiera arrepentido, al verme aparecer por allí, porque agachó la cabeza hacia la mesa donde estaba cortando la baraja. O, tal vez, simplemente quería evitar ser el centro de las habladurías de la bodega si alguien se enteraba de lo que había sucedido entre nosotros.

—Dichosos los ojos, hermanito. Ya es hora de que pares un poco de trabajar y disfrutes un poco de la vida.

—Si todos trabajáramos lo mismo que el señorito Julen, nadie comería en esta familia —bromeé pellizcándole la mejilla.

—*Nidii cimirii in isti fimilii*… Pues no te metas tanto conmigo que tenemos un asunto de negocios pendiente que sacará del pozo a esta familia y nos hará millonarios. —Se giró hacia Jana para guiñarle un ojo y esta le correspondió con una sonrisa de complicidad.

—¿Qué estáis tramando? Miedito me dais los dos —les reproché dedicándoles una mirada socarrona a ambos.

—Tú lo que quieres es convertirte en las *Karasian* esas que salen en la tele —intervino mi tía, saliendo de la posada, y dejándonos un plato de frutos secos y aceitunas para picar en la mesa—, así que esfuérzate para sacarnos de pobres, pero no tanto como para que nos graben en un *reality cho*u de esos, que seguro que a mí la cámara me engorda.

—¿Podemos seguir jugando la partida? Que a este paso haré de este bebé el cuarto jugador —intervino Inés señalando su abultado vientre.

—Ahora le digo a Cristian que os saque algo de beber que con este calor hay que mantenerse hidratado.

—¿Por qué no ayudas a Cristian a traer las bebidas, Julen? —le interpeló Jana dando unos golpecitos en el hombro de mi hermano.

—Oye, reina, ¿qué te crees, que soy una de esas chachas que tienes allí en tu palacete de Los Ángeles?

Jana puso los ojos en blanco y soltó un bufido.

—Me refiero a que vayas a la cocina donde Cristian está ahora mismo SOLO, preparando las bebidas, y le ayudes a traerlas —reiteró, con el morro fruncido, dándole una patada por debajo de la mesa.

—Ya me lo has dicho antes, no hace falta que me lo repit… ¡Aaah! ¿Te refieres a que…? Claro…, sí. Seguro que necesita ayuda —afirmó desapareciendo de la escena en un visto y no visto.

Mi prima y Jana se reían a carcajada limpia mientras Benja y yo nos mirábamos con cara de circunstancia sin saber lo que acababa de suceder. Me invitaron a jugar al póquer, en sustitución de Julen, que presentimos que tardaría más de la cuenta en volverse a unir. Y así fue porque, al cabo de varios minutos, fue mi bendita tía la que nos sacó una jarra de limonada recién exprimida, que nos supo a gloria, mientras los cuatro retomábamos la partida donde la habían dejado.

Conocía de sobra a mi amigo y a mi prima como para saber cada movimiento y expresión facial que los acompañaban cada vez que se tiraban un farol con las cartas. Llevábamos tanto tiempo jugando desde que éramos pequeños que ya no había secretos entre nosotros, pero había una tercera rival a la que apenas conocía y con la que a los pocos minutos ya comenzaba a aflorar una competitividad con la que no había contado en un principio.

Jana venció la primera partida y sospeché que permitió que yo lo hiciera con la segunda para crear más emoción en el juego. Nuestras miradas desafiantes se cruzaron a lo largo de la mesa y, por un instante, creímos que no nos acompañaba nadie más en aquel lugar.

—Habrá que apostar algo más serio para la tercera partida de desempate. Esto de competir por unos céntimos de euro estaba bien cuando éramos unos críos, pero ahora estamos en la mesa de los adultos y hay demasiadas cosas en juego —añadí, atrayendo la atención de mis tres contrincantes.

—O mucho que perder, primo. Siempre pensé que nadie tendría la osadía de vencerte al póquer, pero Jana te da mil vueltas, así que cuidado con lo que apuestas porque es una ganadora nata.

Busqué los ojos de Inés a mi derecha para cruzar la mesa y posarlos en Benja, al otro lado. Ambos me lanzaron una mirada de advertencia, pero me focalicé en el gesto provocador que tenía frente a mí y me dedicaba una sonrisa perversa.

—Esto se pone interesante, entonces —anuncié frotándome las manos—. Si yo gano, Chanel, te quiero una jornada entera trabajando con los guantes de poda en las viñas.

—Trato hecho —asintió con una sonrisa y tanta seguridad en sí misma que, por un momento, me flaquearon las piernas.

—¿Así, tan fácil? —la reté, recibiendo un gesto afirmativo por su parte—. Y… ¿qué pides tú en caso de ganar? Aunque todos sabemos de sobra que eso nunca va a pasar.

—Eso de ahí —afirmó con rotundidad apuntando a algún objeto del aparcamiento que en un principio no identifiqué.

—¡Nooo!

—¡Síii!

—Mi moto no está en juego. ¡Olvídalo!

—Ahora sí que se está poniendo interesante la cosa —exclamó Benja a mi lado partiéndose de risa.

—Pensé que eras el mejor jugando al póquer o… ¿es que es otro de tus faroles? Si estuvieras tan seguro, no te importaría apostarla —manifestó Jana lanzándome una mirada desafiante.

Me erguí en la silla, con unas crecientes dudas que me embargaban todo el cuerpo.

—Sé que lo haces por fastidiar. Seguro que no tienes ni carné de moto para conducirla. Pero está bien, apostemos. Me muero por ver cómo te ensucias tus delicadas uñas de porcelana en mis tierras.

—¡Uf! Ha llegado el momento de retirarse —añadió Inés que lanzó las cartas sobre la mesa y nos miró con una mueca divertida—. Necesito toda mi atención para ver este espectáculo, voy a por unas palomitas.

—Yo paso también, no quiero que la sangre llegue al río. Pero si lo hace, alguien tendrá que estar cerca para curar los golpes —concluyó Benja, él siempre tan neutral como Suiza.

La partida se desarrolló en un clima de rivalidad surrealista. Inés jaleaba a Jana mientras que mi amigo —bueno, igual ese día dejó de serlo— intentaba picarnos a ambos viendo lo desternillante que le estaba resultando la jugada.

Se notaba la pericia de mi contrincante en aquel juego. Poco a poco iba descubriendo secretos de aquella mujer, cuya única certeza era que sus húmedos besos habían provocado estremecerme por completo. Sin embargo, al margen de la viticultura, existían una multitud de habilidades que manejaba como una auténtica experta y temí que aún me faltaran demasiadas cosas por descubrir. Maldije durante unos minutos, siendo consciente de lo estúpido que había resultado apostar mi bien más preciado.

«¡Mi moto, por Dios!», gimoteé para mis adentros.

Cuando estaba a punto de asumir mi derrota, una racha de buena suerte me vino a ver la luz. Mis cartas comenzaban a mejorar hasta tal punto que continué con mi cara consternada para

fingir ante mi oponente.

Una sonrisilla malvada asomó por mis comisuras imaginando ya a Jana, ataviada en sus tacones, cargando con cestas colmadas de racimos cuando me aseguré de que aquella última mano me llevaría a la victoria.

—¡Póqueeer! —solté de improviso y lancé todos mis nueves encima de la mesa para sorpresa de los asistentes.

Me levanté de la silla y comencé a menear el cuerpo en un bailecito ridículo que hasta Inés se tuvo que cubrir la cara del bochorno. La alegría me embargaba el cuerpo y mi amigo me dio un aplauso de reconocimiento por la vibrante jugada.

—No vayas tan rápido, compañero —anunciaron aquellos ojos color mosto que depositaron sobre la mesa toda la gama de relucientes corazones rojos—. ¡Escalera de color!

Todas mis líneas de expresión se tensaron de nuevo. Mi cara de póquer —y nunca mejor dicho— tardó varios instantes en reponerse. Jana se levantó y chocó la palma de la mano con mi prima Inés, que no daba crédito a lo que estaban viendo sus ojos, mientras Benja se desternillaba de risa, hasta tal punto de caerse al suelo de la efusividad.

Apenas reparé en que aquella mujer, que en unas semanas había llegado para revolucionar mi vida, pasaba a mi lado, cogía mi cazadora y las llaves, y se dirigía sin miramientos hacia el aparcamiento.

La observé desconcertado, sin poder averiguar cuál sería su próximo movimiento. Era incapaz de reaccionar y no asimilé que se atrevería a hacerlo, pero encendió el motor, se subió a mi *Triumph* con una facilidad pasmosa, comenzó a acelerar hasta que dobló la esquina de la posada y desapareció de nuestra vista.

Reaccioné con torpeza, tratando de seguirle los pasos y corrí tras ella como un auténtico energúmeno. Cuando llevaba pocos metros en la carretera, frenó de golpe con la envidiable pericia de un competidor de *motocross* profesional. Con una evidente dificultad, dispuse de unos escasos segundos para subirme detrás de ella en la moto mientras que arrancaba de nuevo y se perdía por las carreteras del pueblo a una velocidad vertiginosa.

CAPÍTULO 25

Jana

La adrenalina me acompañaba como un viajero más a mis espaldas al tiempo que la brisa del incipiente otoño acariciaba la piel de mi rostro. Hacía tiempo que no me montaba en una de aquellas y echaba de menos los infinitos viajes con Norbert, el chófer de la familia, con el que salía a pilotar a escondidas con el único consentimiento de mi padre.

Mi progenitora, por contra, nunca toleró que aquella pudiera convertirse en una de mis aficiones, por no considerarla típicamente femenina, y tampoco me sorprendía que compartiera la misma opinión con mi prometido, habida cuenta de las repulsivas mofas con las que me reprimió cuando le confesé que me gustaría comprarme una moto para salir a evadirme en mis ratos libres.

Detestaba cómo aquellos dos aunaban siempre sus esfuerzos por un enemigo en común: yo misma, que siempre acababa mal parada por los desagradables comentarios a los que estaba sometida por ambas partes. Deberían haberse casado, si no fuera porque mi madre trataba a Matt como uno de sus hijos favoritos. O el único, porque, a decir verdad, de puertas para adentro, era como si yo no existiera.

—¿Quieres parar ya la moto, por favor? —Escuché una encolerizada voz que se perdía con las ráfagas de aire.

—Ahora es mía, así que pararé donde yo quiera —me burlé de Asier que trataba de aferrarse con dificultad al asidero trasero de aquel vehículo de dos ruedas que surcaba las vías rurales a la velocidad de una aeronave.

—¿Estás loca? Voy sin casco.

Lo escudriñé a través del retrovisor izquierdo, sin ser consciente de que no portaba algún sistema de seguridad. Durante unos instantes, me había sentido tan liberada recorriendo el firme asfalto que apenas reparé en aquel detalle. Aunque confiara de sobra en mis habilidades sobre el manillar, no quería ser una irresponsable, así que frené con brusquedad en el arcén, provocando que su cuerpo rodeara el mío con el inminente parón.

—Has tenido suerte de que estemos al lado de tu casa. Tienes dos opciones: o quedarte aquí lloriqueando por las esquinas o coger un casco y subirte de nuevo conmigo.

—Oye, lo de la timba de póquer ha sido una broma. Quizás nos hemos precipitado con lo de la apuesta —confesó, suavizando el tono conmigo, siendo consciente de que alzando la voz no conseguiría nada.

—Así que has decidido que quieres seguir gimoteando por tu moto —manifesté más como una afirmación que como una pregunta—. De acuerdo, nos vemos en otro momento. ¡Gracias por el regalo!

Le dediqué una sonrisa burlona, me bajé la visera y aceleré unos metros hasta que percibí un sutil:

—¡Espera! Dame un minuto, ahora vuelvo.

Regresó al instante con un casco de repuesto y, sin rechistar, se sentó de nuevo en la parte trasera. Recorrimos varios caminos en silencio, inhalando el sutil aroma de la flora local y divisando el baile de una pareja de águilas reales que sobrevolaba nuestras cabezas.

Nuestras miradas se cruzaron en varios momentos a través del espejo retrovisor. Noté cómo el rictus de Asier se iba relajando y, finalmente, sus brazos accedieron a agarrarse a mi cintura, liberando la tensión que le había embargado en las últimas horas y, en cierta manera, en el último par de años.

Me sentía liberada por primera vez desde hacía mucho tiempo. No teníamos rumbo, únicamente me guiaba por el instinto y aquella sensación de disfrutar más que nunca del momento. Fuera de las órdenes y los convencionalismos sociales, percibía cómo comenzaba a ser yo misma, experimentando un sentimiento completamente nuevo. Y no existía mejor sensación que la de complacerme y establecerme como prioridad en la vida.

Llegamos a una rotonda y dudé por un instante de hacia dónde dirigirme, un detalle del que Asier se dio cuenta y me indicó hacia la derecha en un ademán con la mano. Tomamos un par de cruces más y llegamos a una explanada que servía como improvisado aparcamiento en el que solo encontramos un vehículo estacionado.

Dejamos los cascos colgados en el manillar de la moto, y Asier me agarró de la mano con una sutil caricia para dirigirnos a la maravilla que estábamos a punto de contemplar. Rodeados de viñedos y bajo el cobijo de un prominente árbol, nos encontramos ante una montaña de piedras en cuyo centro se erigía un antiguo dolmen de origen prehistórico. No podía salir de mi asombro ante aquel monumento que debía de ser una joya arquitectónica muy preciada en el lugar.

—¿Qué es esta maravilla?

—La Chabola de la Hechicera, uno de los conjuntos arqueológicos mejor conservados de la época en la zona.

—He viajado por decenas de países en los cinco continentes y jamás había visto un lugar igual —manifesté, anonadada.

—Se descubrió hace menos de un siglo y se cree que se trata de un antiguo mausoleo al encontrar varios cuerpos enterrados y objetos de valor de la época.

Se podía inhalar un halo enigmático en aquel remanso de paz donde tan solo se percibía el ritmo acompasado de nuestras respiraciones en el ambiente.

—Este lugar es mágico, tiene un aura enigmática que lo rodea que no se puede explicar.

—No vas mal encaminada. De hecho, corren varias leyendas místicas y cada verano se celebra un gran evento en torno a él.

—Cuéntame alguna.

Asier me rodeó los hombros y me atrajo hacia él, depositando un beso en la sien en un gesto reconfortante en el que me dejé mecer, para comenzar a escuchar la historia que estaba a punto de relatar.

—La leyenda cuenta que hace cientos de años, una bruja habitaba este dolmen y despertaba a los habitantes con sus cánticos cada mañana de San Juan. Se dice que aquellos lugareños que trataban de acercarse hasta aquí, o simplemente miraban en esta dirección atraídos por las melodías, se convertían en piedras y pasaban a formar parte de este conjunto megalítico.

—Me encanta, quiero saber más —le rogué fascinada, acurrucándome en su cuerpo para resguardarme de la incipiente brisa fresca que se avecinaba.

—La noche del 14 al 15 de agosto, durante las fiestas patronales, se recrea el *akelarre* en un espectáculo de danzas en torno al grupo de brujas que habitaba el dolmen, antes de ser juzgadas

y quemadas en la hoguera por la Santa Inquisición.

Permanecimos en silencio unos instantes bajo aquel crepúsculo vespertino, teñido de tonalidades magenta, que se cernía sobre nuestras cabezas, despidiendo así una jornada más. Admiré aquel monumento prehistórico y recreé en mi imaginación las hipotéticas historias que aquel lugar había presenciado. Si aquel santuario hablara, sería el narrador omnipresente de una infinidad de leyendas donde nuestros antepasados se enfrentaron a multitud de adversidades con el único propósito de sobrevivir.

Y hablaba en primera persona, porque ya me sentía parte de aquel lugar a todos los niveles. Quizá era la única vez en mi vida en la que sentía que finalmente podía llamar a un sitio hogar. Una sensación que me reconfortaba y atemorizaba a partes iguales.

¿Qué parte de mi vida estaba dispuesta a sacrificar por aquel sueño?

CAPÍTULO 26

Asier

Hubiera permanecido allí toda la noche con ella, con una manta envolviendo nuestros cuerpos y dos copas de vino celebrando la vida. Hacía tanto tiempo que no percibía esa cercanía, que con dificultad recordaba cuándo había sido la última vez. ¿Podría ser con Ainhoa? No, ni siquiera ella despertaba el instinto que me provocaba Jana. Percibí el ligero castañeo de sus dientes, debido al brusco descenso de temperaturas cuando desapareció el sol, así que le sugerí que volviéramos a casa.

—Ha sido un placer, pero es hora de que vuelvan a su dueño. —Me ofreció el manojo de llaves de la moto, del que colgaba un llavero de tela rojo donde se podía leer «*Remove before flight*».

—Por mucho que me duela, eres la legítima propietaria, así que de ahora en adelante será tuya. Solo te ruego que la cuides bien —le imploré con ojos de cachorrito abandonado, esperando a que mi intención de dar pena surtiera el efecto deseado.

—He visto la angustia que te corroía cuando salía de la posada acelerando con la moto. Solo por tu cara de pánico, ya ha merecido la pena todo esto —manifestó y soltó una sonora carcajada.

—Eres malvada.

—A estas alturas, te conozco lo suficiente como para saber que venderías tu alma al diablo antes que deshacerte de ella.

—Antes vendería a mis hermanos en *pack*, luego mi alma y entonces ya, si no me quedase otra opción, podría negociarlo —añadí con un gesto cargado de seguridad.

—Eso sí, la cazadora te la tomo prestada, al menos de manera temporal, hasta que me dejes en la posada.

—Trato hecho, pero a cambio te invito a cenar.

Jana desvió la mirada hacia el suelo y temí por unos instantes que rechazara aquella invitación. Deseaba pasar con ella más tiempo y este rato a solas, en el que por primera vez no nos estábamos tirando los trastos a la cabeza, despertaba mis anhelos por hacerla sonreír cada día. Al fin y al cabo, no pedía tanto, mi único propósito era seguir descubriendo sus besos que evocaban la felicidad que producía ese pedazo de tarta que acompaña al café en una mañana de domingo.

—No creo que pueda, todavía tengo algún informe que terminar.

—Oye, ¿no quedamos en Italia en que tenías que sacar un rato de ocio para descansar? Trabajas demasiado.

Me acerqué hacia ella y le dediqué una sonrisa sincera. Sus ojos se toparon con los míos y me devolvió el gesto elevando las comisuras de sus labios, en una estampa que deseé inmortalizar para guardarla en mi mesilla y mirarla todas las noches antes de irme a dormir a la cama.

—Sí, lo sé. Tal vez tengas razón, pero ¿a dónde me vas a llevar? Tampoco es que haya demasiados restaurantes por la zona y no me puedo entretener mucho esta noche.

—Te llevaré al mejor de los restaurantes: mi casa.

—¿Tu casa? Ahora sí que me das miedo. —Sonrió, divertida—. No tengo mucha fe en tus habilidades culinarias, así que estoy dispuesta a recorrer la distancia que haga falta para que podamos cenar en condiciones.

—Estás hablando con el mejor cocinero de la zona, con permiso de mi tía Rosa. Nadie puede superar esas croquetas de boletus que hace todos los domingos y que están para chuparse los dedos.

—Eso habrá que verlo. Me gustan los desafíos y, la última vez que apostamos, saliste perdiendo, así que reto aceptado —soltó con sorna, tendiéndome la mano.

—Antes de medianoche estarás en la posada de vuelta, como la Cenicienta, con una sonrisa en la boca después de haber probado el mejor manjar de tu vida.



No esperaba compañía esa noche, aunque por fortuna solía ser bastante cuidadoso y limpio con la casa. Quería causar una buena impresión en ella y rezaba para que mis dotes en la cocina salvaran cualquier contratiempo que se encontrara en forma de cajas de vino, desperdigadas por medio del pasillo, o documentos de la empresa, esparcidos por la mesa del salón.

Traté de salir del paso ofreciéndole una copa de uno de los últimos vinos que había elaborado con Benja en el laboratorio, y que ni siquiera llevaba todavía la etiqueta, mientras me empleaba a fondo en elaborar una salsa con la albahaca que mi vecina cultivaba en el huerto trasero de su casa.

—¡*Voilà*! *Fettuccine* con salsa casera de pesto, tomates *cherry* de la huerta y piñones, todo ello sin gluten. Que usted lo disfrute, señorita.

—¡Guau! Si este plato sabe tan bien como el aroma que emerge de él, solo puedo dar mis felicitaciones al chef. A ver si al final, además de este plato, me tengo que comer mis propias palabras —bromeó mientras daba otro trago a la copa de vino.

—Sé que no llegaré a la altura del guaperas de tu amigo Paolo, pero siempre he defendido que el producto nacional es mucho mejor.

Me propuse hincar el diente a la pasta y, al no percibir ninguna respuesta de Jana, alcé la cabeza para observar cómo sostenía la mirada con una sonrisa socarrona.

—¿Qué pasa? ¿Está todo bien? ¿Le falta sal?

—¿Estás celoso de Paolo? —me interrogó alzando la comisura derecha de su labio.

—¿Celoso, yo? ¿Por qué? ¿Porque no paró de flirtear contigo durante todo el fin de semana y me ignoró como si no estuviera allí?

—Así que estás celoso, ¿eh? —me acusó con una afirmación y emitió una estridente

carcajada.

—No digas tonterías, yo no estoy…

—¿Sabes que Paolo podría estar más interesado en ti que en mí?

—¿Qué quiere decir eso? ¡Ah…! ¡Oh! Cualquiera lo diría.

—Mi amigo proviene de una familia con profundas raíces católicas, demasiado conservadora, así que dudo de que ellos siquiera lo sepan. Sin embargo, cuando vivíamos en Bélgica, no había ningún extranjero o local que se le resistiera y casi no recuerdo una sola noche en la que volviera solo a la residencia de estudiantes que compartíamos el primer año.

—Entiendo.

Enmudecí al sentir un incipiente bochorno por la manera tan infantil en la que habían surgido esos estúpidos celos. No era propio de mí, a decir verdad. Me sentía un auténtico gilipollas.

Permanecimos unos instantes en silencio y sentí que Jana había entendido aquel incómodo momento, así que agradecí que cambiara de conversación tras un breve instante.

—Bueno y ¿me vas a contar dónde has aprendido a cocinar así? Están deliciosos y este vino es ideal.

—Precisamente, cuando me metí de lleno en la empresa familiar, me percaté de que el vino era algo más que un producto que vendíamos. En la adolescencia, trabajaba en las viñas recogiendo la uva para echar una mano a la familia y sacarme un dinerillo para el verano, aunque no fue hasta que crecí cuando comencé a investigar más y a ver el potencial que tenía. Así que cuando Benja regresó de finalizar sus estudios en Enología, y montamos el laboratorio, empezamos a jugar a ser científicos.

—Realmente es una ciencia. En Napa cada vez existen más empresas tecnológicas que se dedican a la investigación exhaustiva del sector para venderlo a las grandes bodegas que existen a lo largo de todos los continentes.

—Así es, y en uno de todos aquellos cursos en los que me formaba de noche, mientras trabajaba de día, se hablaba de la importancia de la gastronomía; de observar, saborear, inhalar y degustar los diferentes ingredientes que contenían los platos para ofrecer el mejor vino que lo acompañara en la mesa.

—Sería como hacer un símil con los seres humanos. No todas las personas encajan a la primera. Hay algunas que, por su personalidad, su manera de ser, o por diferentes cualidades, casan mejor que otras.

—Exactamente. Por ejemplo, con el sabor potente y concentrado de la hierba aromática y, el resto de los ingredientes de la salsa de pesto, un vino blanco, joven y con toques afrutados y florales como este es el que mejor marida.

—Un excelente maridaje.

—Un maridaje perfecto, sin duda —Esbocé una sonrisa y agarré su mano por encima de la mesa.

CAPÍTULO 27

Jana

Hacía bastante rato que las agujas del reloj habían traspasado la medianoche, sin embargo, ¿quién se había percatado del paso de las horas cuando hacía tanto tiempo que no me lo pasaba tan bien? Asier me hacía sentir como en casa, me colmaba de atenciones y me sacaba una carcajada con la multitud de anécdotas que me contaba de la vida en Valdetintos con su familia.

Si mi madre estuviera allí presente, me hubiera regañado por sonreír de manera desmesurada. Según ella, era una desfachatez no tener en cuenta las incipientes arrugas que había tratado de cubrir desde mi adolescencia, con fútiles potingues faciales, que yo me había seguido aplicando sin cuestionar su verdadera necesidad.

—Así que cuando Ainhoa se fue y entró Carla a sustituirla, al principio fue todo tan desastre que consiguió poner a todo el mundo en su contra en unos pocos días —explicó Asier mientras se partía de risa.

—Pobre Carla, hasta estoy comenzando a sentir pena por ella —bromeé, recordando cómo me había tratado el primer día que nos conocimos.

—Ahora me río, pero en aquel momento se creó tal caos en el ambiente que fue difícil de apaciguar las aguas durante muchos meses. Ainhoa era la mejor en su trabajo, conocía a todos los proveedores y los clientes, organizaba las visitas y teníamos una reputación ejemplar en la zona.

—¿Por qué se marchó? —pregunté, curiosa por conocer algo más de aquella mujer a la que todo el mundo mencionaba con cierta nostalgia.

—Bueno… —carraspeó—, Ainhoa y yo comenzamos a salir cuando nos conocimos en la universidad. Después del primer año, yo tuve que regresar por cuestiones familiares, así que mantuvimos una relación a distancia hasta que ella finalizó la carrera.

Asier se detuvo unos segundos antes de continuar y desvió la mirada, así que asimilé que aquel silencio estaba cargado de recuerdos lacerantes y palabras atascadas en la garganta que batallaban por salir a la luz.

—Pese a que solo nos separaban dos horas en coche, yo siempre tenía que ir a visitarla, y cuando acabó la universidad le surgió la oportunidad de hacer prácticas en la ciudad, así que decidió quedarse allí, algo que se alargó unos cuantos años más… —Tomó aire y vació sus pulmones—. Con el tiempo, decidimos que nos estableceríamos en Valdetintos. Yo no me podía marchar de aquí. Mi padre estaba delicado de salud, mis hermanos habían volado del nido y alguien tenía que hacerse cargo de las bodegas. Sin embargo, al mismo tiempo, no quería retenerla aquí conmigo, en contra de su voluntad.

—Entiendo. En esos casos, cualquier decisión que tomes hará que alguien salga herido igualmente.

Realizó un gesto afirmativo con la cabeza y alzó su mirada para toparse con la mía, que lo

observaba con atención.

—Después de unas cuantas discusiones, cientos de horas en la carretera y un par de años en los que casi ni nos veíamos, se quedó sin trabajo así que decidió darle una oportunidad. Se vino a vivir aquí y nos mudamos juntos. Las cosas comenzaron a mejorar, le gustaba su trabajo en la bodega y se le daba genial. En un principio pensé que finalmente nuestra relación saldría fortalecida, pero…

—Pero todo era demasiado bonito para que saliera bien. ¿Qué pasó para que se marchara de manera definitiva?

—Que ya no éramos los mismos adolescentes que se habían enamorado con dieciocho años. Habíamos madurado y queríamos tomar caminos distintos.

—Apuesto a que tú hubieses preferido que se quedara…

Desconozco por qué se lo pregunté cuando estaba segura de que no deseaba oír la respuesta. Tomó unos segundos para contestar, se recostó sobre el respaldo de la silla y cruzó los brazos para continuar.

—En ocasiones, la mayor muestra de amor que podemos hacer por la persona que amamos es dejarla ir para que busque su propia felicidad, aunque eso conlleve frustrar la nuestra —confesó con un tono de voz nostálgico.

—Nadie dijo que la vida adulta fuera fácil… —concluí y traté de cambiar de conversación para destensar el ambiente—. Pero entonces, apareció Carla, y llegó para suplir la ausencia de su predecesora a todos los niveles, ¿no?

Asier esbozó una media sonrisa y se cubrió la cara con las manos en señal de vergüenza.

—Esa no fue la intención inicial, lo prometo. Estaba atravesando una época bastante dura con su marcha y, ahora que lo veo desde la distancia temporal, reconozco que, en cierta manera, sí. Traté de sustituirla tanto a nivel profesional, como a nivel personal —admitió con un tono de voz apesadumbrado—. Y la cagué, la cagué tanto que no hay día en el que no me arrepienta de haberla contratado desde un principio.

—Suerte que me dejaste bien clarito en Italia que me besarías a mí mucho antes que a ella o a cualquier otra mujer —bromeé con la intención de centrar la conversación en nosotros.

—Pero ¿cómo puede ser que te acuerdes de eso?

—Tengo bastantes lagunas de aquella noche, además de un lamparón de vino en el vestido que, a pesar de tus esfuerzos, creo que nunca lograré eliminar. Aunque tengo que reconocer que aquella afirmación se me quedó grabada a fuego en la mente —confesé, juguetona.

—Eres malvada, no me cansaré de repetírtelo.

—Entonces, ¿sigue en pie la proposición?

Clavó sus ojos en los míos y arrastró mi silla en su dirección para quedarnos pegados a unos centímetros el uno del otro. Sin esperar ninguna respuesta, comenzó a jugar con las comisuras de mi boca, depositando pequeños mordiscos en mis labios.

—¿Te ha quedado claro o todavía te tengo que contestar?

—Ajá…, clarísimo —logré articular mientras percibía cómo un foco de calor se asentaba en mi bajo vientre.

Me senté a horcajadas sobre sus piernas y tardé escasos segundos en sentir la presión de su erección entre mis muslos al tiempo que me aferraba a sus hombros y recorría la longitud de su espalda.

Me alzó con sus brazos y me acorraló contra la encimera de una manera tan sensual que una de las copas de vino se precipitó hacia el suelo, rompiéndose en mil añicos y manchando de líquido oscuro las baldosas de la cocina.

—Mañana lo recojo todo, no hay tiempo que perder —susurró entre jadeos mientras volvía a introducir su lengua en mi boca, provocándome un cosquilleo en todo el cuerpo que me hizo perder los sentidos.

Entrelazó sus dedos con los míos y me dirigió hacia la parte superior de la casa, a través de las escaleras, en las cuales nos detuvimos para comenzar a despojarnos de las prendas de ropa que nos sobraban. Traté de desabrocharle el cinturón con dificultad, pero con los nervios y la excitación tuvo que ayudarme hasta que pude bajarle los pantalones, logrando así liberar su erección.

Cuando llegamos a su cama, apenas me quedaba el sujetador de encaje que me había puesto esa misma mañana y que no tardó en desabrochar con una sola mano, con tal pericia como si llevara practicando toda la vida. Su lengua recorrió el perímetro de mi pezón derecho, succionándolo con suma delicadez, al tiempo que su mano masajeaba el otro pecho con sensualidad.

Sus ojos me observaban con deseo y no pudieron evitar recorrer mi cuerpo desnudo en un gesto que provocó que mi piel ardiera ante la combustión que desprendía su mirada. Se detuvo unos segundos, contemplando cada centímetro de mi cuerpo, como si anhelara tomar una foto mental para guardarla en el recuerdo.

Lo atraje hacia mí, enterré el rostro en el hueco que quedaba entre su cuello y comencé a saborearlo en un acto tan placentero del que deseé no despegarme jamás. Su aroma masculino se impregnaba por mis fosas nasales, y anhelé repetir aquel movimiento cada día, temiendo que cada vez aumentara más mi apetito hacia él.

—Joder, Chanel, me vuelves loco —gimió entre susurros.

—Tengo unas ganas tremendas de ti.

—Eso no me decías la primera vez que nos conocimos.

—Calla, idiota, y fóllame.

Y antes de que hubiera pronunciado la última palabra, Asier ya se había hundido dentro de mí, aprovechando la humedad que emanaba del interior de mi sexo. Nuestros gemidos se entremezclaron en el ambiente con el sonido de nuestros humeantes besos, y la temperatura de la habitación comenzó a ascender exponencialmente, al compás de la fricción de nuestros cuerpos, hasta que ambos gritamos de placer. Yo, en primer lugar, mientras masajeaba mi clítoris con ansia, e instantes después él, tras escuchar el momento álgido en el que yo llegaba al clímax, como Matt nunca había sido capaz de hacer.

«¡Oh, mierda! Matt».

CAPÍTULO 28

Jana

Me desperté por la mañana con el incipiente resplandor colándose por la ventana. Una agria sensación me carcomía por lo que había sucedido la noche anterior. Entreabrí los ojos y vi cómo Asier dormía bocabajo, agarrado a la almohada, de una manera tan placentera que parecía que llevara semanas sin dormir. La fina tela de la sábana, en tonos malva, le cubría hasta la cadera, dejando entrever su bronceada espalda desnuda, que no dudé en contemplar por unos segundos hasta que desperté del trance.

Nos habíamos quedado despiertos hasta las tantas, devorándonos a besos y enredando nuestros cuerpos en un peligroso juego, en el que me debatía entre el placer físico y mental que me había provocado, y el remordimiento por la reciente ruptura con mi pareja. O, tal vez, ¿solo nos estuviéramos tomando un descanso? Ahora entendía el cacao mental que Ross y Rachel habían sufrido durante tantos capítulos en una de mis series favoritas de mi adolescencia, *Friends.*

Fuera como fuese, debía regresar a California para clarificar las cosas con Matt. No había sido muy honesto por mi parte haber huido de allí sin haber tenido una conversación formal. Tenía la decisión final tomada, de eso no cabía la menor duda, pero consideré que ni el idiota de mi ex se merecía que el final de una larga relación acabara así.

Busqué con dificultad la ropa que había dejado desperdigada por ambas plantas. Tenía que reconocer que aquella casa estaba decorada con buen gusto y resultaba muy acogedora. Se notaba la huella de Ainhoa en la elección del mobiliario por todas las estancias, un detalle que despertó unos inusuales celos en mí por el espacio que aquella persona había ocupado en la vida del hombre que aún dormía en la cama que acabábamos de compartir.

Bajé las escaleras con sigilo y maldije cuando un par de crepitantes escalones chirriaron a mi paso. Cerré la puerta y regresé andando a la posada, con la compañía del inseparable Lur escoltándome en un lateral de la carretera. Agradecí que apenas unos cientos de metros separaran las dos ubicaciones. El aire gélido de la primera hora de la mañana me resultaba propicio para poner en orden mis pensamientos y, por un momento, me arrepentí de no haber dejado ninguna nota a Asier avisando de que hablaríamos más tarde.

«Joder, últimamente lo estoy haciendo fatal», pensé, con una creciente frustración. Cuando asimilaba que las cosas no podían ir a peor, todavía no sabía lo que estaba a punto de acontecer en cuanto llegara a la posada.



—Buenos días, Cristian, ¿te encuentras bien? —le interpelé observando cómo su rostro se encontraba visiblemente acalorado y unos extraños jadeos surgían desde detrás del mostrador de recepción.

—¡Eyyy…! Buenos días, Jana. Todo perfecto. Bueno, casi todo. Han pasado por aquí los señores de la Vega hace como media hora. Dicen que estaban tratando de localizarte, pero que tenías el móvil apagado.

—¿Cómo? ¿Que mis padres están aquí? —pregunté, anonadada, tratando de buscar una explicación racional a aquella visita.

—Sí, fue tu padre el que se acercó aquí, y estuvimos charlando un buen rato, mientras que tu madre se quedó en el coche. No tenía buena cara, puede que se mareara durante el viaje.

—No, te puedo confirmar que es su cara habitual. Le dan arcadas cada vez que sale de su zona de confort.

«Y por zona de confort me refiero a cualquier resort de cinco estrellas o el club de campo con el que se junta con esas remilgadas a las que llama amigas».

Cristian dio muestras de no entender la ironía que acababa de soltar y sonrió con un gesto angelical en un rostro que había vuelto a recuperar su color habitual.

—Gracias por el recado —dije mientras me dirigía a mi apartamento—. Y dile a Julen que puede salir ya de detrás del mostrador.

—¡Aay, mierda! —Escuché entre susurros, antecedido por el fuerte sonido de un coscorrón contra la mesa de recepción—. ¿Pero cómo me ha podido descubrir?

Una tímida sonrisa se atrevió a surgir de mis comisuras, pero pronto se desvaneció al recordar cómo había olvidado el móvil en la habitación el día anterior, tras la improvisada timba de póquer que habíamos montado en el jardín.

Tenía unas cuantas llamadas perdidas y mensajes de mis padres, que me informaban de que nos veríamos para comer en su hotel. Confirmé la asistencia, me duché y me dirigí allí sin demora para descubrir el motivo por el que mi madre había dejado la gran ciudad para perderse en un entorno rural por el que, en multitud de ocasiones, había expresado unos evidentes síntomas de alergia.

«Hotel Marquesa de Haro», leí en el cartel luminoso ubicado en lo alto de un lujoso edificio de cinco plantas, rodeado por unos jardines perfectamente cuidados en un entorno inigualable. Tomé todo el aire que pude inhalar en mi cuerpo y lo expulsé cerrando los ojos, antes de entrar en el restaurante, donde me había citado con mi peor pesadilla.

—¡Cariño, cuánto tiempo sin verte! —expresó mi padre, quien abrió sus brazos desde la distancia, para recibirme con una calurosa bienvenida.

Tenía que agradecer al destino que, al menos, el cincuenta por ciento de mi estirpe familiar

conocida hubiera resultado medio decente, sino me habría pasado media vida saltando de terapia en terapia, tratando de hallar la fórmula mágica para suplir las enormes carencias emocionales que había socavado mi madre a lo largo de mi infancia y adolescencia.

—¡Papá! Te he echado de menos. —Esbocé una sonrisa sincera y me acurruqué entre los brazos de aquel imponente grandullón que casi alcanzaba los dos metros.

—Jana Isabella de la Vega, ¿qué es lo que te ha pasado en la cara? —soltó la bruja, sin siquiera saludarme, en una interpelación que provocó que me llevara las manos a las mejillas con incertidumbre.

—¿A qué te refieres?

—¡Oh, mírate!, tu piel reseca, tus pestañas lánguidas, el pelo lacio… No llevas ni una base de maquillaje y tus uñas… ¡Oh, por Dios! ¿Qué les ha pasado a tus uñas? Si no fuera porque te he parido, te hubiera confundido con una pueblerina que no ha salido jamás de este tugurio.

Se llevó el dorso de la mano a la frente en un gesto tan dramático como el de las protagonistas de las telenovelas que veía en las tardes de verano junto a Jacinta, una de mis niñeras venezolanas, que me había procesado de niña más amor que mi propia madre.

—Pues yo la veo más guapa que nunca —confesó mi progenitor, en un comentario que evitó que saliera de allí corriendo.

—Madre, no he tenido una buena noche —mentí para contar con una buena excusa con la que poder huir en caso de necesitarlo—. ¿Se puede saber por qué habéis venido hasta aquí?

—Hija, estamos preocupados por ti. Tu madre recibió una llamada hace un par de días que nos dejó muy inquietos.

—Espera, Gerardo. Necesito algo más que un café cargado para poder afrontar esta conversación. ¡Chico, tráiganos tres copas de champán a la voz de ya! —ordenó al joven que pasaba a nuestro lado, chistando los dedos, en un gesto que me avergonzó por completo.

La imagen de mi presunta abuela en silla de ruedas, unos días atrás, me sobrevino a la cabeza y, por fin, comprendí el motivo de su visita.

—Creía que jamás tendría que volver a sacar a colación este tema, pero…

—¡Suéltalo ya! —le ordené, deseosa de que se descubriera todo el pastel, a sabiendas de que le costaba encontrar las palabras adecuadas.

—No haces más que darme disgustos, Jana. Tenías que estar ahora mismo en California, contrayendo matrimonio con el doctor Matthew y viviendo una vida feliz. Pero no, has preferido huir de allí y venir a esconderte a este pueblucho y destapar secretos que estaban bien enterrados en el pasado.

—Lo que quiere decir tu madre es que…

—No, Gerardo, no hace falta contarle nada más a esta niñata malcriada.

—¡Basta ya, Arantxa! —soltó mi progenitor en un tono de voz más brusco del que le había oído en toda mi vida—. Han pasado más de treinta años. Cuéntale toda la verdad.

—¿Arantxa? —pregunté, confundida, recordando aquel nombre tan familiar que había escuchado hacía apenas unos días.

Mi madre agachó la cabeza, tomó aire y suspiró. Permaneció unos segundos en silencio y bebió un buen trago de aquel líquido espumante que acababa de depositar el camarero sobre la mesa.

—Tu madre y yo nos conocimos en estas tierras, en uno de mis viajes de trabajo hace ya muchos años. Me invitaron a una de las bodegas aledañas que comenzaba a despuntar por la época. Recuerdo aquellos días con especial cariño, en el que nos dedicamos a probar diversas variedades de tinto que llevaban poco tiempo en el mercado. —Esbozó una sonrisa y continuó

con el relato—. En una de las visitas a las viñas, observé cómo dos jóvenes de apenas veinte años se esforzaban por podar los racimos y transportarlos en cestos hasta el edificio principal. Una de ellas llevaba un pañuelo de colores que le cubría la cabeza, y tenía varias manchas de tierra en la cara, pero a pesar del agotamiento me ofreció una sonrisa que me enamoró en el mismo momento en que la vi.

Mis padres se miraron y observé en ellos un brillo en los ojos que jamás había visto dedicarse en toda la vida. Abrí la boca en un gesto desconcertado y contemplé cómo el semblante de aquella mujer comenzaba a relajarse, para abrirse como nunca lo había hecho con anterioridad.

—Mi hermana y yo comenzamos a trabajar muy duro desde que apenas éramos unas niñas. Estábamos muy unidas y nos deslomamos por sacar adelante a nuestra familia —confesó mi madre, quitándose la coraza por primera vez—. Mi padre debía ser un jornalero que nos abandonó antes siquiera de que yo tuviera uso de razón, y mi madre comenzó a desarrollar una enfermedad degenerativa que la dejó incapacitada a una edad temprana. Sin embargo, cuando tu padre y yo nos conocimos, decidimos mudarnos a Madrid para empezar nuestra propia vida juntos.

»Al principio, les enviaba siempre dinero e intentaba regresar tanto como me era posible, pero cuando tú naciste, la cosa se complicó y mi hermana comenzó a echarme en cara que llevaba una vida llena de lujos con mi nueva familia, y que me había olvidado de ellas, dejándola a ella sola al cuidado de nuestra madre. —Tomó aire y continuó—. Eso me dolió mucho, ¿sabes? Estuve bastante tiempo sin hablarme con mi hermana y, por aquel entonces, mi madre comenzó a perder la memoria, así que nos encargamos de financiar el tratamiento que, de otra manera, no nos podríamos haber permitido si estuviéramos solas. Y, aun así, me reprochó todas aquellas cosas que me hirieron en el fondo de mi alma.

—Creo que las dos os equivocasteis —intervino mi padre—. Yo te animé a que aclararais los malentendidos y retomarais vuestra relación. Al fin y al cabo, era tu única familia, además de nosotros, pero luego empezaron los viajes por todo el mundo y la cosa se enfrió aún más…

—Mamá, mañana es día de visitas en la residencia. Creo que ha llegado la hora de enterrar el hacha de guerra.

CAPÍTULO 29

Asier

Llevaba desde el día anterior con un ardor en el estómago que me había dejado sin apetito. Sospechaba que la razón principal era el escueto mensaje que me había enviado Jana por la mañana aduciendo que tenía asuntos familiares que gestionar y que, probablemente, no nos viéramos en todo el fin de semana. Temí que se hubiera arrepentido de la noche que habíamos pasado juntos y odiaba pensar que pudiéramos regresar a la relación tan tensa que habíamos mantenido en un principio, limitándonos exclusivamente a lo puramente profesional.

No, no podía volver a aquel tira y afloja del inicio. Escapaba de mi raciocinio cómo había sucedido, pero solo albergaba en mi mente un espacio para esa mujer de ojos claros que copaba todos mis pensamientos. La necesitaba en mi vida. Me había hecho recuperar esa ilusión que creí haber abandonado en la maleta que se llevó Ainhoa consigo un par de años atrás. Quería ser capaz de volver a sentir ese cosquilleo con alguien y, por primera vez, admitía que durante todo ese tiempo no me lo había permitido, por temor a sufrir de nuevo o a asimilar que ya no fuera capaz de sentir nunca más.

Sin embargo, debía de volver a la realidad y mi segundo golpe del día había sido la reunión mantenida el día anterior con los miembros del Consejo Regulador para tratar el tema de las cepas. Nos encontrábamos en una encrucijada, la cosecha de esta temporada se estaba salvando por los pelos, gracias al plan de contingencia que habíamos elaborado de manera concienzuda para evitar más pérdidas. No obstante, el maldito mildiu seguía extendiéndose por varias hectáreas, de tal manera que algunos terrenos ya debían quedar en barbecho, anhelando que un milagro se llevara aquel hongo maligno consigo y pudiéramos recuperar la actividad normal en las bodegas.

Por suerte, el ambiente entre las personas trabajadoras había mejorado desde la llegada de Jana y su ardua labor de comunicación con el equipo. Por eso, mi padre decidió organizar una comida familiar ese domingo, a la que fueron invitados algunos de los trabajadores, para seguir estrechando vínculos y paliar, al menos, la falta de comunicación interna que había amenazado nuestra confianza.

Bajé de la moto y me topé con un desconocido Mercedes GLS aparcado en la puerta de la posada, donde Jana se apeaba del asiento del copiloto, junto a un prominente hombre de la edad de mi padre. No se percataron de mi presencia hasta instantes después mientras mantenían una conversación familiar en la que no pude evitar poner la oreja.

—Oye, papá, no tienes que venir a la comida si no quieres. Creo que ya hemos tenido un día bastante movidito.

—No me la perdería por nada del mundo. Fermín y Rosa han sido muy amables al invitarnos a tu madre y a mí, a pesar de que no nos conozcan de nada, y además quiero saber quiénes son las personas que tratan tan bien a mi niña, teniendo en cuenta lo bien que hablas de todos ellos.

—La rodeó con los brazos para depositarle un tierno beso en la sien.

—Gracias por venir, sin duda son una familia increíble. Me inventaré una excusa para justificar la ausencia de mamá.

—Creo que le vendrá bien pasar un tiempo a solas en el hotel y meditar todo lo que ha pasado esta mañana en la residencia.

—Y que lo digas, todavía no doy crédito a lo que ha pasado… Pero, oye, ¿te has acordado de vaciar el minibar antes de que lo haga ella?

—¡Jana! —intervine en la conversación provocando que ambos se giraran para plantarse ante mí.

—Hola, Asie… señor López de Aberásturi —se corrigió, visiblemente nerviosa, tendiéndome la mano.

Le dediqué una sonrisa sincera y le correspondí con el apretón de manos tan propio de los negocios o de culturas extranjeras, pero definitivamente no de la española.

«¿En serio ahora estos formalismos? ¿Con las cosas que hicimos hace un par de noches en mi cama?»

—Papá, este es el señor Asier López de Aberásturi, el hijo del señor Fermín, quien se encarga ahora de la bodega.

—Un placer, señor de la Vega. Bienvenido a nuestra casa.

—El placer es mío —contestó, tendiendo asimismo la mano y lanzándome una mirada, en un gesto neutro, cuyo significado fui incapaz de descifrar.

—Pasad al comedor que, como lleguemos tarde, mi tía Rosa nos castigará sin postre y nos echará a los perros después —bromeé imaginando la hipotética agresividad de Lur, que acabaría con nosotros empleando sus más peligrosas armas: los lametazos en la cara.

La comida transcurrió en un ambiente distendido, con la continua puesta en escena de mi hermano pequeño, que no paraba de hacerse notar, las estridentes carcajadas de mi tía Rosa, los cambios de humor hormonales de Inés o los chistes malos de Mario, algunos por los cuales sentí un profundo bochorno.

Probablemente, fuera el único de la sala que conocía cómo el señor Gerardo de la Vega era un reputado cónsul que había viajado por los cinco continentes, codeándose con primeros ministros y embajadores en cumbres internacionales. Y aquí estaba él, con su atuendo de varios ceros, sentado en la mesa familiar compartiendo anécdotas de su última visita a la Rioja Alavesa, varias décadas atrás, y escuchando por mi boca el funcionamiento de las bodegas.

Tenía que reconocer que su estatura, sus formas y su saber estar me habían impresionado en un inicio. No obstante, habíamos mantenido una conversación distendida a lo largo de la sobremesa y mostraba un cariño desmedido por su única hija de la que se deshacía en elogios por su profesionalidad y su encantadora personalidad. Una lista a la que yo podría haber añadido unas cuantas cualidades más, impropias de una conversación así en aquella mesa.

—Disculpad que mi mujer no haya podido asistir a la comida, se encuentra descansando con un ataque de migraña, antes de regresar a Madrid. Muchas gracias a todos por vuestra hospitalidad, pero tenemos que emprender el camino de vuelta.

Jana acompañó a su padre al exterior, quien insistió en comprar un arsenal de botellas que le mandaríamos al día siguiente a su casa y por el que mi padre insistió que no le cobraríamos ni un duro. Un detalle al que el señor de la Vega agradeció prometiendo realizar un pedido mayor para regalar en las próximas Navidades a sus allegados.

Parecía un buen hombre, que portaba siempre un semblante serio, aunque justo y amable con las personas que lo rodeaban. De los que han trabajado toda la vida en despachos de vastos

rascacielos y, aun así, no se le caen los anillos si han de arremangarse la camisa y arreglar una tubería estropeada en el baño de su casa.

En cierta manera, me recordaba a su hija, a la que la primera vez había prejuzgado por su manicura perfectamente elaborada y su meticuloso estilismo, pero que se había ganado un hueco en el corazón de cada miembro de los López de Aberásturi. Y, ciertamente, había cambiado desde que había llegado. Ya no llevaba aquellas pestañas postizas ni esa capa de maquillaje, más propia de la cerdita Peggy de los *Teleñecos*. Era ella, pero más natural, más cercana y sentí como una losa de hormigón caía de golpe sobre mí al reconocer por primera vez que me estaba enamorando de aquella mujer.

Me disculpé para ir al baño, aunque mi única intención era descubrir si Jana había acompañado a su padre hasta el hotel donde se hospedaban en la ciudad más cercana o, de lo contrario, había permanecido en la posada. La echaba de menos y tenía ganas de pasar un rato con ella, saborear sus húmedos labios y que introdujera sus dedos en mi cabello alborotado para atraerme hacia su boca.

Me detuve en la puerta de la recepción, ocultando mi presencia, ante la conversación de despedida que estaba presenciando entre padre e hija. Debía de dejar de espiar a la gente. No era de buena educación inmiscuirse en las conversaciones íntimas de las personas, aunque fuera ya la segunda vez que sucedía aquel día. Sin embargo, no pude evitar escuchar aquellas palabras:

—Te veo muy feliz, hija. Hay algo en ti que ha cambiado desde que dejaste a aquel mequetrefe que tenías como novio.

—Soy la misma, papá, aunque sí que es verdad que necesitaba un cambio de aires. Este tiempo aquí en Valdetintos me ha hecho reflexionar y darme cuenta de las cosas que quiero, y que no quiero, en mi vida.

—Sabes que tomes la decisión que tomes, lo importante es que tú estés bien. Da igual la edad que tengas, que siempre serás mi niña y quiero que tu felicidad esté por encima de todas las cosas.

Jana abrazó a su padre y el señor de la Vega se metió en el coche, bajó la ventanilla y, antes de que se despidiera de manera definitiva en un ademán con el brazo, confesó:

—Tengo más experiencia en relaciones internacionales que en amorosas, aunque podría apostar toda tu herencia a que el joven López de Aberásturi es el motivo de que el brillo vuelva a relucir en tu mirada. —Le guiñó un ojo y, sin más palabras, desapareció del aparcamiento levantando una gran polvareda.

CAPÍTULO 30

Jana

Me despedí de mi padre con sus últimas palabras resonando como un eco en mi mente. Me había tratado de engañar a mí misma, pero no cabía duda de que el acercamiento con Asier en los últimos días me había cambiado por completo. Había sido un día lleno de emociones, en todos los sentidos, y tenía demasiado que digerir.

Sumida en mis más profundos pensamientos, un suave cosquilleo en el cuello, en forma de beso, me despertó del letargo para girarme sobre mis pies y descubrir aquellos labios que tanto había echado de menos en las últimas horas.

—¿Cómo estás?

—Pfff, como una montaña rusa emocional. ¿Por dónde empiezo?

—Por donde te apetezca. ¿Quieres que salgamos de aquí? Te puedo ofrecer vino ilimitado y un hombro fornido sobre el que llorar —bromeó para tratar de descargar la tensión del ambiente.

—Me basta y me sobra. Arranca la moto mientras voy a por una cazadora.

Nos acomodamos en el porche de su casa en una apacible tarde otoñal donde las tonalidades ámbar y caoba comenzaban a teñir el paisaje montañoso como una ilustración de postal. Percibía un nudo en el estómago y trataba de buscar las palabras adecuadas para expulsar de mi interior el colapso emocional al que me había sometido esta mañana. Sin embargo, manifestar todo aquello a una persona que no conocía mi pasado, y que formaba una parte fundamental de mi presente, me ayudó a gestionar aquel embrollo sentimental que amenazaba con desestabilizar mi paz mental.

—¿Recuerdas aquel episodio que te conté sobre la residencia de ancianos y mi familia materna?

Asier pronunció un sonido afirmativo, para evitar interrumpirme, y me lancé a relatarle la historia.

—Mi presencia allí aquel día hizo saltar todas las alarmas y, de ahí, la inesperada visita de mis padres este fin de semana —expliqué tratando de poner en orden la secuencia de los hechos —. Esta mañana nos hemos acercado a la residencia de nuevo los tres. Mi madre llevaba años sin verse ni hablar con su madre y su hermana, y cuando nos hemos visto todas en aquella situación… se podía cortar con un cuchillo la tensión en el ambiente.

—Puedo imaginar la escena… Pero, oye, ¿tú cómo te has sentido sabiendo que has conocido a una parte de tu familia que hasta ahora pensabas que no existía?

—No te voy a mentir, llevaba semanas fantaseando con la idea. Prácticamente desde que descubrí mi partida de nacimiento y comencé a indagar un poco en el pasado, pero… —inhalé una bocanada de aire y la expulsé de una sentada— cuando mi madre me ha presentado a su hermana, esta me ha recibido con un cálido abrazo y ese gesto tan simple ha sido como…. Ha sido una sensación de familiaridad tan insólita en mi vida como placentera. No puedo describir

con palabras lo que he sentido en ese momento. Sé que para ti puede sonar naíf, teniendo en cuenta que siempre has estado rodeado de toda tu familia, pero…

—De eso nada. Cada persona vive una realidad distinta y tú merecías que te devolvieran la parte de tu pasado que te habían arrebatado sin merecerlo —razonó mientras pasaba un brazo por mis hombros y me acercaba hacia él para apoyar mi cabeza sobre su torso.

—En cierto sentido culpaba a mi madre por haberme privado de esa parte de mi vida, aunque hoy cuando he visto cómo mi abuela sonreía por primera vez en muchos años, según lo que nos ha contado mi tía y el resto de los auxiliares de la clínica, esa rabia interna se ha esfumado y solo ha quedado un halo de nostalgia y una promesa de volver a visitarlas durante el tiempo que permanezca aquí.

—Así que… ¿ahora tenemos más en común de lo que pensaba al principio?

—¿Qué quieres decir? —le interpelé sin captar a dónde quería llegar con esa reflexión.

—Que al inicio pensaba que eras una pija insufrible a la que solo le importaba vestir ropa de marca y dar consejos empresariales baratos. Sin embargo, ahora…

—¿Ahora ya no lo piensas? —Levanté la ceja derecha a la espera de la siguiente ocurrencia que se le fuera a escapar.

—Ey, no te confundas, Chanel. Sigo pensando que eres una pija insufrible, pero ahora me he dado cuenta de que compartimos orígenes y que en el fondo de esa coraza de ejecutiva agresiva que tienes, se esconde un tierno corazoncito.

—Además de arrogante, eres un imbécil —le asesté un golpe con el mullido cojín, intentando reprimir una mueca divertida.

—Un imbécil que está loco por ti —confesó, tratando de inmovilizar mis brazos y depositando un tierno beso en la punta de mi nariz—. ¿Puedo preguntarte algo?

—Miedito me das… —le acusé lanzándole una mirada de reproche.

—¿Qué es lo que ha pasado con tu nariz?

Me liberé de sus brazos y me erguí en el balancín, tratando de mantener el equilibrio. Solté una bocanada de aire mientras miraba hacia los viñedos que se extendían a lo largo de los terrenos contiguos y mi mente retrocedió meses atrás, a aquel oscuro episodio del pasado que supuso un punto de inflexión en mi vida.

—Te lo cuento solo si me prometes que no te vas a reír de mí.

—Prometido —admitió, cerrando una cremallera invisible en su boca.

—Cuando era adolescente, sufrí apneas obstructivas del sueño. Al principio pensaron que provenía de la garganta, pero con los años, y tras numerosas pruebas, detectaron que se trataba de una malformación en el tabique nasal de nacimiento. No era nada grave, aunque en ocasiones me dificultaba conciliar el descanso por las noches, así que hace unos meses decidí operarme para atajar el problema de manera definitiva.

—¿Por qué crees que me voy a reír de ti por eso? ¿Tan mal concepto tienes de mí? —me interpeló con una mezcla de tristeza y confusión.

—Espera, que todavía no he acabado —le corté para continuar con el relato—. Como bien sabes, el que era mi prometido es cirujano, así que me tranquilicé sabiendo que estaba en buenas manos. Sin embargo, me equivoqué.

—¿Qué pasó? ¿Salió algo mal en la operación?

—No, no es eso. La historia es que en varias ocasiones había surgido la conversación en el pasado, y es que mi nariz aguileña no era de su agrado, o no estaba dentro de los cánones de belleza de un rostro perfecto, como él aducía. Así que llamó a un cirujano plástico que conocía y, cuando estaba anestesiada y sin mi consentimiento, no solo arregló la obstrucción nasal, sino

que, además, aprovechó la ocasión para realizarme varios retoques estéticos que modificaron sustancialmente mi cara.

Levanté la cabeza para buscar la mirada de Asier. Estaba preparada para recibir alguna broma relacionada con mi físico, en cambio, me topé con unos ojos llenos de furia e indignación.

—Adelante, ya puedes reírte de mí.

—¿Cómo me voy a burlar de ti? Me parece muy grave lo que me estás contando.

—No sé… como siempre me estás llamando Barbie de plástico, pensé que, lo que para mí fue un trauma, podría ser objeto de burla para ti, que siempre me tildas de superficial.

—Joder, Jana, siento que tengas ese concepto de mí. Te pido disculpas si me he sobreexcedido tomándote el pelo en el pasado, pero esto no tiene nada que ver con una cuestión estética o no. Se trata de tu propia voluntad y de que, sin tu consentimiento, tomara una decisión que modificara alguna parte de tu cuerpo. Y eso me parece totalmente repugnante.

—Aquello fue la gota que colmó el vaso entre todas las normas estúpidas que quería imponer sobre mí o sobre nuestra relación para que, de cara al exterior, fuéramos aquella pareja perfecta y exitosa. Así que, al poco de recuperarme de aquello, fue cuando la oferta para trabajar en las bodegas me cayó del cielo como un billete de lotería ganador.

—Yo sí que gané la lotería cuando llegaste a mi vida.

CAPÍTULO 31

Asier

Apenas hacía una hora que había recibido la llamada de teléfono de mi hermana desde el aeropuerto Charles de Gaulle, donde, antes de pronunciar una palabra, pude discernir por la megafonía la «última llamada» del vuelo que traería a Ane de vuelta a casa. No me dio más explicaciones, además de implorarme si podía ir a recogerla a la llegada. Y aquí estaba de nuevo en el coche, con Julen de copiloto, tratando de poner en orden la conversación que habíamos mantenido Jana y yo la tarde anterior.

Seguía sin dar crédito a su relato y percibí cómo un fuerte hormigueo, en forma de remordimientos, me embargaba todo el cuerpo. Había sido un auténtico idiota con ella desde su llegada. Reconozco que me impresionó desde el primer momento en el que la vi en el hospital a todos los niveles, así que, de manera inconsciente, me había construido una coraza para evitar que florecieran en mí ese tipo de sentimientos de nuevo.

«Demasiado tarde, has metido la pata hasta el fondo enamorándote de ella. ¿Cómo vas a gestionar todo esto cuando ella regrese a California?», me reproché mientras sentía cómo el corazón se me encogía en un puño y me asestaba un golpe en el estómago.

La pasada madrugada nos habíamos quedado en vela, contando historias de nuestro pasado, hasta que perdimos la noción del tiempo a las tantas de la madrugada. Abrazados por el calor y el espectáculo de las crepitantes llamas de la chimenea de fondo, nos tumbamos en el sofá y desnudamos nuestras almas para enardecer un flujo de corriente eléctrica que no habíamos sentido transitar por nuestros cuerpos con anterioridad.

—Oye, hermanito, estás en Babia últimamente. No me escuchas cuando te hablo.

—Perdona, estaba pensando en Ane. Estoy preocupado por ella, espero que esté bien —mentí para apartar a Jana de mi mente.

—Si no fuera por mí, la empresa familiar se iría a pique.

—Ya está la reina del drama. —Puse los ojos en blanco y solté un bufido—. Si lo sé, no te hubiera traído conmigo al aeropuerto.

—Pues casi mejor, porque cuando me has despertado esta mañana a las once estaba teniendo un sueño con Crist… Cristina, una compañera de la facultad. Una auténtica pesadilla, los exámenes y los apuntes me caían del cielo y me sepultaban en medio de la clase… ¡Uhhh, terrible! —matizó y desvió la mirada hacia el exterior al tiempo que se daba aire con la palma de la mano, como si sostuviera un abanico.

—Pensé que el sueño había sido bueno y no querías despertar de él… —le confronté con una mirada divertida.

—¡Sí! ¡Nooo!… Mira, no me líes ni intentes desviarte de la conversación principal —manifestó visiblemente nervioso—. Te preguntaba, mientras estabas perdido pensando en Jana Banana, hasta qué punto confías en las personas que trabajan en la bodega.

Le lancé una mirada confusa y me pregunté hasta dónde sabría toda mi familia de nuestro reciente acercamiento.

—¿A qué te refieres?

—¿Pondrías la mano en el fuego por todas y cada una de las personas que trabajan en la empresa?

—Mira, Julen, ve al grano. No tengo el día para tonterías.

—¿Crees que Carla es una persona de fiar?

Frené de golpe, para dejar pasar a una camioneta en la rotonda que daba acceso a las instalaciones del aeródromo, y tomé unos segundos para meditar la respuesta antes de contestar.

—A ver… No hay que ser muy espabilado para reconocer la falta de habilidades sociales y comunicativas de Carla. Está claro que no es la persona más simpática del mundo con los clientes, aunque he de reconocer que la gestión administrativa y el papeleo burocrático, que tanto odio, no se le dan nada mal.

—Aham… ¿Y qué opinas de Néstor? Lleva muchos años con nosotros, pero, aun así, ¿crees que en algún momento podría descarriarse del rebaño y convertirse en la oveja negra?

—Oye, basta ya de jueguecitos. ¿Me quieres decir que está pasando? Me estás empezando a poner nervioso.

—¡Contesta a la pregunta! —me ordenó con un semblante serio que, si no fuera por el tono de la conversación que estábamos manteniendo, me hubiera hecho soltar alguna carcajada—. Esto forma parte de mi trabajo y lo estoy llevando a cabo de la manera más profesional que puedo. Necesito recabar información para un proyecto que requiere la máxima confidencialidad posible.

—Mira, la verdad es que no sé qué decirte de él. Es el que más horas trabaja en las bodegas. Desempeña su trabajo con un cariño que supera con creces el límite de lo que sus tareas diarias requieren, pero, por otro lado, últimamente se encuentra bastante irascible con el tema de las cepas y sospecho que tarde o temprano nos abandonará por la competencia.

—De acuerdo. No hay más preguntas, señoría. Seguiremos informando.

Moví la cabeza de lado a lado, en señal de confusión. Salimos del aparcamiento y nos dirigimos hacia la terminal para controlar, en las pantallas de la zona de llegadas, que el vuelo procedente de París ya hubiera aterrizado.

—Hace solo un mes que vine aquí a recogerte. Oye, ¿qué os pensáis, que soy vuestro Uber personal? —solté con un tono socarrón.

—Qué mandón estás desde que has asumido el control de las bodegas. Menos mal que llega Ane para ayudar a restablecer el equilibrio. Con tanto falocentrismo, necesitaré otro viaje a las Maldivas para poder reabrir los chacras y recuperar el juicio de nuevo.

—¿Es que alguna vez lo has tenido?

Julen me fulminó con la mirada, tras lo cual se esfumó hacia las puertas giratorias donde desembarcaban los últimos pasajeros del vuelo y gritó con entusiasmo:

—¡Aquí está mi hermanita preferida!

—¿Acaso tienes otra? Ven aquí, enano.

—Oye los dos sois unos siesos, seguís siendo mis hermanos favoritos, pero veo que no aceptáis ningún cumplido —contestó indignado.

—Anda, volvamos a casa —les sugerí, mientras besaba a mi hermana en la frente y le cogía la maleta que llevaba.

Durante la siguiente media hora, nos dedicamos a ponernos al día sobre la vida en las bodegas y las nuevas tareas que Julen había asumido en la empresa familiar. Un detalle que a Ane le

sorprendió y fascinó a partes iguales, además de la infinidad de disparates que mi hermano pequeño lanzaba por la boca sin ningún pudor.

Una incipiente sensación reconfortante me sobrevino al instante, sabiendo que íbamos a disfrutar de unos días en compañía, aunque enseguida recordé que aquella visita furtiva desde el país vecino no presagiaba que mi hermana fuera a traernos buenas noticias.

—¿Y cómo va el trabajo en la galería? —le pregunté para comenzar a allanar el terreno de una conversación que se antojaba un tanto incómoda.

—Bien, no nos podemos quejar —manifestó de forma escueta.

—¿No ha podido venir Olivier?

—Tenía que recibir a unos clientes importantes, así que decidí venir yo sola esta vez.

—Bueno, reina, ¿nos vas a contar ya el motivo de tu visita o te vamos a tener que someter a la tortura china para que lo escupas? —soltó Julen, al que lancé una mirada de reproché, a través del retrovisor, por su falta de delicadeza.

Ane desvió la mirada hacia el exterior y unos sutiles sollozos rompieron el silencio que se había asentado entre nosotros. Levanté mi mano de la palanca de cambios y la posé en su brazo izquierdo para tratar de reconfortarla. Todavía nos quedaba una hora de viaje, así que, entre lágrimas y lamentaciones, decidí tomar la siguiente salida para detenernos en un área de servicio y hablar con más tranquilidad.

—Olivier me ha pedido matrimonio.

Julen y yo nos miramos a los ojos con cara de circunstancia, sin saber muy bien qué decir.

—Perdona, hermanita, no quería ser brusco antes, pero… ¡pensaba que, que el amor de tu vida, un parisino forrado y con un culo donde se pueden partir nueces, te pidiera matrimonio, era una buena noticia! Ojalá tuviera yo un maromo así en mi vida…

Apreté los dientes y lancé una mirada de desdén a mi hermano que hacía gestos con sus manos evidenciando que no entendía nada de lo que estaba pasando.

—Lo que quiere decir Julen es que… se os veía bien. ¿Acaso ha pasado algo entre vosotros que no sepamos?

—No ha sucedido nada, es solo que… Al principio estaba muy emocionada, aunque pronto empecé a pensar que en unos años nuestro matrimonio estaría condenado al fracaso.

—Pero ¿por qué piensas eso? —le interpelé cogiendo un paquete de pañuelos de la guantera, viendo que la tapicería de mi coche empezaba a sufrir los estragos de sus incesantes lágrimas.

—Porque todas las relaciones en esta familia fracasan. Papá y mamá nunca se quisieron, Ainhoa se marchó de aquí acabando con vuestra relación, el padre del hijo que espera Inés huyó como un cobarde y aquel fatídico accidente se llevó al tío y dejó a la pobre tía Rosa sola.

—Hermanita, ¿tú has oído hablar de las segundas oportunidades? Además de mamá, que es un caso perdido en asuntos del amor, Asier pierde el culo por una pija americana que tiene un gusto por la moda envidiable, Inés le hace ojitos a Benja y este se desvive por ella, la tía Rosa está colada por nuestro padre desde que eran unos adolescentes y yo… Yo estoy dando gracias a la diosa Afrodita por haberme reencontrado con Cri… con todos vosotros de nuevo —se corrigió a sí mismo dejándonos a los dos con cara de pasmados.

CAPÍTULO 32

Jana

Los rechonchos mofletes del pequeño Mike junior asomaban al otro lado de la pantalla del ordenador. La mitad de mi ser se hubiera dividido en aquel momento para estar al otro lado del charco con mi amiga Alison, y apoyarla en su reciente maternidad, y la otra deseaba quedarse en ese pueblo eternamente.

Necesitaba contarle las últimas novedades sobre mi recién descubierta familia materna, además de los incontrolables sentimientos que estaban empezando a aflorar por Asier. Alison y Mike eran lo más cercano a una familia que tenía en California, y mi amiga siempre había demostrado ser la mejor dando consejos o guiándome por caminos que me negaba a tomar. Odiaba que siempre tuviera razón cuando me decía lo que evitaba escuchar, aunque al final siempre agradeciera su sabiduría cuando me daba de bruces contra la realidad.

La conversación se vio interrumpida en más de una ocasión con los constantes berridos del bebé que apenas contaba con unas semanas de vida.

—Perdona, Ali, no quiero molestarte más. Ahora tienes un ser que cuidar y yo estoy aquí contándote mis problemas de adolescente.

—No seas tonta, sabes que me puedes llamar a cualquier hora. Desde que tuve al pequeño Mike Junior, ya no sé lo que es dormir y me paso la noche entera en vela.

—Ay, no había caído en la cuenta, allí son las cuatro de la mañana —afirmé, con cara compungida, mientras miraba el reloj en mi muñeca izquierda.

—Si te digo la verdad, echo de menos mantener conversaciones de adultos. Últimamente, los términos «lactancia» y «pañales» son los que más se repiten en mis conversaciones.

Le sonreí al otro lado de la pantalla, siendo consciente del giro de 180 grados que daba la vida de los recién estrenados padres y madres. Me había ocurrido lo mismo con algunas amigas y compañeras de trabajo con las que habíamos pasado de salir de fiesta todos los fines de semanas a no verles el pelo tras meses del parto. Por una parte, me consideraba egoísta, ya que no había experimentado esa vida por mí misma, pero por otra, me cuestionaba si realmente se pasaba de ser mujer a madre, perdiendo la mitad de la identidad de tu vida anterior.

—Como te iba diciendo, te quedan pocos días en España y en breve vuelves a Estados Unidos. ¿Te has planteado lo que vas a hacer con tu vida?

—Estoy hecha un lío, la verdad. Si alguien me hubiera dicho hace un año que mi vida se habría puesto patas arriba de esta manera, no lo hubiera creído.

—Jana, siempre has antepuesto la felicidad de los demás a la tuya. ¿No va siendo hora de que te priorices por una vez en tu vida?

—Hace poco he escuchado esto mismo de una persona muy cercana —confesé recordando las últimas conversaciones que había mantenido con Asier.

Alison me dedicó una sonrisa socarrona deduciendo a quién me refería.

—Parece ser que el señor arrogante no es tan arrogante como decías, ¿eh?

—¡Oh!, no te confundas, sí lo es. Pero nos hemos conocido un poquito más, a todos los niveles, y nos hemos dado cuenta de que tenemos más en común de lo que pensábamos en un principio. —Le guiñé un ojo y le dediqué una sonrisa picarona—. Pero ahora en serio, es una persona excepcional, es amigo de sus amigos, cuida de sus hermanos y su padre, y trata a la plantilla de las bodegas como si fuera familia propia.

—¡Jana Banana! Nunca te había visto esa sonrisilla en la boca. Jamás te vi hablar así de Matt como lo haces con el dueño de esas bodegas.

Las comisuras de mi boca se ensancharon hasta sus topes recordando cómo me había hecho sentir.

—Cuando ocurrió el tema de la operación, Matt me hizo creer que mi reacción había sido exagerada y que yo no lo había digerido bien. En cambio, cuando se lo conté a Asier, se indignó tanto como si le hubiera sucedido a él mismo y me hizo sentir comprendida y escuchada por primera vez.

—Las relaciones adultas no siempre son fáciles, pero hay unos básicos, y un compromiso sano con otra persona debería consistir en eso, amiga. Parece ser que lo has encontrado, así que no lo dejes escapar.

—Pero vivimos a miles de kilómetros de distancia, ¿cómo podríamos hacer funcionar una relación así?

—A riesgo de tirarme piedras sobre mi propio tejado, porque te querría toda la vida a mi lado, pero ¿te has planteado mudarte a España y buscar allí trabajo?

No me quería engañar, la idea había sobrevolado mi cabeza en las últimas semanas, teniendo en cuenta que cada vez me ataban menos cosas allí. Pero cada vez que ese hipotético futuro rondaba mis pensamientos, los miedos me acechaban para recordarme que si las cosas salían mal no tendría vuelta atrás.

—Sabes que siempre tendrás un hogar al que regresar si las cosas no marchan como esperas. —Trató de persuadirme, en una afirmación que demostraba que me conocía hasta el nivel de leerme la mente.

—Tienes razón. Bueno, siempre la tienes, a decir verdad. —Puse los ojos en blanco en señal de burla—. Tengo que regresar, cerrar este capítulo de mi vida y comenzar uno nuevo.

—Cariño, nunca sabes si encontrarás la felicidad en la otra punta del mundo o a la vuelta de la esquina, pero si no lo intentas, te arrepentirás toda la vid… —masculló mientras trataba de reprimir un bostezo.

—Te dejo ir a dormir, que estarás agotada. Un beso para los tres, ¡os quiero!



Estaba absorta con la elaboración de un informe urgente que me habían encargado desde San Francisco cuando una voz familiar me extrajo de mi ensimismamiento.

—Necesito una persona neutral, que no tenga ataduras emocionales con las personas que trabajan en esta bodega. Tú eres fría y lista, así que eres la candidata perfecta.

—No sé si tomarme eso como un cumplido o como un ataque gratuito, Julen. ¿Qué quieres?

—Llevo unos días dándole vueltas a algo que no consigo quitarme de la cabeza —desveló mientras recorría la sala de juntas, de punta a punta, en un movimiento que me estaba impacientando por completo.

—¡Dispara! Pero que sea dentro de este año, si es posible.

—¡Ay, chica! A la gente de ciudad os gusta hacer las cosas con demasiadas prisas. Hay que tomarse la vida con más filosofía.

—Tú odias el pueblo y has estado viviendo los últimos años en una ciudad de más de tres millones de habitantes…

—Eso es verdad —admitió y se quedó unos segundos en silencio pensativo.

—¡Julen!

—Vale, vale, no te pongas así… La cosa es que el otro día hablé con mi hermano y fui incapaz de contárselo, aunque le dejé unas miguitas en caso de que fuera capaz de seguir el rastro.

—En serio, no te sigo.

—Mientras estaba grabando algunos de los vídeos para colgar en nuestros perfiles sociales, que, por cierto, grabé algunos en el bar del pueblo que te van a encantar, capté unas imágenes que llamaron mi atención.

—¿De qué se trata?

—Carla suele estar habitualmente en la oficina, pero aquel día salió a los viñedos y se puso a cuchichear algo con Néstor que, a duras penas, logré captar con la cámara.

—¿Y eso es un delito?

—Bueno, además de esas botas blancas, estilo *cowboy*, que viste nuestra recepcionista y que deberían de estar en el museo de los horrores, por lo demás no, pero…

Me recosté en el respaldo de la silla y crucé los brazos, a la espera de saber adónde quería llegar con todo aquello.

—Vale, ya capto la indirecta. Creo que Carla y Néstor están detrás del sabotaje a las cepas.

—¿Cóómo?

—Lo que estás oyendo. Tengo pruebas que podrían incriminarlos, pero, si se las enseño a mi hermano, seguro que no me creerá. Tiene una fe ciega en su plantilla.

—Julen, esas acusaciones son muy graves, podrían estar haciendo cualquier cosa. Hay que tener cuidado antes de responsabilizarlos de echar a perder millones de euros en cosechas…

Se acercó con la pantalla de su móvil y me mostró varios vídeos en los que se les veía en actitud muy sospechosa derramando un líquido por las cepas que estaban a punto de soltar los últimos racimos más maduros.

—¡Oh!

—¿Ves? Te lo dije. Nunca nadie cree al pobre Julen —afirmó fingiendo moquear y puso morritos.

—¿En serio? ¿Eres de los que habla de sí mismo en tercera persona?

—Ya lo hacía Julio César en su época y a él le levantaron varios templos.

—Julio César hizo más que eso y… no me desvíes de la conversación. Tenemos que hablar con tu hermano cuanto antes, pero para ello tenemos que recoger más pruebas.

—Según he visto, se suelen juntar sobre las siete, cuando cae el sol.

—No hay tiempo que perder, tiene que ser esta tarde entonces.

—Sincronicemos nuestros relojes. Nos vemos diez minutos antes y te paso a buscar por la posada.

CAPÍTULO 33

Asier

Me encontraba haciendo la cena, con una copa de reserva en la mano cuando escuché cómo unos estridentes ruidos provenían del exterior. Pensé que Ane habría decidido alojarse en mi casa. Se lo ofrecí en varias ocasiones, aunque finalmente optó por quedarse con mi padre, cerca de la posada.

—Hola, hermanito. Soy plenamente consciente de que preferirías que solo estuviera Jana al otro lado de la puerta, pero tenemos que hablar.

—Perdona las horas, Asier. Hay un tema urgente con el que debemos lidiar lo antes posible —manifestó la chica de ojos claros que me tenía obnubilado.

—¿Se lo cuentas tú o lo hago yo?

—Adelante, al fin y al cabo, el mérito es tuyo y además a ti se te da mejor el drama, así que sabrás adornar muy bien la historia.

—Joder con la intriga. ¿Se puede saber qué me tenéis que contar? ¿Y por qué vas vestido de negro como si fueras a atracar un banco, Julen?

—Es parte del *outfit* de esta noche, y no podrás negar que realza mi figura —indicó resaltando con las manos su silueta corporal—. Siéntate, por favor.

—Ya estoy sentado, no te hagas de rogar.

—Todo empezó una cálida mañana de verano, hace dos años...

—¡Al grano!

—Está bien. El tema de los hongos que ha afectado a varias hectáreas de viñedos no ha sido algo accidental.

—¿Quéééé? ¿Qué queréis decir? —les inquirí a ambos que negaban con la cabeza con gesto apesadumbrado.

—Sabemos quién puede ser el culpable de que las cepas hayan enfermado intencionadamente —manifestó Jana con rostro compungido.

—¿Cómo podéis estar tan seguros? Llevamos casi dos años investigando con expertos en cultivos de viñas y no habían mencionado nada al respecto.

—Digamos que Sherlock Holmes y el Doctor Watson —prosiguió mi hermano, apuntando con su dedo índice de Jana hacia a él y de nuevo hacia ella— han hecho los deberes y en solo unos días han resuelto el misterio. Dadle gracias a todos los *escape rooms* en los que he participado en el último año. De nada.

—¿Esto tiene relación con el interrogatorio que me hiciste el otro día, camino del aeropuerto, sobre la confianza hacia las personas trabajadoras de la bodega? —le interpelé, ignorando sus comentarios.

—Ya te dije que, sin mí, esta empresa se iría a pique —se reafirmó Julen, cruzando los brazos, con una mueca de orgullo en su semblante.

Los miré a ambos con cara de no dar crédito a lo que estaba sucediendo. No podía ser, tenía que haber algún error aquí. Jamás me traicionarían de esa manera. Era consciente del cambio de actitud de Néstor en los dos últimos años, y con Carla había tenido mis desencuentros, aunque en el plano meramente afectivo. Sin embargo, me resultaba incomprensible que ellos dos fueran los responsables de las innumerables pérdidas económicas para la empresa. Habría que estar ciego de ira para acometer unos actos que probablemente causarían el cierre de la empresa y el consecuente despido de todas las personas trabajadoras, incluido los suyos propios.

Seguía sin dar crédito hasta que mi hermano me mostró los vídeos donde ambos se veían en una actitud más que sospechosa cuando las últimas luces del ocaso ya se habían extinguido. Así que decidí atajar el tema cuanto antes y les convoqué a una reunión la mañana siguiente para esclarecer los hechos.



No logré casi pegar ojo aquella noche, y en las pocas horas que recuerdo haber conciliado el sueño en mitad de la madrugada, me sumergí en una espiral de pesadillas donde el conjunto de personas que trabajaban en las bodegas, incluidos Benja y Jana, se acercaban hasta los viñedos con antorchas y prendían fuego a los campos hasta que se sofocaron por completo dejando un solar de cenizas.

La viveza de las imágenes trató de entorpecer mis pensamientos cuando aguardaba la llegada de Carla y Néstor a mi despacho, a los que había requerido su presencia a primera hora de la mañana.

—Dadme un par de minutos que ahora llegará Benja —les informé a ambos, que se miraban con sendos rostros inquietos.

Mi estado de ánimo había pasado por todas las fases del duelo desde que Julen y Jana habían venido a avisarme la noche anterior. Presentí que necesitaba a una persona más calmada como mi amigo, en caso de explotar de ira y, en el peor de los escenarios, un testigo que pudiera corroborar los hechos.

—Buenos días, perdonad el retraso, estaba ajustando una última muestra antes de dejarla en reposo —manifestó Benja que, según traspasó la puerta, me escudriñó con semblante serio.

—No te preocupes, no hemos empezado todavía. —Le tranquilicé y tomó asiento a mi lado —. Bien, os he convocado a ambos porque me han llegado a mis oídos unas acusaciones muy graves sobre vosotros dos.

Observé cómo el rictus desencajado se hacía patente en sus rostros. Tenía preparado un discurso en el que sería directo con ellos, a la par que reservaría un espacio de confianza en el que ambos confesaran sin tener que emplear un tono exclusivamente delator con el que reaccionaran de manera defensiva. Jana me había enseñado algunos trucos que llevaba años poniendo en práctica con los que transmitir seguridad, propiciando así que revelaran cualquier información valiosa con la que actuar de inmediato para evitar que la plaga se extendiera.

«Malditos consejos de *coaching* emocional. Si al final no va a ser tan vendehúmos como había presagiado en un principio».

—¿Nos vais a echar a la calle? —preguntó Néstor, visiblemente nervioso.

—No he venido aquí para despediros ni para echaros la bronca. Solo quiero saber el motivo por el que habéis llevado a cabo unos actos que pueden costar millones de euros a esta empresa y por el que puede que al final nos quedemos todos sin trabajo —respondí tratando de ser comprensivo—. Soy consciente de que estos dos últimos años han sido bastante complicados, pero las cosas están mejorando y quiero que sepáis que antes de acometer cualquier venganza contra esta empresa, acudáis a mí para poder solventar el problema.

—¡Vale, lo confieso! Lo siento, no volverá a ocurrir nunca más —admitió la recepcionista que se revolvía en el asiento con un evidente gesto inquieto.

Los tres hombres nos giramos hacia ella para observar cómo su respiración entrecortada evitaba que pudiera pronunciar una palabra más.

—He estado cogiendo papel y material de oficina para llevármelo a casa. Juro que ha sido solo un paquete de folios, dos cuadernos y tres bolis azules, nada más.

—¿Cómo?

Sacudí la cabeza de perplejidad. Esa era la última confesión que me esperaba de aquella reunión.

—Vale, y un boli rojo para las correcciones... He empezado a formarme en inglés para negocios y necesitaba el material. Pensaba que desde que la señora de la Vega trabajaba aquí, con su perfecto dominio de los idiomas, las bodegas empezarían a realizar negocios en el extranjero y al final me sustituiríais por ella.

—Jana… Quiero decir, la señora de la Vega ha venido para realizar un trabajo para el que fue contratada y después se irá.

Aquellas palabras resonaron como un eco en mi cabeza y me asestaron una bofetada en la cara que dolió con solo imaginarlo.

—Nadie va a reemplazarte, Carla. Y no me refería al material.

—¿Es que hay algo más? —preguntó con una cara de desconcierto que ya había palidecido por completo.

Giré la pantalla del ordenador y reproduje el vídeo que Jana y mi hermano habían grabado la noche anterior. En él se veía a Néstor cortando un sarmiento e introduciéndolo en una bolsa de plástico que Carla llevaba en la mano.

Se miraron entre ellos y en aquel momento supe que sus miradas cómplices escondían más de un secreto. Pese a los consejos de Jana, comencé a sentir un latigazo de ira incontrolable que me sacudió todo el cuerpo, y Benja posó su mano sobre mi pierna para tratar de tranquilizarme.

—¿Sois vosotros los que habéis estado expandiendo la plaga de mildiu para acabar con la cosecha? —les interrogué con severidad en un tono más alto del que pretendía.

—No es lo que parece —expresó Néstor.

—¿Es a esto a lo que os dedicáis fuera de vuestra jornada laboral?

Un silencio sepulcral se extendió como un manto por la sala, únicamente interrumpido por la cadencia irregular de nuestras respiraciones. La tensión se podía cortar con un cuchillo en el ambiente y estaba a punto de perder los papeles cuando Néstor admitió:

—Carla y yo hemos estado investigando y tenemos la sospecha de que la plaga ha sido intencionada, sí. Sin embargo, no hemos sido nosotros. Creemos saber quién es el culpable y trabaja con nosotros en esta bodega.

CAPÍTULO 34

Jana

Observé a Inés en el salón de la posada leyendo un libro con gesto melancólico, justo cuando me disponía a acercarme a la cocina a tomar un chocolate caliente que Rosa había preparado. Tenía que reconocer que, en aquellos días otoñales donde el frío comenzaba a colarse por las casas, aquel manjar suponía un reconfortante placer para el cuerpo, sin tener que aguantar los reproches que una considerable ingesta calórica suponía para mi cuerpo.

Distinguí los sollozos de mi amiga, por la que rogaba que ese bebé saliera ya de su cuerpo o las hormonas acabarían con ella de un momento a otro, y tomé asiento a su lado.

—¿Qué estás leyendo?

—Es una historia preciosa. —Alzó la cara para mirarme y se limpió sus ojos acuosos con la manga del jersey—. Trata sobre una joven que hereda la librería donde ha pasado toda su infancia y adolescencia. Se había quedado huérfana de madre desde que era casi un bebé y los libros le sirvieron como terapia para salir adelante.

—Tiene buena pinta, ¿me lo dejarás para leerlo antes de que me vaya?

Pasaba tanto tiempo enfrascada en el trabajo, que había olvidado el placer de leer en mis ratos libres, y que a Inés le sirviera como bálsamo hasta que saliera de cuentas me había recordado lo que suponía tener una afición con la que evadirte de la rutina diaria.

—Por supuesto, pero no te marcharás ya, ¿no? Todavía nos haces mucha falta por aquí.

—Lo sé, cariño, pero tarde o temprano tendré que regresar.

—Hola, chicas, ¿puedo unirme a vosotras?

Una voz de mujer que, aunque no la había escuchado en mi vida, me resultaba de sobra familiar, nos interrumpió en el momento preciso. No quería afrontar que mi trabajo en aquella empresa estaba a punto de finalizar y, tratando de evitar hablar del tema, me convencí a mí misma de que aquella realidad se encontraba todavía muy lejana.

—Hola, soy Jana, y tú debes de ser Ane.

—La misma. Así que Jana de la Vega ¿eh? —Me sonrió con una dentadura perfecta y se acercó para abrazarme con una inusual, aunque reconfortante, familiaridad—. Por fin pongo cara a la persona de la que tan bien habla todo el mundo por aquí.

—No creo, seguro que estás exagerando —añadí con un tono burlón tratando de quitar hierro al asunto.

—Uy, créeme. Mira que va y viene mucha gente a Valdetintos, pero te aseguro que los López de Aberásturi son difíciles de impresionar. Desconozco qué has hecho para que esta gente esté todo el día hablando de ti, aunque me alegro de que por fin alguien ponga un poco de luz en mi familia después de tantas desgracias familiares.

—¿Desgracias? ¿Qué ha pasado que yo no sepa?

—¿Es que no te ha contado nada mi hermano? —Negué con la cabeza y dudó unos momentos

antes de continuar—. Hace unos quince años que mi padre y mi tío tuvieron un accidente de tráfico muy grave.

—Mi padre no lo superó y mi tío estuvo mucho tiempo en el hospital, de ahí todos los problemas que viene arrastrando con su pierna —añadió Inés.

—Mi madre no supo, o no quiso hacer frente a la situación, y nos abandonó para marcharse del pueblo sin apenas dar ninguna explicación. Asier, por entonces, estaba en la universidad; yo era una adolescente que me costaba gestionar todo aquello, y Julen era todavía un niño. Gracias a mi tía Rosa que, aunque se quedó viuda a muy temprana edad, nos sacó a todos adelante.

—Mi madre siempre ha sido un pilar fundamental en esta familia.

—Así es, la tía Rosa y mi hermano Asier, que tuvo que abandonar los estudios y volver a casa para hacerse cargo del negocio familiar.

—No sabía nada de todo esto, tuvo que ser muy duro para todos vosotros —manifesté con un hilo de voz.

—Asier se sacrificó por mi hermano pequeño y por mí, trabajó muy duro para hacer prosperar las bodegas y generó el dinero suficiente para que yo fuera a estudiar Bellas Artes a París y Julen a lo que quiera que se le diera bien.

—Mi primo siempre se ha sacrificado para que todos persiguieran sus sueños. Incluso cuando Ainhoa se marchó, siendo consciente de que en el pueblo se ahogaba y la dejó marchar por amor.

—Entiendo por qué ahora está sufriendo tanto con el tema de las plagas. Todo el trabajo que vuestra familia ha llevado a cabo para que un simple hongo eche ahora a perder todo el negocio —manifesté recordando la conversación que habíamos mantenido en su casa hacía un par de noches.

—¿Tan grave es el asunto? —preguntó Ane con desazón.

—No soy una experta en el tema, pero según lo que he escuchado, puede que la bodega no sobreviva otra temporada más si continúa extendiéndose la plaga.

Ane suspiró con vehemencia y se recostó sobre el respaldo de la silla. Era una chica con una tez blanquecina y unas mejillas ruborizadas que le conferían un aspecto inocente. Su melena corta, con volumen y el flequillo abierto, se asemejaba a la de las modelos de las revistas de moda en los artículos sobre últimas tendencias parisinas que había ojeado recientemente.

Un tono de preocupación teñía sus palabras. Se humedeció los labios y tragó saliva antes de continuar.

—Es peor de lo que me han contado, entonces. Creo que debería regresar a casa y arrimar el hombro en lo que pueda.

—Mira, prima, nada me gustaría más que tenerte aquí de vuelta, pero tú tienes tu vida en París. Eres una exitosa artista que vende obras millonarias y estás a punto de casarte con un macizo parisino. Hay miles de chicas que darían su vida por tener la tuya. Como, por ejemplo, yo, mi cuerpo se asemeja tanto al de una orca que estoy segura de que me liberarían de cualquier zoo por exceso de volumen.

Ane y yo soltamos una carcajada, que estábamos seguras de que se habría escuchado hasta en el pueblo de al lado, mientras Inés nos miraba con ojos de cachorro al que parecía que acabaran de abandonar en el medio de la carretera.

—No seas tonta. Estoy segura de que en el momento menos pensado aparecerá el hombre de tus sueños. Es más, estoy más que convencida de que lo tienes delante de tus narices y no te has dado cuenta. —Le dediqué una sonrisa divertida aludiendo al afecto que le profesaba Benja, que apareció en aquel momento con Asier en la moto de este.

—Pues como no sea Benancio, el ganadero, que es el único soltero del pueblo al que no le

faltan todos los dientes… —Levantó las cejas y frunció los labios en señal de desaprobación.

—Hola, chicas, ¿qué estáis cotilleando por aquí? Veo que ya has conocido a mi hermana —afirmó Asier que se sentó a mi lado, provocando una chispa invisible cuando nuestras manos se rozaron.

—Ane estaba a punto de contarnos por qué no quiere casarse con Olivier y continuar su glamurosa vida desayunando cruasanes todos los días.

—Buf, para procesar esta conversación vamos a necesitar como mínimo un par de botellas de vino —añadió Asier, que no tenía cara de querer afrontarla, aunque fui capaz de intuir una manifiesta preocupación por el regreso de su hermana.

—No sé, hay días en los que me levanto queriendo cancelar la boda, y otros en los que lo celebraría la semana que viene para acabar con este paripé cuanto antes —confesó Ane bebiéndose de un trago todo el vino blanco que Benja acababa de servirle en la copa.

—Pero entonces, ¿cuál es el problema? ¿Lo sigues queriendo o no?

—Sí, claro que lo quiero. Pero desde que hincó rodilla en Montmartre, las dudas me corroen. No sé si es porque en nuestra familia todas las relaciones han fracasado, y temo que a mí me pase lo mismo, o es que estoy agobiada con los preparativos de la boda. Olivier quiere invitar a más de doscientos invitados entre familiares y amigos, y eso es algo que me supera.

—Ane, ¿tú quieres a tu prometido? —le pregunté para ayudarla a salir de dudas.

—Por supuesto que lo quiero.

—¿Es la primera persona que te viene a la mente cuando te despiertas por la mañana y la última antes de irte a dormir?

Ane movió la cabeza de arriba hacia abajo en señal afirmativa.

—¿Sientes mariposas metafóricas en el estómago cuando lleváis varios días sin veros?

—¿Eso son las mariposas? Entonces sí, tengo unas ganas enormes de tirarme a sus brazos y arrancarle la ropa antes siquiera de cerrar la puerta de casa.

—Por favor, ahórrate los detalles —soltó Asier a mi lado mientras lanzaba una mirada fulminante hacia su hermana, y el resto contuvimos una risa por su efusividad.

—Si imaginas tu vida dentro de treinta o cuarenta años, ¿aparece Olivier en la escena?

—No me imagino otra persona mejor con la que compartir el resto de mi vida.

Miré de reojo y sentí los ojos clavados de Asier en mí al escuchar esa respuesta.

«¿Estás planteando estas preguntas para otra persona, o para ti?»

—Y la última ya, lo prometo. —Traté de espantar mis pensamientos y sonreí al resto de personas que desconocían qué rumbo estaba tomando aquel improvisado interrogatorio—. Si pudieras casarte en Valdetintos, dentro de una semana, con la única presencia de los familiares y amigos más cercanos, ¿lo harías?

—Sin dudarlo —respondió Ane y levantó las comisuras de sus labios imaginando la escena.

—Oye, ¿todas esas preguntas las has aprendido también en tu trabajo, Chanel?

—No, en realidad las leí en un artículo de la Cosmopolitan hace años. —Le dediqué a Asier una sonrisa burlona.

—Se me ocurre una idea, ¿por qué no celebramos la boda aquí en las bodegas el sábado que viene? —Un brillo se reflejó en los ojos de Ane cuando nos interpeló con un tono de voz entusiasta.

Nos quedamos en silencio tratando de digerir la idea. Asier negaba con la cabeza, Benja permanecía con un gesto impasible y a Inés se le cambió la cara mostrando un creciente gesto de fascinación.

—Yo tengo bastante experiencia organizando grandes eventos. Nunca han sido bodas, aunque

creo que la premisa de base es muy parecida —añadí para ayudar a tomar la decisión.

—No se diga más. Ahora mismo llamo a Olivier para que coja un vuelo la semana que viene. ¡Me caso en Valdetintos!

CAPÍTULO 35

Asier

La noticia bomba de la celebración de la boda en poco más de una semana no había sido especialmente bien recibida en la familia. Nadie esperaba tener que organizar los preparativos y movilizar a los invitados que venían del extranjero en apenas unos días. Sin embargo, mi hermana estaba tan ilusionada con la celebración, que dejamos nuestras quejas a un lado y arrimamos el hombro para que el día más importante de su vida saliese perfecto.

Jana, Inés y Rosa fueron las que más tiempo empeñaron en cuidar cada detalle y, cuando aquella no estaba con el pinganillo en la oreja, organizando todo como si fuera una de esas *wedding planner* que salían en las películas americanas, nos escondíamos en mi casa para disfrutar de la escasa intimidad que nos dejaba la rutina diaria.

Ninguno de los dos se había atrevido a mencionar el tema de su marcha y es que, con su presencia en las bodegas, la comunicación con el personal había mejorado sobremanera y estábamos a punto de descubrir el pastel sobre la verdadera responsabilidad de la plaga de hongos. Así que la cuenta atrás para su regreso ya se había activado y su vuelo de vuelta estaba programado para dos días después de la boda, según había confesado la noche anterior.

Despejé mi mente de esa instantánea y me centré en el otro acuciante problema que tenía frente a mí. Estaba sentado en mi despacho con el presunto culpable de extender la plaga, según todas las pruebas que Carla y Néstor habían estado recopilando, al sospechar semanas atrás del verdadero perpetrador de aquella fechoría para las bodegas.

Sentía que no era capaz de ver lo que estaba pasando ante mis ojos y me embargó un profundo sentimiento de culpabilidad al haber dudado de ellos, cuando habían estado dedicando tiempo fuera de su jornada laboral a resolver este enigma.

Néstor, que llevaba años trabajando para nosotros y conocía al dedillo cada sarmiento que crecía en nuestras tierras, sospechó de su compañero cuando las vides sanas comenzaron a enfermar de la noche a la mañana sin motivo aparente. Algo inusual teniendo en cuenta el dilatado periodo en el que solía transcurrir la supuesta plaga natural, un detalle que hizo saltar todas las alarmas para confirmar que pudiera convertirse en algo más propio del efecto de una mano humana para acelerar el proceso.

—¿Por qué? —le interpelé con severidad y le lancé una mirada que le atravesó como un relámpago.

—¿Por qué, qué? No le entiendo, jefe.

—Pensé que llevábamos años trabajando codo con codo y me entero ahora de que has estado envenenando las cepas a propósito, desconozco con qué fin.

—Señor, no me puede acusar de algo así —manifestó mientras apartaba la mirada hacia el armario, lleno de archivadores, ubicado en un lateral de la sala.

—Vamos a dejarnos de jueguecitos, solo quiero saber el motivo que te llevó a hacerlo. Tengo

pruebas y testimonios de tus compañeros, que te vieron con las manos en la masa, así que es inútil que lo niegues ahora.

Mario agachó la cabeza y exhaló un suspiro de frustración. Observé en su mirada destellos de culpabilidad, siendo consciente de que no tenía escapatoria de aquel lugar. Apoyó los codos en sus rodillas y hundió su rostro entre ellos, moviendo la cabeza de lado a lado en señal de negación.

—Esto no tendría que haber pasado —confesó tras unos segundos de silencio.

—Claro que nunca debió pasar. ¿Te das cuenta de las pérdidas que has generado a esta empresa? Hemos estado a punto de cerrar por tu culpa y podías haber dejado en la calle a decenas de familias que dependen del sueldo de esta empresa para tener un plato caliente en la mesa cada día.

—Quise entrar a trabajar aquí desde el principio, aunque claro, el señorito se negó y tuvo que convencer a mis padres para no darme trabajo. Estuve muchos años conviviendo con ellos hasta que acabé la secundaria, y todo por tu culpa —confesó Mario lleno de ira.

—¿En serio que todo esto ha sido por algo que sucedió hace más de una década? —le interrogué con un gradual sentimiento de furia y le dediqué una mirada llena de desdén.

—Estaba muy cabreado en aquel momento y luego entré a trabajar aquí y siempre me enviabais de un sitio a otro. Mario, el chico de los recados, el de usar y tirar, el que se deja manipular por todo el mundo...

—Eso no es verdad. Si precisamente haces de todo es porque te has ganado nuestra confianza con creces. O te la habías ganado, al menos. Siempre realizas un trabajo excelente, te vuelcas con las viñas, con el resto del personal, eres un compañero ejemplar y un trabajador inigualable. Por eso me sorprende que hayas llegado hasta este punto.

—¿En serio pensáis eso de mí?

—¡Pues claro! Siempre te hemos tratado como un miembro más de la familia y te hemos abierto las puertas de nuestra casa para que te sintieras como tal.

—Pero me hicieron creer que…

—¿Quién te hizo creer qué? —le espeté con cara de estupor mientras me pasaba la mano por el mechón de pelo que me molestaba sobre la cara.

—Todo esto no es solo culpa mía. Quiero decir que…

—Mario, habla ahora o te lo saco a la fuerza.

Mi paciencia comenzaba a agotarse, y no solo porque acabara de admitir al fin su culpabilidad, sino también porque me había percatado de que llevaba un par de años rodeado de gente que no conocía, que me estaban ocultando secretos que eran cruciales para el porvenir de las bodegas. Me levanté y me apoyé sobre la mesa, frente a Mario, que estaba a punto de confesar lo que empezaba a cobrar sentido en aquel caso lleno de incógnitas.

—Yo fui la persona que extendió la plaga, lo admito, pero alguien de tu familia me lo ordenó a cambio de darme una paga extra.

CAPÍTULO 36

Jana

—No me puedo creer que hayas rechazado casarte en un c*hâteau* de cuento de princesa, a las afueras de París, y hayas preferido hacerlo en Valdetintos entre las ovejas —lamentó Inés que rellenaba su copa de champán sin alcohol, destinada para el brindis de los más pequeños.

—No se trata de dónde, sino con quién. Lo importante es que sea el día más feliz de los prometidos, aunque se casen en pantalones vaqueros o en un rancho lleno de animales.

—Estoy de acuerdo con Jana y, chicas, aprovecho el momento para agradeceros a las dos todo el trabajo que habéis realizado. El jardín ha quedado precioso, la decoración, las carpas, las flores... Aún no me creo que me vaya a casar hoy —expresó la novia, visiblemente emocionada, mientras le ajustaba el velo al cabello con un adorno floral a juego.

—¡Aquí llega el hermano de la novia! —anunció Julen a voces entrando por la puerta de mi habitación sin molestarse en llamar—. Cariño, sé que nadie puede eclipsar a la novia en el día de su boda, pero mi estilo y mi belleza natural no podrán evitar que las miradas de los invitados se dirijan exclusivamente a mí.

—Ya está la diva cobrando protagonismo en el día más importante de su hermana —le reprochó Inés mientras terminaba una bolsa de patatas sentada en el sofá—. Ni que fueras Chris Hemsworth.

—Hablando de australianos guaperas. Hay una persona que ha venido y te quiere ver antes de la boda.

—¿De quién se trata?

—Es mamá, acaba de llegar. Pero sola, no ha venido con el novio surfista que tenía la última vez.

—¿En serio? Pensé que no llegaría para mi boda —exclamó Ane con un brillo en su cara—. Y el último era eslovaco… o polaco, ¿quién lleva la cuenta?

—Hola, cariño mío. —Una señora de avanzada edad, pero con el físico de Jane Fonda en su juventud, realizó una entrada triunfal bajo el umbral de la puerta.

Saludó a Inés con cierta familiaridad y cuando se dirigió hacia mí, me dedicó una mirada llena de afectividad sin mediar palabra, pese a habernos visto por primera vez.

—Os dejamos a solas, vamos a prepararnos en nuestras posiciones.

Salimos al jardín donde los escasos invitados nos esperaban con la usual intranquilidad que se respira momentos antes de que aparezca la novia.

Los primeros en acceder hacia el improvisado altar fueron Inés, del brazo de Benja y, tras ellos, nos tocó el turno a Asier y a mí. Posó sus ojos sobre mi cuerpo y me lanzó una mirada llena de lascivia en cuanto me vio con aquel vestido de corte sirena, que me había comprado en la ciudad cuando fuimos de visita con las chicas unos días atrás.

—Me encanta cómo te queda ese vestido, pero no te imaginas las ganas locas que tengo de

arrancártelo del cuerpo para hacerte el amor sin prisa.

—Joder, Asier. Me acabo de poner la ropa interior limpia y ya me la tengo que cambiar.

—Es el efecto que provoco en las féminas cuando cruzo la calle.

—Confirmado, no has perdido ni un ápice de arrogancia desde que te conocí.

—Desde que tú llegaste, no solo he conservado mis cualidades, sino que además he ganado unas cuantas otras más. Te lo puedo demostrar luego en tu habitación. —Me guiñó el ojo derecho y me lanzó una sonrisa picante.

—Pues eso será si la despejan, porque acabo de dejar a tu madre y a tu hermana allí, y mi apartamento parece ahora un improvisado set de rodaje entre los trastos de la peluquería y la ropa desperdigada por cualquier parte.

Asier se tensó al oír aquella frase y se separó unos centímetros con la cara desencajada.

—¿Dices que mi madre está aquí?

—Si es la que lleva una peineta que parece que vaya a la Feria de Sevilla...

—La misma, siempre ha sido bastante exagerada.

—Bueno, vamos a nuestros puestos que no podemos demorar la boda de tu hermana pequeña.

Me sonrió y depositó un beso en mi mejilla mientras caminábamos por el improvisado pasillo hacia el altar donde yo me situé a la izquierda, junto a Inés, y él hacía lo propio a la derecha, al lado de Benja.

El novio estaba muy elegante con un traje de tres piezas, de corte ajustado y en tonos azul marino. Me constaba que la idea de casarse en el pueblo de su chica no la había recibido con mucho entusiasmo desde el principio, no obstante, llegaron al acuerdo de que repetirían la boda en el país vecino para acoger a un mayor número de allegados por cada lado.

Fue una boda muy emotiva. Inés no paró de sollozar durante toda la ceremonia. Precavida de mí, no había olvidado incluir un paquete de pañuelos dentro de mi bolso *clutch* donde apenas cabía nada más. Algo que no evitó que los manchurrones de máscara de pestañas que me había costado medio riñón, por muy *waterproof* que me lo hubieran vendido, se extendieran por toda su cara.

Una vez que los novios cortaron la tarta, nos lanzamos a la improvisada pista de baile y no paramos de mover las caderas durante el resto de la velada. Quien hizo sus mejores movimientos fue Julen que atrajo la atención de los presentes y disfrutó como un niño de las canciones de la belga Kate Ryan, cantando en francés como un gesto cortés para los invitados de parte del novio, o del repertorio de Shakira, mientras un tímido Cristian lo observaba desde una esquina del cenador.

El momento más divertido fue cuando Ane anunció a todas las mujeres de la sala que tiraría el ramo de flores, en una tradición que dictaba que la persona en atraparlo sería la siguiente en contraer nupcias. Tras varios despistes por parte de la novia, que trató de jugar con las invitadas para no ponérselo tan fácil, una batalla entre Carla y Julen por coger el ansiado trofeo acabó con el ramo resbalando de entre sus manos para caer en brazos de Inés que no daba crédito a lo que estaba sucediendo.

No recordaba lo divertidas que podían ser las bodas españolas, aunque, a decir verdad, nunca había asistido a ninguna de adulta. Apenas fui la invitada de unas cuantas decenas de desconocidas personas cuando era pequeña, como consecuencia de compromisos laborales de mis padres, que olvidé con el trascurso del tiempo.

Observé a Asier que, en un lugar apartado del jardín, conversaba con su madre, en un tono que presagiaba que la relación no pasaba por el mejor momento. Desconocía la vida de aquella mujer, al margen de lo que me habían contado Inés y Ane la semana anterior, así que cuando

Asier se acercó para cogerme de la cintura y bailar uno de los temas que estaba pinchando el DJ en aquel momento, traté de esclarecer algunas de mis dudas.

—¿Te encuentras bien?

—Mejor que nunca. —Me dedicó una sonrisa llena de tristeza.

—Cualquiera lo diría con esa cara de funeral que traes. ¿Qué ocurre con tu madre?

Asier se separó de mí, sus ojos se toparon con los míos y articuló un ruido de exasperación por la garganta en señal de disconformidad.

—Mi relación con ella es casi inexistente, por mucho que trate de arreglar las cosas en las pocas ocasiones que nos vemos. Pensé que hoy no llegaría a la ceremonia y, por un momento, me alegré. Sin embargo, cuando la he visto con mis hermanos, todos los recuerdos del pasado han regresado a mi cabeza como cuchillos afilados.

—Es la boda de su única hija, es normal que no quiera perdérsela.

—Ane y Julen eran más pequeños cuando ella decidió abandonarnos y no le guardan rencor. En cambio, yo era el adulto, así que no tuve más opción que abandonar mis estudios para ayudar a mi padre con las bodegas y sacar a mis hermanos adelante.

—Inés y Ane me contaron la historia. Siento que tuvieras que pasar por todo aquello. No eras más que un crío.

—Exacto, tuve que crecer de golpe mientras mis compañeros de la facultad se pasaban los días de fiesta y acudían a clase con resaca. Fueron años muy duros, mi tío falleció, mi padre permaneció mucho tiempo recuperándose en el hospital y la cobarde de mi madre decidió que todo esto era demasiado a gestionar para ella, así que hizo las maletas y nos dejó tirados con todo aquello.

—Ahora entiendo que siempre hayas cargado en la espalda con todos los problemas de las bodegas. —El dolor que veía reflejado en sus ojos cobraba al fin sentido.

—Menos mal que ya hemos resuelto el tema de las cepas, costará todavía un tiempo recuperarse y hay daños económicos irreversibles, pero al menos hemos identificado el origen y ya no va a volver a suceder.

—Hablando del rey de Roma. Siento darte las malas noticias, pero mira quién acaba de aparecer en la boda.

CAPÍTULO 37

Asier

Me giré y lo vi entrando con gesto triunfante en el jardín, como si no hubiera roto un plato en su vida. Alcé la mirada para toparme con los ojos de Benja y de mi padre, que también se habían percatado de la presencia del susodicho desde diferentes puntos de la sala.

Tras aquel encuentro con Mario, que me contó, sin escatimar en detalles, todos los pormenores de sus hechos delictivos, mantuve una reunión con los más allegados para ponerles al día de la situación. Con el objetivo de revertir el perjuicio causado a las cosechas, además de buscar responsabilidades, solo nos quedaba una tarea: enfrentarnos a la persona responsable de todo aquello y ponerlo en conocimiento de la directiva del Consejo Regulador de la Denominación de Origen para que aplicaran las sanciones pertinentes.

—Pero bueno, si aquí está mi familia preferida. ¿Cómo es que se celebra esta boda y no he sido invitado? —preguntó al aire con un evidente tono sarcástico.

—¿Cómo tienes la desfachatez de presentarte en nuestra casa después de lo que has hecho, Gregorio? —le censuró mi padre con un gesto colérico que tiñó su cara de una tonalidad más parecida a un tomate recién recolectado.

—Oye, primo, te recuerdo que esta también es mi casa, perteneció a nuestros abuelos y vosotros decidisteis quedárosla sin pedir siquiera permiso. Pero bueno, para que veáis que soy benévolo con mi familia, os la presto. Al fin y al cabo, dentro de poco tendréis que cerrar las bodegas y no querría dejar a mi familia sin un techo bajo el que cobijarse.

—Serás mamarracho —le espetó mi padre que trató de lanzarse hacia Gregorio para asestarle un puñetazo, aunque la rápida reacción de Benja previno que la pelea llegara a las manos.

—Mira, Gregorio. Ya sabemos que estás detrás del sabotaje de nuestras bodegas. Mario nos lo ha contado todo con pelos y señales. Sabíamos que eras bastante rastrero, pero no tanto como para acabar con una empresa que da de comer a varias familias.

El hombre, que guardaba una cierta similitud con mi padre, aunque bastante más alto, se quedó inmóvil en cuanto escuchó aquellas palabras salir de mi boca. Por su inesperada reacción, deduje que él no contaba con que su plan fuera a ser descubierto y me alegré de que por fin se hiciera justicia con aquello.

—Maldito Mario, si es que no sabéis hacer nada bien, ni siquiera contratar a trabajadores que sepan mantener su bocaza cerrada.

Los invitados a la boda empezaron a arremolinarse a nuestro alrededor, reclamados por las voces estridentes que se empezaron a generar en el ambiente. Mi madre, que había escuchado aquella conversación y, tan oportuna como siempre, se acercó hacia nosotros y trató de hacer de intermediaria sin mucho éxito.

—Seguro que ha habido un malentendido. Gregorio siempre ha sido una persona muy honrada. —Se acercó hacia el hombre y lo cogió por el brazo para apreciar su fornido bíceps, en

un acto ante el cual no pude reprimir una caída de párpados en señal de perplejidad.

—Catalina, no te metas, tengamos la fiesta en paz —le dijo mi padre con un creciente gesto de indignación.

—Esto no va a quedar así. Mañana tengo cita para hablar con los miembros del Consejo Regulador y hacerles partícipes de lo que ha sucedido. Espero que te expulsen de la junta porque esta vez te has pasado de la raya —le acusé con firmeza.

Gregorio expulsó por la boca unas palabras ininteligibles, que se asemejaron a expresiones ofensivas y malos augurios para nuestra familia. Mi padre no pudo contener la rabia y le siguió el juego, Julen intentó convencer a nuestra madre de que se apartara, aunque prefirió proseguir con su inexplicable táctica de defender al primo de mi padre. Benja medió para procurar calmar las aguas, intercediendo para separar a los presentes, mientras mi tía Rosa tiraba del brazo de Gregorio para apartarlo del resto y echarlo de casa.

Yo no daba crédito a lo que estaba sucediendo. Hasta los familiares de Olivier, que dudo que comprendieran lo que estaba pasando, por su escaso dominio de nuestra lengua, se quedaron impasibles e incapaces de reaccionar ante la situación. Una lágrima amenazaba con brotar de los ojos de Ane, que me imploraba que terminara toda aquella locura en el día más importante de su vida, en una escena disparatada más propia del camarote de los hermanos Marx.

Cuando la situación derivó en un auténtico descontrol, unas estridentes voces femeninas emergieron de fuera de la algarabía. Dirigí mi mirada hacia aquel punto y, por un momento, temí que algo le hubiera sucedido a Jana que sufría por la situación. Sin embargo, en cuanto vi que Inés se aferraba a ella con un gesto descompuesto y nos ordenó que concluyera aquella disputa porque acababa de romper aguas, el silencio se extendió por la carpa y todos volvimos a nuestros sentidos.

—Hay que llamar a una ambulancia —gritó una voz irreconocible del gentío.

—No hay tiempo, a estas horas de la noche tardará bastante en llegar. Es mejor que vayamos en mi coche —les ordené a Benja y a Jana que escoltaban a mi prima mientras me dirigía al aparcamiento a encender el motor para ponernos en marcha.

Conseguimos colocarla en los asientos traseros junto a Benja que, de una manera sorprendentemente profesional, lograba monitorizar los ritmos de la respiración que se enseñaban en las clases de preparación al parto.

—¿Se puede saber de dónde has sacado toda esa técnica? —le preguntó mi prima, asombrada, y todos nos quedamos expectantes ante la respuesta.

—Emm… digamos que he estado viendo tutoriales de Youtube para prepararme para este día.

—¿Has hecho todo eso por mí? —le interpeló Inés con una sonrisa en la cara al tiempo que una nueva contracción le sobrevino, de manera repentina, y transformó su gesto por completo—. Os juro que como le pase algo a este bebé, buscaré al tío Gregorio y colgaré sus pelotas en la plaza del pueblo.

—No le va a pasar nada, todo saldrá biennnn… —Trató de animarla Jana, que notó un fuerte apretón en la otra mano y soltó un chillido—. Acelera, Asier, si no llegamos ya, acabaremos atendiendo el parto en medio de la carretera.

Conseguí llegar en menos de quince minutos en un trayecto que normalmente se hacía en más de veinte. Jana había llamado ya al hospital y un celador nos esperaba con una silla de ruedas en la misma puerta de urgencias.

—No podéis entrar todos con ella, solo puede pasar el padre —nos informó el personal del centro.

Nos miramos entre nosotros, sin saber muy bien qué contestar a aquello cuando Benja se

adelantó y se ofreció a acompañarla, si no nos importaba al resto. Accedimos y nos sentamos en la sala de espera hasta aguardar noticias de la parturienta, aunque parecía que la noche iba a ser larga porque, según nos confirmó la doctora, no había dilatado lo suficiente para el momento del parto.

—Menuda noche más loca, ¿eh?

—Y que lo digas. Yo que pensaba acabarla arrancándote el vestido y comiéndote entera hasta que viéramos las primeras luces del sol, y aquí estamos esperando a recibir a un nuevo miembro de la familia.

—No son incompatibles las dos cosas… —me sugirió con una sonrisa cargada de lascivia.

—¿Qué pretendes, que vayamos al aparcamiento a por mi coche o que busquemos un quirófano para estar más cómodos sobre una cama? —solté con tono irónico sin dar crédito a lo que estaba escuchando de sus labios.

—Tardarán un buen rato todavía en darnos noticias de Inés. Vamos a matar el tiempo con algo que nos vuelva locos a los dos.

—Soy todo oídos, Chanel —le contesté mientras notaba un repentino movimiento entre mis pantalones.

CAPÍTULO 38

Jana

Le cogí de la mano y le ordené que me siguiera hasta el pasillo contiguo en busca de alguna sala vacía hasta que dimos con ella. Tenía que agradecer que eran pocos los pacientes y los trabajadores que aquellas horas de la madrugada deambulaban por los pasillos, así que encontrar un espacio donde no nos pillaran con las manos en la masa no resultó tan complicado.

Nos adentramos en una habitación escueta, con dos pares de estanterías a los laterales, llenas de medicamentos, y una butaca reclinable en el medio. Busqué sus labios y me lancé a devorarlos para captar con mi mente un recuerdo que me llevaría dentro de las maletas cuando regresara a California en un par de días.

Todavía no habíamos mantenido aquella conversación pendiente que pululaba por el aire como una nube, de tonalidades ceniza, que amenazaba con desatar la mayor de las tormentas. ¿Qué nos había pasado? Creímos que, con evitar aquel tema, la realidad se esfumaría de nuestras vidas como una cruenta pesadilla de la que despiertas y eres capaz de olvidar.

Ambos éramos conscientes de aquella ausencia y decidimos, sin acordarlo, reemplazarla por los besos, las caricias y los susurros al oído en un baile sincronizado de cuerpos ardientes de deseo. Me había hecho adicta a su aroma, a hacernos el amor con la boca cuando nos levantábamos juntos por la mañana y a aquel brillo de sus ojos que atravesaba mi alma sin piedad.

Asier se apoyó en el butacón y me dirigió para sentarme a horcajadas sobre él. A sabiendas de que alguien podría entrar de manera repentina y sorprendernos en aquel acto poco decoroso para el lugar, nos desvestimos con premura, pero con tiempo suficiente para detenernos a memorizar cada centímetro de nuestros cuerpos como un mapa con las coordenadas precisas.

Mi piel ardía ante el calor que desprendía su mirada. Me aferré a sus hombros y recorrí la longitud de su espalda mientras su boca mordía de manera sutil el lóbulo de mi oreja en un movimiento casi imperceptible. Su lengua comenzó a trazar círculos por mi cuello y un hormigueo de placer me recorrió todo el cuerpo cuando sus labios se posaron en mis pechos para saborearlos en una imagen que anhelé inmortalizar en mis recuerdos eternamente.

Desabroché el botón de sus pantalones y, clavando mi mirada en sus ojos con deseo, deslicé la cremallera que liberaría la dureza entre sus piernas. La masajeé con suavidad, como si fuera la última cosa que hiciera en esta vida, y la dirigí a la entrada de mi sexo lentamente, hundiéndose hasta mi cálido interior.

—Por favor, que se pare el mundo en este momento. Quiero quedarme dentro de ti para siempre —susurró entre gemidos.

Los movimientos se volvieron acelerados, y arqueé mi espalda hacia atrás, al tiempo que los antebrazos de Asier se aferraban a mi cintura con fuerza. El vaivén de nuestros cuerpos y el calor del ambiente provocaron que nos fundiéramos en uno cuando llegamos al clímax en apenas dos o

tres movimientos.

Nos quedamos unos minutos abrazados, mientras seguía enterrado en mi interior, y nuestras respiraciones entrecortadas batallaban por recuperar su cadencia habitual. Nos miramos a los ojos y nos dedicamos una sonrisa llena de ternura, a la par que de tristeza, asimilando cómo aquella complicidad que se había creado entre nosotros resultaba difícil de encontrar.

Era consciente de que ese era el final, el término de una relación que ya tenía fecha de caducidad sin apenas haber comenzado. ¿Por qué no me había pedido que me quedara allí para siempre? ¿Qué sucedería si dejaba todo para regresar a España y empezaba una nueva vida desde cero? Aquellas preguntas atravesaban mi mente como puntas afiladas, esperando una respuesta que tal vez nunca llegaría a escuchar.

Estábamos tan inmiscuidos en nuestro fuero interno que nuestros pensamientos fueron invadidos por una voz a mis espaldas de cuya presencia no advertimos.

—¿Qué está pasando aquí?

—Lo sentimos, ahora mismo nos vamos —contestó Asier al que agradecí haber reaccionado antes que yo.

—¿Creéis que este es el sitio adecuado para estar haciendo esto? —nos censuró con cara de pocos amigos.

Me giré hacia ella cuando reconocí la voz de la recepcionista antipática que trabajaba en el hospital en mi primer día allí. Maldije para mis adentros y, cuando me vestí a todo correr y salí de la sala, soltó cuando pasaba a su lado:

—¿Otra vez tú aquí?

Salimos a todo correr, cogidos de la mano, y al doblar la esquina y perderla de vista me hundí en los brazos de Asier para soltar la carcajada que teníamos contenida en nuestro interior.

—¿Se puede saber dónde estabais, tortolitos? Os hemos estado buscando —manifestó Julen que nos miraba con cara de suspicacia.

—Hemos ido a gestionar un asunto pendiente —respondió su hermano con una sonrisilla traviesa entre sus labios.

—¿Fornicar es un asunto pendiente? Oléis a sexo que echa para atrás —expresó con una fingida cara de asco—. Inés ya ha tenido el bebé, así que ya podemos celebrar que somos tíos.

—Pero ¿cuándo ha pasado? Si nos habían dicho que aún le faltaban varias horas de dilatación… —expresé con un tono de preocupación.

Nos dirigimos a la habitación donde Fermín, Rosa y Benja escoltaban a la visiblemente cansada parturienta y al bebé.

—Chicos, venid aquí. Os presento a Alaia, la nueva integrante de la familia López de Aberásturi. Alaia, estos son tus tíos, Asier y Jana, que si no hubiera sido por ellos no estaríamos aquí.

Me emocioné al escuchar aquellas palabras. No tenía hermanos ni amigos cercanos, además del pequeño Mike junior al que todavía no había conocido. Pero que aquellas personas me hubieran acogido en su seno, y me hubieran hecho sentir como un miembro más del clan familiar, no tenía precio.

Asier cogió al bebé con suma delicadeza y una tierna, a la par que temerosa, imagen del futuro me cegó la mente como un relámpago que cae sobre el único árbol que yace en medio de un descampado.

—Creo que hay demasiadas personas en la habitación. Ha sido un día muy largo y deberíamos pensar en irnos a dormir —advirtió Fermín, cuyas palabras me devolvieron al momento presente.

—Eso, a ver si me dejáis un rato a solas para poder descansar.

—La soledad está sobrevalorada, prima. A todo el mundo le gusta ser el centro de atención, así que aprovecha el momento —soltó Julen con un tono socarrón.

—¿Estás seguro de que te quedas esta noche con ellas, Benja? —preguntó Rosa con una cierta inquietud.

—No te preocupes, mujer, que están en buenas manos. Cuando hayáis descansado, venís a darme el relevo mañana.

—Eres un bendito, hijo. No puedo pensar en nadie mejor para cuidar de mis dos niñas —manifestó la recién estrenada abuela, depositando un beso en la mejilla de Benja y le guiñó un ojo en señal de picardía.

Fermín, Rosa y Julen abandonaron la habitación a la par que Asier acompañaba a Benja a coger un café de la máquina. Sin duda, aquella noche iba a ser muy larga. Me quedé en la habitación acunando a Alaia, bajo la atenta mirada de su madre que, pese a su cara de extenuación a esas horas de la madrugada, no dudó en someterme a un interrogatorio.

—¿Sabes que te queda muy bien un bebé?

—No sé si yo tengo madera de madre.

—Yo pensé que tampoco la tenía y en cuanto he visto su carita, he maldecido las veces que pensé interrumpir el embarazo cuando el innombrable nos abandonó.

—No me extraña, con estos deditos que tiene, está para comérsela…

Nos quedamos unos segundos en silencio cuando Inés me preguntó:

—No habéis hablado todavía, ¿verdad?

Negué con la cabeza y una lágrima amenazó con deslizarse por mi mejilla.

—Te vas pasado mañana, Jana. Mejor dicho, mañana —matizó mirando el reloj—. Tienes que hablar con él y aclarar vuestros sentimientos cuanto antes.

—Sinceramente, me da miedo pensar que para Asier esto sea solo algo pasajero. En ningún momento me ha pedido que me quede aquí con él.

—Conozco de sobra a mi primo y sé que lo que siente por ti es más fuerte que cualquier relación que haya tenido en el pasado. Probablemente esté pensando que tú quieres volver a California para seguir con tu vida y tu trabajo allí, y tenga miedo de escucharlo en voz alta. La marcha de Ainhoa fue muy dura para él y seguro que no quiere sufrir de nuevo.

—Entonces ¿por qué no me lo ha pedido ya? Estaría dispuesta a dejarlo todo y venirme aquí con él y con todos vosotros —expresé con un gesto de frustración, soltando un suspiro de agotamiento.

—¿En serio? ¿Serías capaz de mudarte a Valdetintos para vivir rodeada de ovejas y tener que recorrer veinte kilómetros para encontrar un supermercado con productos sin gluten?

Moví la cabeza de arriba hacia abajo en señal afirmativa y levanté las comisuras de mis labios en una sonrisa tras su comentario.

—Pero tengo que volver a casa y arreglarlo todo. Cuando me marché, no hablé con Matt del tema y, en cierto sentido, me siento culpable de haber dejado las cosas así de frías.

—Haces lo correcto, al fin y al cabo, llevabais mucho tiempo juntos y estabais prometidos. No puedes tirar por tierra tantos años de compromiso y quedarte aquí sin abordar el tema.

Alaia cogió mi dedo índice con su diminuta mano, bostezó y cerró los ojos de nuevo para seguir durmiendo.

—Os voy a echar de menos, amiga.

—Yo también te echaré de menos, pero recuerda que nos veremos más pronto que tarde.

CAPÍTULO 39

Asier

Llevaba una sonrisa pegada a la boca, de esas de las que no te das cuenta cuando vas por la calle acordándote de un chiste o un recuerdo alegre y el resto de la gente se extraña al verte pasar. Si Benja me había confesado finalmente sus sentimientos hacia Inés y me había pedido que le acompañara a por un café para preguntarme si me parecía bien que diera el paso, ¿por qué no iba yo a pedirle a Jana que se quedara?

El asunto de las cepas estaba solucionado, mi hermana se había casado, Julen comenzaba a encontrar su lugar e Inés acababa de traer un bebé al mundo que no podía ser criado por alguien mejor que mi mejor amigo. La vida me sonreía y solo me hacía falta decirle aquellas dos palabras a Jana antes de su marcha:

«Quédate conmigo».

Sin embargo, cuando pensaba que todos los planetas se habían alineado para darme por fin un poco de respiro, una conversación entre mi prima y ella captó mi atención. Me detuve frente a la puerta de la habitación y, pese a mi reparo inicial por inmiscuirme en una conversación privada que nunca debí presenciar, escuché:

—Tengo que volver a casa y arreglarlo todo. Cuando me marché no hablé con Matt del tema y, en cierto sentido, me siento culpable de haber dejado las cosas así de frías —manifestó Jana con unas palabras que mi cuerpo recibió como una punzada en el estómago.

—Haces lo correcto, al fin y al cabo, llevabais mucho tiempo juntos y estabais prometidos, no puedes tirar por tierra tantos años de compromiso y quedarte aquí sin abordar el tema —se reafirmó Inés.

—Te voy a echar de menos, amiga.

—Yo también te echaré de menos, pero recuerda…

Unos ligeros toques en mi espalda me alertaron de la presencia de Benja que regresaba del servicio. Entramos a la sala y las dos mujeres interrumpieron su conversación para girarse hacia nosotros. Jana me sonrió desde el sofá donde cargaba a la pequeña Alaia, que en esos momentos dormía de manera plácida. Me sentí incapaz de devolverle el mismo gesto, así que agaché la cabeza y desvié la mirada hacia otro lado. Una mueca cargada de incomprensión se hizo presente en mi rostro y traté de ocultarla pasando la palma de mi mano por la frente para apartarme un mechón de pelo.

Nos despedimos de los tres hasta el día siguiente. Volvimos en mi coche sumidos en un incómodo silencio, interrumpido en diversas ocasiones por Jana que trataba de entablar una conversación trivial sobre la felicidad que nos había traído el nacimiento del bebé o el disfrute de la boda donde todo había salido según lo planeado; con la clara excepción de la intervención final del tío Gregorio, con el que todavía tenía asuntos pendientes con los que lidiar.

Aparqué en el arcén frente a la posada, donde hacía horas que la fiesta había dado por

concluida, y me despedí con un tono de voz ligeramente seco, un detalle que Jana notó a la primera.

—¿Te apetece quedarte a dormir? —me preguntó con un hilo de voz débil.

«Nada me gustaría más en el mundo que despertarme a tu lado».

—Será mejor que no, en unas horas he quedado con los miembros de la junta del Consejo regulador. Ha sido un día largo, así que puedes quedarte descansando sin necesidad de madrugar.

—¿Nos veremos por la tarde?

Murmuré un sonido afirmativo del que no estaba muy seguro de que se fuera a cumplir.

—Me gustaría hablar contigo de un tema antes de que regrese a California —anunció tratando de quemar el último cartucho ante mi evidente mutismo.

«Tenemos demasiadas cosas de las que hablar».

—Tendrá que esperar a mañana —concluí de manera tajante.

—Claro, buenas noches.

Los pensamientos intrusivos se cruzaron por mi cabeza como cometas en una noche de Perseidas. Jana abrió la maneta de la puerta para apearse del coche y sin tiempo a reaccionar añadí:

—¡Espera!

La agarré del brazo resistiendo a que aquella fuera la última vez que iba a verla en mi vida. Quería decirle que había sido un idiota, que la esperaría a que arreglara su vida en California hasta que fuera necesario. Que la quería como no lo había hecho antes con ninguna otra mujer y que, si hiciera falta, me subiría con ella a ese avión para cruzar el charco a un país donde presentía que no me adaptaría jamás. Pero daba igual, lo haría por ella y por un futuro juntos.

Sin embargo, la cobardía ganó la batalla de las inseguridades y me recordó que seguía prometida y que volvería a arrojarse a los brazos de ese doctor que le había causado tanto daño. Me irritaba pensar que en este mundo hubiera personas capaces de herirla. Ella era todo bondad, la mujer perfecta, fuerte e inteligente. Y yo… Yo, en cambio, en escasas ocasiones había salido del pueblo a lo largo de mi vida.

Ella se merecía una vida acomodada, rodeada de todas aquellas cosas con las que había crecido en su familia.

¿Quién era yo para privarle de aquello y pedirle que se quedara conmigo en aquel pueblo para siempre?

Las dudas y el miedo afloraron en mi interior. Asimilé que aquellos sentimientos eran normales y, en cierta manera, inevitables cuando por fin encuentras algo que anhelas más que nada en este mundo y temes perderlo a la primera de cambio.

Volvió a sentarse en el coche y percibí de nuevo un brillo de esperanza reflejado en sus ojos. Me acerqué a sus labios, que había saboreado en estas últimas semanas como la mejor reminiscencia sensorial que pueden guardar los sentidos. Nos fundimos en un beso tímido, aunque de sobra prolongado para provocar en mi interior un huracán de sentimientos que amenazaban con destruir todo lo que pasara alrededor.

«Me quedaría atrapado entre tus labios eternamente».

Y después nada, todo se quedó en blanco. Abrí los ojos y regresé a la cruda realidad. Volví a ver el miedo en su mirada y ya no pude más que pronunciar aquellas dos fatídicas palabras:

—Adiós, Jana.

CAPÍTULO 40

Jana

Mi mente era incapaz de comprender qué había pasado en esas últimas horas. Apenas pude pegar ojo y cuando me desperté a las nueve de la mañana, percibí el ruido de la empresa de *catering* y eventos que se había encargado de montar y desmontar las carpas de la boda en el jardín de la posada.

Me dirigí a la cocina a por un café y tomé asiento en el balancín del patio, con la gélida brisa de la mañana golpeándome la cara. Traté de ordenar mis pensamientos y las tareas que debía de acometer antes de mi marcha. Una notificación avisaba de que un mensaje me había llegado al móvil. Lo agarré de una manera desesperada, anhelando que fuera Asier que había finalizado su reunión y pasaría a recogerme para disfrutar del resto del día juntos, pero no podía estar más equivocada.

Un mal presentimiento me embargó todo el cuerpo. Miré la pantalla en la que un mensaje de Alison me avisaba de que me recogería en el aeropuerto a mi llegada, junto a una foto del pequeño Mike haciendo pucheros, como único resquicio al que aferrarme de vuelta a casa.

Era domingo y la posada se encontraba vacía de invitados, ya que la pareja de recién casados y sus familiares más allegados habían partido pronto por la mañana de vuelta a París.

Me desvestí y decidí darme una ducha, durante más tiempo del deseado. Necesitaba sentir en mi piel desnuda el salvaje chorro de agua, como una señal del presente, de la cruda realidad que estaba azotando mi vida en aquel momento. No se trataba de un sueño, no. Como aquel en el que me sumergí en el reciente viaje a Italia en aquella pequeña casita donde Asier y yo enterramos el hacha de guerra; donde un incipiente sentimiento de afecto comenzó a brotar entre nosotros hasta llegar a un límite que ninguno de los dos sospechábamos y que nos llevaría hasta donde estábamos hoy.

Con el cabello aún húmedo, me endosé un par de pantalones vaqueros y un jersey de algodón verde oliva, con unas zapatillas Converse de la misma tonalidad a juego. Busqué las llaves del coche, con una manifiesta inquietud, para dirigirme al único lugar donde encontraría la esencia del hogar, un espacio en el que regresar a los orígenes para buscar respuestas y reparar los pedacitos que comenzaban a desprenderse de mi corazón.

El cielo estaba cubierto de nubes espesas que amenazaban con la más cruenta de las tormentas. Los limpiaparabrisas funcionaban a su máxima potencia tratando de ganar la batalla a las incesantes gotas de lluvia que se cernían sobre la luna delantera mientras un cúmulo de pensamientos enmarañados colapsaban mi cabeza.

Recorrí la solitaria carretera que me separaba de la residencia de ancianos hasta llegar al aparcamiento donde la tormenta comenzaba a arreciar. Unos tímidos rayos de sol batallaban por hacerse un hueco tras la condensación de nubes, que se disiparon al instante, para dar lugar a un espectacular arcoíris de diversas tonalidades cromáticas.

—¡Arantxa, hija! —anunció la anciana desde la silla de ruedas.

Me fijé en sus ojos claros, tan similares a los míos, que parecían esconderse tras su rostro arrugado. El paso del tiempo había hecho estragos en aquel semblante lleno de aflicción que se transformó por completo en cuanto entré por la puerta.

—Mamá, no es Arantxa, es su hija Jana, tu nieta —aclaró mi tía que dirigió su mirada desde mi abuela hacia mí con preocupación.

—Venía a despedirme de vosotras… por ahora —traté de aclarar con un hilo de voz teñido de melancolía.

—No sé qué te ha pasado hija, pero no tienes buena cara —afirmó mientras se acercaba y posaba su mano sobre mi mejilla en un gesto reconfortante—. Soy consciente de que no vamos a recuperar todo el tiempo perdido en las últimas décadas, aunque estamos aquí para enmendar el pasado, así que ven y dale un abrazo a tu tía que te ha echado tanto de menos.

Aquella, hasta entonces desconocida, mujer abrió sus brazos para envolverme en un gesto de afecto que despertó una sensación cálida y se extendió por todo mi cuerpo. Percibía una extraña familiaridad en aquellas dos personas a las que apenas hacía unas semanas acababa de conocer y sentí que, por primera vez, una agradable conversación con ellas resultaba como un bálsamo reconfortante para aliviar los vacíos de mi alma.

—Qué buena cara tiene hoy, doña Emilia. Se nota que está feliz con la visita de su nieta —anunció un joven al que enseguida reconocí como el celador que me ayudó a entrar el primer día y me dedicó una sonrisa sincera al identificar lo que había sucedido.

—Sí, es mi nieta, la hija de mi Arantxa que vive en la gran ciudad —matizó mi abuela, a la que un brillo comenzaba a reflejarse en sus ojos.

Los tres nos miramos con cara de sorpresa al identificar cómo la anciana acababa de recuperar un vestigio de cordura, entre aquella maldita enfermedad que se llevaba consigo los recuerdos más recientes de su vida.

—Pues os dejo a solas, que seguro que tenéis mucho tiempo que recuperar —manifestó el joven que se giró para volver a sus tareas y atisbó a un anciano corriendo por el pasillo al que reprendió—. Señor Fulgencio, ¿quiere hacer el favor de ponerse los pantalones de nuevo? Le he dicho varias veces que no puede estar en las zonas comunes en paños menores.

Solté una carcajada y me giré hacia mi tía que ponía los ojos en blanco al tiempo que sacudía la cabeza en señal de incredulidad.

—Por aquí las cosas siempre son así. Y pensar que ese hombre pretendía a la abuela cuando llegó a la residencia.

Nos reímos las dos al unísono y me percaté de que mi madre nunca habría soltado aquella carcajada renegando de las acuciantes y aceleradas arrugas de expresión.

—¿Volverás a vernos? —me interpeló con una pregunta a la que respondí con un gesto afirmativo—. Sabes que este siempre será un hogar al que regresar.

Aquellas palabras resonaron en mi mente a la par que los estridentes ruidos del motor del avión cuando despegaba de la pista del aeropuerto. Volvía a la que creía que había sido mi casa durante la última década, aunque el concepto hogar estaba entonces más difuso que nunca. Me aferré al táper que reposaba en mi regazo y que contenía una porción de tarta sin gluten que Rosa había elaborado con cariño aquella misma mañana para amenizar mi viaje.

Miré al exterior, a través de la ovalada ventanilla, donde la incesante lluvia se cernía sobre el asfalto del aeródromo. De mis ojos acuosos comenzaron a brotar las lágrimas cuando los recuerdos de las últimas semanas pasaron por mi mente como una secuencia de fotogramas. Asier, Inés, Julen, las bodegas, la Toscana, la boda, la pequeña Alaia, mi nueva familia…

Una sensación agridulce se asentó en mi estómago cuando el perímetro de la costa cantábrica se alejaba de mi vista y, entre sollozos, solo pude murmurar:

—Hasta siempre.

CAPÍTULO 41

Asier

Notaba los músculos del cuerpo completamente agarrotados tras la incesante paliza que me había pegado el día anterior en los viñedos. Trataba de volver a recuperar los terrenos que habían quedado estériles como consecuencia del hongo pernicioso que los había dejado completamente inservibles.

Tras mi escueta reunión con los miembros del Consejo Regulador, donde me informaron de que abrirían una inminente investigación debido al grave suceso reportado, decidí ponerme manos a la obra. Néstor llegó pasadas las once de la mañana y, pese a reprenderme por realizar un trabajo que debía llevarnos meses y con el que la maquinaria agrónoma sería preferible en detrimento de la mano de obra humana, se ofreció a echarme un cable. Aproveché aquel momento a solas con él para disculparme por haber dudado de sus intenciones y le agradecí su lealtad, no solo hacia la empresa, sino hacia mi persona a pesar de cómo lo había prejuzgado en los últimos días.

El hombre trató de quitarle hierro al asunto y continuamos trabajando mano a mano hasta que, cuando aparecieron las primeras luces del ocaso, le invité a regresar a casa. Por el contrario, yo alargué mi tarea hasta que la potente luz de los focos industriales ya no fue capaz de proveer suficiente visibilidad.

Jana no dejó de inmiscuirse en mis pensamientos en cada minuto de ese día. Era consciente de que estaba supliendo con trabajo físico la tentación de llamarla y pasar las últimas horas de su estancia con ella. Que los músculos de mi cuerpo se encontraran destrozados no podía compararse con el dolor que sentía por su marcha que había estado negándome a mí mismo. Como si con ello se esfumaran con un chasquido de dedos los sentimientos que habían aflorado en mi interior hacia ella.

Ambos éramos conscientes de que nos habíamos equivocado. Decidimos dejar de lado el paracaídas y nos lanzamos hacia un precipicio, siendo conscientes de que la colisión que nos esperaba rompería en mil pedazos nuestro, ya de sobra perjudicado, corazón. Y, aun así, sin pensarlo nos arrojamos a sus tentadoras garras.

Porque así es el amor, llega a tu vida de manera inesperada, como un torrente de agua del que no tienes escapatoria y, si desistes de aferrarte a un flotador, termina arrastrándote con el resto del lodazal. Nadie te advierte de ello antes de enamorarte por primera vez, pero lo peor de todo esto es que la primera piedra en el camino no te exime de que vuelvas a tropezar en una segunda ocasión.

Lancé la colilla a la papelera, y me acerqué al hospital para ayudar a Inés y Benja a regresar a casa con la pequeña Alaia. Cuando traspasé el umbral de la puerta de la habitación, me encontré a mi prima y a mi amigo abrazados en una actitud cariñosa. Sonreí ante la preciosa estampa y sentí una cierta envidia sana que me recorrió todo el cuerpo en forma de hormigueo.

Cuando se percataron de mi presencia, se giraron hacia mí y observé cómo sus semblantes se tornaban en gestos serios.

—¿A qué vienen esas caras de funeral? Cualquiera diría que hoy os vais a casa —les solté a ambos mientras me acercaba al capazo donde dormía la bebé, ya preparada para conocer su nuevo hogar.

—Voy a recoger los papeles del alta médica para ver si nos podemos ir ya —le informó Benja a Inés, depositando un beso en su cabeza.

Mi amigo pasó por mi lado y me observó con un gesto lleno de incomprensión, ladeó la cabeza y me dio una palmada en el hombro antes de salir de la sala. Conocía de sobra a ese hombre desde que éramos unos críos, y era consciente de que aquel rictus de decepción escondía un fuerte reproche al que temía, como cuando de pequeño hacías una trastada y esperabas al más cruento castigo.

—¿Qué estás haciendo aquí? —me interrogó mi prima componiendo una mueca de desaprobación.

—¿Dónde se supone que debería estar? Os dije que vendría con mi coche para ayudaros a llevar todos los regalos a casa.

—Preferiría llamar a un taxi y que tú estuvieras en el aeropuerto ahora mismo con Jana.

Ladeé la cabeza y miré a través del ventanal para evitar asimilar el embate que me producía escuchar su nombre en voz alta. Sospechaba por dónde iban los tiros en aquella conversación.

—Inés, por favor, no menciones ese tema. Lo pasado, pasado está.

—¿Pasado? Yo más bien diría presente. ¿Dónde se supone que estuviste ayer? —me recriminó con un tono sumamente irritado que contrastaba con lo risueña que solía ser desde que era pequeña.

—Trabajando.

Inés expulsó un bufido cargado de frustración.

—¿En serio? ¿Un domingo, trabajando? Mira, Asier, eres mi primo y te quiero mucho, pero te juro que a veces no entiendo por qué te comportas como un auténtico gilipollas.

—Oye, Inés, no he venido aquí para que me reproches nada. Ya bastante tengo con mi propia conciencia.

—¿Y por qué no le cogiste el teléfono? Jana te estuvo llamando todo el día para hablar contigo.

Me sentía como un auténtico cobarde. El teléfono había sonado varias veces a lo largo del día, aunque me negué a responder la llamada que confirmaría que todo aquel sueño vivido con ella llegaba a su fin.

—Cuando estuvo aquí por la tarde, estaba confusa y completamente devastada. No entendía nada de lo que estaba pasando.

Tragué saliva y una sensación agridulce me explotó en el paladar.

—¿Hablar de qué? ¿De que no he sido más que una aventura temporal? ¿Que gracias por todo, pero que ahora debe volver a su idílica vida con su perfecto doctor en California? No, gracias. Prefiero ahorrarme escuchar todo eso.

Inés me lanzó una mirada fulminante y emitió un suspiro, que resonó como un tono de crispación en toda la habitación.

—Es que además de gilipollas, eres un auténtico garrulo.

—Pero ¿se puede saber que te he hecho yo hoy?

—Jana solo iba a volver para aclarar las cosas con su prometido. Ella se marchó de manera precipitada sin dar por finalizada la relación formalmente, por eso se sentía tan mal de haber

comenzado algo contigo sin haber terminado del todo con su ex.

Aquellas palabras resonaron en mi mente como si una losa de varias toneladas cayera sobre mí desde un séptimo piso. No daba crédito a lo que estaba oyendo. ¿De verdad había sido tan idiota de no escuchar lo que me quería decir?

—De igual manera, vivimos a miles de kilómetros de distancia, nuestra relación nunca podría haber funcionado —afirmé, tratando más de convencerme a mí mismo.

—¿Acaso tú le has pedido que se quedara? Su única intención era que tuvierais una conversación honesta sobre el futuro. Estaba dispuesta a dejar su vida allí para venirse a vivir a España, pero no quería dar un paso en falso si tú no estabas convencido de ello.

—¿En serio? —Pestañeé aturdido ante aquella afirmación.

—Asier, sé que los fantasmas del pasado te persiguen, pero Jana no es Ainhoa. Vuestra relación empezó siendo apenas unos adolescentes, sin embargo, Jana y tú sois adultos y ya tenéis más que de sobra claras vuestras prioridades en la vida.

Un sudor frío descendió desde mi nuca y recorrió la longitud de mi espalda. Permanecimos en un silencio incómodo asimilando la carga emocional de las palabras que acababa de pronunciar Inés. Era consciente de que me había endosado una coraza para evitar sufrir de nuevo, ya que la nueva situación con Jana y su partida me recordaban sobremanera a la marcha de Ainhoa de mi vida anterior. Sin embargo, las dos relaciones eran radicalmente diferentes y no quería repetir con Jana la falta de comunicación que había abocado a mi primera relación al fracaso.

—Soy un auténtico imbécil.

—Bien, por fin nos ponemos de acuerdo en algo —indicó levantando los brazos al aire y dejándolos caer sobre sus piernas en señal de exasperación.

—Tengo que hablar con ella, si no es demasiado tarde.

—Su vuelo no tardará en salir, así que vete ahora o la perderás para siempre —añadió Benja que había escuchado toda la conversación desde la puerta.

Salí disparado del hospital y tomé la autopista, a una velocidad por encima de la autorizada, para llegar a tiempo antes de que partiera su vuelo. Pagaría con gusto cualquier multa de tráfico que me llegara en esa situación si conseguía hablar con ella. Traté de llamarla varias veces al teléfono, sin embargo, los incesantes tonos acababan en un callejón sin salida, por lo que me temí lo peor.

Fueron varias veces las que estuve a punto de dar marcha atrás y tomar el primer cambio de sentido que me llevara de vuelta a casa. Las dudas me acechaban como un ocupante más del vehículo que realiza un viaje sin ningún destino, pero traté de armarme de valor para llevar a cabo mi cometido.

Cuando llegué al aeropuerto, que conocía al dedillo al haber estado semanas atrás recogiendo a mis hermanos, recorrí los pasillos que indicaban los carteles de «Salidas/*Departures*» hasta que me topé con el control de seguridad.

Mi velocidad alertó a la pareja de vigilantes de seguridad que custodiaban la entrada a la zona aire del aeropuerto, y el hombre, que parecía que lo habían sacado como extra en una película de Torrente, se interpuso en medio para advertirme de que a aquella área solo se podía acceder con una tarjeta de embarque o una identificación de seguridad emitida por las autoridades aeroportuarias.

—Por favor, me tiene que dejar pasar, voy a perder al amor de mi vida si coge ese avión.

—Pero ¿tú te crees que estamos en una película navideña como *Love actually*? O compras un billete de avión o te piras por donde has venido —me amenazó el segurata con cara de pocos amigos.

—Dígame por lo menos si ha salido ya el avión con destino a San Francisco —le imploré tratando de jugar la última carta y ablandar su inexistente corazoncito.

—¿Me has visto cara de punto de información?

Mis ojos no pudieron evitar desviarse a los botones desabrochados de la camisa de aquel hombre, a la altura de la barriga, dejando un desagradable vello al descubierto.

—Solo pido saber si ya ha despegado el vuelo.

Sus uñas grasientas me indicaron la pantalla donde se desplegaba una infinita lista de vuelos en varios colores llamativos. Busqué el único nombre de la ciudad americana que aparecía a esas horas de la mañana y mis últimas esperanzas se desvanecieron cuando observé en un lateral el mensaje «Embarque cerrado».

Me asomé por la barandilla y, tras la gigantesca cristalera, una fila india de aeronaves, de diversas tonalidades cromáticas, se daba cita para esperar su turno en la pista del aeródromo. La incesante lluvia comenzaba a empañar los vidrios donde ya solo se podía discernir a lo lejos un colosal pájaro de metal, con los colores de la bandera americana impregnados en su cola, tomando vuelo.

CAPÍTULO 42

Jana

Cinco meses después…

Mi mente está inmersa en los recuerdos del pasado. En aquel sabor agridulce que se asentó en mi boca tras semanas de estancia en aquel paraje de tonos violáceos.

No me percato de que mi pierna repiquetea contra el suelo en un movimiento incesante que está alterando a los presentes, hasta que Mike posa su mano sobre mi rodilla para alertarme de ello. Vuelvo al presente donde mi jefe nos ha convocado a mi compañero y a mí para presentarnos las conclusiones de las cuentas del último semestre del año pasado.

Del informe que yace sobre la mesa resalta en letras rojas el título «López de Aberásturi» y Douglas nos congratula por los excelentes resultados y los consecuentes beneficios que le han generado nuestros servicios a la bodega. En el documento destacan además la profesionalidad y la excelente gestión en particular de Jana de la Vega durante todo el proceso, tal y como nos sigue relatando con un marcado acento de Texas.

Un inesperado escalofrío me sacude todo el cuerpo. Soy consciente de que ciertas expresiones incluidas en el documento llevan la firma de Asier. Me he pasado meses cuestionando qué sucedió aquel último día antes de mi regreso para que todo explotara por los aires. Estaba dispuesta a abandonar mi vida en California, pero aquel desplante de última hora sepultó cualquier esperanza que quedara allí mismo.

Había asimilado que nunca llegaría a resolver esa incógnita, hasta que una llamada de Inés invitándome al bautizo de la pequeña Alaia regresó como un bumerán y se me clavó en lo más profundo del estómago.

—Señor Douglas. Me preguntaba si podría tomarme unos días de vacaciones —le pregunto con cautela ahora que ya hemos finalizado la reunión.

—¿Vacaciones? ¿Eso qué es? El trabajo duro es lo único que sacará a este país adelante.

Veo que esta va a ser una conversación complicada, así que lleno mis pulmones de oxígeno y me armo de valor.

—Tengo que viajar a España de nuevo… eh, por un asunto familiar —suelto una mentira a medias para tratar de ablandar un poquito su férreo corazón, si es que aún le queda parte de él.

Los americanos apenas se toman, a lo sumo, un par de semanas al año de vacaciones y, en buena parte de la cultura empresarial de este país, descansar unos días supone perder la oportunidad de promocionarse dentro de la feroz competitividad que existe en el mercado laboral.

No me gustaría perderme la fiesta de celebración que se organizará en torno al nuevo miembro de los López de Aberásturi. Mi amiga le quita hierro al cariz religioso de la festividad, aunque sé que lo hace por Rosa, que considera que, si su primera nieta no está bendecida como

mandan las tradiciones católicas, irán todos al infierno. No obstante, hasta yo soy consciente de que lo hace más por evitar los comentarios malintencionados del resto del pueblo.

Pienso en la llamada que mantuve con Inés la pasada noche y su petición para que fuera la madrina de la niña, un detalle totalmente inesperado que me emocionó de una manera considerable. Inés se ha convertido en parte de mi familia y seguimos charlando todas las semanas para ponernos al día, así que su fingida cara de lástima y sus palabras de súplica al otro lado de la pantalla para que esté presente ese día hacen que mi corazón se ablande y que tenga que estar ahora rogando al cretino de mi jefe.

—Señor, sabe que la familia es lo más importante de todo. Jana ha trabajado muy duro todos estos años y prácticamente no ha cogido vacaciones hasta ahora —añade Mike que trata de echarme un cable y me guiña un ojo mientras nuestro jefe se encuentra de espaldas a la mesa.

Mike y Alison, y el pequeño de la familia, son lo único que me queda en California. Cuando regresé de España, recogí todas mis cosas del apartamento que compartía con Matt y, tras zanjar la relación de manera definitiva, me trasladé al pequeño apartamento que tienen mis amigos en la parte trasera del jardín. Según ellos, es lo menos que podían hacer por haber suplido su ausencia en las bodegas, tras el nacimiento del pequeño, en un plan que, para qué engañarnos, salimos beneficiadas ambas partes.

Me siento muy a gusto viviendo con ellos, aunque soy consciente de que tengo que emanciparme tarde o temprano y buscar mi propio camino. Por otro lado, quiero a ese bebé como si fuera mi sobrino, aunque la tensión que se genera en casa entre mis amigos, cuando los lloriqueos del pequeño Mike junior no cesan, pone su relación al límite, y no me gustaría estar en medio cuando tenga que recoger las piezas.

Douglas acepta a regañadientes concederme un permiso de diez días, en los que me he comprometido a seguir gestionando un par de clientes importantes a los que, según él, no puedo dejar en la estacada por un capricho pasajero. Se ve que el concepto vacaciones tiene diferentes acepciones desde según qué perspectiva se mire.

Sin embargo, ya no me afectan sus comentarios, ni los de mi ex que ha tratado de convencerme en varias ocasiones de que volvamos juntos. Pienso en cómo sus ruegos se convirtieron en acusaciones desmedidas, hasta tal punto que me vi en la obligación de amenazarlo con acudir a la Comisión de Ética y Deontología Médica de California por lo que ocurrió en mi operación, tras lo cual no he vuelto a tener noticias de él.

Estoy intentando poner en orden mi vida, primero en el plano sentimental para después hacer lo propio en el laboral, y ya comienzo a ver señales de luz al final del túnel.

Durante mi tiempo en España me planteé varias alternativas de trabajo, entre las que se incluía abrir mi propio despacho para gestionar una reducida cartera de clientes, escogida *ad hoc* para fomentar la productividad de las empresas y la resolución de los conflictos, primando única y exclusivamente la calidad humana. Y es que durante el tiempo que pasé con los López de Aberásturi, no solo conseguí echarles una mano a ellos para mejorar su rendimiento, sino que la ayuda fue recíproca al hacerme entender que, sin un trato más cercano con las personas trabajadoras, los constantes conflictos empresariales seguirían enquistándose si se prima únicamente la cantidad sobre la calidad.

Así que aquí me encuentro de nuevo, con mi Mini Cooper alquilado, recorriendo las mismas carreteras rurales entre terrenos de incipientes viñedos. Compruebo cómo la clorofila ha realizado su trabajo y las tonalidades verdosas cubren como un manto el paisaje de postal que se cierne ante mis ojos.

La temperatura es anormalmente alta para encontrarnos a mediados de abril y el sol calienta

como si la temporada estival estuviera llamando a la puerta, así que me pongo las gafas de sol y continúo mi viaje hasta toparme con el cartel de Valdetintos que advierte de la llegada al pueblo.

Un repentino hormigueo me recorre todo el cuerpo. Llevo semanas fantaseando con este momento, pero cuando por fin llega, siento una sensación de mareo que me alienta a pisar el freno.

Porque estoy aquí de nuevo, he regresado al mismo sitio donde todo comenzó y todo terminó. Mañana se celebra el bautizo y me tendré que enfrentar a lo que mi corazón lleva meses temiendo asumir.

Ya no hay vuelta atrás.

CAPÍTULO 43

Asier

Alzo la cabeza de los documentos y miro a través del ventanal de mi despacho. A lo lejos veo un coche negro que se acerca por la carretera y se dirige hacia el centro del pueblo. Reconozco el modelo del coche y mis recuerdos se retrotraen a unos meses atrás.

Han pasado muchas cosas desde entonces. Mi padre ha cesado definitivamente de trabajar en las bodegas y me ha traspasado oficialmente el mando, Carla abandonó su puesto como recepcionista para mudarse a otra ciudad donde había conocido a un hombre a través de una red social de citas; Inés y Benja se han mudado a la casa de este; y Julen y Cristian también se han ido a vivir juntos, aunque la versión oficial que le han dado al resto del pueblo es que son simplemente compañeros de piso —como si a alguien le importase tanto la opinión de los demás —.

Yo, por mi parte, soy el que menos novedades tiene. Sigo siendo la misma persona, pero a la vez he cambiado bastante desde aquel día en que el nacimiento de mi sobrina Alaia nos honró a toda la familia. Mañana se celebra su bautizo, más como una presentación en sociedad que como un acto religioso, tal y como insiste mi prima en que lo llamemos. La aparición de ese Mini Cooper hace saltar todas mis alarmas, aunque Benja me había confirmado que Jana finalmente no vendría por motivos laborales.

Hay una parte de mí que se moriría por verla, y otra que se convence a sí mismo de que la perdí. La perdí para siempre, por culpa de mi orgullo y de mi jodida cabezonería, y pagaré por ello el resto de mi vida.

Trato de espantar mis pensamientos y me concentro en los documentos que estoy estudiando. El negocio ha vuelto a remontar y de manera paulatina vamos recuperando parte de las cosechas que se perdieron a causa del maldito hongo. Mario sigue sintiéndose culpable por aquel suceso y maldice cada segundo en el que se dejó embaucar por mi tío, al que por cierto le retiraron el sello de la Denominación de Origen y ahora no pasa por su mejor momento. Por muy raro que parezca, el karma a veces llega para aplicar la justicia divina y equilibrar las fuerzas del universo.

Una vez descubierta la mano negra, nos empleamos a fondo para minimizar los daños ocasionados y, como no quisimos ahondar en la herida, propusimos a Mario que volviera a trabajar en la bodega siempre y cuando retomara la confianza que habíamos perdido en el camino. Él, por su parte, se tomó este cometido muy en serio y ahora es el que más horas dedica a acabar con el hongo, como una moneda de cambio y reconocimiento a recuperar su trabajo en los viñedos.

El paso de Jana por esta bodega trajo consigo asimismo un crecimiento exponencial de los contratos de exportación, muchos de los cuales provienen de California. Por lo que sospecho que aún hoy en día sigue promocionando nuestro producto a sus contactos más cercanos, pese a no estar ya en su contrato laboral y haber dejado de prestar sus servicios.

No habrá jamás palabras ni dinero para agradecerle todo lo que hizo por todos y cada uno de nosotros, tanto a nivel individual en mi familia, como en la empresa. Sin duda, su paso por aquí dejó una huella imborrable y todavía su nombre sigue pululando en las conversaciones cercanas, hasta el punto de que dejan de hacerlo cuando se percatan de la incomodidad que genera ante mi presencia.

Alzo la muñeca izquierda para mirar la hora en el reloj y me doy cuenta de que se ha hecho demasiado tarde. En los últimos meses, mi vida transcurre en la empresa familiar y apenas piso el suelo de casa más que para dormir durante cinco o seis horas. Despierto a Lur, que ha caído rendido en la alfombra de pelo de mi despacho, y le indico con la cabeza que es hora de regresar a casa. Le acaricio su suave pelaje castaño y se levanta para pasear medio somnoliento a mi vera. Agradezco que este ser de cuatro patas sea mi único y fiel compañero de vida en este momento.

No queda ya nadie en las viñas. Observo el entorno y asimilo cómo echo de menos pasar más tiempo entre los sarmientos, pero ahora he de tomar las riendas del negocio desde el liderazgo que, lamentablemente, supone permanecer tantas horas entre las cuatro paredes de mi despacho.

Elevo las comisuras de mi boca en un modo nostálgico y me percato de que la incipiente sonrisa que surge en mi rostro está llena de tristeza cuando ella vuelve a mi cabeza. Estoy completo desde un punto de vista profesional y familiar, sin embargo, me siento completamente vacío en el terreno personal.

Mi penitencia será permanecer solo durante el resto de mis días.



Hoy es uno de esos días en los que necesito la cercanía de mi familia. Me ducho, me afeito y me visto con el traje de tres piezas de las ocasiones especiales.

—Hermano, hay una delgada línea entre ser *hipster* y la indigencia. Y tú hace tiempo que la has traspasado —me reprochó Julen el otro día cuando comíamos con mi tía Rosa.

Sonrío ante el espejo recordando las ocurrencias de mi hermano pequeño. He de reconocer que ha tomado un papel fundamental en las bodegas y me está echando más de una mano gestionando el trabajo hasta un nivel inesperado. Pero lo importante es que él está feliz viviendo en el pueblo y todo apunta a que, entre su trabajo y Cristian, se siente completo.

No le quito razón, últimamente me había descuidado un poco y la ocasión lo merece para dar la bienvenida a mi primera sobrina. Y digo primera, porque nos acabamos de enterar de que mi hermana Ane está embarazada y me hará tío de nuevo. No obstante, parece que las náuseas del primer trimestre la están dejando hecha polvo al ser primeriza, por lo que su ginecóloga le ha desaconsejado volar, y ni ella ni Olivier podrán estar con nosotros en esta ocasión especial.

Aparco mi moto y me reúno con Benja que espera en la puerta de la iglesia con el resto de los invitados. Se le nota algo nervioso, al fin y al cabo, ejerce como padre de la criatura a la que en breve podrá adoptar de manera oficial, transcurrido el tiempo pertinente que marca la ley.

—Oye, tío, eres el padrino de la boda. No puede ser que llegues casi después que la niña —me reprocha inquieto, mirando cada dos segundos el reloj.

—Relájate, Benja, que todo va a salir bien. Ni que fuera el día de tu boda y estuvieras esperando a la novia —bromeo para destensar el ambiente—. ¿Dónde están las chicas, por cierto?

—Estarán al caer. La niña ha pasado una mala noche y no hemos pegado ojo ninguno de los dos pensando que tendríamos que ir al hospital.

Lo miro de reojo y advierto su ceño fruncido en señal de preocupación. Reconozco que está realizando una labor magnífica y ha asumido unos roles de manera inesperada que, a cualquier otra persona, en su situación, no se le hubieran pasado siquiera por la cabeza.

—Estoy muy orgulloso de ti, amigo. Gracias por cuidarlas. No podría pensar en un mejor novio y padre para Inés y Alaia.

Mi amigo sigue atisbando el horizonte, pero alza levemente la comisura derecha de sus labios, se coloca bien el puente de las gafas con su dedo índice y toma unos segundos antes de responder.

—Gracias, lo hago lo mejor que puedo —afirma y se gira hacia mí algo más relajado—. Por cierto, hoy estás muy guapo. Ya era hora de que te arreglaras un poco. Estabas tan distinto que, si hubiera venido Ane de París, no habría reconocido ni a su hermano.

—¿Tú también? Es mi estilo natural, estoy probando cosas nuevas —miento y pongo los ojos en blanco en señal de resignación.

—Pues está bien que no hayas sido demasiado creativo, precisamente hoy, y hayas decidido ducharte y echarte un poco de perfume.

—¿Por qué dices eso?

—No queremos que asustes a la madrina y salga corriendo.

—¿La madrina? No creo que, a estas alturas de mi vida, mi tía Rosa se vaya a asustar por mis pintas.

—Rosa no será la madrina.

—¿Y quién va a ser?

—¡Mira! Ahí vienen mis chicas —anuncia Benja y me deja con la palabra en la boca mientras se acerca al coche que acaba de llegar.

Desvío la mirada hacia el aparcamiento y veo cómo Inés sale con la pequeña en los brazos, seguida de mi tía que se apea del asiento del copiloto y mi hermano que conduce el coche. No reconozco al último ocupante del vehículo que se esconde tras el tumulto de personas que han venido a presenciar la celebración, y solo soy capaz de identificar a mi tía y Julen organizando a los invitados, como a un rebaño de ovejas, para entrar en el templo y dar comienzo al bautismo.

Y entonces la veo, subida a unos tacones de vértigo, con un elegante vestido en tonos violáceos que resembla al momento álgido de las uvas durante la vendimia. Su sonrisa eclipsa a los presentes y brilla con luz propia a cada paso que da.

Mi ritmo cardiaco se ralentiza de golpe, para luego acelerar en una cadencia desmesurada. Soy incapaz de moverme del lugar, como si estuviera enterrado en arenas movedizas que impiden activar mis articulaciones.

Qué ingenuo había sido al pensar que cada día iría pensando un poquito menos en ella hasta que cayera totalmente en el olvido. Por el contrario, el magnetismo que desprenden sus ojos claros está causando que vuelvan a resurgir esos sentimientos que había creído escondidos en lo más profundo de mi alma, regresando de nuevo a la casilla de salida.

La observo en la distancia y sus ojos se topan con los míos, sosteniendo su mirada mientras

mi estómago me da un vuelco.

—Vamos entrando ya. Primero que vayan Rosa y Fermín, como habíamos hablado, y después que pasen el padrino y la madrina —nos anuncia Benja, girando sobre sus pasos para quedarse frente a mí. Me guiña el ojo derecho y me dedica una sonrisa divertida—. De nada.

—Capullo —suelto entre murmullos.

Jana y yo nos acercamos con timidez para quedarnos frente a la puerta de la iglesia antes de entrar. Le ofrezco mi brazo izquierdo al que se aferra con seguridad y siento una chispa que recorre todo mi cuerpo.

—Hola, Asier. Me alegro de volver a verte.

CAPÍTULO 44

Jana

Mi regreso a Valdetintos se siente como una montaña rusa emocional desde que llegué hace menos de quince horas. Tengo sentimientos enfrentados entre la manera de la que me marché de aquí hace apenas medio año y las ganas que tenía de regresar de nuevo.

Llevo semanas poniendo en práctica este momento, prácticamente desde que compré el billete de avión y asumí que aquel viaje no tendría marcha atrás. Pretendía estar preparada para aquel instante en el que me reencontrara con él de nuevo, sin embargo, los nervios me juegan una mala pasada y mis cuerdas vocales emiten un hilo de voz que evidencia una incalculable inquietud.

—Hola, Asier. Me alegro de volver a verte.

«¿En serio, Jana? ¿Me alegro de volver a verte? Menuda manera de arrastrarse por el suelo».

—Hola, Jana. No… No sabía que vendrías.

«Bien, al menos no soy la única que está como un flan».

Alzo mi mirada y me topo con sus ojos que derraman una mezcla de esperanza y nerviosismo. Trato de articular una palabra para no parecer estúpida, pero me lo impide mi corazón que siento cómo bombea a un ritmo desorbitado, como si estuviera a punto de saltar por un precipicio y solo me percatara en el aire de que he olvidado el paracaídas en lo alto del abismo.

Cuando llegamos a la altura del altar, nos separamos y tomamos asiento cada uno en los respectivos bancos de madera laterales, para quedarnos frente a frente, de tal manera que resulta inevitable desviar nuestras miradas si no queremos mirarnos a los ojos continuamente.

Inés, Benja y la niña son los últimos en llegar y comienza la ceremonia, donde Asier y yo tomamos un papel activo en medio de la liturgia para prometer, como padrino y madrina, que nos haremos cargo de la criatura en el caso de que un día sus padres faltasen. Benja me guiña un ojo y me sonríe para después desviar la mirada a su mejor amigo que carga a la niña en su regazo.

Y en ese momento me percato de que todo ha sido una encerrona, que la noche anterior se habían reunido todos en la posada para organizarme un convite de bienvenida. Me habían interrogado con mil cuestiones sobre mi vida personal actual, e incluso me habían ofrecido un puesto de trabajo si todavía tenía la intención de regresar a vivir a España.

Me resultaba extraño que Asier no hubiera estado en aquella cena, ya que era el único familiar que faltaba en la mesa, pero rehusé a preguntar por él, para evitar que se notara mi insistencia, así que disfruté de la compañía de los más allegados. Y ahora lo entiendo todo cuando reparo en el continuo signo de sorpresa en su cara ante mi presencia.

Cuando la misa finaliza, regresamos a la posada donde han montado de nuevo unas carpas para iniciar la comida familiar. En este caso, un reducido grupo de personas se da cita en el que fue mi antiguo hogar durante unas semanas. Mis signos de expresión comienzan a relajarse mientras que Julen ameniza la fiesta, Fermín me llena la copa de vino más veces de las que desearía y Rosa me alienta a seguir comiendo la tarta que ha elaborado con mucho mimo.

Tras la comida, da comienzo la pequeña fiesta en la que Cristian controla los mandos del sonido, con una asombrosa habilidad como DJ ante la mesa de mezclas, totalmente desconocida para el resto. No soy consciente de cuánto los he echado de menos hasta este momento. Una familia que no es la mía de sangre, pero que ha ejercido emocionalmente como tal y con la que siempre me he sentido tan arropada como si fuera la mía propia.

No he hablado con Asier desde nuestro primer encuentro en la iglesia, aunque nos hemos sorprendido en diversas ocasiones observándonos desde diferentes puntos de la fiesta. Me siento a descansar en el balancín del jardín, ese en el que tantas veces tomaba el aire en el pasado, y atisbo desde la distancia cómo Asier se acerca con ritmo lento hacia mí. Mi respiración se entrecorta y comienzan a sudarme las manos. Desconozco si estoy preparada para afrontar este momento, pero me reafirmo a mí misma asimilando que este encuentro debía de llegar tarde o temprano.

—¿Me puedo sentar?

—Claro —manifiesto con un tono de ansiedad y me aparto a un lado.

Permanecemos en silencio durante unos segundos que se asemejan eternos. Asier carraspea y se lleva la copa de vino a los labios para girarse en mi dirección.

—¿Lo estás pasando bien?

«Lo que faltaba, una conversación de ascensor».

—Sí, ha sido un día estupendo. Los he echado mucho de menos.

—Nosot… Parece que ellos también a ti —se corta a sí mismo evitando mencionar algo de lo que, probablemente, luego se arrepienta—. Como verás, por aquí las cosas no cambian mucho, imagino que será un choque brutal viniendo de la gran ciudad.

—No te creas, se echa de menos vivir en un entorno tan tranquilo como este. Pero bueno, llevo unos meses residiendo en una urbanización de casitas unifamiliares y aprecio la relativa calma que allí se respira.

—¿Te has mudado con tu prometido?

Nos quedamos en silencio y veo cómo el brillo se borra de sus ojos esperando una respuesta que quizá no esté dispuesto a oír.

—Estoy viviendo de manera temporal con mis amigos Alison y Mike. Ya no estoy prometida —anuncio y examino cómo el rostro de Asier se destensa al escuchar mis últimas palabras—. Mi relación con Matt acabó antes de venir aquí por primera vez y, al regresar, me mudé definitivamente del *loft* que compartíamos en la ciudad.

«He intentado decírtelo demasiadas veces sin éxito».

—Espero que estés bien.

—Digamos que está siendo una época llena de retos. Mi estancia en Valdetintos transformó mi vida en todos los sentidos y me estoy replanteando realizar varios cambios.

—Vamos, parejita, salid a bailar —nos invita Julen que alienta a Cristian a subir el volumen de la música para horror de Fermín que le está regañando en ese instante.

—¿Quieres salir de aquí y dar una vuelta?

Realizo un gesto afirmativo y salimos de la posada ignorando la invitación de unirnos a la fiesta. Caminamos unos metros en silencio, observando el espectáculo con el que nos deleita la brotación de las incipientes vides que pugnan por hacerse un hueco en la recién estrenada primavera.

—Así que me han dicho que las bodegas van viento en popa y que has tomado las riendas del negocio de manera definitiva.

—No nos podemos quejar, la verdad. Las ventas se han vuelto a disparar desde tu paso por

aquí. No sé qué habríamos hecho sin ti.

—Pues cuando llegué, dudabas de mis capacidades y, si no te has olvidado, casi me echas a patadas —bromeo tratando de mitigar la tensión que se ha generado entre nosotros.

—Lo reconozco, me porté como un auténtico capullo al principio. Te pido perdón por todo lo que te hice pasar. —Sonríe tímidamente con un tono de verdadero arrepentimiento.

—¿Solo al principio?

Su gesto se descompone al escuchar mis palabras. Dudo durante unos segundos si he hecho bien en lanzarle esa pullita, aunque tengo una espinita clavada muy dentro por la manera en la que se comportó en mi despedida y una fuerza interior me obliga a expulsarlo todo.

—Tienes razón —afirma y permanece unos segundos en silencio en los que observo cómo se queda pensativo, sin embargo, continúa hablando—. Fue un malentendido, os escuché a Inés y a ti hablar en privado en la habitación del hospital y pensé que tenías la intención de volver con tu prometido.

—¿Crees que después de todo lo que vivimos aquí, querría haber vuelto con él? —le replico con un creciente tono de indignación deteniéndome en el sitio.

Asier se gira para quedarse frente a mí, toma una bocanada de aire y, con dificultad, trata de justificar los hechos. Soy consciente de que le cuesta articular una palabra, que los remordimientos le están carcomiendo por dentro, así que opto por dejarle una parcela de espacio para que se explique.

—Pensé que… Pensé que no querrías venir a vivir a un sitio así —aclara con un hilo de voz y alza los brazos para mostrar lo que hay alrededor—. Tu vida está en una gran ciudad, con rascacielos, restaurantes de moda y tiendas de ropa de marcas caras. Jana, yo no te puedo ofrecer todo eso y temí que, si te pedía que te quedaras, te acabarías arrepintiendo el resto de tu vida y me lo echarías en cara.

—¿Acaso me lo pediste o decidiste por mí, asumiendo directamente que es lo que quiero y lo que no en mi vida?

La luz del día comienza a desvanecerse paulatinamente y el aire gélido penetra en mis pulmones como un cuchillo de filo punzante. Sin embargo, nada es tan comparable con el gesto desgarrador que veo en sus ojos.

—No, no lo hice, decidí por los dos. Y cuando me di cuenta de la realidad era demasiado tarde. Te fui a buscar al aeropuerto, pero tu vuelo ya había despegado.

«Y con ello, todas mis esperanzas de construir un futuro juntos».

—Créeme cuando te digo que te quería, y el día de la boda de mi hermana estuve a punto de confesártelo, pero me entró pánico por si me rechazabas.

—Nunca lo hubiera hecho. Estaba dispuesta a dejarlo todo y mudarme aquí contigo.

—¿Y ya no lo estás?

Alzo la mirada y me topo con sus ojos en los que atisbo un brillo de esperanza. Había asimilado que nuestro momento estaba en el pasado y se había quedado sepultado entre una multitud de sueños rotos. Sin embargo, no me quiero engañar, he soñado con este momento tantas veces que creía que no se volvería a hacer realidad.

—Es difícil saberlo, las cosas han cambiado demasiado desde que me fui.

—Mis sentimientos por ti no han cambiado. No hay día en el que no me levante por la mañana reprochándome no haberte expresado lo que siento, hasta tal punto que estuve a punto de comprarme un billete de avión y presentarme en California, aunque no quería empeorar las cosas contigo.

—No te veo yo alejándote de Valdetintos para ir a vivir con los gringos —trato de bromear y

ambos sonreímos ante la veracidad de esa afirmación.

—Me da igual, Jana, porque ¿sabes qué? No quiero que esta vez te vayas sin decirte que te quiero, que estaría dispuesto a dejar todo atrás para pasar el resto de mi vida contigo. Sé que esto no conseguirá que te quedes, pero quiero que sepas que haría lo que fuera por enmendar los errores del pasado y empezar de cero una vida juntos.

—Joder, Asier. No me hagas esto ahora. No sé qué decir, la verdad.

—Solo dime que sientes lo mismo que yo y trabajaremos para planear una vida juntos, aquí o en Honolulu.

—Uy, allí no, que una vez estuve de vacaciones y había tanta humedad que acabé con el pelo como Tina Turner.

Ambos nos reímos y Asier se acerca para cogerme de la mano.

—No sé si seremos capaces de entendernos.

—No importa, lo intentaremos.

—Tendrás que dejar tu arrogancia para siempre.

—Lo que sea con tal de tenerte a mi lado.

—¿Dejarás de llamarme Chanel?

—Er… no garantizo nada, pero sí prometo que, al menos, lo intentaré.

Le atizo un puñetazo suave en el brazo en tono socarrón, a lo que él responde agarrándome de las manos para atraerme hacia él y quedarme a apenas unos centímetros de su boca.

—Entonces podemos sentarnos a negociarlo. Me quedo diez días de vacaciones por aquí, es un buen comienzo.

—El suficiente para recuperar el tiempo perdido, señorita ejecutiva, aunque no esperes mucho que te deje salir de mi cama. —Me guiña un ojo y me dedica una sonrisa traviesa—. Solo dime que me quieres, el resto lo solucionaremos juntos.

—Te quiero, te quiero, ¡te quiero!

Sus manos rodean mi cuerpo para atraerme con suavidad hacia él y posa sus labios en las comisuras de mi boca para besarme con una intensidad que me produce una descarga por todo el cuerpo.

—Yo también te quiero y ¿sabes qué? No importa el dónde, solo el quién y el qué.

—Definitivamente, que tú y yo hacemos un *match* perfecto.

—Un maridaje perfecto.

EPÍLOGO

Jana

Tomo una profunda bocanada de aire y la suelto hasta que dejo mis pulmones vacíos. Mis piernas tiemblan y me muerdo los carrillos ante la jornada que me espera hoy. Me siento en el taburete, revestido de terciopelo y situado frente al tocador, en la que un día fue mi habitación durante unas semanas. Esa misma en la que ayudamos a Ane a ajustarse el velo que llevaría el día de su boda.

Sin embargo, hoy soy yo la protagonista de esta jornada e Inés, Ane y Alison ultiman los preparativos para que todo salga a pedir de boca. Me miro al espejo y me encuentro radiante. Ya no soy esa persona que era tiempo atrás, y no solo me refiero a lo estrictamente físico. Mucho ha cambiado desde que decidí hacer las maletas una vez más y plantarme en Valdetintos, donde mi vida dio un giro radical al comenzar una aventura en la que desconocía qué rumbo tomaría mi destino.

Echo la vista atrás y he de reconocer que los inicios no fueron fáciles. Estuvimos a punto de tirar la toalla en varias ocasiones. Mejor dicho, fui yo la que tuve dudas sobre todo aquello, y no debido a mis sentimientos hacia él, sino por el vaivén al que había estado sometida mi vida desde que era bien pequeña, momento en el cual me mudé de España hasta que regresé en ese momento para siempre. Sin embargo, Asier estuvo siempre a mi lado para coger mi mano y recordarme que juntos se disiparían todos los interrogantes que me acechaban. Y nunca le faltó razón en ello.

Soy la última en salir de la habitación. Por aquí han pasado casi todos los invitados de la boda, excepto el novio que, obviamente como manda la tradición, no puede verme hasta que llegue al altar. Mi padre me espera en la puerta de la posada y todos los asistentes se levantan expectantes ante mi llegada.

La pequeña Alaia y Mike junior son los encargados de lanzar los pétalos de rosas blancos que decoran el pasillo. Lo hacen con mucha gracia y es que apenas levantan dos palmos del suelo, aunque se lo toman con tanta profesionalidad que parecen dos personitas adultas amenizando la velada. Tras ellos, los siguen Inés y Benja que, aunque no han pasado todavía por el trámite conyugal, pese a la insistencia del enólogo, siguen felizmente enamorados y esperan la llegada de su segundo hijo. Inés maldice para sus adentros porque afirma que no podrá beber el día de mi boda, aunque ya la he convencido de que, una vez que nazca el pequeño Benja, dejaremos a los niños con su padre y nos escaparemos a París a correrno una buena juerga con Ane.

Giro la cabeza hacia la primera fila y observo cómo el rostro de mi madre permanece impasible. Estoy convencida de que todavía no ha aceptado mi nueva vida en un pequeño pueblo y no me perdonará jamás que me haya casado ante la presencia de un reducido puñado de personas, tal y como planeamos Asier y yo que sería una boda íntima e informal.

Me aferro al brazo de mi padre que, por el contrario, me mira con ojos de orgullo en el compromiso de su única hija. Él sí tendría motivos para haberme convencido de celebrar una

boda por todo lo alto e invitar a todas las personas con las que ha adquirido un compromiso a lo largo de su dilatada vida profesional. No obstante, desde el primer momento me recalcó que organizase la boda que yo prefiriera y enfatizó que lo único importante de ese día era mi felicidad.

En contraposición a mi madre, se encuentra su hermana, con la que hemos recuperado una relación plena y permanece al lado de mi progenitora limpiándose con un pañuelo el lagrimal. Me consta que mi tía ha comenzado a flirtear con Néstor, teniendo en cuenta las múltiples visitas que realiza a Valdetintos con asiduidad, y que la sonrisa ha regresado para quedarse plasmada en su cara desde que mi abuela ya no se encuentra entre nosotros. Lamentablemente, nos dejó hace solo unos meses, aunque me quedo con el consuelo de haber aprovechado los últimos años de su vida con ella.

Por fin llego al altar, donde mi padre deposita un beso en mi mejilla y murmura a Asier al oído una palabra, que intuyo que ha sido un «cuídala», mientras le palmea la espalda. Mi futuro marido le sonríe y se gira hacia mí con los ojos vidriosos para darme un tímido beso en las comisuras de los labios —como si el resto de los invitados se pudieran escandalizar de un beso de tornillo a estas alturas, como los que me suele dar cada vez que llego a casa de algún viaje largo—.

—Estás preciosa, Chanel —me susurra al oído y una mueca divertida aparece en su cara.

—Tú tampoco estás nada mal, señor arrogante.

Llegar hasta donde estamos ahora mismo no ha sido precisamente un camino de rosas, no obstante, ambos hemos realizado un esfuerzo sobrehumano para sacar adelante una relación en la que los dos hemos trabajado.

Nos giramos al frente donde nos espera Julen que, desde el momento en el que informamos a toda la familia de que nos íbamos a casar en la posada, se ofreció a oficiar la ceremonia y empeñó todo su tiempo libre en buscar información para sacarse el «carné de cura» por internet, como lo llamaba él. Si solo supiera que esas escenas solo ocurren en las películas de Hollywood…

Y, hablando de California, al poco tiempo del bautizo de la pequeña Alaia, regresé para presentarle a mi jefe la carta de renuncia. Aunque no se lo tomó de la mejor manera, creyendo que no encontraría nada igual —aunque esa era la idea— me vi en la tesitura de romper con mi vida anterior para empezar una nueva en España.

Mi paso por las bodegas de los López de Aberásturi, y mi excelente gestión, corrieron como la pólvora por las empresas aledañas, por lo que con el dinero que tenía ahorrado abrí mi propia gestoría y me especialicé en la administración de empresas vitivinícolas. El negocio marcha viento en popa y, pese a tener que viajar a menudo a otras zonas como Burdeos, Oporto o la Toscana, cada día me siento orgullosa de haber confiado en mis propias capacidades para convertirme en mi propia jefa y llevar el negocio de la manera que más conveniente crea.

Vuelvo al presente, me coloco de espaldas a la multitud y me preparo para el momento de lanzar el ramo. El buen ambiente reina en la pista de baile, así que reúno a todas las mujeres solteras, como marca la tradición, y hago el amago de lanzarlo. Sin embargo, me doy la vuelta y me quedo frente a la multitud, el ramo sigue entre mis manos y sonrío a las presentes con picardía. Me desplazo a un lado de la carpa, ante la atónita mirada de los invitados, y me detengo frente a Julen y a Cristian que miran expectantes la jugada que previamente he planificado con este último.

—Espero que seáis muy felices —le susurro al oído al recepcionista y me retiro para darles un poco de intimidad.

Cristian se gira hacia su izquierda e hinca una rodilla en el suelo. Los invitados comienzan a arremolinarse y a murmurar boquiabiertos ante el espectáculo que están a punto de presenciar.

—Julen López de Aberásturi, estoy enamorado de ti desde que éramos un par de adolescentes con las hormonas revolucionadas. Estoy cansado de escondernos y solo quiero gritar al mundo que te quiero. Así que, ¿quieres hacerme el hombre más feliz del mundo y te casas conmigo?

Julen da muestras de no dar crédito a lo que está escuchando y los asistentes solo le gritan «di que sí» mientras él observa perplejo la escena. Su habitual mueca burlona se transforma inmediatamente en un gesto serio, para preocupación del resto de personas allí presentes.

—¡Parad la música, por favor! —ordena al DJ que frena en seco los platos de la mesa de mezclas y deja en completo silencio la sala —. No pensé que llegaría este momento, pero tengo que decir que…

Un hilo de voz emana de la boca de Julen, que congela su respuesta unos instantes mientras observo a Cristian que traga saliva y lo mira con ojos de cordero.

—Qué bien se siente al ser el centro de atención —reanuda Julen y provoca una sonora carcajada de la sala—. Así que ahora ya podemos continuar. Sí, sí y sí. Claro que me quiero casar contigo, amor mío.

Un aplauso general se escucha dentro del perímetro al tiempo que la pareja se besa con tanta efusividad que provoca el rubor de Rosa y Fermín. Nos acercamos a felicitar a los protagonistas y Asier le da una colleja a su hermano por el espectáculo que ha montado. El volumen de decibelios se dispara por el jolgorio que se desata en el lugar cuando el pinchadiscos reanuda la música para continuar la fiesta durante el resto de la tarde.

Pasadas las horas, comienzo a notarme un poco cansada así que me retiro hacia uno de los laterales y me siento en una silla a reposar. Desde allí veo a mi padre bailar con Inés que, pese a su incipiente barriga, se contonea y desinhibe en la pista, como si no hubiera un mañana en el que descargar toda la adrenalina. Mi tía baila con Néstor de manera muy acaramelada y, en una escena similar, observo cómo Fermín y Rosa se dan un tímido beso, en un gesto que sorprende gratamente a los presentes. Alison trata de emular los ridículos movimientos de *twerking* que Mario le está enseñando, Benja juega con los más pequeños, y mi madre hace horas que se ha retirado al hotel aquejada de una ficticia migraña, en una reprochable costumbre que nunca cambiará.

Asier me contempla desde la distancia y se acerca con un movimiento divertido que despierta una calidez en mi bajo vientre. Porta un par de copas en la mano derecha y una botella de vino en la izquierda, y se sienta a mi lado.

—Estaba buscando a mi mujercita, no la habrás visto por aquí, ¿verdad? —me pregunta con un tono irónico mientras una sonrisa traviesa se dibuja en sus comisuras—. Es la chica más preciosa de toda la fiesta y tiene un marido que no puede estar más enamorado de ella.

—No la he visto, aunque me apuesto a que está impaciente por disfrutar de la noche de bodas con su recién estrenado marido.

Asier me sonríe, acuna con su mano mi mejilla y me besa con sensualidad en un gesto que me deja el cuerpo petrificado. No sé si me acostumbraré a ello, pero en estos momentos solo pienso en disfrutar de cada momento a su lado hasta el final de nuestros días.

—Brindemos, por nuestra vida juntos como marido y mujer.

—¡Salud!

Chocamos las copas y nos las llevamos a la boca. Pasa su brazo por mi espalda y rodea mi cuerpo para atraerme hacia él. No puedo estar más feliz en este momento. Observo a mi nueva familia y desvío la mirada hacia la botella de vino que Asier ha depositado en la mesa,

centrándome en la etiqueta. Es la última creación en la que mi marido y Benja han trabajado tanto en los últimos años y que ha sido reconocida en varios certámenes como el mejor vino de su categoría.

En letras grandes veo el nombre del producto «Alaia», en honor a la pequeña, y cuya acepción evoca asimismo el sentimiento de alegría. Y no puedo pensar en un mejor concepto para definir este momento.

FIN

NOTA DE LA AUTORA

Cuando comencé a escribir esta novela, era consciente de que mi pequeña Yorkshire terrier, Hanna, no duraría mucho tiempo entre nosotros, por tanto, decidí que la protagonista de esta historia tomara su nombre y se quedara así grabado entre sus páginas eternamente. Lo que desconocía era que, en medio del proceso, la vida de mi perrita, con casi diecisiete años, se iría apagando poco a poco hasta dejarnos para siempre.

Quien conviva con animales, o lo haya hecho en el pasado, sabrá de sobra que son los amigos más fieles. Su breve tránsito por nuestras vidas se debe al hecho de que ya nacen sabiendo amar de una manera que los humanos no alcanzamos a aprender hasta años después. Por ello, este tiempo les es suficiente para mostrar su cariño y dejarnos una huella imborrable para siempre.

Gracias por todos tus años de compañía, por tu amor incondicional, tu lealtad, tus lametones y tus juegos. Esperamos que al otro lado del arcoíris te hayas encontrado una enorme playa llena de arena donde puedas correr maratones hasta sacar la lengua fuera.

Nos costará muchos años desprendernos de las lágrimas que humedecen nuestros ojos hasta que, finalmente, logremos retener una sonrisa en el corazón. Sin duda alguna, a partir de ahora, cada vez que veamos una estrella iluminarse en el cielo, sabremos que estarás guiándonos con tu luz y protegiéndonos como un ángel de la guarda más.

AGRADECIMIENTOS

Si has llegado hasta aquí, lector, lectora, quería agradecerte haber dado una oportunidad a «Un maridaje perfecto», con el que espero haberte sacado más de una sonrisa y que te hayas evadido de tus preocupaciones diarias. Que la historia esté ambientada en Álava no es casual. A pesar de que Valdetintos sea un escenario ficticio, se encuentra bien enmarcado entre todos esos pueblos de la Rioja Alavesa donde el aroma de las vides y la policromía de sus campos lo convierten en un lugar especial. Y no podía haber mejor homenaje, como alavesa nacida y crecida en su capital, Vitoria-Gasteiz, que esta comedia entre viñedos.

Para hacer realidad esta historia, en primavera de 2024 visité las bodegas Eguren Ugarte de Laguardia donde me documenté sobre el proceso de elaboración de los vinos y recreé algunos de los escenarios de la historia. En este recorrido me acompañó mi otra mitad, al que agradezco como siempre estar a mi lado para apoyarme en los momentos de incertidumbre, pero también para celebrar los éxitos. Gracias, Carlos, por ser mi soporte emocional, mi lector beta, mi inspiración para construir sus personajes y las escenas y, en último lugar, pero no menos importante, por esa preciosa cubierta que has diseñado y que refleja perfectamente el sentir de esta historia.

Y volviendo a Álava, no podía dejar de mencionar a mi familia. Gracias a mis padres y a mi hermana por todo el entusiasmo, el apoyo y la paciencia que me brindan para emprender esta incipiente carrera como escritora. Su fiel reflejo en los López de Aberasturi, como una familia unida, es el mejor agradecimiento que puedo reconocerles desde la distancia.

A mis amigas y compañeras de trabajo, por la sororidad, por el soporte emocional y por las charlas infinitas entre velas y arcilla.

A la maravillosa comunidad de *Bookstagram*, sin la que probablemente no me hubiera lanzado a dar este paso. Lectoras, escritoras y personas desconocidas que me escriben para felicitarme por mis historias y el contenido que subo a las redes sociales. En una sociedad de postureo, donde sobresalir por encima del resto se considera una práctica habitual, haber descubierto este espacio virtual de encuentro entre personas que aman los libros y se apoyan para crecer mutuamente es un auténtico privilegio.

Concretamente, no podía dejar de agradecer por su contribución a esta historia a mis lectoras cero. Gracias a Julia, por los infinitos audios de Whatsapp, las charlas sobre la vida y los libros y, como siempre, gracias por una inesperada amistad que ha traspasado la frontera de las letras.

Gracias también a Roxy, por tus locuras y tu generosidad para apoyar todos y cada uno de nuestros proyectos. Eres una estrella que brilla en el cielo con luz propia y no habrá palabras ni tiempo suficiente para reconocer todo lo que haces por cada una de nosotras.

Y, por último, gracias a Sheila, por aplicar tu ojo crítico y extraer el mejor *elixir* de esta historia.

Nos vemos en la próxima.

¡GRACIAS!

MÚSICA

¿Quieres escuchar la banda sonora que acompaña a la historia de «Un maridaje perfecto»?

Accede ahora a la lista de reproducción en Spotify.

SOBRE LA AUTORA

Siena Bastida es licenciada en Periodismo, aunque lleva más de una década trabajando en el excitante mundo de la aviación. Leer ha sido siempre una de sus pasiones desde que era pequeña y recorría las estanterías de la biblioteca de su barrio en busca de nuevas historias que le hicieran soñar.

Cuando creció, se dio cuenta de que escribir le servía como terapia y, pese a tardar bastante tiempo en que algunos de sus relatos vieran a la luz, su primera novela, «La librería de doña Sofía», ha sido el mejor de los homenajes que podía dedicar al mundo de los libros.

LA LIBRERÍA DE DOÑA SOFÍA

¿PUEDEN LOS LIBROS SALVARTE LA VIDA?

Tras un fracaso laboral y una etapa personal bastante inestable, Cloe recibe una inesperada carta que le designa beneficiaria de la librería del barrio donde ha pasado toda su infancia y adolescencia. Con la disyuntiva entre continuar con un negocio económicamente poco viable y la ilusión de reavivar el proyecto que una anciana empezó hace cuatro décadas, se embarca en un desconocido viaje para cumplir con las últimas voluntades de doña Sofía y, al mismo tiempo, conocerse a sí misma.

Una historia de amor y pasión, de secretos enterrados, de duelo y esperanza ambientada en Barcelona.

¿Conseguirán los protagonistas superar todas las trabas para alcanzar la felicidad?

Las segundas oportunidades son solo para las personas más valientes.